

LA HORDA DEL DIABLO LIBRO II

# LA MALDICIÓN SILACH

Antonio Martín Morales



ESPA  
EBOOK

Un año más tarde del fin del Nigromante, Remo, el héroe protagonista, regresa a Venteria, capital de Vestigia, decidido a descansar pero allí le espera una nueva aventura: el rescate del prometido de su amiga Sala.

Fuerzas ocultas, seres fantásticos y conspiraciones secretas acompañarán y complicarán la misión de la comitiva de rescate. Solo la destreza física, la inteligencia y la bondad de los mejores conseguirán superar todos los peligros de la misión.



Antonio Martín Morales

# La maldición de Silach

La Horda del Diablo

Libro II

ePUB v1.0

fenikz 06.09.13

---

más libros en [espaebook.com](http://espaebook.com)

---

©Antonio Martín Morales, 2010  
Ilustración de portada: Miguel Navia

Editor original: fenikz (v1.0)  
ePub base v2.1

*A mi abuelo Antonio y a mi padre José*



## CAPÍTULO

### 1

# El llanto de un padre

Las almenaras recitaban en alto poemas de fuego, cuando Lord Véleron irrumpió en el palacio del Rey Tendón de Vestigia.

Concluyeron las plegarias fabuladas a los dioses, después de la gran cena en el salón de embajadores. Rílmor, capitán que ejercía como jefe de armas de la casa de los Véleron, acompañado de tres de sus mejores hombres, mostró sus credenciales a los custodios de la puerta del gran salón. Los acordes de las arpas y las gargantas finas de los juglares se apagaron cuando Rílmor entonó la presentación ostentosa de su señor.

—¡De las tierras del Este, de la región del gran Valle de Lavinia, el noble hijo de la casa Véleron, mi señor y mi protector: Rolento Véleron, hace acto de presencia!

El noble cruzó en ese momento el gigantesco portón, a paso ligero, ruidoso, hasta arrimarse a la gran mesa. Se detuvo en la distancia prudente para que todos los comensales pudieran verlo. Ataviado con armadura de combate, levantó murmullos por doquier. Habló el Rey y los demás guardaron silencio.

—Amigo Rolento, tu visita es grata e inesperada... ¿Qué esconden tus ojos apenados? Ese rostro no corresponde a tu afamada tranquilidad —preguntó directamente Tendón.

Se detuvo el postre. Se paró el discurrir del vino y el paso de gargantas cuando Lord Véleron narró, sin tomar asiento, una historia terrible. A viva voz, sin la precaución de pedir audiencia privada con el Rey Tendón, parecía al borde de la locura pronunciando estas palabras:

—Traigo el corazón destrozado por los terribles acontecimientos que sucedieron en mi casa no hace ni cinco días. En la noche más apacible que los dioses nos han regalado, durmiendo plácidamente resguardado en mi castillo, rumores picotearon la tranquilidad. Me desvelé con la sensación precipitada de abandonar la cordura. Asomado a la balconada de mis dependencias, vi a varios de mis hombres correr en el patio interior del palacio, sombras agitadas, escuché gritos, cristales rotos, metales cruzados en combate, sonidos que acompañan a la muerte rebotaban en los muros de mis dependencias, como si el pasado volviera para recordarme las manchas de sangre en mis propias manos. Corrí por los pasillos tratando de averiguar por mí mismo lo que sucedía, alarmado ante aquellos estruendos. Jamás, ni en la peor de mis pesadillas imaginé que...

Rolento hizo una pausa, tragó saliva como alfileres, mientras los invitados del Rey lo miraban con los ojos hinchados de sorpresa, sin mover un músculo, sustraídos por el encantamiento de aquella noche ominosa que el noble describía. Rolento ahora desgarró con sus manos el aire gritando...

—¡Despedazaron a los guardias! Yo luché a vuestro servicio en la Gran Guerra y jamás vi semejante destrozo. Las vísceras de algunos de los

moribundos... ¡las habían esparcido por el suelo, hasta amontonarlas como si fueran reses cuarteadas! Las puertas de mi castillo permanecieron cerradas. Sus muros son fuertes y altos y no sirvieron para contener la entrada de esos salvajes. No hay cuerdas ni escalas. No sé si tuvieron tiempo de llevárselas o si encontraron otro medio para saltar dentro. No queda un solo hombre vivo que mantuviese combate con ellos. Los demás vieron muertos, escucharon ruidos y cuentan locuras... ¡locuras! No robaron nada, pero vinieron a por mi tesoro máspreciado. Se llevaron a mi hijo, Patrio, matando a cualquiera que se interpuso en su camino.

De nuevo otra pausa en su discurso. Esta vez sombría y dolorosa como el luto de un héroe.

—Agarré mi espada, mi peto metálico, convoqué a mi guardia y salí en busca de fantasmas ensillando mis mejores caballos. Seguí las pistas de la muerte pues, en las cercanías de mi palacio, cometieron los más abominables crímenes. Logré averiguar que eran diez o doce caballos y un carronato. Pero después de perseguir el río de muerte, todo rastro se perdió. En las estribaciones de mis tierras ya no podía estar seguro de cuál fue la dirección que tomaron. Ocultaron bien sus huellas. Supieron escoger bien su retirada. Y mi pobre y bello hijo ahora está a merced del capricho de esos asesinos...

El llanto de un padre asolaba las oquedades del palacio real. Las llamas de las chimeneas eran el único acompañamiento a sus lamentos. La voz del Rey se deslizó entre sus sollozos.

—Destino funesto el vuestro, querido amigo. Mañana en la madrugada trataremos ese asunto en reunión de gobierno...

—Mi señor, mi sabio monarca. —Ahora Rolento Véleron se arrodilló y ese gesto provocó murmullos de condolencia—. Suplico varias informaciones inmediatas, si alguno de los presentes posee algún rumor, alguna presunción sobre tan desdichado acontecimiento. —Lord Véleron esperó y ninguno de los que allí había invitados tuvo algo que decir—. Imploro que partan emisarios a los pasos fronterizos con Nuralia, que recaben información sobre cierto contingente de hombres, a caballo y a pie,



y sobre todas las cosas, ruego permiso de su majestad para enviar un grupo de rescate a la vasta Nuralia y traer de vuelta a mi divino hijo Patrio.

Entre los comensales se instaló un rumor de comentarios a media voz. El Rey, en ese momento, cambió su semblante apacible y trepó en su asiento hasta la postura erguida de quien atiende asuntos serios, abandonando la placidez del agotamiento del final de una cena copiosa. Su esposa, la reina Itera asistida por tres damas de compañía, se retiró a sus aposentos después de dar sus condolencias al recién llegado.

—Sería una imprudencia absurda enviar hombres armados a Nuralia —intervino Rosellón, quien fuera General de los ejércitos y a quien ahora el Rey había empleado como consejero personal—. Comprendo la horrible pena y la incertidumbre que lo han animado a venir aquí, pero le recuerdo a nuestro querido amigo Rolento Véleron que, en los tratados de paz firmados tras la Gran Guerra, se prohíbe expresamente la incursión de contingentes armados, más allá de la escolta mínima de los diplomáticos con salvoconducto real.

El capitán de la guardia de Lord Véleron se ayudó de sus hombres y arrojó al suelo un brazalete metálico y un puñal que, al estrellarse en la pulida piedra oscura desprotegida de tapices, produjo un escandaloso estruendo.

—¡Encontramos pruebas de que nos atacaron hombres armados de Nuralia! ¡Ellos han roto el tratado! —gritó Rílmor.

—Señores —ahora fue el Rey quien tomó la palabra—, permitid que despida a mis invitados para que podamos tratar este asunto.

El desfile de graciosos vestidos y capas elegantes parecía interminable para besar la mano del Rey antes de enfilear la gran puerta y salir silenciosamente. La mayoría comentaban cosas como «suerte en vuestra búsqueda», cuando pasaban junto a Rolento. A él no lo besaban suponiendo que no estaba ahora para rituales afectuosos... Los esclavos y esclavas de palacio se afanaban en desmontar las mesas y retirar la abundancia de desperdicios. Provocaban cierta aversión al contemplarse en los platos, frente a las sillas vacías.

Más tarde, en privado, el Rey abrazó al noble y le dio muestras de comprender su dolor. Rosellón, implacable en sus consejos, seguía argumentando que jamás se deberían romper los tratados por muy lamentable que fuese el suceso; que debía llamarse a consultas al embajador de Nuralia y exigirle que su Rey persiguiese a los culpables.

Antes de marcharse, el Rey sosegó la inquietud de Lord Véleron, a solas, sin consejeros ni escolta, de hombre a hombre. Rolento Véleron financiaba con su fortuna los intereses de la corona, pagando abultados impuestos comerciales por su exportación de aceite a Plúbea, y albergaba en sus tierras un gran contingente armado sumiso a la orden real de los Caballeros Rojos de Vestigia. El Rey y el noble se arrimaron a la enorme chimenea del salón.

Hipnotizado por las llamas, Tendón habló así.

—Rosellón expone bien las razones Rolento, pero comprendo el dolor que debes sentir. Jamás podré respaldarte públicamente; sin embargo, te prepararé un salvoconducto especial, así la entrada de tus hombres en Nuralia será posible. Si alguna vez fuesen apresados esos hombres, si acaso se pidieran responsabilidades argumentaré que es falso ese documento y que, dejándote llevar por la pasión de padre, infringiste la Ley. Serás multado en Vestigia y en Nuralia y habrás de responder con un porcentaje de tus negocios a la multa, así que ten cuidado de actuar con discreción en Nuralia, no queremos más guerras, no sirven más que para matar hombres.

Las voces, copiando la tiritera de las llamas, rebotaron en las piedras oscuras del salón, y llegaron a oídos de un hombre que escuchaba en la oscuridad...



CAPÍTULO

2

## Un mendigo peligroso

Una carreta tirada por dos mulas atravesaba llanuras arenosas en la meseta de Meslán acercándose a la ciudad de Venteria, capital de Vestigia, desde el oeste, como vuela una mota de polvo en una gran mesa de madera.

Dos mercaderes guiaban a las mulas con una vara, ansiosos por descargar sus mercaderías en la gran ciudad y, sobre todo, por deshacerse del misterioso viajero que habían recogido en la ciudad portuaria de Nurín. En un acto de misericordia atendieron sus plegarias para llevarlo junto a la carga hasta Venteria. Ahora estaban al borde del arrepentimiento, pues el pobre hombre apestaba tanto a pescado podrido, que temían que contagiase

su olor a los muebles. Sus ronquidos no cesaban pese a la incomodidad del transporte. No tenían la más mínima idea de lo que estaba a punto de suceder y la fortuna que tuvieron al aceptar a tan extraño mendigo...

El carro paró en seco y el andrajoso que dormía en un rincón del tenderete que albergaba la carga de los mercaderes se despertó con un bostezo exagerado.

—¡Malnacidos, bajad del carro! —se escuchó un grito de una voz áspera. Una de esas voces de cantina, pintada de malas intenciones.

Remo, que era el mendigo que había dormido a pierna suelta hasta aquella interrupción, sentía simpatía por aquellos comerciantes de muebles. Eran gente humilde que aceptaron llevarlo a Venteria. Lo alimentaban con un mendrugo diario de pan mojado en leche de cabra recién ordeñada. Odiaba la maldita leche de cabra, pero no tenían otra cosa.

—¡Decidme, qué transportáis! —gritaba otra vez aquella voz ronca.

—Muebles, señor...

Débil por el hambre, estaba molido por el viaje. Los de fuera gritaban mientras él volvía a estirarse. Le dolían los músculos de la espalda. Por entre la loneta polvorienta, por uno de los innumerables agujeros que poseía, vio el padecimiento de sus benefactores. Uno de los intrusos que habían detenido el carro, pegó un puñetazo brutal a uno de los mercaderes.

Más allá de la escena triste del atraco, vio la capital de Vestigia: ¡por fin se divisaba Venteria! Después de días y días en aquel maldito amasijo de maderos afilados contra sus carnes, en la lejanía, se podían contemplar las altas murallas blancas, desde donde crecía la ciudad como una montaña de piedra. Sintió sus energías renovarse.

Remo, con parsimonia, descendió del carro.

—¿Qué sucede? —preguntó plantándose delante de los atracadores. Pero no obtuvo respuesta.

Eran cuatro malhechores acechando a los mercaderes. Uno de los bandidos detenía el avance de las mulas y los otros tres amenazaban con cachiporras de aspecto terrorífico, ataviados con chalecos de cuero atados con cuerdas de esparto, con temibles botas de madera y correas jalonadas con cuchillos.

—¿Eres tú el que guarda el dinero? —preguntó uno de aquellos con la cara llena de mala sangre, con un ojo más abierto que el otro. Era un tipo enorme y sostenía en su mano derecha una garrota con pinchos largos como dedos de esqueleto. Su rostro era de los que asustan, feo como para no poder ejercer otra cosa que no fuera el pillaje. Sus cicatrices presagiaban que conocía el combate y lo presentaban como un enemigo aún más aterrador. Cualquiera persona de bien se habría apartado de su camino de habérselo cruzado en una calle.

—No le hagan daño... Este hombre es un mendigo que nos pidió ayuda para llegar a la ciudad. El camino es muy transitado, la guardia los detendrá.

El comerciante hablaba con un tono muy conciliador, tratando de no alterar a los bandidos. Sin embargo Remo veía en la cara de los cuatro claramente que no se detendrían. Planteó su estrategia muy rápidamente. Con mucha lentitud, apartando la tela de saco en la que se envolvía para dormir, agarró el pomo de su espada, disimulada por la cuantía de sus harapos, atada a la cintura.

—Dejad paso al carro —sentenció cuando ya estaba a dos metros del tipo. Agachó su cabeza mirando el suelo.

—Nos quedaremos con la mercancía y con las mulas —comenzó a dictaminar el grandullón gesticulando mucho con las manos sin preocuparse de que Remo, paso a paso, se estaba posicionando demasiado cerca—. Si tenéis dinero escondido será mejor que no tengamos que... ¡Agh!

Remo había estirado rápidamente su brazo y clavó su espada en el pecho del ladrón con mucha velocidad, sin dejarlo terminar la frase. Como un relámpago. Ni siquiera pudo protegerse con el garrote. Había desenvainado a tal velocidad que incluso se permitió sonreír mientras profundizaba en las entrañas del grandullón.

—¡Odio a la basura como vosotros! —gritó Remo llegando casi a tocar con la cruceta de la espada el cuerpo del bandido. La dejó allí clavada mientras se desplomaba el corpachón sobre la arena del camino. Miró la gema negra de su empuñadura deseando apreciar un cambio de color.

Los demás, alarmados por la inesperada conducta violenta del mendigo andrajoso, no tardaron mucho en plantarle cara, sorprendidos por la rapidez y la impotencia de ver a su compañero debatiéndose entre la vida y la muerte tras la estocada mortal. Los mercaderes, inmóviles por el miedo, gritaban pidiendo ayuda. Pero en plena llanura no se observaba movimiento en muchas millas de distancia. Y la ciudad parecía un gigante dormido en la lejanía del que poca ayuda cabía esperar.

Sin mediar palabra, un tipo bajito, con un garrote decorado con cuchillas negras trató de sacudir la cabeza de Remo, pero falló... y él pudo patearle un costado con facilidad, derribándolo. Se hizo con el garrote que resbaló de la mano de su dueño tras el golpe. Era muy pesado y tenía la empuñadura caliente por haber sido aferrada durante mucho tiempo. Remo apretó la mano con furia para dominar el peso de la cachiporra. Se la estampó en la cabeza a su propietario sin miramientos, como se aplasta un melón maduro con un martillo.

Los otros dos rodearon a Remo, pero dudaban después de ver la destreza y la aparente facilidad con que el harapiento se había deshecho de sus amigos. La piedra de la empuñadura seguía negra como la noche. Los dos tipos se miraron y su ataque fue conjunto. Remo no pudo esquivarlos y sintió una cuchillada de dolor en el costado derecho, donde uno clavó su instrumento punzante y, en el hombro, donde fue a parar la embestida del otro. Gritó de dolor. Aprovecharon para tratar de hacerlo caer, pero Remo se zafó como pudo. Tropezó y cayó de bruces junto al cuerpo del grandullón que tenía clavada su espada. La empuñadura ya se había coloreado tímidamente de rojo, así que el tipo estaba ya muerto. Soportando golpes cortantes en la espalda que podían lisiarlo, Remo enfocó todo su esfuerzo en llegar a su espada a rastras. Se izó ayudándose de sus manos sobre el cadáver y miró la piedra dejándose hipnotizar por esa luz roja que habitaba la negrura...

Se levantó al poco tiempo, de un salto, como nuevo. Extrajo su espada de un tirón y se dispuso a despachar a los dos infelices. Los mercaderes dejaron de pedir auxilio y ahora padecían un pánico místico estirando sus caras. El asombro había contagiado también a los malhechores. Aquella

pena de hombre haraposo, Remo, se movía sin incomodarse por sus heridas, con la faz pacífica de quien no padece dolor.

—¡No eres un mendigo... Eres un demonio!... —gritó uno de aquellos desgraciados contemplando la curación milagrosa. Pese a todo, trató de acertarle la cabeza de un garrotazo. Remo no lo detuvo, no hizo ademán de esquivarlo siquiera. Se dejó golpear y el garrote escapó de las manos de su dueño como si hubiese rebotado contra el muro de un castillo. El bandido trató de recuperarlo y comprobó que estaba partido, hecho astillas. Remo no tenía ni un rasguño en la cara. Se acercó al tipo incrédulo y le cortó la cabeza con su espada, con tal velocidad que, en el suelo, la testa aún parpadeó incrédula. El otro ladrón echó a correr, pero él, repleto de energía, no tardó en darle alcance y muerte. Simplemente lo agarró por detrás y en un ademán rápido giró su cabeza hasta que los huesos de su cuello crujieron. Los mercaderes no dejaban de mirar a los muertos que Remo había dejado en el camino.

—¿Eres un enviado de los dioses? —preguntó dubitativo uno de los comerciantes, arrodillado—. Nosotros hemos sido buenos contigo, por favor no nos hagas daño...

—Nada tenéis que temer de mí, os agradezco el haberme acercado hasta aquí. No me envían los dioses, pues se olvidaron de mí hace ya tiempo. Continuaré hasta la ciudad a pie. Cobraos mi transporte como es debido de los bolsillos de estos ladrones y no gastéis tiempo ni fuerzas en sepultarlos. Las aves de carroña se merecen carne podrida.

Se alejó caminando hacia la puerta sur de la ciudad.



## CAPÍTULO

### 3

## Regreso a Venteria

Remo puso pie en Vestigia después de un año largo, repleto de días de plomo, estirado por la sinrazón, después de mil peripecias. Barbudo y presa de un desaliño propio de la mendicidad, desembarcó junto a una carga de pescado putrefacto en Nurín, en otoño, rozando los albores del invierno. Remo el loco, podrían haberlo llamado si un poeta juglar hubiese detenido su mirada en sus ojos profundos, hilarantes, cimbreados por las tempestades marinas. Aquellos mercaderes de muebles se lo pensaron bastante antes de aceptarlo a bordo de su carronato, pero finalmente Remo había podido devolverles el favor salvándolos de los asaltantes.



Remo cruzó la puerta sur de Venteria mirándolo todo como si fuese un forastero. Temía que no lo fuesen a dejar entrar. No en vano pendía un exilio forzoso sobre sus hombros. Pero al decir su nombre en la aduana de entrada, pasó sin problemas. Trento se había comprometido a levantarle el veto y, por lo pronto, parecía que así era. Repasaba las calles con nostalgia, con su mano derecha acomodada en la cintura, profiriendo caricias al pomo de su espada. Once años sin pisar esa ciudad y aún creía reconocer algún rincón. Los grandes monolitos, las estatuas subidas a enormes pedestales, los edificios emblemáticos seguían intactos, pero algo más sucios que de costumbre. Cuando cruzó la puerta, esos hitos colosales fácilmente visibles desde cualquier punto abierto de la ciudad sí que le traían recuerdos, pero las barriadas estaban muy cambiadas, no reconocía las viviendas ni el ensortijado de callejones que se abría ahora en la parte baja de la puerta sur. Tenía sed, así que se despachó en la primera fuente que encontró, aunque de sobra sabía que era un abrevadero de caballos. Tenía restos de sangre de la pelea y, aunque se disimulaban por la mugre pestilente que acumulaba en sus pobres ropajes, al menos deseaba lavar sus manos.

Veía a Venteria, eso sí, más oscurecida y decadente. Abundaban las prostitutas allí en la zona baja; los vendedores ambulantes, seguro que con mercaderías robadas, no llamaban la atención de la guardia que patrullaba con peores rostros aún que los borrachos hacinados en las cantinas. Un caos donde los niños mugrientos suplicaban a los viajeros limosna. Donde lisiados de la guerra hacían trucos de cartas y los comerciantes empujaban para que nadie asomara las narices a los fardos de sus mulas mientras trataban de llegar a los barrios gremiales, donde descargar sus mercancías.

«Supongo que yo también he cambiado», pensó Remo mientras asimilaba en sí mismo esa ruina, esa depravación y ese oscurecimiento. Antes, cuando era un soldado, cuando sus razones vitales se resumían en dar felicidad a su esposa Lania y cumplir las órdenes del capitán Arkane, aquellas calles relucían y los transeúntes saludaban al maestro de armas, de corazón, alegrándose de su visita. De cuando en cuando, llovían pétalos de rosa desde los balcones, cuando regresaban con alguna victoria de guerra.

Rascándose la barba enredada, bostezó largamente. Apartó de su cabeza pensamientos oscuros y le dio por reír al pensar si lo podría reconocer Sala tras aquellos pelos ocultando su rostro. La buena de Sala... Aún recordaba su mirada amplia, su sonrisa enorme, su maldita manía de llevarle la contraria, con tristeza reconocía que la recordaba más a ella, mujer con la que jamás yació, que a Lania. Tras ella había surcado océanos y había rebuscado entre montañas y tribus, reinos y poblados, en un año más de desesperanza... Sí, otro año más desperdiciando su vitalidad por Lania, su amor perdido, la mujer que siempre recordaba al despertar. Viva o muerta, su suerte seguía siendo un misterio para Remo. Una condena perpetua y dolorosa.

Preguntó por la posada de la señora Múfler y, en el barrio de los carpinteros, aún en la parte baja de la ciudad, dio con el lugar del que Sala le había hablado. Allí las calles se estrechaban y se perdían de vista los palacios y templos, las murallas de la parte alta de la ciudad.

—Buenas tardes.

Una señora gorda, con el rostro enrojecido, lo miró con una sospecha en la punta de sus pupilas. Parecía persona de no dar por sentada la buena voluntad de los desconocidos.

—Aquí se paga por adelantado... —dijo Tena Múfler sin disimular su juicio.

Remo se ruborizó bajo la barba. Debía de tener un aspecto horrible. No le había importado mucho durante su trayecto a través de islas y remotos parajes, pero ahora frente a la casera de Sala, se sentía culpable y ridículo. La primera imagen que su amiga iba a contemplar era desastrosa. En el reflejo deformado de una pequeña jarrita decorativa donde podía leerse «La pensión Múfler», pudo verse similar a uno de esos demonios peludos, cuyo rostro solo poseía unos labios y dos ojos negros brillantes en la oscuridad. Todo lo demás era un enjambre salvaje de pelo, similar a la espalda de un erizo.

—Busco a Sala —sentenció Remo.

La mujer lo miró acentuando más la desconfianza que despedían sus ojos.

—¿Y qué quiere de ella?

A sus oídos llegó el rumor de risas provenientes de un salón contiguo a la recepción de la pensión. Trató de discernir si entre aquellas carcajadas revoloteaba alguna familiar.

—Dígale a Sala que Remo ha venido.

Múfler ahora palideció y, como si acabase de ser insultada se marchó. Remo temía que llamase a la guardia del barrio.

—¡¿REMO?! —chilló una voz femenina—. ¡Remo, Remo, Remo!

Era Sala, no cabía duda. Corriendo como se propaga la alerta de un incendio, la chica se precipitó hacia el recibidor inundándolo de una luz especial que portaban sus enormes ojos plagados de lágrimas de miel. Sus pasos no llegaron a detenerse pero, cuando tuvo delante a aquel andrajoso deterioro de sus recuerdos, frenó su avance alocado con el que dio tumbos al salir del salón apresuradamente.

—¿Remo, eres tú?

Ahora él usó toda la extensión de su sonrisa luchando por que la barba no disimulase su gesto. La chica se tapó la nariz mientras lo inspeccionaba. De pronto se abalanzó hacia él en un abrazo sin concesiones a más dudas.

—¡Remo, Remo... Remo... los dioses me han escuchado!

—Tranquila, no me estrujes, estoy cansado, me vas a lastimar.

—Apesta... pero estoy tan contenta de verte, que me da igual, ¡no te soltaré maldito cabezota! ¿Por qué has tardado tanto, Remo? ¿Qué demonios has estado haciendo todo este tiempo... cuánto Remo, un maldito año lejos? ¡Me alegro de verte! Remo, Remo... ¡Remo!

Sintió una punzada de angustia en su garganta, muy semejante a la nostalgia, muy semejante a la sensación de saberse de regreso a un lugar, de sentir la pertenencia. Apretó las mandíbulas para alejar ese sentimiento. Mejor, sí, sin sentimientos. Lentamente, correspondió al abrazo de Sala, avergonzado por el mal olor.

—Ven conmigo ahora mismo. Nadie debe verte así.

La mujer lo agarró de la muñeca y se precipitó tirando de él hacia las escaleras de madera. La siguió a duras penas al piso de arriba, y después

más arriba aún. En la tercera planta, Sala abrió una puerta y tiró de él para hacerlo entrar.

—Estas son mis dependencias en la casa Múfler, la señora que te atendió, Tena Múfler, es como mi madre. Es una mujer desconfiada, perdónala, pero...

Remo percibió en la nariz un manjar perfumado. El olor femenino de la estancia era tan opuesto a lo que él había vivido en ese tiempo, que se sintió aún más sucio y nauseabundo. Ciénagas, sal marina, estiércol, sangre, vísceras, fango y madera putrefacta se mezclaban con el sudor acumulado, con la mugre del cansancio y muchas inmundicias impronunciadas en las que se había rebozado... y, por supuesto, pescado crudo descompuesto: la ruina de su amigo Naufres.

—Te estoy apestando el cuarto —dijo él tímidamente.

—Ven.

Sala volvió a tirar de su muñeca. En una pequeña habitación contigua, Remo adivinó el propósito de la mujer, pues una gran bañera de madera, simulando un tonel partido por la mitad, presidía la estancia junto a una colección de jabones. Olía a cera e incienso, a perfumes cercanos al olor de las rosas mojadas. La chica comenzó a desnudarlo sin preguntar. Cada prenda que le quitaba venía acompañada de un «¡qué asco, Remo!» o un: «desde luego eres un cerdo». En las últimas prendas tuvo que rogarle que lo dejase a él hacer el trabajo. Ella fue a calentar agua y, al poco, volvió para verterla en la bañera. Una navaja de afeitar con el mango de marfil señalaba el final de los días de la barba de Remo.

—Remo... ¿puedo preguntarte algo? —sugirió Sala mientras lo enjabonaba. Remo podría haberse bañado a solas, pero la dejó hacer ocultando con la espuma ciertas zonas.

—Pregunta.

—¿Encontraste a... Lania?

Remo guardó silencio, dejándose llevar por el vapor balsámico que entraba en su nariz... Lania. Su nombre sonaba muy bien en la voz musical de Sala. Lania. Una dama vestida de blanco, bellísima, flotó unos instantes visualizándose en el agua caliente, danzando en las ondas.

—¿Acaso la ves aquí junto a mí?

El tono de Remo fue grosero y se temía la típica contestación enrabiada de Sala, pero no sucedió.

Ella estuvo especialmente silenciosa mientras le frotaba la espalda, mientras lo afeitaba, de hecho Remo deseaba escucharla, ese alboroto, ese torrente infructuoso de preguntas con el que solía atosigarlo, de supuestos que él debía resolver, de ejemplos absurdos en los que ella haría tal o cual cosa... pero Sala permaneció silenciosa, allí de pie junto a la bañera, acicalándole.

En sus ojos Remo pudo adivinar ciertas sombras, cierta vigilia. No preguntó, estaba tan cansado que cuando Sala le ofreció su cama para tenderse, Remo no la rechazó. Se tumbó dejándose descansar, permitiéndose el lujo de la cortesía, de apartar preguntas tontas, de esgrimir modales absurdos. Se alegraba de aquella decisión de volver a Venteria. Estaba exultante por disfrutar de un colchón tierno y de una cena caliente, liberado de la mugre y la peste, de los recuerdos.

Antes de dormir, no pudo evitar escuchar una conversación que sucedía detrás de la puerta de la habitación de Sala, un rumor.

—¿Se lo has dicho ya? —preguntaba una voz más tosca... seguramente era Múfler. Podía imaginarse sus mofletes enormes batiéndose como flanes en el pasillo, a la luz de las velas.

—No, quiero que descanse primero. Avisa al chico, dile que envíe un mensaje a Cóster —decía Sala en susurros.

—Menuda pinta traía. Me dio un susto de muerte, venía asqueroso... Hija, ¿estás segura de que este hombre...?

—Es Remo. Tú no lo conoces. Anda, acuéstate.

—¿Y tú? ¿Dónde vas a dormir tú? ¿No estarás pensando en dormir con él...?

—Múfler, no te metas en mis asuntos...

Dicho esto Sala entró en la habitación y dejó a la mujer refunfuñando en el pasillo. Remo se hizo el dormido, tenía los ojos entornados convirtiendo la silueta de la mujer en una borrosa copia de una nébula. Ella soltó su pelo frente a un espejo. Cayó una melena negra sobre sus hombros. Después fue

al cuarto donde lo afeitase y volvió ataviada con un camisón. Remo perdió ángulo de visión mientras ella se acercaba a la cama. Entonces percibió cómo el peso de la mujer acomodaba un vaivén imperceptible en el mullido de pieles. La mujer le acarició el cabello. Remo tenía ganas de darse la vuelta, de mirar aquellos ojos que otras veces había recordado en la soledad de noches frías, en la soledad de camas más duras, de piedras gélidas y pieles malolientes de animales muertos con los que la desesperación le había hecho abrigar su cuerpo. Al mismo tiempo sentía el sosiego de la falta de premura, de estar en un oasis temporal, en lugar seguro; y quedó dormido preguntándose acaso si había llegado el momento de dejar de buscar a Lania...

Al no darse la vuelta, Remo no pudo contemplar el temblor de la barbilla de Sala, ni la cuantía de sus lágrimas, ni de cómo no pudo conciliar el sueño simplemente contemplando el infinito de su nuca.

—Remo... yo...

Sala solo emitía susurros, realmente no deseaba despertarlo, eran apenas audibles para sí misma. Después de más de un año lo tenía allí, de vuelta. «Tranquila, seguro que volveremos a vernos», eso había dicho Remo la última vez que lo había visto cuando se despidieron en Pozo de Luna, después de tantas peripecias. Había pasado un año y... precisamente ahora...



## CAPÍTULO

### 4

## La misión

El canto de un gallo despertó a Remo, sudoroso. El sol combatía en su piel colándose por la ventana. Se incorporó, tenía entumecidos los músculos y disfrutó estirando su cuerpo. Miró a su alrededor y descubrió el espejo que debía de usar Sala cada mañana para acicalarse. Se sorprendió de la perfección de su afeitado, pues andaba ya acostumbrado a rascar la maraña de su barba.

Abajo encontró una reunión improvisada. Viejos amigos, Trento y Lorkun debatían arrimados a la mesa central del salón de la posada. La alegría que sintió fue tan grande, que no se preguntó los motivos que podrían haberlos juntado. Abrazó a Trento y Lorkun con mucha efusividad,

pues eran muchas las lunas que los habían separado desde aquella última vez...

Remo se interesó por ambos, por su suerte en ese año en que había estado fuera. Lorkun explicó cómo volvió al templo de las Montañas Cortadas a seguir su camino como sacerdote del dios Huidón. Rezumaba paz en sus palabras, se le veía contento. Trento narró escuetamente las nuevas sobre su estatus en el ejército, a saber, después del incidente en la Ciénaga Nublada, el joven capitán Sebla lo había separado de la compañía de hombres que era habitual y lo dedicaba a «trabajos especiales», normalmente aburridos y rutinarios. Trento estaba al día de todo lo que acontecía en la corte y, por lo visto, el retirado general Rosellón había sido empleado como consejero real, y al difunto Selprum Omer se le hizo un funeral lujoso. El puesto de General de la Horda del Diablo había recaído en Gorcebal, de los hacheros. Era la primera vez que el alto mando de la compañía no era un cuchillero.

—Remo el desaparecido, se te ha echado de menos, amigo, a saber de qué entuertos habrás salido —dijo Lorkun con su voz pausada. Vestía una túnica propia de los religiosos, con la marca del dios Huidón visible entre bellos bordados que semejaban naturaleza muerta.

—Cuéntanos Remo —animó Trento.

—Vengo de padecer en el mar, como siempre. Estuve capturando atunes dorados.

—Vaya, son pescados muy caros... ¿te has cambiado al oficio de pescador?

Lorkun parecía entusiasmado. Era de esas personas que de veras prestan atención a una historia como aquella.

—Estaba arruinado y conocí a un buen hombre: el capitán Naufres. Él sabía dónde encontrar atunes dorados, pero cuando habíamos llenado las bodegas, la maldición de los dioses...

—Los dioses no creo que anden ocupados maldiciendo barcos de pesca —comentó Lorkun reprendiéndolo cautelosamente por la blasfemia.

—Lo siento... aunque te vea vestido de sacerdote nunca recuerdo tu apego religioso. Para mí, siempre serás el malnacido lanzador de cuchillos



con más puntería del ejército de Vestigia —dijo Remo a modo de disculpa. Su comentario arrancó carcajadas en Trento—. El caso es que todo acabó mal. El pescado se pudrió. Desembarcamos el estiércol donde pudimos, en tu tierra, Trento.

—¿En Nurín?

—Sí. Naufres no tenía ni para pagar el amarre, pero al menos nos condujo sanos y salvos entre tempestades.

Los ojos de Remo se quedaron vidriosos recordando los estragos de la mar. Naufres, el capitán del navío pesquero «Espejo de los mares», lo había aceptado como tripulante atendiendo más a sus súplicas que a la razón. Remo, en la miseria, después de que unos tipos le robasen en Bifenia, una isla del archipiélago de Estingol, no tenía idea de cómo salir de las islas hasta que conoció al capitán. Como siempre, después de sus pesquisas, no había encontrado ni una sola pista sobre Lania en aquellas ínsulas...

—Has llegado en el momento oportuno compañero —apostilló Trento con cierto misterio, y su voz sacó a Remo de sus recuerdos.

—¿Y Sala? Esta mañana no la he visto.

Remo sabía que no era casualidad que estuviesen allí Trento y Lorkun, sabía que ocurría algo fuera de lo normal que había propiciado que sus dos amigos acudieran a Venteria. Cierta actitud recatada de Sala en el día anterior, ya le puso sobre aviso de que algo extraordinario acontecía. Esperó para preguntárselo directamente a la mujer, pero no tuvo que hacerlo.

Al poco de terminar el desayuno, Sala irrumpía en el comedor acompañada de varios hombres. Por sus atuendos, identificó a tres soldados que ejercían de escoltas de un hombre de avanzada edad ricamente vestido, seguramente un noble, para el que Trento y Lorkun tuvieron un saludo respetuoso. Junto a ellos, un hombre más joven pero de rostro altivo vestía de forma peculiar y otro abrazaba ya a Sala con familiaridad. Se dejó oír Tena desde la recepción alzando la voz diciendo: «Buenos días, señor Cóster».

—Remo, deja que te presente a Lord Véleron... de quien seguramente habrás oído hablar. Viene acompañado de su jefe de armas Rílmor Osíleon, estos son sus hombres. También te presento a Cóster, amigo y colaborador

mío desde hace años —dijo Sala provocando un desfile de reverencias de los presentados.

Remo sintió entonces un presentimiento que le molestó. Sentía que se había terminado su paz, que algún oscuro designio traía escrito aquel noble en sus ojos arrugados. No se inmutó, ni se acercó a saludarlo con reverencias conforme a su posición; hacía años que Remo no respetaba los títulos nobiliarios.

—He oído hablar de un vino, un jugo de uvas que se llama «Valle de los Véleron», pero no conozco a este señor. He oído hablar de su casa y de sus tierras, de la guarnición de soldados que presta para el ejército...

—Muestra cortesía al representante vivo de una de las casas más importantes de Vestigia —reprendió el jefe de armas de Lord Véleron, que destacaba entre los demás por su sombrero esperpéntico, atestado de plumas.

—Rílmor, no confundas la sinceridad con la descortesía —dijo Sala secamente. Parecía muy nerviosa—. Múfler, trae comida y bebida.

Después de instalarse en unas sillas, Lorkun tomó la palabra.

—Remo, hemos recibido la visita de Lord Véleron porque unas desgraciadas circunstancias han traído la pena a su casa y ensombrecido la paz de Vestigia. Has estado de viaje y quizá no te hayas enterado del suceso que puebla la tristeza de toda Vestigia... es muy reciente, y aún se llora la desdicha...

La elegancia y la sabiduría de «el Lince» siempre sosegaban el ímpetu de Remo. Sin embargo fue Trento quien continuó el relato. Directo al grano.

—Remo, el hijo de Lord Véleron, el joven Patrio Véleron, ha sido secuestrado. Pasan los días sin que tengamos noticias de él. Tenemos razones para pensar que, dada la crueldad de los secuestradores, su vida corre peligro si no es rescatado inmediatamente. ¡Tenemos que hacer algo!

Remo llevaba observando a Trento toda la mañana. Parecía tener un pacto con los dioses. La barba corta se dejaba pintar en algunas zonas de blanco, como sus cabellos, pero en su rostro todavía la juventud dominaba las facciones. Su cuello ancho, sus brazos fuertes, la reciedumbre de sus

maneras, sus manos curtidas. ¿Qué edad tenía Trento? Desde que lo conocía ese hombre siempre le pareció experto sin llegar a ser viejo.

—Trento, si debes un favor a estos señores, dime en qué consiste...

Remo, con los ojos muy abiertos asimilaba la noticia y trataba de explicarse el porqué de aquella reunión. En su fuero interno compadecía a aquel padre desolado. El puzzle encajaba. Seguramente Trento tenía tratos como militar con esa casa nobiliaria y se sentía responsable... O lo habían contratado para el rescate. Estaba claro que su amigo le requería para embarcarse en una misión peligrosa. Miró a Sala, anormalmente silenciosa. No podía descifrar sus pensamientos.

—Mis condolencias... es una desgracia perder a un hijo pero... ¿no es esta una cuestión para que la resuelvan las autoridades? ¿Cómo un hombre de su posición está hoy aquí urdiendo una reunión furtiva para un grupo de rescate? Porque imagino que de eso se trata, ¿no?

Fue Cóster, el socio habitual de Sala quien tomó la palabra para responderle.

—El problema amigo Remo, estriba en que el hijo de Lord Véleron ha sido secuestrado por antiguos componentes del ejército de Nuralia... No hace falta que te expliquemos a ti lo que eso implica. Según los tratados de paz que se firmaron después de la Gran Guerra, ningún contingente armado puede cruzar las fronteras... El Rey en persona hablando con Lord Véleron expuso su pesar y explicó que había dado aviso al embajador de Nuralia; envió personalmente una carta al Rey Deterión para que se persiga a los criminales, pero no autorizará oficialmente a ninguna fuerza armada para cruzar la frontera y buscar a su hijo. Pese a todo, concedió un salvoconducto real para un grupo de rescate, bajo el compromiso de los Véleron de mantenerlo en secreto. Inmediatamente después partieron doce hombres de la guardia personal de Lord Véleron en pos de los secuestradores, sin embargo no tenemos noticias de dicho contingente. Remo, ni siquiera estamos seguros de que pudieran alcanzar los pasos fronterizos.

Remo sonrió misteriosamente.

—Nuestro sabio Rey ha pedido a Nuralia que detenga a criminales nurales... comprendo la desesperación de Lord Véleron —dijo Remo sin ocultar un sarcasmo despiadado al pronunciar ciertas palabras—. Seguramente el viejo Deterión, Rey de Nuralia, está brindando ahora en palacio por las noticias funestas que aquí os apenan. Eso, si es que no es él quien ha urdido esta trama... De todas formas, yo creo que será cuestión de pagar el rescate que pidan. Si se lo han llevado, pedirán rescate. Esa tropa que enviasteis, ¿cuánto hace que partió?

—Hoy hace un mes que se fueron —apuntó el jefe de la guardia.

Remo no pudo evitar hacer un gesto negativo con la cabeza.

—¿Qué paso eligieron para cruzar La Serpiente?

—El Paso de los Dragones; era el más cercano.

—Bueno, supongo que una tormenta de nieve podría haberlos retrasado. Quizá estén a punto de notificar su tránsito... ¿No hay nada en los postes notariales? Llevando ese salvoconducto real «especial», es posible que no lo notifiquen públicamente. ¿Qué sabéis de los secuestradores?

—Poca cosa —decía Rílmor agriando el tono de su voz—. Hay muchos misterios que rodean este desastroso acontecimiento. Para empezar, se sabe que más de diez individuos a caballo y al menos siete a pie, acompañados de un carromato cruzaron la frontera de Vestigia armados y bien pertrechados para cumplir su plan. Pero nada consta en los pasos fronterizos. Los notificadores aquí en Venteria no han dejado constancia de que un contingente así haya atravesado los pasos. En las rutas de comercio tampoco, nada que levante sospechas. Fue gente de pueblos linderos a las tierras de Lord Véleron los que avistaron al grupo en su incursión desde el norte y después en su huida.

—Mirad. —Ahora Remo detuvo sus ojos en Sala. Le guiñó un ojo. Suponía que la mujer no deseaba verlo partir de nuevo a afrontar peligros, recién llegado a Venteria. Pensaba que era un buen momento para demostrarse a sí mismo que iba a cambiar su medio de vida. De pronto Remo quería quedarse y no pensar, deseaba pasar tiempo en compañía de Sala y Lorkun y dejarse llevar por la paz. Nada de viajes inesperados, nada de aventuras, peligros, sufrimientos, hambre y miseria. Estaba cansado.

Estaba muy cansado de sangrar, cansado de enfrentarse al destino. Cansado de buscar—. Es un elogio que hayáis pensado en mí para esto, pero no tengo intención de ir a Nuralia a rescatar a nadie. Lo siento señor Véleron, le deseo suerte, de corazón, creo que será un tema diplomático. Estoy seguro de que si presionan al embajador de Nuralia acabará dando la cifra, secuestrar a un noble no lo hace cualquier loco, saltándose los tratados, debe tener apoyo. Lo lamento pero es una empresa penosa, difícil, seguro que bien pagada, pero ahora mismo lo que yo necesito es descansar...

La ira se reflejaba en los ojos de los que lo acompañaban, sin embargo, en la mirada del noble no había rencor hacia él por expresar su decisión. Lo que más sorprendió a Remo fue comprobar cierta crispación en el rostro de Sala. Trento se acercó mientras Lord Véleron y los suyos se marchaban después de despedirse escuetamente.

—¿Qué te ocurre, amigo? ¿Cómo rechazas algo así? —preguntó Trento con expresión incrédula.

—No quiero más aventuras, estoy muy cansado.

—¿Por qué no esperas a conocer todos los detalles? Ahora vuelvo, voy a pedirle a Lord Véleron que nos reciba en su castillo...

Trento salió corriendo para alcanzar al séquito.

—¡No me convencerás! —le gritó Remo un poco molesto por la actitud incomprensible de sus amigos. Sala se perdió escaleras arriba. ¿Qué le sucedía?

—¿Qué demonios le pasa? —preguntó Remo a Lorkun, que había permanecido en silencio.

Lorkun sacó pacientemente su pipa para fumar. Interrumpió la tarea de encendido para contestarle. Seguía teniendo esa elegancia en cada movimiento. Esa tranquilidad que a veces crispaba los nervios de Remo.

—¿No lo sabes? Sala debiera habértelo dicho.

—¿Qué?

—Patrio, el hijo de Lord Véleron, había pedido en matrimonio a Sala. La boda iba a ser un gran acontecimiento... No han tenido suerte.

Remo quedó boquiabierto, vacío.

Las palabras de Lorkun: «había pedido en matrimonio a Sala», hacían eco silencioso en su cabeza una y otra vez. Su corazón se aceleró y tuvo un resumen mental de todos los indicios, los detalles extraños en el comportamiento de la mujer, que ahora encajaban perfectamente en el descubrimiento de la verdad.

—¿Qué sientes, Remo? —preguntó Lorkun.

A Remo le fastidió esa pregunta. Sorprendido, tenía la sensación de haber sido manipulado sin conocer la verdad. ¿Por qué demonios Sala no le había contado toda la historia antes de la reunión?

—Pena por Sala...

Remo caminó hacia la calle estirando sus brazos. Fuera dio la vuelta a la casa y contra uno de los pilares que sostenían las caballerizas de la posada golpeó con su puño con fuerza. Esa fue la manera de decir adiós a su retiro de paz...



CAPÍTULO

5

## En el castillo de los Véleron

Sala se mostró especialmente efusiva cuando conoció su cambio de parecer y lo agasajó con abrazos y agradecimientos interminables. Remo intentó evitarlos pero con esa mujer era imposible, Sala parecía asumir que, si él se inmiscuía en la tarea, el secuestro terminaría felizmente, pero Remo tenía muy claro que no iba a ser tarea fácil atravesar la frontera con Nuralia, encontrar al hijo de Lord Véleron y traerlo de vuelta.

Llevaba más de once años buscando a su amada Lania infructuosamente como para suponer que una búsqueda podía complicarse. Sin embargo, aquella empresa nada tenía que ver con su fallida pretensión de recuperar a

Lania y, en esta ocasión, contaban con evidencias del posible paradero del secuestrado. El hecho de tener que emprender una búsqueda de naturaleza semejante le producía inquietud y desasosiego, le traía recuerdos de la ansiedad de los primeros puertos, las primeas pesquisas, los primeros lugares en los que persiguió la estela de su mujer hasta que se hizo invisible. En aquel tiempo, él había estado preso y, cuando lo exiliaron de Venteria y pudo iniciar su búsqueda después de la vista de su condena, Remo ya poseía varios meses de desventaja con respecto a Lania. Sabía que el tiempo era muy importante y asimilaba correctamente la reacción de Lord Véleron de iniciar la búsqueda con aquella avanzadilla. Sin embargo, más importante que la prisa era acertar con el destino y, sobre todas las cosas, preparar bien el viaje.

Remo acudió junto a Sala, Trento y Lorkun al castillo de los Véleron, suponiendo que, además, podría recopilar más pistas sobre los secuestradores. Trento le consiguió un caballo viejo, botas, calzas de cuero y una cota de malla. Si todo salía bien, con la recompensa caudalosa que prometía el noble podría pagarle a él y a Sala, que le procuró una camisa de franela para acomodar bien la cota. Sintió vergüenza ante sus amigos al confesar su ruinoso economía, pero ninguna palabra salió de su boca en agradecimiento, quizá porque su orgullo le impedía proferirla, quizá porque Remo hacía mucho tiempo que había dejado de usar ciertas formalidades y, en el fondo, porque la misma generosidad la habría empleado él para con ellos.

Lord Véleron les tenía preparada una bienvenida hospitalaria teniendo en cuenta las circunstancias tristes que asolaban su tierra. Había convocado en sus tierras a amistades y benefactores para hacer causa común, con el objetivo de formar un nuevo grupo que habría de devolverle sano y salvo a su hijo. El noble era prácticamente el dueño del gran valle de Lavinia, que daba nombre a la provincia. Una extensión de terreno fértil entre dos serranías, dedicada en su mayoría al cultivo de olivos.

Remo pudo dejar su petate en lujosos aposentos antes de acudir a la cena. Dos esclavas lo invitaron a un baño. Apoyó su espada en la pared mientras recibía los cuidados de las sirvientas. No le quitó ojo mientras su



mente divagaba como las ondas del agua de la tina donde lo bañaron. Fue el único que acudió a la cena armado. Su espada en el cinto, o a la espalda, era una vieja costumbre y solo se desprendía de ella si podía contemplar con sus ojos el lugar exacto en que la ubicaba. Por mucha seguridad que le inspirase saberse guarecido en un castillo, Remo no se arriesgaría dejando su espada con la piedra de poder en aposentos ajenos.

—Es de mala educación traer armas a una cena elegante —se burló Rílmor. Parecía dispuesto a humillar a Remo delante de la oligarquía de los Véleron. Él no le contestó.

Sala se había vestido primorosamente, como una dama de alta alcurnia, aunque con colores apagados y sin el exceso de ungüentos que exhibían las damas de los señores invitados a la cena, llevando un luto medido, que mostraba la pena pero no la desesperanza. Después de un protocolo de presentaciones, Remo fue sentado en un lugar muy alejado de la cabecera de la mesa donde colocaron a Sala. Le lanzó miradas esquivas durante el banquete, y fue testigo de cómo la madre de su prometido no dejó de hacer comentarios y tener complicidades con otras mujeres, proferir sollozos y alguna que otra invitación al cotilleo, pero jamás cruzaba palabra con Sala.

El pato asado estaba exquisito. Mientras todos departían sobre tiranías y cuchicheos absurdos, normalmente partiendo de la desgraciada situación de su anfitrión, Remo se dedicó a comer bien, a repartir su hambre en manjares variados y a beber con moderación. En definitiva, como cuando era militar, siguiendo los consejos de su Capitán y maestro Arkane: «el guerrero que se prepara en la paz, tiene ventaja en la guerra. Nunca rechaces un trozo de pan, ni un racimo de uvas en vísperas de pasar hambre o su recuerdo te escocerá en las tripas».

—Espero que el banquete sea del agrado de los valientes que irán en busca de mi hijo —dijo el señor de las tierras una vez que los esclavos dejaron servido el postre—. Pagaré mil monedas de oro a cada uno si me traen de vuelta mi mayor tesoro. —Al decir esto, la madre de Patrio no pudo contener las lágrimas. Sala intentó consolarla pero ella rehusó su compañía.

Remo, desde el fondo de la mesa, contempló la escena agradecido de no estar en las bancas cercanas al drama. Odiaba los sentimentalismos, por muy justificados que estuvieran. Sala no debía ser del agrado de la madre de Patrio a juzgar por la mirada de desprecio que con ella gastó la señora.

Mil monedas de oro; jamás le habían pagado semejante suma por eliminar a nadie, o por cualquier otra empresa.

—El capitán de mi guardia personal, Rílmor, nos explicará el plan de rescate.

El remilgado se levantó y con paso firme se fue junto a un panel y tiró de una tela mostrando un mapa.

—Suponemos que nuestros adversarios llevan al joven y valioso Patrio hacia el interior de Nuralia, a juzgar por las pesquisas que hemos realizado hasta ahora, que revelan fuera de toda duda que se trata de un contingente Nural —decía señalando con una vara las tierras superiores a la cordillera de La Serpiente, representada por el dibujo de un reptil—. Así que conduciré a mis hombres hacia el corazón de Nuralia, donde espero recabar información sobre el paradero del secuestrado. Diremos que somos el séquito que ha de pagar su recompensa. La prioridad será localizarlos, atacar y vencer a esos malnacidos. Les puedo asegurar que traeremos de vuelta a nuestro querido Patrio. Suponemos que en mitad de dicho camino los que partieron ya se sumarán a nuestro contingente. Juntos derrotaremos a esos bellacos sin levantar suspicacias ni conflictos mayores, porque los dioses estarán a nuestro lado para conservar la fina luz de la estrella que era y es nuestro divino y amado Patrio Véleron.

La mesa estalló en aplausos, todos enaltecidos por el fin victorioso dibujado por el capitán de la guardia que, como si de una función teatral se tratase, realizó hasta reverencias en contestación educada a los aplausos.

En la euforia ni Sala, ni Lorkun, ni por supuesto Trento habían participado.

—¿Tenéis algo que decir? ¿Alguno de los colaboradores posee alguna información o plan alternativo que pudiera ser de interés?... Sorbina, antes

de procurar hecatombes a los dioses, nos deleitará ahora con unos cánticos de esperanza inspirados en...

Remo se levantó. Por un momento, parecía que iba a tomar la palabra, pero sencillamente dirigió sus pasos hacia la salida del gran salón, después de limpiarse primorosamente la cara y las manos en su servilleta. Un murmullo de indignación poblaba la mesa y, Lord Véleron, en su semblante, parecía como si acabase de recibir un escupitajo.

Sala se levantó inmediatamente y se fue detrás de Remo. Fuera, un cielo despejado con una luna enorme parecía distraído y ausente a las desgracias humanas.

—¿Qué te ocurre? —preguntó la mujer al alcanzarle.

—No estoy dispuesto a estar a las órdenes de ese bufón.

—No tendrás que estar a sus órdenes. Mañana será cuando se constituya el grupo de verdad, esto es solo una recepción de amigos donde el señor presenta su problema a gente que le es de confianza y que, a buen seguro, colaborará económicamente para reunir el rescate. Es una presentación, nada más. El capitán de la guardia puede que no te caiga bien, pero es de plena confianza de Lord Véleron.

—Ese mequetrefe no tiene ni idea de a qué nos enfrentamos. Ni tú tampoco. Esto parecía una función de circo. Las cenas y los cánticos no sirven para nada, mucho menos las hecatombes a los dioses...

—Las cosas entre los nobles son así, no se trata más que de formalidades.

—¿Estás de acuerdo? ¿Estás de acuerdo en esa parafernalia? Menuda imbecilidad de plan, ese Rílmor es un inepto, conseguirá que nos maten a todos. Si él va, no cuentes conmigo, Sala. ¡Menuda hipocresía de banquete, por todos los dioses...! Esa gente no tiene sangre en las venas. Me sorprende que tú aguantes todo esto, estas estupideces lo único que sirven es para retardar nuestra salida. Cánticos de esperanza... casi vomito ahí mismo. Necesitamos inspeccionar cuanto antes las pistas que dejaron y partir... Ese mentecato asegura que nos enfrentamos a nurales, como si eso fuese una gran pista. ¡Nuralia es tres o cuatro veces más grande que Vestigia! Yo con ese idiota no voy, Sala...

—Remo, no me lo pongas difícil por favor, el Capitán de la guardia debe ir, nos será útil y lo sabes...

—¿Qué te sucede, Sala? Te veo cambiada.

—¿Por qué dices eso?

—¿Qué demonios haces tú rodeada de toda esta gente? No creas que no me he fijado...

Ahora Remo la miró inquisitivamente y ella apartó la mirada.

—Sala, esta gente no te quiere. La madre, menudo gesto que te hizo... tantos modales ¿para qué le sirven?

—Está nerviosa por la suerte de su hijo...

—No te reconozco aquí, vestida como una muñequita, rodeada de esos petimetres altivos. Hasta para las penas tienen protocolos, siempre rodeados de su corte de esclavos que les limpian la mierda bajo las uñas, me dan asco. Celebran un banquete para exponer formalmente un secuestro... Tú aquí no encajas.

—¡Vete al infierno!, ¿quieres? ¿No puedes ser comprensivo después de lo que ha sucedido? ¡Compórtate bien con esta gente! ¿Que no encajo? ¿Qué te crees que he estado haciendo en Ventería durante años? Codearme con gente parecida y disparar flechas por las noches... Pareces un perro pulgoso que no sabe estar en compañía de nadie.

—Mis pulgas y yo podemos desaparecer mañana mismo, pero recuerda que me necesitas. Y después de ver al descerebrado ese, te aseguro que me necesitas mucho más de lo que piensas. Menuda exposición que ha hecho. Me daban ganas de pisarle el cuello. Pero vamos, peor es verte a ti vestida así...

—¡Eres una maldita mala idea que he tenido Remo...! —gritó ella después de abofetearlo—. Sí, Remo, como siempre llevas razón —ahora bajaba la voz de nuevo—. No me quiere, esa mujer me odia. Aquí no encajo. Yo soy como tú, vengo de la nada, ¿cómo iba la madre de Patrio a quererme? Pero lo que me importa es que él sí me quiere. Y a ti te fastidia aceptar eso. Aceptar que se puede ser feliz te cuesta, Remo, porque tú te has amargado la vida... ¿Me estás escuchando?

Remo se largó hacia el jardín trasero del palacio sin atender los improperios con que le atizaba Sala ya fuera de sí.

—¡Que tú no hayas sido capaz de encontrar a Lania no significa que me tenga que pasar a mí!



## CAPÍTULO

### 6

# Sueños y premoniciones

A la mañana siguiente, temprano, alguien aporreó la puerta de las dependencias de Remo, que dormía profundamente.

—Señor, le esperan en la asamblea.

Se lavó la cara y se aseó con premura.

Había tenido un sueño muy extraño del que no le gustó salir. Había visto a las nubes, las señoras de los sueños, que lo condujeron a un lugar frondoso entre cánticos, y allí lo sumergieron en una visión extraña. Una mujer de belleza divina le sonrió en el claro de un bosque. Flotaba delante de él a varios palmos del suelo, enorme y perfecta como una diosa.

—Remo, soy Ziben, la guardiana a la que te enfrentaste en la isla de Lorna. Remo el imprudente...

La mujer sonrió mientras sus cabellos dorados cambiaban de color, a un azul marino húmedo, y comenzaban a ondearse impulsados por un hálito misterioso y ascendente, como si estuviese sumergida en agua cristalina. Remo la recordó enseguida...

—Remo, escúchame, es importante, las niñas, la maldición está en las niñas.

Eso fue todo. El sueño tornó a ser opaco hasta que fue despertado, pero recordaba a la perfección, como si la guardiana le hubiese gritado al oído aquella última frase. «La maldición está en las niñas». No tenía sentido...

La cama era tan tierna que se había entregado en demasía al descanso, después de tantos días en barco, en camas angostas o en el suelo frío, carromatos y piedras que solía tener por colchones... no era extraño que tuviese serios problemas para despertarse al alba, con un colchón perfumado recogiendo su espalda.

Se sentía bien, descansado, y no guardaba suficiente respeto por aquella asamblea después de lo visto la noche anterior, como para avergonzarse de ser el último en aparecer.

—Ya estamos todos —dijo Sala cuando Remo apareció en el gran salón del castillo. La chica lo miró con dureza, con una ceja arqueada, repasándolo de arriba abajo con desprecio. Él respondió a su mirada con indiferencia. Había caras nuevas y otras que le sonaban del banquete. Preocupación, quebranto, rabia, sensaciones que cerraban las mandíbulas de los presentes.

—Sobre la mesa tienen ustedes los vestigios que esos malparidos abandonaron en su huida —hablaba Rílmor, el capitán de la guardia de Lord Véleron—. Se puede comprobar en este brazalete que son antiguos combatientes del ejército Nural.

En efecto, las siglas no dejaban lugar a dudas.

Remo se aburría, hasta que le tocó intervenir a un hombre bajito, vestido con ropas humildes, más cercanas al labriego que al rutilante aguerrido urbano que lucían la mayoría de ricachones cercanos a Lord

Véleron. Tampoco aparentaba ser o haber sido soldado. Remo aprendió pronto que el más perjudicado de aquella tropelía no había sido el señor de las tierras con el secuestro de su hijo, sino uno de sus fieles vasallos.

—Jortés es mi nombre y ruego que se me acepte en el grupo que irá a Nuralia a buscar a nuestro joven señor Patrio —imploró el campesino.

—Jortés, cuenta lo que viste y lo que llegó a tus oídos, lo otro, sabes de sobra que no se te concederá —decía Rílmor en tono conciliador, pero dejando claro que Jortés era un invitado inferior en aquella asamblea.

Jortés narró su paseo nocturno, interrumpido por bullicios anómalos. Había divisado un grupo de caballos amarrados entre los olivares cercanos al castillo, pero no imaginaba que esa noche marcaría el funesto final de su familia.

—Escuché un estruendo, yo andaba algo turbado por la presencia de esos animales en el olivar y el sobresalto casi me saca el corazón del pecho. Fue como si se derrumbase un carro atestado de toneles. Se escuchaban otros sonidos, más lejanos, como de vasijas hechas añicos. También gritos, alaridos... Después de eso no dudé por un instante en regresar a mi casa a la carrera. Ni si quiera tengo armas en mi hogar, pero al menos podría cerrar con postigos el portón de madera y hacerme con algún cuchillo...

Jortés no pudo continuar. Dos lágrimas cruzaron sus mejillas y todos comprendieron que tenía demasiado cerca la tragedia. Fue Rílmor quien, con voz algo cansina, explicó que Jortés regresó a su casa y encontró la puerta destrozada. Había sangre por todas partes y su mujer estaba histérica.

—Dices que acabaron con lo más valioso que tenía Jortés —dijo Remo deseando saber más.

Jortés levantó una mano y dio a entender que él mismo explicaría lo sucedido.

—Sí, mataron a mis dos hijas, se... se ensañaron con ellas.

Remo pensó en el sueño con el que había despertado: «La maldición está en las niñas», le había dicho Ziben. La descripción abominable de cómo las encontraron no torció la mueca de Remo, pensativo, con la sorpresa de hallarle explicación al sueño. Jamás en toda su vida había tenido ensoñaciones premonitorias, ni estaba dispuesto a creer que aquello



distaba de la mera casualidad, sin embargo, los latidos del corazón se le aceleraban como si tuviera ojos para lo que su razón no le dejaba ver.

—¿Qué pasa por tu mente Remo? —preguntó Lorkun.

—En mi mente no pasa nada —contestó él y, como si Jortés no hubiera intervenido siquiera, cambió radicalmente de tema—. Si el capitán Rílmor encauza esta misión, yo ya os advierto que no participaré en la búsqueda de Patrio.

Más directo no se podía ser.

—¿Cómo osas cuestionarme? Yo tengo rango de Capitán.

Ni lo miró. Sus ojos se clavaron en Lord Véleron. Sala miraba el suelo avergonzada después del desplante de Remo. Tardó, pero cuando Rílmor parecía a punto de echarlo de la asamblea, intercedió por él.

—Mi señor —se dirigía al noble—, Remo tiene parte de razón. Que yo conozca, nadie en esta asamblea ilustre tiene más experiencia ni más habilidad que Remo para guiar nuestros pasos hacia el éxito. Remo fue maestro de la Horda del Diablo, combatió en la gran guerra y la Horda precisamente fue uno de los contingentes que más incursiones hizo en la vasta Nuralia.

—Ahora es un pordiosero, hasta hace poco un proscrito —replicó Rílmor, que al parecer se había informado sobre su pasado.

Lord Véleron se levantó. Caminó hacia Remo con pasos hipnóticos, lentos, muy guiados por el temblor de sus manos que parecían otorgarle equilibrio.

—Remo, ¿traerás a este viejo padre el único don que la vida le otorgó? Ese hijo mío al que he dedicado la vida entera... He oído hablar de ti, no solo a Sala, sé de ti también por mis hombres. Disculpa a Rílmor... es muy joven, aunque su amor por Patrio lo hace ansiar con rabia su rescate... ¿Podrás traerme de vuelta a Patrio?

Remo guardó silencio unos instantes.

—Que yo dijera un «sí» o un «no», contestando a esa pregunta, no serviría para nada. Lo que tenemos que hacer es abandonar esta sarta de ceremonias, estas reuniones grandilocuentes, tan honoríficas como inútiles,

y comenzar a cabalgar. Cada día que pasa favorece la estrategia de los secuestradores, les da más tiempo para pensar y dificultarnos el trabajo.

Los murmullos crecieron. Cada vez que Remo hacía ademán de hablar, los oyentes complicaban sus rostros en una expresión de congelación extrema, de expectación. Deducían que fuesen cuales fuesen las palabras de ese hombre, seguramente incurrirían en una falta de respeto hacia el rango y la condición nobiliaria de los allí presentes, pero tragaban sus impertinencias pues todos conocían alguna historia sobre él, sobre su capitán Arkane, o sobre la Horda del Diablo.

Remo no soportaba a los nobles. Durante su pasado en el ejército había tenido que soportar muchos encontronazos con militares de alta cuna, con apellidos más largos que sus espadas, que no aceptaban de buen grado la política del Rey Tendón con respecto a la profesionalización de la jerarquía militar. Remo, siendo Maestro de la Horda del Diablo, proviniendo de orígenes pobres, siempre encontraba miradas altivas en compañeros de ricas vestiduras y maneras exquisitas.

—¿Quién acompañará a Remo en la búsqueda de mi hijo?

La pregunta fastuosamente lanzada, retando a los presentes y, en cierto modo poniendo a prueba el liderazgo de Remo, a él le hastiaba. Si bien no odiaba a los nobles como a enemigos, sí estaba seguro de detestar el repertorio de modales y honores absurdos que ornamentaban el proceder de la clase alta. Seguramente era de sobra conocida la intención de la mayoría de integrarse o no en la empresa, pero quedaba muy bien solicitarlo en voz alta para que el valor quedase expreso.

—Yo iré —dijo su amigo Lorkun llanamente.

Tras él se apuntaron también Sala y Trento, profiriendo escuetas afirmaciones, y un tal Mercal, bastante fuerte en apariencia. Era hijo de un anciano que sonreía todo el tiempo y que, seguramente, no se apuntaba al asunto por no poder dar tres pasos sin su rico bastón, coronado por la cabeza de una cabra de oro. Después de Mercal, se unió también Góler, un joven apuesto del que Remo no estaba seguro de si sabía en qué lío estaba enredándose. También era hijo de otro noble. Tras él, los soldados de la guardia personal de Lord Véleron se inmiscuyeron en el tema, pues Rílmor

acabó cediendo después de que el noble lo mirase con gravedad. No disimulaban sus ojos, presos de la obligación y afilados por el esfuerzo, el poco entusiasmo que le suscitaba el reciente liderazgo de Remo. Más que a Rílmor, Remo valoraba a sus hombres, entre los que creía reconocer a algún excombatiente como él de la guerra con Nuralia. Sabía que en el combate no podría esperar mucho de los hijos bien nombrados, pero sí de aquellos tipos recios, adiestrados para la guarnición que Lord Véleron prestaba al ejército.

—Ahora brindemos por esta feliz hermandad que...

—Jortés... llévame a ver a tus niñas —dijo Remo interrumpiendo la ceremoniosa aprobación con aplausos incluidos, destrozando las intenciones de brindar.

—¿Para qué?

—Quiero examinar sus cuerpos y buscar alguna pista...

—¡Por todos los dioses, deja en paz a su suerte a esas pobres niñas, que ya vagan en los azules lagos y las aguas cristalinas, en los bosques de las tierras de los dioses...!

A Remo le daba igual lo que Rílmor dijera sobre su intención de contemplar los cadáveres de las hijas de Jortés. Sabía que el capitán estaría en contra de todo cuanto propusiese a partir de ese momento. Tenía un presentimiento y no descansaría tranquilo hasta haber inspeccionado los cadáveres. Lo dejó con la palabra en la boca sin prestarle atención.

—Dejad que os acompañe, mi señor Remo —dijo el campesino interrumpiendo los exabruptos de Rílmor. No parecía importarle el hecho de volver a contemplar el horror sembrado en las tumbas de sus niñas. Lo usaba como moneda de cambio para que Remo le concediese la que quizá fuese su última oportunidad de venganza: deseaba marchar con el grupo a Nuralia.

Remo comprendía su dolor pero no le dijo que sí.

El campesino caminó penitente hacia la salida del salón. Entonces, rápido como una serpiente, extrajo una daga de su cinto y agarró al joven Góler por el mentón. Golpeó las antípodas de sus rodillas y le postró. A

buen seguro que Góler habría muerto si ese hubiese sido el deseo de Jortés, pues tenía su gáznate inmovilizado para rebanarlo a placer.

—¡Sé luchar! Puedo ser de gran ayuda —suplicó el hombre. Trento lo desarmó rápido y algo enfadado lo empujó lejos de Góler.

—Si no fuese porque tu casa ya está colmada de muerte, hoy habría sido tu último día —dijo ahora Rílmor, que había desenvainado su espada y lo amenazaba con su filo impoluto. Rílmor parecía muy resuelto a eliminar la esperanza de Jortés.

—Vendrá con nosotros —dijo Remo.

—No creo que Lord Véleron esté de acuerdo Remo... —comentó Rílmor, tratando de hacer valer su posición de capitán de la guardia personal del noble.

—Vendrás con nosotros —repitió Remo, que parecía disfrutar contradiciendo a Rílmor—. Jortés, ¿dónde has enterrado los cadáveres de tus hijas?

—En la montaña sagrada. Lord Véleron me concedió ese honor.

—Tendrás que desenterrarlas.

El mismo Lord Véleron se opuso en el inicio, pero después de que Lorkun explicase sus motivos, accedió a regañadientes a su petición. Vestido de sacerdote del gran dios de las montañas, Lorkun parecía rodearse de un aura de sosiego y convicción que le faltaba a Remo. «En un cuerpo muerto se pueden observar numerosos detalles que indican aspectos sobre la complexión de los atacantes, lo afilado de sus armas, la condición social...», explicó Lorkun y nadie osó replicarle.

La montaña sagrada, junto al castillo, era el lugar donde descansaban los ancestros de los Véleron. Las tumbas se extendían detrás de cinco estatuas representando a los cinco dioses: Okarín, Fundus, Kermes, Senitra y Huidón.

Con palas, apartaron la tierra y dieron con los sacos de seda en que habían envuelto los cadáveres. Remo invitó a Lorkun a acercarse más para hacerles un examen. De los presentes era quien más sabía de cadáveres y medicina. Pronto descubrieron qué intrascendentes eran estas cuestiones.

—Lo que faltaba —comentó uno de los hombres de la guardia de los Véleron—, el tuerto es quien examina los cadáveres.

Lorkun haciendo oídos sordos al comentario, llamó la atención sobre un detalle.

—¡Observad!

Lorkun había cortado el saco de seda de una de las niñas y pudo contemplar una de las extremidades superiores, en concreto una mano y el antebrazo de... aquello.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Jortés aterrado.

El supuesto brazo no era de una de sus niñas, colmadas de marfil y tersura en la piel, embalsamadas con perfumes y yodos especiales para la conservación de los cuerpos. Se suponía que había pasado muy poco tiempo como para que se hubiesen descompuesto, después de ser primorosamente acicaladas con los ungüentos. Pero ese brazo no mostraba precisamente descomposición...

—Lork, descúbrelo entero... Trento, échale un vistazo a esto —invitó Remo. Lorkun terminó de cortar el saco y destapó la abominación. No era una niña lo que tenían a sus pies... era... otra cosa.

Trento miró el cadáver y después a Remo. Asintió. Los demás o bien se cubrían la cara o permanecían con los ojos tan abiertos como poseídos por el primer instante de sorpresa.

—Silach —afirmó Trento.

—¿Silach? —preguntó Lorkun.

Remo asintió sin decir nada. Repitieron la operación con el otro saco de seda y el horror volvió a florecer. La otra chiquilla tampoco permanecía como debiera, en su lugar había otro monstruo más terrible si cabe. Ahora tenía sentido aquel sueño, el mensaje de Ziben: «La maldición está en las niñas». Remo, angustiado, se sintió extrañamente observado por fuerzas que desconocía. Jamás había tenido un sueño premonitorio en todos los años de su vida. Nunca antes, incluso después de haber sobrevivido a la isla de Lorna, jamás lo había visitado la guardiana en sus sueños. No deseaba pensar mucho sobre esa cuestión. Su mente pragmática solo estaba colmada con el horror que tenía delante de sí.

—Silachs, no tengo dudas. Jortés hablaba de sombras raudas en la noche... Junto a los hombres de Nuralia, inexplicablemente... había silachs.

—¿Qué son los silachs? —preguntó Sala.

—Son leyendas... cuentos para meter miedo a los niños... se supone que no existen... —dijo Lord Véleron que, rápidamente, ordenó que quemasen a las abominables criaturas, lejos de aquel monte sagrado para su familia.

—Deténgase señor —intercedió Lorkun—, dejemos las cosas estar, tal vez conservar estos cadáveres nos pueda ser de utilidad en un futuro.

—Entonces sacadlos de esta loma sagrada. Lo lamento Jortés, pero mientras tus hijas parezcan demonios, no podrán descansar junto a mis antepasados o estos podrían removerse en la paz de la otra vida compartiendo tierra con esta atrocidad.

El padre de las niñas no parecía escuchar a nadie. Tenía la mirada fija en los cuerpos desenterrados.

—No hay tiempo para explicaciones —dijo Remo alzando la voz—. Quiero examinar las armas, todas las pistas que tengáis. Tendremos que desenterrar a todos los hombres que murieron esa noche...

Sala asintió ahora, de puntillas, miraba por encima del hombro de Remo el horror descubierto, la razón por la que los demás se habían tapado la cara. Al poco, sintió admiración por Remo. Acababa de llegar y ya había progresado mucho más que todo el séquito de galantes soldados que asalariaba Lord Véleron. No olvidaba su trifulca de la noche anterior, pero aquel avance, en su fuero interno, lo compensaba. Es un arisco, insufrible, insoportable... pero sin él...

—Remo, ¿puedo hablar contigo un momento? —le pidió Sala.

—¿Qué...? —la apremió él sintiéndose observado por todo el mundo. Ella caminó unos pasos tendiéndole la mano para que la siguiera mientras se apartaban un poco del resto.

—Quería pedirte disculpas por lo que te dije ayer, yo...

—Está olvidado —la interrumpió brusco, como siempre. Pero le arrancó una sonrisa.

Las preguntas sobre aquel horror se extendieron cuando se reveló que la transformación afectaba también al resto de cadáveres. Las habladurías debían contenerse, y Lord Véleron advirtió que castigaría severamente a quien propagase rumores sobre los horrores que habían desenterrado. Era un amo benevolente con sus siervos, ventajoso en los tratos con los vasallos, pero muy respetado por su elegante forma de cumplir la palabra dada. Y, como tal, sus hombres responderían con total discreción.

Ya en sus aposentos, Remo esperaba el aviso para el almuerzo en la balconada de sus dependencias, inquieto y hastiado por lo lento que discurrían los preparativos para el viaje. Veía desde el balcón varios carromatos atestados de mercaderías descargar ánforas y hatos, pilas de leña, canastas con fruta, junto a las caballerizas, donde se estaban cepillando los caballos que habrían de servirles de transporte. Más allá, en la muralla lejana, contempló el paseo incesante de los vigilantes que Lord Véleron había apostado día y noche para calmar la alarma de su pueblo.

—¿Estás ahí? —preguntó Lorkun, después de buscarlo en la habitación.

—Miraba el muro del castillo. Estoy harto de esperar.

—También yo.

Silencio.

—Remo, la maldición silach... aquí, en Vestigia. Debo reconocer que estoy emocionado. Es algo perverso... pero un terror divino, una garantía de la existencia de los dioses. Un poderoso símbolo que nos enfrenta a la moral de nuestros actos.

—¿Eso es para ti el horror que hemos desenterrado?

—Es una advertencia horrible sobre la impiedad de nuestro mundo. Para mí es una motivación para perseguir la senda espiritual que comencé hace años.

—Esos silachs venían con hombres, no es un signo divino, es un secuestro humano. De alguna forma, esos nurales que asaltaron el castillo poseen a esas criaturas y convierten esas murallas en trancos fáciles de trepar. Se llevaron a Patrio de forma deliberada, sabiendo que era el hijo de Lord Véleron. Nos enfrentamos a un enemigo poderoso.

—Esas niñas... no puedo apartarlas de mi cabeza. Cruel su destino...

Remo tuvo la tentación de contarle a Lorkun el sueño que lo había alertado sobre la maldición, pero Sala entró en ese preciso instante. Venía en pantalones ajustados y camisola amplia, tal y como Remo solía recordarla, atuendos masculinos para viajar.

—El almuerzo está servido...

—Ya era hora. ¿Cuándo demonios piensan dejar que nos vayamos?





## CAPÍTULO

# 7

## El viaje comienza

Al fin, partieron. Lord Véleron se empeñó en otorgarles los corceles más resistentes, las mejores armas, todo un repertorio de víveres y un sinfín de mejoras que, de haberlos aceptado en su totalidad, los habría tenido en el castillo al menos otro día más. Remo insistió a Sala en cortar los agasajos y largarse después del almuerzo. Ella habló con el noble y, por fin, pudieron salir después de una fastuosa despedida en el castillo, donde ya se les consideraba tan magníficos como el que regresa victorioso.

—¡Cien golpes por nuestros héroes!

A las balconadas se asomaron las doncellas del palacio e hicieron descender una lluvia de pétalos de rosa. Bardos en la placeta central entonaban canciones a los dioses acompañados de arpa y flautines. Cruzaron el patio saludando a los nobles invitados del castillo. Los caballos los aguardaban junto a la muralla. Sobre la puerta principal de la fortaleza habían colocado el gran timbal. Un forzado comenzó a golpearlo cuando ellos subieron a los corceles. Se darían cien golpes de timbal. Lord Véleron en un lado de la muralla los saludó con la mano. Se liberaron palomas blancas.

Las gentes de las tierras cercanas los vitorearon cuándo descendieron la loma donde se asentaba la fortificación, cortejados aún por el sonido del gran tambor. En el ánimo parecía encontrarse lugar a la esperanza. Mercal, Góler, Rílmor, Silben, Romlos y Webs, Jortés, Sala, Lorkun, Trento y Remo, conformaban la divina alianza que habría de viajar a Nuralia para rescatar a Patrio Véleron...

Cabalgar fue gratificante. Dejaron atrás la loma trotando sobre el camino, con el sol de la tarde acompañándolos, sintiendo la energía de los corceles contenida en el paso que impuso Trento a la cabeza del grupo. Para Remo montar a caballo era un lujo que no había podido disfrutar desde hacía meses y su corcel era mucho mejor que el que lo había llevado hasta el castillo. Los habían cargado con precaución, con enseres para las acampadas, abrigo para las montañas, víveres y un cofre por corcel, que contenía la recompensa que ofrecerían en caso de tener que negociar una liberación. Teniendo tanto oro, la comitiva podía ser blanco perfecto de ladrones, así que escondían estos cofres con pieles de aspecto raído y poco valioso.

Con un peto de cuero con remaches metálicos que representaban corceles blancos, sobre una fina y valiosa cota de malla cubriendo una camisa blanca de algodón, Remo podía volver a sentirse civilizado. Por supuesto él insistió en que no deseaba cambiar de espada, pues el armero jefe del castillo le había ofrecido varios ejemplares de calidad exquisita; jamás cambiaría su arma por cualquier otra.

Evitaron los pueblos circundantes, donde eran de sobra conocidos la mayoría de los integrantes de la comitiva. Deseaban ser discretos y se alejaban de las aglomeraciones, esquivando a los lugareños amables que les deseaban suerte. Decidieron acampar en una arboleda acercándose al linde de la influencia de los Véleron, pero aún en el valle de Lavinia. Olía a azahar y hubo quien fue a buscar naranjas.

Al poco de hacer una hoguera, Lorkun fue con Remo para hablarle alejado de los demás. Sala no tardó en acercarse.

—Este Rílmor es un pesado, está todo el rato tratando de ayudarme en las tareas más estúpidas. No tiene ni idea de a qué me dedicaba yo antes —decía Sala mientras pegaba la oreja a la charla de Lorkun—. ¿De qué habláis?

—Lorkun quiere marcharse —dijo Remo secamente.

—¿Por qué? —preguntó Sala cambiando su semblante con mucha rapidez. De todo el grupo, precisamente Lorkun era la persona en quien más confiaba Sala, y con la que más agrado podía conversar y sentirse escuchada.

Lorkun se ajustó el parche de su ojo. Sala descubrió que solía hacer eso cuando se ponía nervioso.

—Ver en qué han quedado los cadáveres de esas pobres niñas no me deja conciliar el sueño... Creo que debo hacer algo.

—¿Qué puedes hacer ya, Lorkun? —dijo la mujer con un tono de voz fúnebre.

—La medicina no tiene remedio para semejante atrocidad así que debo buscar en otras fuentes. Viajaré de vuelta a Venteria. Investigaré el modo de volver a mirar bellos rostros donde ahora hay terribles monstruos. Los poderes de los dioses, la divinidad en malas manos puede resultar ominosa. Siento responsabilidad como clérigo que soy de devolver la paz a sus cuerpos. La maldición es un signo divino; a los dioses me encomiendo.

Se hizo silencio. Esa oquedad propia de las despedidas, hasta que Remo tomó la palabra inquieto.

—Lorkun, hace dos noches tuve un sueño peculiar —comentó de improvisado—. Tenía que ver con los silachs. Hace años, Trento y yo nos

enfrentamos a la maldición en un lugar remoto y legendario: La isla de Lorna.

—¿La isla de Lorna? ¿Allí fue donde viajasteis con Arkane? Jamás nos habías hablado de ello antes... Sé que sobrevivisteis Arkane, Selprum, Trento y tú.

—En efecto... lo curioso es que soñé con la guardiana del templo de Okarín que está en la isla. Se llama Ziben.

—¡Por los dioses, Ziben Electeriam, divina sirvienta de la diosa, una Guardiania Celestial! —exclamó Lorkun preso de una emoción impropia en él.

Remo continuó apagando el tono de su voz misteriosamente al decir:

—Ella me susurró en sueños: «la maldición está en las niñas».

Todos enmudecieron. No era precisamente Remo un fanático religioso, si esa historia la hubiese contado el mismo Lorkun habría sembrado incertidumbre por su devota fe en los dioses y sus dones. Poner esas palabras en boca del guerrero más escéptico del grupo, las convertía en un poderoso presagio.

—Hay fuerzas que no comprendemos involucradas en nuestro tiempo, en nuestra era, y nos ha tocado desvelar su sentido —dijo Lorkun revistiéndolo todo de más misterio—. La presencia de silachs nos da pruebas de la existencia de los dioses, elevemos una plegaria por ellos, por el benévolo señor de las montañas Huidón...

Lorkun emitió un rezo para cada uno de los cinco dioses y ni el mismo Remo lo interrumpió.

—¿Qué pasó allí Remo? ¿Qué sucedió en la isla? —preguntó Sala.

—Toparnos con la maldición fue una pesadilla. Se propaga cuando te muerden, o en cualquier herida provocada por sus garras. Es un proceso de transformación curioso. Depende de cada hombre... ¿Recuerdas a Atino, Lorkun?

—Sí, ¿qué le sucedió a Atino?

Remo no pudo evitar mirar su espada y la piedra que la guardiana del templo de la diosa Okarín le concedió después de su combate. Oscura y

negra parecía totalmente inofensiva, incluso fea. No pretendía desvelar más información de la necesaria.

—Las transformaciones no sucedieron al mismo tiempo. La mayoría mutó rápido, sin embargo, cuando hirieron a Atino, él tardó mucho más que los otros en contagiarse. No tengo idea del porqué.

La voz de Remo parecía invocar fuerzas ocultas. La noche, cerrada ya en el bosque, oscurecía su semblante únicamente iluminado por las llamas de la fogata que los hombres de Rílmor habían preparado en el centro de un claro sin árboles. Trento se acercó donde estaban sus amigos.

—¿Qué cuchicheáis? —preguntó.

—Estaba contándoles lo que sucedió en la isla de Lorna.

En el rostro de Trento, severo normalmente, con su barba gris, se posó una oscuridad tenebrosa.

—Remo, ¿recuerdas aquellos silachs? Eran distintos —afirmó el recién llegado.

—¿Distintos? —preguntó Lorkun.

—Sí. Los silachs que encontramos en la isla de Lorna eran de otra especie. Los hombres perdían el pelo y su piel se volvía escamosa. Les crecían agallas como las de los peces y los ojos se les separaban y crecían. Eran espantosos, pero no tan terribles como esas niñas... A nosotros en la isla nos diezmaron con rapidez.

Después de las palabras de Trento, Lorkun sentenció:

—Debo ir a investigar todo este asunto. ¿Cómo es posible que aparezca un rastro de la maldición mitológica sirviendo a mercenarios nurales? Esas criaturas les ayudaron a secuestrar a Patrio. Si los nurales controlan esa maldición, podemos estar ante el arma más destructiva que jamás se haya creado, una excusa para una guerra.

Las sugerencias de Lorkun les helaron la sangre. En la mente de todos se forjó una horrenda visión de un ejército sometido a la maldición. Podrían expandirse con rapidez contagiando a sus enemigos.

—¿Qué es eso de que te marchas? —preguntó Trento.

—Un tuerto como yo, poco os servirá en Nuralia —dijo Lorkun a Trento.

—Vamos, te vi practicando con los cuchillos y estás recuperando la brecha, claro que nos serías de utilidad —bromeó Trento.

—Deseo que el cuerpo de esas niñas regrese a su estado original. Mi caballo podéis quedároslo.

—No —dijo Remo—. Llévate el caballo y un puñado de oro de tu cofre, no sabemos dónde te llevará la búsqueda que vas a emprender, pero dudo de que en Venteria encuentres la solución, así que el oro te será de gran utilidad. Nosotros nos dirigiremos al Oeste, no vamos a ir por el Paso de los Dragones...

—¿No? —preguntó Sala encantada de haberse arrimado a ellos y ser partícipe de las decisiones importantes que se iban a tomar.

Ahora la voz de Remo se volvió un susurro. Los demás integrantes de la comitiva estaban alejados, pero parecía temer que escuchasen su plan.

—Iremos en busca de Peronio. Necesitamos un guía.

—¡Jajaja! El bueno de Peronio.

Trento se disculpó por sus risotadas altisonantes.

—Peronio nos guiará para cruzar la cordillera de La Serpiente.

—¿Por el Paso de los Abismos?

—No sé, dependerá de lo que él vea mejor. Creo que el Paso de los Dragones solo conseguirá que nos detengan. No es tan fácil pasar sin ser vistos. Además, después del valle del Ojo, los desfiladeros son un sitio perfecto para que nos hagan una emboscada. Enseñaremos las armas a Peronio. Él nos dirá quiénes son nuestros enemigos y cómo cruzar al otro lado sin ser vistos.

—¿Quién es ese Peronio? —preguntó Sala.

Sala estaba esperanzada. Tantos días sufriendo el horror de la espera y la inactividad, contrastaban ahora con la sensación de haber emprendido la tarea de la búsqueda. Tenía la corazonada de que Patrio estaba vivo y que, aunque apenas habían empezado el viaje, ya estaba un poco más cerca de volver a estar con él. La animaba mucho que Remo, Trento y Lorkun estuviesen a su lado. Lamentaba que el religioso fuera a marcharse... En su lugar, Remo parecía apostar por un nuevo compañero de viaje: Peronio. Jamás había oído hablar de él.

—¿Quién es? —insistió a Remo sabiendo que a veces había que repreguntar para que el guerrero contestase.

—Peronio... es Peronio —expuso Remo con su habitual animadversión a explicarse.

—Vamos Trento, dímelo tú ¿quién es Peronio?

—Es amigo de Remo. En la Gran Guerra, Peronio era un desertor de Nuralia que nos ayudó a ganar muchas reyertas en territorio enemigo gracias a su conocimiento del terreno. Es un guía experimentado —explicó Trento de buen grado, aunque alzando la voz en exceso.

—Bien —afirmó Lorkun acercándose a la mujer—, espero que traigáis de vuelta a Patrio y que 1.a boda pueda celebrarse.

Lorkun acarició la mejilla de Sala.

—¿Renuncias a la recompensa? —preguntó Trento jocosamente.

Todos rieron, excepto Remo.

Después de la charla decidieron volver con el grupo. Estaban asando carne.

—Lorkun, no te duermas sin cantar una de tus canciones —suplicó Sala a viva voz.

—Una canción infundirá calor a nuestros corazones para afrontar el camino —apostilló Rílmor de inmediato. Parecía elogiar cualquier idea de Sala.

Remo se apoyó en un árbol y encendió una pipa para fumar, mientras, contemplaba a los voluntarios. El joven Mercal afilaba un puñal con una piedra, tranquilo, al parecer muy seguro de que su fuerza y agilidad le responderían en el momento preciso. Remo estaba seguro que no poseía experiencia en combate. Góler reía charlando con uno de los hombres de Rílmor, como si estuviesen en una excursión nocturna. Uno de sus compañeros, Romlos, estaba hurgando en su caballo, entre los enseres. Remo había oído hablar de él. Era espadero, de una orden especialmente loada, la de «Los dos Espadas». A diferencia de otras facciones, no poseían escudo. Luchaban siempre con dos espadas cortas y se les presuponía maestros en el uso de esas armas. Remo sabía que Romlos era un

compañero importante en aquel viaje, pese a que por ahora no hubiese tomado protagonismo. Ni tan siquiera le había escuchado hablar.

Rílmor se arrimó a Sala también dispuesto a escuchar a Lorkun, que comenzó a cantar acallando las risas de los otros hombres del capitán de la guardia. Remo estaba afligido por la marcha de Lorkun y la canción lo hizo echarle de menos, pese a que aún no se hubiese marchado.

*Habéis cantado la canción del herrero,  
la de la risa triste y el pedazo de hielo,  
la de la ira y el amor ciego.  
Habéis cantado la canción del herrero.*

*La canción del hombre cansado  
de dar tantos golpes al acero,  
que sus manos temblorosas copiaban al viento  
que no puede agarrar los cabellos sueltos.*

*La tonada lánguida de la nieve pura,  
que se hizo mujer por la súplica,  
de un herrero triste que la amó sin duda  
más no pudo abrazarla nunca.*

*Habéis cantado la canción del herrero,  
la de la risa triste y el pedazo de hielo.  
Un hombre solo entregado al acero  
con sus golpes, con sus manos de fuego.*





## CAPÍTULO

### 8

# Cambio de rumbo

Lorkun se separó del grupo al alba. Hubo preguntas y Trento se encargó de explicar torpemente su ausencia...

—No se encuentra bien, necesita medicinas.

Remo agradeció no tener que ser él quien explicase el asunto y se llevó la sorpresa de que nadie discutió lo más mínimo la explicación falsa que acababa de ofrecer Trento.

Cabalgaron a buen ritmo hasta que el sol apareció entre dos nubes. Los campos colmados de olivos poco a poco fueron cediendo paso a llanuras pajizas y arboledas más frondosas, donde los chopos creaban espesura cerca de los caminos. Atravesaron algún riachuelo junto a poblados pequeños y

sortearon los lindes de varias granjas amojonadas con palos pintados. Olieron el alpechín de oliva de las almazaras y pasaron junto a los molinos gigantes del río Lavón. Se detuvieron para comprar pan con pasas en un despacho, junto a las gigantescas ruelas. Cruzaron el río y siguieron hacia el oeste. Ahora era Remo quien dirigía el avance del grupo y no pasó mucho tiempo hasta que Rílmor se le acercó para increparle a propósito de la ruta que seguían persiguiendo los campos de Désel.

—Remo... estamos cabalgando en dirección errónea. Te diriges al oeste, hacia el corazón de la llanura de Désel. Nosotros vamos al norte...

Se detuvieron. Remo se irguió en la montura y habló a todos para exponerles sus razones. Los demás dispusieron sus caballos rodeándolo como si fuesen a recibir órdenes. Góler miraba con los ojos muy abiertos, dominaba su caballo a la perfección y fue el primero en posicionarse frente a Remo.

—No vamos a cruzar por el Paso de los Dragones, vamos al Oeste.

—¿Por qué? Es mucho mejor cruzar por el Paso de los Dragones. Es el más cercano. Por allí es por donde esos malditos cruzaron —espetó Rílmor con mala cara.

—¡No estamos seguros de eso! —lo interrumpió Remo—. Los notificadores no dieron cuenta del paso de frontera de ningún grupo semejante al de los secuestradores. No tenemos la certeza de que crucasen por allí. Ni siquiera la avanzadilla, nuestros hombres...

—¿Y si necesitan nuestra ayuda? Ellos tomaron esa dirección, tenían salvoconducto para cruzar a Nuralia. Debemos... —Ahora fue Góler quien interpeló a Remo, pero este lo interrumpió a media frase, igual que a Rílmor.

—¡La suerte de esos hombres no nos debe confundir ahora! El Paso de los Dragones está muy vigilado y nosotros carecemos de otro salvoconducto. Con un grupo tan numeroso —Remo se calmó y habló más relajado—. No debemos precipitarnos. Necesitamos un guía para cuando estemos en Nuralia, por eso nos hemos desviado.

—¿Un guía?

Remo tardó un buen rato en convencerlos. Rílmor se oponía frontalmente, pero la tozudez de Remo parecía infranqueable. Rílmor jamás había cruzado la frontera con Nuralia, mientras que Remo y Trento sí, y su opinión sobre el guía parecía firmemente acogida por Trento. Rílmor parecía confiar en la experiencia del maestro de los Cuchilleros de la Horda del Diablo, así que finalmente acató la decisión, pero no cesó de hacer comentarios al respecto con sus hombres.

Cabalgaron durante varias jornadas hacia el oeste. Soldados de los alguaciles provinciales les dieron el alto cuando cruzaban las planicies de Désel, avistado el grupo desde varias fortificaciones que se erigían en los escasos campos fértiles, normalmente en las proximidades de poblados y grandes haciendas, explotaciones agrícolas en su mayoría de trigo y cebada. Trento y Rílmor solucionaron sus requisitos al mostrar credenciales y apelaron al secreto de su misión. El nombre de Lord Véleron pesaba mucho incluso fuera de sus dominios y, pese a la rivalidad entre señoríos en Vestigia, sabían que no tendrían problemas para cruzar Désel hacia el oeste.

Las extensas llanuras, cada vez más áridas, se convertían en desierto y la sensación de soledad les sobrevino en sus caminos, cada vez más vagos e intuitivos. El rumbo lo fijaba el sol y pronto el calor les hizo desmontar de los caballos para no castigarlos en exceso. Quedaba mucho viaje. Era abrupto el contraste de esa región desangelada y la misma Lavinia, fértil y hermosa. Esquivaron varios asentamientos de nómadas que vislumbraron en la lejanía, normalmente próximos a los pozos de agua. Eran tierras de maleantes y poca ley, así que Remo optaba siempre por no establecer contacto directo con las caravanas de ganado y comercio que se dirigían hacia el sur.

Por la noche hicieron fogatas para tenderse cerca del calor pues las temperaturas descendían de forma drástica apenas se ocultaba el astro, formándose vendavales que les escupían algo de arena. Remo cada vez hablaba menos y a Sala le aburría permanecer cerca de Rílmor, que no cesaba de hablarle todo el tiempo sobre la esperanza y las posibilidades inmensas de encontrar a Patrio vivo. Se cansaba al instante, así que iba a sentarse junto a Remo. Los demás solían aventurar qué iban a encontrar

cuando cruzasen la frontera, si tendrían víveres suficientes y demás añadidos a la misión. Pero adentrándose en las profundidades de la noche había un tema favorito para la plática: hablaban de batallas y se mostraban anhelantes de participar en lances.

—Esta fue la espada con la que mi padre participó en la Gran Guerra: Darila —dijo Góler desenvainando una gran hoja que relucía pese a la pobre iluminación de la fogata—. Lo hirieron antes de la Gran batalla del Ojo de la Serpiente, pero estuvo en casi toda la primera fase, que fue la más dura para nuestras tierras. En la invasión de los nurales, Darila ha bebido la sangre de muchos malnacidos nurales que no pudieron apagar su brillo. Echa de menos ese sabor y yo espero calmar su sed...

Remo se había apartado de la conversación, recostado en una piedra enorme que les había servido para situar el campamento guareciéndolo en parte de la dirección del viento.

—¿En qué piensas Remo? —preguntó Sala tendiendo una mano hasta acariciarle el brazo, mientras sus ojos volaban hacia el cielo mirando las estrellas. Se preguntó si Lorkun estaría durmiendo en la posada de Tena Múfler esa misma noche.

Sala se sentía bien allí a la intemperie. Llevaba demasiado tiempo viviendo entre muros. El fresco y la hoguera, los sonidos de la naturaleza, todo le hacía recordar aquella caminata con Remo hacia las Montañas Cortadas cuando fueron en busca de Lorkun huyendo de los hombres del Nigromante. Miró a Remo y pensó que estaba físicamente igual que un año atrás. Su mandíbula dura y cuadrada, sus cejas preocupadas rozando la ira, sus ojos verdes capaces de ser fríos como dos esmeraldas... Se le veía elegante con aquellos atuendos prestados. La capa negra, que él había cruzado sobre el pecho para abrigarse más, ocultaba un elegante peto de cuero y metal.

Remo se separó un poco de ella al cambiar de postura sentado.

—Creo que nuestra tarea es más difícil de lo que piensan estos que tan rápido se prestaron a venir —dijo el hombre.

—Ellos buscan gloria, buscan el reconocimiento de sus padres y sus familias, o ascensos. Para Góler y Mercal volver con Patrio les haría

valedores de lo que ahora poseen por simple herencia. Ansían ser respetados. Un guerrero sin guerra no tiene gloria. Para Webs, Silben y Romlos la recompensa es su prioridad, pero también ascender y prosperar.

—No comprendo a los nobles, siempre justificando su posición, pretendiendo elogios y fama, ellos, que poca falta les hace, como tampoco entiendo al Rey. Vestigia no levanta cabeza desde la guerra. Esta situación es lamentable. Tendón debería abdicar, creo que está ya demasiado viejo.

—Para los nobles es importante llevar a cabo este tipo de trabajos y adquirir fama por ello. Rílmor es amigo personal de Patrio, se educaron juntos. Es casi como su hermano, sus motivaciones son más parecidas a las mías.

—Se pasan el día hablando de batallas en las que no participaron. Parecen estar deseosos de entrar en acción. Todos los hombres que conozco que estuvieron en la Gran Guerra jamás hablan de ello, y todos los hombres que se dedican a las armas y no participaron están deseando otra maldita guerra. Mira a Romlos: no habla, él sí que estuvo allí.

Pasaron un rato en silencio.

—¿No tienes frío? —preguntó ella acercándose.

—Estoy bien —dijo Remo. Parecía sumido en pensamientos profundos, con el ceño fruncido. Daba la sensación de que estuviera fastidiado porque ella viniese a charlar. Pero conociéndolo, esa cara de indignación solía ser su forma de descanso.

—Remo...

—¿Qué?

—Quiero saber tu opinión. Mi corazón me dice que sí, pero... ¿Crees que Patrio vive aún? Rílmor no deja de regalarme el oído, pero sé que jamás me diría algo con objetividad. Tú sí.

Remo pensó la respuesta con cautela.

—Si su objetivo era matarlo, lo habrían matado en el castillo. Un noble como Patrio es muy valioso...

La mujer se acercó a él y se acurrucó apoyándose en su hombro. Remo se dejó hacer, aunque se sintió incómodo. De pronto pensó que ella era la prometida del hombre que pagaba los sueldos de los soldados que se

arrimaban al fuego justo enfrente y, sin saber porqué, eso le parecía mal, como si la conducta de Sala hacia él fuese demasiado cariñosa y esto pudiera malinterpretarse.

—Remo... si supieras cómo fue nuestra historia —comenzó a decir ella con la voz tomada de emoción—. Es una desgracia lo que ha pasado... Lo conocí por casualidad, cuando él visitaba Venteria, ¡Patrio Véleron interesándose por mí! ¿Te imaginas? No podía creerlo...

Sala deseaba compartir su historia con Remo, quizá porque el hecho del secuestro de Patrio la acercaba a él, en tanto en cuanto también había sufrido en el pasado la captura de su amada Lania.

—Lo conocí en un torneo...

Remo, sin embargo la interrumpió de forma brusca.

—¡Calla! No quiero oír tu historia —dijo separándose de ella—. No quiero saber lo bueno que es, ni lo feliz que te hacía, todo eso me da igual. No quiero compadecerme de ti. No me interesan tus planes de boda. No necesito saber todo eso para estar aquí esta noche, y tú deberías tener en cuenta que la vida que llevabas antes, no la puedes conservar... ¿lo has pensado?

Sala lo miró con el desastre pintándose en sus facciones.

—¿Por qué me hablas así?

—Para que tengas bien claro que, si te ayudo, es únicamente por pagar la deuda que tengo contigo. Tú me ayudaste hace un año, ¿recuerdas? Yo te devolveré el favor y, de paso, cobraré la recompensa, que buena falta me hace. Después, que los dioses nos vuelvan a separar. Que tú seas feliz con Patrio y su corte de lujos y pamplinas. Yo seguiré mi camino. Si quieres mi bendición para esa boda, no la tendrás, pero tampoco la necesitas.

—¿Cómo es posible que tengas esa piedra negra por corazón? ¡Oh...! Remo, hijo de Reco, eres... eres... ¡Estúpido!

Ella se levantó atormentada. Trento se incorporó con la trifulca. Disimulaba haber estado escuchando. Remo se perdió en la oscuridad alejándose a grandes zancadas.

—Trento, ¿has oído eso? —preguntaba Sala.

Trento asintió.

—Sí, lo he oído.

—¿Crees que tiene derecho a tratarme así?

—Ve a dormir y no le hagas caso. Él ya tiene lo suyo —añadió Trento que se tendió sobre unas pieles y al poco rato comenzó a roncar.

Sala arropada con una manta se quedó mirando las estrellas. ¿Qué demonios le pasaba a Remo? Ella simplemente deseaba compartir con él su historia. De pronto una idea se cruzó por su cabeza y se sintió absolutamente turbada. ¿Remo estaba celoso? Eso no tenía ningún sentido. Hacía un año él podía haber tomado alguna iniciativa y, sin embargo, se marchó lejos para continuar con su búsqueda. Remo era un hombre esclavo de su maldición. Sala no concebía otra cosa en él que no fuese amar a Lania y odiar al resto del mundo. Era su maldito mal carácter, concluyó Sala. La mujer se arropó con la manta tratando de recordar a Patrio para quitarse de la cabeza precisamente el encontronazo desagradable con Remo. Echaba tanto de menos a Patrio que, siempre antes de dormir, se esforzaba en recordar todos los detalles de cómo se conocieron. Se recreaba en repetir en su cabeza cada detalle, como si este ejercicio mental le hiciese compañía.

Fue por casualidad, una historia sencilla espoleada por vientos de las nubes: un sueño. Cóster la había invitado a contemplar un torneo en el estadio central de Venteria, para los festejos que celebraban el aniversario del final de la Gran Guerra, con una competición de «lucha de banderas». Ella deseaba distraerse.

Quedó prendada de Patrio la primera vez que lo vio. Era un hombre joven y apuesto, engalanado con ricas vestimentas y acompañado de varios escoltas. Fue a sentarse cerca del monarca. Sala cruzó esquivas miradas con él, al principio alentada por simple curiosidad, pero fueron correspondidas por cierto juego que se estableció silenciosamente entre ambos. Así comenzó el torneo y cuando los combatientes se enfrentaban para capturar las banderas, ellos solían mirarse después de cada partido, de cada pelea emocionante. Prestaban atención y mientras el público aplaudía fervientemente ellos se miraban y se hacían gestos. Patrio tenía la mirada muy dulce, capaz de representar con muecas perfectamente actitudes como «ese se ha librado de milagro» o «jamás había visto a alguien correr tanto».

Mostraba con sus ojos y su amplia sonrisa tantas cosas que ella se prestaba a contrarrestar esas intuiciones con muecas también. «Hace mucho calor» o «eso sí que ha sido un buen placaje». El torneo de las banderas finalizó y todos acudieron a la entrega de premios en el gran salón de palacio. Entonces al subir a uno de los carruajes que la trasladaría desde la gran plaza hasta el castillo, Patrio se coló en su misma carroza, dando esquinazo a sus escoltas, que refunfuñando tuvieron que subir a otro carruaje. No le importó lo más mínimo que Cóster estuviese presente; decidido y muy galante, insinuó que se había divertido más mirándola a ella que con la competición en sí. Después, en palacio la invitó a su mesa para el banquete y la sacó a bailar después de la comida. Una velada perfecta. Sala se sentía radiante junto al dulce y atento heredero de la casa de los Véleron. Tena Múfler se encargó de repetir mil veces la posición nobiliaria de Patrio. A ella le daba igual, no se había acercado a él, había sido Patrio quien había promovido ese acercamiento. Tena sugería que fuese cautelosa, pero ya se las prometía felices cuando, al día siguiente, fue visitada por un famoso florista de Venteria, que depositó una ingente cantidad de flores enviadas a su posada por un anónimo. Sala no podía creerlo...

Fue muy fácil enamorarse de Patrio. Sencillo, como se abren las flores en la primavera respondiendo al canto del sol. Patrio le demostró un exquisito amor desde el principio, sin recelos ni artimañas, puro y sincero. Era un hombre muy divertido y la vida con él se presumía grata y apacible; por ende, llena de comodidades y lujos, pues pertenecía a una de las casas más ricas de Vestigia. Ni en sus sueños más elaborados podría Sala haber aspirado a conquistar el corazón de un hombre educado, rico y guapo como Patrio. Ella solía relacionarse con truhanes; solía estar acostumbrada a bravucones presuntuosos, con más orgullo que galas, y menos educación que limpieza. Y Sala se había hecho una experta rechazando proposiciones. Su belleza atraía a las avispas y ella sabía cómo esquivar sus agujones ponzoñosos.

Patrio fue un soplo de aire fresco, una aventura llena de corceles de pelo reluciente y banquetes señoriales. La invitó a conocer a su familia y, por



supuesto, comenzaron las dificultades. Las objeciones de la madre de Patrio eran obvias y la señora no pretendía disimular delante de Sala.

—¿Te ha tocado la diosa? ¿Acaso mereces más ami hijo que las hijas educadas de la corte? ¿Crees que tu figura y una sonrisa falsa merecen estas tierras, este palacio? Si de verdad sientes algo por mi hijo... aléjate de él.

Sala jamás cruzó una palabra malsonante con aquella bruja, porque en cierto modo entendía el punto de vista de la señora. De hecho ella misma se resignó a que esa historia de amor era una estupidez. Entre lágrimas, una tarde reunió valor para decírselo a Patrio y, desde entonces, supo Sala que no podría resistírsele. Porque Patrio, lejos de avergonzarse y seguir los dictados de su madre, la alojó en el castillo y organizó numerosos encuentros con familias poderosas de la región, la clase social a la que Sala debería enfrentarse y allí la presentó como su futura esposa, provocando sobresaltos en la propia Sala. Recordaba los primeros paseos a caballo entre los olivares. Ella se ganó la gracia y el respeto de todos en una demostración de tiro con arco que se organizó en la que ella quedó vencedora. La madre de Patrio esa noche llenó de gritos el castillo, tratando de obligar a Rolento a reprender a su hijo, pero Sala había conseguido caer bien al padre de Patrio y esa era la llave que necesitaba.

Después de que la bañaran y de vestir galas de princesa, atendida por el sastre de la familia, por las sirvientas más educadas de la corte, masajeadas por esclavas y acompañada de exquisitas damas de compañía, Sala comprobaba que no era complicado vivir esa vida. ¡Era un sueño! Sabía que muchas mujeres perseguían a Patrio por esos lujos, pero ella descubrió que no, que sin Patrio nada era tan divertido ni agradable. Lo mejor de cada día era el momento en que estaba cerca de él, cuando lo observaba pelear con su amigo Rílmor, o cuando se iban de caza con su padre. Su compañía, su sonrisa y... los besos. Patrio la besó por primera vez en la balconada sur del castillo de los Véleron, en una noche tan hermosa y perfecta que en su memoria solo podían conservarse destellos de estrellas y aromas de flores, el movimiento majestuoso de los olivos en la brisa nocturna, el sonido de la fuente mitológica a la que se asomaba la balaustrada y la suavidad de los modales del hombre. La acarició en la mejilla encadenando su mirada, pero

solicitando permiso con sus ojos. Conceder un beso para una dama de cierta posición, era solo posible con proposición matrimonial, pero Sala le concedió muchos antes de eso. En cierto modo, con ella Patrio se saltaba todos los protocolos y ella le respondía igualmente. Se enamoró y se prometieron, se confió y se dejó seducir por la felicidad.

Ahora llevaba días engañada por el destino y sintiendo que jamás podría recuperarse de la pena que sentía por su pérdida. El secuestro fue demasiado irreal, rápido y cruel. En la desesperación más absoluta, en mitad de las tinieblas... ahora, después de un mundo, de casi una vida resumida en varias estaciones temporales... Remo había vuelto. Y Remo era el maldito milagro que ella había estado implorando una y otra vez... Un milagro testarudo y odioso.

Remo caminaba sin rumbo, por mantenerse ocupado sobre una explanada de tierra árida alejándose del campamento, pero sin llegar a perderlo de vista. En su cabeza un montón de imágenes se agolpaban empujando las estrellas del cielo. Haría todo cuanto estuviese en su mano para salvar a ese noble, lo haría por Sala, pero detestaba la idea de conocer todos los pormenores de su idilio. Era lo malo de tener amistad con una mujer como Sala. En su fuero interno pensaba que ella se equivocaba. Estaba contrariado, sin asimilar aún que ella tenía un pretendiente, como para encajar el hecho de que este, además, fuese noble y rico. Él siempre había tenido a Sala por una buscavidas como él. Una persona de vuelta de engaños y poco amiga de fanfarrias vacías. Cuando él la conoció ella mataba por dinero usando su arco... ¿Sabía eso Patrio Véleron? La conoció bebiendo junto a Fulón y Menal en una taberna mugrienta, planeando la muerte de Moga el Nigromante. ¿Qué demonios tenía ella que ver con esas muchachas educadas para sonreír y no pensar? Ella era un alma libre, una mujer horrible a los ojos de cualquier madre de noble. Un peligro para el buen nombre de la casa de los Véleron. ¿Acaso no se daba cuenta ella de que Patrio había forzado a sus padres a esa locura?



CAPÍTULO

9

## La casa en ruinas

Después de largas cabalgadas la comitiva abandonó las llanuras y pastizales del norte de Désel y llegó a tierras de la provincia de Belgarén. Agradecieron cabalgar entre bosques y suaves vaguadas, valles y preciosos enclaves donde cuajaba la hierba fresca y hasta el aire parecía más denso y puro. Trento cedió su posición en vanguardia a Remo, que los condujo entre varios poblados de agricultores hacia una loma frondosa en vegetación, rodeada de laderas colmadas de hierba alta, de un pasto que se veía excelente aunque abandonado. Encima de aquel cerro se daba paso a una ladera suave, descendente, en la que el aire era más húmedo y estaban cargado de polen. Un pequeño riachuelo

invisible en los mapas, descendía graciosamente hasta terminar en cascada, en una poza artificial que formaba un lago cristalino. Junto al lago, un amplio prado verde bastante llano, cercado por bosque en el este y por otras lomas a lo lejos.

Ensombreciendo todo ese paisaje bucólico, en mitad del prado había una casa semiderruida, negra y blanca a causa de algún incendio pasado.

—Esperad aquí —dijo Remo secamente.

Descendió del caballo y se acercó a la casa mientras los demás observaban con curiosidad. Sala, muy perspicaz, acercó su corcel al de Trento para interrogarlo.

—¿Es aquí donde vive Peronio?

—No. La guarida de Peronio no queda muy lejos, pero esa casa no es de Peronio...

El tono de voz de Trento era seco y su mirada colmada de melancolía. Sala repasaba la casita quemada sin entender la pesadumbre en el semblante de Trento, ni el porqué de la parada de Remo...

—Esta era la casa de Remo —aclaró Trento de forma concisa y en voz muy baja.

—No estamos como para perder tiempo... —comentó Rílmor.

Sala tenía la boca abierta ante la revelación y comenzó a mirarlo todo de otra forma. Los quemados en la fachada, el tejado prácticamente inexistente y las vigas destrozadas eran lo único que quedaba del antiguo hogar de Remo, cuando era militar... Estaba contemplando la casa que Remo había compartido con Lania. Sala descendió del caballo.

—No vayas —le aconsejó Trento—. Deja a Remo solo.

Pero Sala no le hizo caso.

Con paso vacilante, como pisando suelo sagrado, se acercó a la puerta desvencijada. Allí podía verse claramente clavada con un cuchillo una ordenanza Real.

«Quedan confiscadas las tierras y la villa del reo, así como todos sus aperos y los frutos que dieren en adelante...».

Sala no concluyó su lectura, vio a Remo arrodillado junto a un conjunto de maderos, dentro de la casa, y prefirió no molestarlo. Caminó alrededor

del esqueleto quemado, mirando por los innumerables huecos que el incendio había dejado, lo que quedaba de las habitaciones. Trató de imaginarse la casa cuando su amigo compartía con Lania su vida allí. Once años atrás. Intentó vislumbrar cómo vivían y, pese al horrible aspecto de la vivienda después de que la quemaran, lo descuidado de los huertos que había detrás y las dramáticas consecuencias que lo sembraban todo de cierta aura de mortaja, Sala pudo ver felicidad, pudo adivinar que Remo escogió muy bien ese lugar bucólico escondido.

Ese riachuelo que pasaba junto a la casa, el vado verde junto a una arboleda donde la brisa dejaba escuchar un sonido calmo y sedoso. Las flores que incluso habían invadido las ruinas y que se repartían tapizando el verdor del valle y hacían que el aire estuviese cuajado de polen. Un lugar perfecto para vivir aislado del mundo. Sembrar en el huerto lo justo para subsistir, criar los animales adecuados y disfrutar de la tranquilidad... Le dio pena comprobar el destrozo y el abandono de la propiedad injustamente confiscada.

Remo la vio por una de las ventanas destrozadas paseando alrededor de la casa. Se acercó y pasó a través de un hueco en la pared.

—Esta era mi casa —dijo con una voz mucho más entera de lo que Sala esperaba. No en vano ella estaba al borde del llanto, sufriendo la pérdida de Remo como si fuese anteayer cuando lo echaron de allí y le robaron a Lania.

—Es muy bonita...

—Lo fue. Lo único que no destrozaron es la poza del río. ¿Ves aquel poste de allí?

A lo lejos, más allá del prado verde, sobre una pequeña elevación de terreno se veía a duras penas un poste de madera pintado de blanco.

—Sí, sí lo veo.

—Hasta allí llegaba mi tierra. Un pedazo pequeño pero autónomo. Es un sitio perfecto...

Sala apretaba los dientes para evitar emocionarse. Se pellizcaba en el costado cruzando un brazo en el abdomen tratando de escuchar a Remo tal y como él hablaba, sin ver su desgracia. Se imaginaba a Remo trabajando

en el huerto y, como no podía ponerle rostro a una Lania que jamás había conocido, pues ella misma se representaba en las tareas acompañando a Remo para trazar el tipo de vida que tendrían allí.

Lavar en el riachuelo, cortar leña, recolectar, cocinar en la chimenea, cazar algún ciervo con su arco, sentarse en el prado por las noches a mirar las estrellas, bañarse juntos en la poza en verano, tumbarse con pieles junto a la chimenea en invierno. En su ensoñación no pudo por más que admitir que la imagen adquiriría una especie de perfección ilusoria. Como si no fuese posible. Era imposible una vida así, era perfecta. Ella, que siempre había adorado la idea de vivir en una gran ciudad como Venteria, incluso ahora prometida a Patrio, aspirando a tener una residencia en un palacio rodeada de lujo, reconocía que la sencillez de aquella imagen y lo precioso del lugar, le conferían una perfección difícil de entender.

—Quizá... no sé —siguió hablando Remo—, pero si lo del rescate sale bien, creo que intentaré comprarla con el dinero de la recompensa —afirmó Remo mirando impassible sus antiguos dominios.

Sala no pudo evitar preguntárselo.

—Aquí... —comenzó a decir con cautela—, estando aquí, ¿no la recordarás aún más?

Remo la miró con violencia. Como si ella acabara de romper una regla no dicha pero evidente, de que era mejor no mencionar a Lania en la conversación.

—A veces, Sala, tu maldita curiosidad estropea buenos momentos.

Esta frase perseguiría a Sala durante el resto de la jornada, pues Remo, después de decirla, se largó de vuelta a los caballos sin mirar atrás.

—¡Nos vamos! —gritó a los demás en mitad del trayecto hacia el grupo. Sala lo siguió rápido, colorada como un tomate, intentando disculparse pero sin ganas reales de hacerlo. ¿Acaso no era una pregunta lógica? Comenzaba a enfadarse mucho pero sabía que no podía adjudicar toda la responsabilidad de su enfado a Remo porque en el fondo, ella sabía que aquella pregunta había sido arriesgada. Se giró para echar un último vistazo a la casa que durante aquella breve visita había imaginado como posible

hogar y, de pronto, aquel pedazo de tierra le provocó nostalgia. «Estás loca», se dijo, «loca de remate».



## CAPÍTULO

# 10

## El guía

En el ocaso dieron con la guarida de Peronio. Remo les advirtió que era un hombre poco amigo de las visitas.

—Iré yo solo. Si ve a tantos, pensará que alguien viene a cobrarse alguna deuda antigua.

Bajaron de los caballos junto a un riachuelo. Romlos, Webs y Silben ayudaron a los demás a descargar los caballos y quitarles las correas y los bocados para que los animales pudieran beber agua fresca. Con las sillas de montar, confeccionaron un círculo amplio en un lugar llano, cerca del arroyo, y Jortés comenzó a limpiar la broza para hacer una hoguera en el centro. Trento guió a Mercal y Góler para hacer acopio de madera talando



una rama gruesa de una encina. Sala y Rílmor se encargaron de prender fuego en unas ramitas ayudándose de uno de los regalos de Lord Véleron: polvos de símil. Pero viendo que no calentaba lo suficiente como para un asado, decidieron convertirlo en una hoguera de fuego convencional, usando piedra de pedernal y unas brozas que habían recogido en Désel.

Remo ascendió la montaña y buscó la cueva donde moraba Peronio, ayudado por la luz de la luna. Su explicación no había sido del todo sincera. Lo que de veras temía era que su viejo amigo no estuviese... presentable. En mitad de su ascenso descubrió un pequeño resplandor en una roca junto a la que estaba la grieta que daba acceso a la cueva.

—Peronio, tu amigo Remo, Remo de la Horda, viene a visitarte — anunció antes de penetrar en la gruta.

Un hombre encorvado, raquítrico y barbudo, achatado por su atuendo repleto de pieles, vino a recibirlo portando un candelabro. Apestaba a opio azul.

—No puede ser cierto que el maestro Remo venga a verme...

Después de charlar amistosamente en un salón alfombrado de piel de oso y algún que otro tapiz, atestado de utensilios para fumar, Remo fue al grano.

—Peronio, vengo a pedirte un favor, a inmiscuirte en una misión en la que, si bien podré pagarte mucho dinero, no será el dinero lo que habrá de convencerte para que accedas. Si alguna vez me tuviste aprecio, ayúdame, amigo.

Peronio permaneció mudo mientras Remo desgranaba los acontecimientos. Sonrió cuando Remo apeló a su amistad como si no hubiera prestado atención al resto.

—¿Qué lugar tan ominoso quieres que te muestre que usas como pretexto nuestra vieja amistad?

—Persigo a un grupo de saqueadores nurales. Han secuestrado a un hombre, un hombre importante. Creo que son «destructores» del ejército de Nuralia.

Peronio negó con la cabeza pero no con la palabra, y trató de explicarse.

—Remo, estamos en paz con Nuralia. Las leyes son claras, desde hace años nadie cruza las fronteras para esos fines, mucho menos esa gente. ¿Qué podría haber motivado esta suerte extraña? Los «destructores» son la élite de un pueblo antiguo, sus hazañas en la Gran Guerra se cuentan en canciones. No son vulgares secuestradores. No puedo creer que un grupo se arriesgue a venir aquí a desgraciar familias. El Rey Deterión jamás pondría en peligro la paz. Yo te guiaré al infierno, lugar parecido al que me propones, si ese es tu deseo, pero te animo a reconsiderarlo. No me parece lógica tu historia. Quiero ver pruebas... las bases de esta locura.

Remo apartó su capa y extrajo de su fardo los cuchillos encontrados, el brazalete y el pomo de la espada que había separado de su hoja ensangrentada para que fuese más cómodo llevarla consigo como prueba.

—No hay duda de que son labrados nurales. El brazalete es de los «destructores», estamos de acuerdo. La espada es de las tuyas, de las que usan en armaduras ligeras, pero Remo, todo esto es muy extraño, siniestro diría yo.

Peronio se levantó y fue a por una de sus pipas. Remo estuvo a punto de pedirle que no fumase esa droga, pero no deseaba interrumpirlo. Peronio era el único que podría aportarles luz verdadera.

—Sólo se me ocurre una explicación lógica a este suceso. —Tardó en encender la pipa y no quiso continuar su narración hasta haberle dado tres profundas caladas—. Se cuentan historias entre la población de refugiados, aquí, en el norte de Vestigia, historias sobre sucesos actuales. Un capitán segregado del ejército que siembra el terror en el oeste de Nuralia. Mano derecha del general Oswald, el capitán Blecsáder, si mal no recuerdo, capitán de una de las facciones más antiguas y recias del ejército. Adoradores de los demonios de Senitra, la diosa de la noche y el mal, de lo negro y podrido, de lo...

—No sigas, no me hace falta conocer todos los títulos que ostenta la diosa, sé que los nurales le tenéis mucho respeto a Senitra...

—Estas cosas existen Remo...

Remo pensó en los silachs, pensó que ese Blecsáder y su culto oscuro quizá podía tener relación con la maldición...

—Dime más sobre ese Blecsáder.

—Por lo visto comanda un grupo de asaltantes, hombres que le juraron lealtad después de la guerra. Es un hombre extremadamente violento, un mercenario del Rey Deterión que en plena guerra ya hizo trabajos sucios del estilo de lo que tú me cuentas, pero que perdió el favor del Rey por sus constantes abusos en el sur de Nuralia. Remo, no me creo que el Rey esté detrás de un vulgar secuestro, y si hay un hombre en Nuralia suficientemente loco como para hacer algo así... es Blecsáder. ¿Acaso dudar de otro? Si hay un «destructor» que sea sospechoso, es ese mismo, pues en los demás capitanes, los generales, Remo, hablamos de gente con honor. Sé que a vosotros en Vestigia os cuesta pensar en nurales honrados, con palabra, fieles a los dictados de los dioses, pero yo, que sembré mis raíces en el infierno, pondría la mano en el fuego por la mayoría de esos hombres. Si hablásemos de los zorros del norte, o de los hacheros que comandaba Fildorio... pues todavía podría aceptar tu historia. ¡Pero de los Destruedores no!

—Quitaron la vida a dos niñas y a varios guardias del castillo. Es la mejor prueba que tenemos. Las huellas de sus caballos se orientan al norte. Pero en el paso de los Dragones no hay noticias de ellos, si dices que son del oeste, supongo que cruzaron por el Paso de los Abismos, hemos acertado viniendo hasta aquí. Sabía que serías de ayuda. Ese Blecsáder es la mejor pista que tenemos.

—Remo, ¿para qué iba Blecsáder a salir de su agujero infecto? ¿Para qué secuestrar a un noble de Vestigia? ¿Por dinero? ¿No hay nobles en Nuralia a los que tiene más a mano?

—No te voy a engañar, amigo mío, este asunto pinta mal. Miramos los cadáveres de algunas de las víctimas del castillo. ¿Sabes lo que es la maldición silach?

—No... Bueno, ¿los hombres monstruo? ¿Hablas en serio, Remo?

—Sí, los cadáveres de las niñas se transformaron en criaturas horrendas, Peronio.

De pronto Peronio estalló en sonoras carcajadas que acabaron en resumida sonrisa dulzona sobre sus labios. Pero a Remo le dio escalofríos.

Quedó en silencio y estático, mirando el final de su pipa, hasta que de repente gritó:

—¡Te lo dije, magia negra! Los demonios de Senitra... ¿Qué dicen en la frontera?

—Hasta donde yo sé, o no han usado los pasos habituales o compraron el silencio de los guardias fronterizos.

—Remo, yo vivo tranquilo aquí, reconciliado conmigo mismo. Llevo años sin tener pesadillas sobre la guerra. Esta cueva es pobre, pero sabes que no me importa lo material. Tu dinero me da igual. Al menos me gustaría saber que no lo hacemos por dinero, no me gustaría morir por un puñado de oro, Remo hijo de Reco.

—No es por el oro, ni siquiera por el padre, sabes la opinión que tengo de la mayoría de los nobles. Mis motivos son otros, Peronio, pero me comprometen personalmente.

Volvió a fumar. Remo no sabía qué esperar de él, si accedería o no.

—Tendrás que darme un poco de tiempo para prepararme. ¿Cuántos hombres hay contigo?

—Unos cuantos...

—¿Dónde están?

—Acamparon junto al riachuelo.

Peronio sonrió.

—Unos cuantos son más de los que me quieres decir. Está bien, al amanecer bajaré de mi casa. ¿Cuánto dices que me pagarás?



## CAPÍTULO

# 11

## La pelea

Peronio cabalgó en la grupa del caballo de Sala. Así lo ordenó Remo después de presentarlo al resto. Sala habría preferido ir sola, pero no quiso parecer descortés. Era un hombre extraño y pestilente. Lo primero que hizo fue preparar su pipa. Fumaba opio azul y otras hierbas alucinógenas, pero jamás parecía perder la cordura. Al menos no era posible distinguir, en sus cortas palabras, cuándo había fumado y cuándo no. Se limitaba a decir qué ruta escoger, por dónde ir y desatender todas las dudas y preguntas que formulaban sus compañeros, hasta que Remo no incidiera sobre alguna de ellas y, claro, el guerrero, muy

dado al silencio, poco interés ponía en satisfacer las curiosidades de los demás.

En un par de días la presencia silenciosa de Peronio comenzó a pasar desapercibida y ni le dirigían la palabra. Excepto Sala, que debía soportar sus humaredas.

Los hombres comenzaron a estar inquietos al intuir el rumbo que estaban tomando. Peronio parecía dispuesto a cruzar Mórbenor.

—Remo, ese bosque... ese bosque es peligroso. Si vamos al Paso de los Abismos... podríamos escoger otra ruta. Podemos rodearlo —decía Rílmor tratando de usar un tono franco y sin matices.

—No sé si Peronio desea cruzar La Serpiente por el Paso de los Abismos...

—Pues deberíamos preguntárselo ¿no crees? Lord Véleron debe de andar preocupado, deberíamos notificar nuestra posición.

—Rílmor, ve a quejarte a otra parte...

El desdén de Remo le sentó fatal, pues había hecho acopio de paciencia y esgrimido las mejores formas para tratar de conversar con él.

—No me gustan tus formas Remo... ¿Acaso no ves que mi petición es justa y razonable?

—No pienso desviarme para notificar nada. Cuando estemos en Nuralia notificaremos.

—Saldrá más caro. El otro grupo precisamente cometió el mismo error y ahora andamos con la incertidumbre...

—Tenemos muchísimo oro.

—Ese oro es para el rescate de Patrio.

—Déjame en paz, Rílmor. He dicho que no.

—Sala —Rílmor se dirigió a la mujer viendo que Remo realmente no atendía a sus razones—. ¿No crees que deberíamos notificar nuestra posición? Trento, ¿tú qué opinas?

Rílmor acercó su caballo al de Sala. Peronio fumaba y su vista parecía brillar como la de un borracho. La mujer apartó su humo de la cara.

—Podríamos acercarnos a algún pueblo y dejar un aviso en los postes notariales para que le envíen un mensaje a Lord Véleron, avisando de que

no hemos tomado la ruta del paso de los Dragones. ¿Qué pueblo queda más cerca?

—Con poste, Lemit o más lejos hay pocos hasta la ciudad de Gosield —dijo secamente Peronio.

Convinieron, gracias a la intercesión de Sala con Remo, que Rílmor y sus hombres se acercarían a Lemit para dejar el mensaje sobre su posición, mientras los demás preparaban el primer campamento en las estribaciones del bosque de Mórbennor.

La noche se cernía rauda, y el silencio fue roto por el sonido de caballos. Rílmor y los suyos habían regresado. Traían víveres y los ofrecieron a los demás.

—¿Os habéis retrasado para añadirnos más carga? —preguntó Remo con ánimo de ofender, cuando Rílmor le tendió un saco con varios quesos. Remo agarró la saca y agarró también las que estaban repartiendo a los demás y, de repente, lo arrojó todo a la hoguera. Después se tumbó apoyando su espalda en una roca viendo cómo las llamas devoraban los víveres recién adquiridos.

—¡Estás mal de la cabeza! —estalló Rílmor.

El capitán de la guardia de Lord Véleron montó en cólera, mirando cómo Remo parecía satisfecho como un crío después de hacer su fechoría. La seguridad y la forma descarada de ofender su presente delante de todos pudo con el temple de Rílmor. Desenvainó su espada y la clavó en el suelo. Se quitó los guantes.

—¡Levántate! Vamos a arreglar esto de una vez —dijo poseído por la ira.

—Calma, vamos... —era Trento, que fue a ponerse en medio, entre Rílmor y su amigo, que parecía dispuesto a levantarse.

—Acepto el reto —dijo Remo.

Se puso en pie sonriente. No hizo la ceremonia de desenvainar y clavar la espada para asumir el reto. Simplemente la desató y la dejó apuntocada en la roca donde antes descansaba su espalda. Desabrochó el peto de cuero y se quitó también la capa para moverse con más agilidad. Góler y Mercal se acercaron al instante como para ver un espectáculo.

—Apuesto diez monedas de plata por Remo —dijo Mercal.

—Acepto. ¡Vamos Rílmor!

—¡Dejadlo ya! —gritó Sala acercándose—. Tenemos que estar unidos...

La chica se colocó desafiante entre los dos hombres y miró especialmente violenta a Remo.

—Pido disculpas, señora —dijo Rílmor ceremonioso. Seguía en su tónica de obediencia hacia la mujer.

—¿Vas a hacerle caso a ella? —preguntó Remo fastidiado—. Demuéstranos a todos lo que sabes hacer. Sala, Trento, apartaos.

El militar se hizo a un lado y apartó a Sala con amabilidad. Rílmor colocó sus puños en alto y se acercó a Remo. Por su postura parecía conocer bien el combate sin armas. Remo no se cubrió. Se lanzó hacia su rival. Uno de sus puños fue bloqueado a punto de estrellarse en la mandíbula del capitán de la guardia de los Véleron. Rílmor varió la posición de sus pies. Entonces Remo recibió en la boca del estómago un golpe tremendo. Perdió el aire y tuvo que hincar una rodilla. No había visto venir el golpe. Lo malo es que Rílmor estaba dispuesto a patearle la cabeza. Lo esquivó de milagro. Consiguió ponerse en pie y trató de respirar con normalidad. Tensó los músculos. Estaba furioso, luchando porque su orgullo no lo cegase. Analizó la guardia de Rílmor y lanzó una patada a la pierna de su adversario. Esta vez con éxito. Rílmor bajó entonces la guardia doliéndose del tremendo puntapié y Remo con velocidad agarró de los pelos a su adversario que gritó ostensiblemente. Con la cabellera bien asida, colocó la cabeza y después lo tiró al suelo de un tremendo puñetazo en la cara. Rílmor estaba inconsciente de un solo golpe después de aquella treta.

—Peleas sucio —dijo Romlos. Desenvainó sus dos espadas y las clavó en el suelo.

—¿Otra pelea? —decía Remo respirando el triunfo que acababa de obtener.

—Sí.

Todos se apartaron un poco y Sala animó a Romlos a darle a Remo una lección mientras atendía a Rílmor, que poco a poco volvía en sí.



—Adelante, Romlos —invitó Remo.

El adversario ahora era más rápido y llevó la iniciativa. Remo esquivó dos puñetazos pero no pudo con el tercero. Aturdido se tapó la cara y Romlos le golpeó en el costado. Sintió que no podía respirar. Avanzó su frente para tratar de cabecear la de Romlos, en un intento desesperado porque su adversario le dejase un respiro, pero Romlos le recibió con un tremendo gancho que le hizo perder la noción del equilibrio. Remo estaba prácticamente inconsciente cuando recibió un puntapié despiadado en la cabeza.

—¡Basta! —gritó Trento. Remo se había desmayado.

Romlos retrocedió despacio hasta que se escuchó una voz quejumbrosa.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer?

Era Remo, desde el suelo, sangrando por la nariz. Romlos se acercó con velocidad para volver a golpearlo. Pero esta vez Remo tenía una estrategia y trabó los pies de Romlos con habilidad y lo hizo caer. En el suelo, ambos se agarraron tratando de inmovilizarse el uno al otro. Ahí Remo sí que consiguió con su cabeza acertar la de Romlos. Débil y sangrando aún, Remo se levantó a tientas pensándose vencedor. Tenía una brecha en la frente. Pero Romlos se recuperó del tremendo cabezazo. Sangraba por una de sus cejas. Se acercó a Remo a media distancia y esperó una patada que este intentó darle en la entrepierna. Romlos envió un puñetazo directo al rostro de Remo y le partió un labio. Se tambaleaba mientras Romlos le golpeaba las costillas con sus puños. Finalmente Remo acabó clavando una rodilla y, cuando buscó con la mirada dónde estaba su adversario, vio un relámpago y acabó tendido en el suelo con sordera en los oídos.

Romlos no dijo nada, ni se pavoneó de su victoria, simplemente fue a curarse sus propias heridas. Y entonces se escuchó una risa escalofriante. Remo, en la niebla de la inconsciencia, se reía mientras se arrastraba hacia sus enseres.

—¿Quién ha ganado? —preguntó Rílmor en el regazo de la mujer.

—Hombres —refunfuñó ella apartándose de él.



CAPÍTULO

12

## La traición de Peronio

Los árboles comenzaron a engrandecerse conforme se adentraban en el bosque más antiguo de Vestigia. Cada paso les hacía olvidar todo lo acontecido hasta allí, mientras observaban las flores silvestres, los árboles y helechos que poblaban una espesura cada vez más densa. Comenzaban a admirar las diferencias con otros bosques. Todo se revestía de una majestuosidad especial en Mórbenor. El tamaño de las cosas se diluía y podían encontrarse hojas enormes colgando como telas prendidas en cuerdas, junto a diminutas hojuelas como lágrimas verdes suspendidas en filamentos. Flores que

abiertas parecían carnosas frutas junto a decrepitos ensortijados de púas. Toda una selva colmada de variedad vegetal.

Cabalgaban despacio, con miedo a que los animales pudieran dañarse por el entramado de raíces que comenzaban a dificultar su avance. Desmontaron finalmente para ir más cómodos. El bosque era muy cerrado y, en ocasiones los árboles parecían columnas que ascendían, pilares de una bóveda verde oscuro, compacta y hermosa. La mayoría de los troncos poseían musgos y florecillas en las zonas inferiores y se intercalaban con grandes plantas de flores variadas, selváticas. Había troncos muy expresivos, con nudos y agujeros ancestrales que en ocasiones parecían rostros de criaturas enormes. Aunque el aspecto era bello, inquietaba cierto aire de irrealidad, sensación de pisar un lugar demasiado exclusivo de la naturaleza, como si no estuviese preparado para el hombre. El aire progresivamente se iba espesando, colmado de polen y mariposas, y algunos animales provocaban sonidos repetitivos aunque no se dejaban ver. Las pisadas de los viajeros se algodónaban por la hierba y podía medirse el silencio en el vaivén de las hojas de las ramas bajas.

Serpenteando entre árboles ascendían sin sendero alguno, mancillando la estructura perfecta de los helechos que emergían entre las raíces hasta que llegaron a un claro y...

—Quietos —advirtió Peronio, y los demás miraron hacia el pequeño claro donde el guía se había detenido, sin encontrar un motivo para que estuviese inmóvil.

—¿Qué sucede? —susurró Mercal, que cerraba el grupo.

—Silencio —lo apremió Góler.

Sala, Remo, Trento y Rílmor agudizaban su vista junto a Peronio sin llegar a entender qué sucedía. El caballo de Mercal relinchó, pero los demás permanecían tranquilos. En el claro, varios rayos solares se colaban en la espesura y decoraban de un verde agresivo los bordes de algunos árboles y la hierba, en redondeles amplios, dejando en un tono más apagado el resto de la pequeña explanada. Peronio señaló con un dedo justo delante de ellos. Pero seguían sin ver nada extraño, ¿algo se movía?, algo parecía desenfocar la corteza de un árbol...

—Un eco —susurró Trento que señaló allí mismo.

Sala, que jamás había visto una de esas criaturas de los bosques, abrió todo lo que pudo sus ojos para intentar verlo. Lo consiguió por fin, porque «aquello» se desplazó. Con paso lento, lánguido, el eco se apartó del árbol y cruzó el claro demostrando la soberbia capacidad de camuflaje que poseía. Su aspecto variaba con la luz, con el paraje, similar a un camaleón. La criatura perdía su perfil plateado cuando acomodaba un paso y se confundía con el paisaje copiando los colores que lo rondaban con mucha precisión. Sala sintió que se le erizaba el vello de los brazos al descubrir la silueta alargada moviéndose sin hacer ruido. Los ecos, bípedos, de extrema delgadez, no daban muchas oportunidades de ser vistos gracias a sus habilidades para camuflarse. Su paseo elegante y silencioso hacía pensar que el bosque guardaba misterios aún mayores. Cuando se marchó, Peronio hizo un solo comentario.

—Acamparemos aquí. Un eco trae buena suerte, al menos así lo pensamos en Nuralia.

—Era muy delgado, ¡jamás había visto uno! —exclamó la mujer sin ocultar la emoción.

—¿Eres de Nuralia? —preguntó Rílmor usando un tono de voz áspero, desdeñando el pequeño milagro que acababan de contemplar. Peronio no le contestó.

—¿Qué mejor guía para ir a Nuralia, que un nural? —preguntó Trento mirando a Romlos y Webs que posaban en Peronio ojos desconfiados. La frescura de Trento acabó por serenarlos. Las heridas de la guerra habían sembrado un rencor difícil de disipar...

Al anoecer todos se reunieron de nuevo en el campamento después de buscar algo de madera. Las habituales risas y las bromas que habían acaecido en noches anteriores se extinguieron quizá motivadas por la tensión entre Remo y el grupo de Rílmor. Corría una brisa cálida que no se correspondía con el tiempo que había acontecido durante el día. Los ruidos y susurros que el viento arrancaba en los árboles centenarios aumentaban el silencio que los poseía. La sensación de oquedad en el bosque contrastaba

con sonidos lejanos, extraños susurros y la cantinela de la brisa sobre las hojas de los árboles.

Sala no soportaba la manía de Peronio de fumar drogas. Estaba nerviosa y le daba vueltas a muchos temas en la cabeza mientras trataba de averiguar un pedacito de cielo entre las copas de los árboles, pero era imposible. Su vista repasaba marañas de ramajes espesos que el fuego del campamento apenas alcanzaba a desentramar dada la altura de aquel bosque.

En su fuero interno, Sala sentía una especie de asfixia. Una congoja que venía agobiándola desde que habían emprendido el viaje. Quizá era resultado de la preocupación por Patrio, la sensación angustiosa de que cada día que pasaba se incrementaba el riesgo de perderlo. Al mismo tiempo Remo, que con su regreso había sido un vendaval de aire fresco, ahora se mostraba arisco, conflictivo, taciturno y distante. Ella deseaba su cercanía, como si estar a su lado pudiera garantizar su ánimo. No había tenido oportunidad de hablar suficientemente con él, peleas aparte. Así que, con la excusa de quejarse con respecto a las adicciones de Peronio, se levantó y fue junto a Remo que, aunque no estaba de guardia esa noche, permanecía sentado mirando el fuego.

—Remo... ¿podemos hablar?

—Depende.

—No voy a compartir contigo lo feliz que era con Patrio, prometido — avisó la mujer arrancando una sonrisa en el hombre.

—¿Tienes miedo? ¿Crees que cuando te quedes dormida vendrán los ecos a llevarte a su guarida en el corazón del bosque?

Sala golpeó el hombro de Remo.

—No tengo miedo. Esa criatura no irradiaba nada malo. Tú siempre tan gallito...

—Entonces, ¿qué quieres? Los demás se deben estar preguntando por qué vienes siempre a mi lado cuando cae la noche, estás prometida con otro ¿recuerdas?

—Tu grosería no la voy a tener en cuenta. No sigas por ahí Remo, o le diré a Romlos que te vuelva a dar una lección.

—Tuvo suerte.

—Te venció... ¿puede tu orgullo aceptarlo?

—El capitán Arkane siempre decía que no se pueden ganar todas las peleas, pero hay que ganar las peleas importantes. Esa pelea no era precisamente importante.

—Tienes respuesta para todo, aunque haya que preguntarte mucho.

Remo volvió a sonreír. Pese a las heridas por la pelea con Romlos, su atractivo no decaía. Sala no pudo evitar sonreír también.

—Bueno, verás... ¿Por qué no hablas con Peronio...? Ya sabes — preguntó la joven en un susurro, prácticamente inaudible. No quería que el aludido pudiese escucharla. Aunque estaba dormido, era de ese tipo de personas que realmente no puede asegurarse la profundidad de su sueño.

—¿Qué pasa con él?

—Remo, fuma opio azul. Tu guía es adicto al opio azul...

—Eres perspicaz —se burló él.

—¿No te importa? Si está bajo los efectos de esa droga, bien puede decirnos que nos dirijamos al sur para encontrar Nuralia. En este bosque tan cerrado necesitamos que esté lúcido. No debe de ser fácil seguir una senda aquí.

—Peronio sabe lo que hace. Si nos ha dirigido por aquí es porque conoce bien el camino.

—Remo, yo he tenido que cargar con él y casi me mareo con sus humaredas.

—Es lo que hay. Yo confío en Peronio, tú no le conoces.

—Háblame de él.

—Vete a dormir.

—Vamos Remo, tú y yo en los viejos tiempos solíamos hablar de todo, ¿recuerdas?

Remo miró para otra parte.

—No. Además solo ha pasado un año, no eran tiempos tan viejos.

Su respuesta fue bastante cortante, como siempre. Parecía que estaba deseando perderla de vista. ¿Cómo demonios se supone que eran amigos? Remo la evitaba siempre que podía. Sabía que la única forma de llegar hasta él era insistiendo.

—Vamos Remo, sabes que insistiré hasta que te cabrees. ¿Cómo es que confías tanto en ese hombre lamentable?

Remo miró a los demás. Salvo Góler y Jortés que estaban al fondo del campamento, de guardia, los demás dormían. Cedió y contó una historia... triste.

—Peronio no siempre fue así. Antes no fumaba opio azul.

—¿Cómo lo conociste?

—Lo conocí en Luedonia, en la taberna de los Glaner. Estaba borracho y Uro y Pese lo sacaron fuera para darle un escarmiento. Con los gemelos no se juega en su taberna. Peronio no dejaba de soltar bravuconadas y molestaba a algunos clientes. Se veía a dos leguas que era nural, por su acento...

—Vaya, no fumaba pero se emborrachaba... Espera voy a por algo para abrigarme.

Sala se echó por encima una piel de zorro y se acomodó mejor, mientras Remo seguía contándole.

—Le pegaron duro hasta que yo intervine. El tipo dijo algo que me llamó la atención, parecía un demente, pero no lo pasé por alto. Detuve a Pese, que estaba a punto de dejarlo inconsciente.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Dijo algo así como: «¡Viva el capitán Gormack y los Perros de la Nieve!».

Sala no preguntó, recibió la explicación antes de necesitar interrumpir a Remo.

—Los Perros de la Nieve eran los exploradores nurales en la guerra. Tipos hábiles, comandados por el capitán Gormack. Esos hombres habían trazado rutas alternativas en las montañas de La Serpiente, para que las tropas nurales invadieran Vestigia en la primera oleada de la guerra. Eran famosos por su gran importancia en la invasión. Los Perros de la Nieve no eran soldados al uso y creo que ni siquiera entraban en combate. Expertos en supervivencia en las montañas, más bien parecían geógrafos, gente cultivada que conocían el arte de trazar mapas y pasaban información relevante, como lugares potenciales para emboscadas, maneras de asediar

las ciudades del norte. En el ejército de Vestigia no teníamos nada parecido a eso. Nuestros exploradores eran pésimos y en su mayoría no conocían más pasos que los dos oficiales. En el ejército jamás nadie se había interesado por integrar gente cultivada, por eso Nuralia nos llevó ventaja al principio. Por eso pudieron invadirnos y estuvieron a punto de doblegar nuestro reino.

El silencio parecía atrancar el relato de Remo con recuerdos, pero siguió contando.

—Peronio resultó ser uno de los mejores exploradores que tenía Nuralia. ¿Qué demonios hacía en Luedonia? Había desertado. Lo supimos cuando estuvo sobrio. Se negaba a hablar con los demás. Pero valoraba mucho que yo lo hubiese salvado de aquella paliza. Lo llevé junto al capitán Arkane. Al principio desconfió de él, pero Arkane era un hombre de verdad. Un tipo que termina por ganarse tu respeto quieras o no. Peronio nos fue de gran utilidad. Con él cruzamos la Horda a través de La Serpiente por pasos desconocidos. Pudimos emboscar cientos de veces a los nurales y logramos taponar sus filtraciones, pues trataban de volver a invadirnos después de que consiguiéramos reconquistar Odraela y Gosield. Nuestro destacamento entonces fue enviado a invadir el sur de Nuralia. «Destruir y Aniquilar» era el nombre de nuestra misión, con Peronio todo fue más fácil.

Sala no sabía si interrumpir pero finalmente lo hizo.

—¿Qué le sucedió? ¿Por qué traicionó a su pueblo?

—Por lo de siempre. Los fuertes abusan de los débiles. Nadie conoce su historia en profundidad porque es hombre de guardar sus cosas. Peronio estaba obsesionado con la idea de que asaltáramos el castillo de Nirtenia. Decía que era la fortaleza del sur de Nuralia que guardaba más riquezas. Noches enteras se prodigaba en contarnos los tesoros que guardaban sus bodegas. En realidad era su venganza personal. El señor de Nirtenia había matado al padre de Peronio. Lo había ejecutado acusándolo de traición. ¿Sabes por qué?

Sala no contestó.

—Por lo visto dio auxilio a tres soldados de Vestigia en su hacienda, huidos de una batalla en los pasos fronterizos. El hombre simplemente



había sido misericordioso con ellos, dándoles abrigo y medicinas en mitad de una tempestad. Las gentes de las montañas siempre fueron hospitalarias antes de aquella guerra... Probablemente los habría denunciado después. El señor de Nirtenia lo acusó de traición y su hijo Peronio trató de evitar su condena. Pero en tiempos de guerra, el rey, los nobles, los generales, todo el que tiene poder para intervenir en un asunto como ese siempre suele estar muy preocupado en otros menesteres. Peronio recibió la orden de indulto para su padre casi tres semanas después de que lo hubiesen ahorcado en la plaza de Nirtenia.

Sala se llevó las manos a la cabeza. Sintió una congoja crecer dentro de sí. Imaginó la desesperación, el sentimiento agónico de frustración. En su cabeza un hombre se balanceaba sombrío pendiente de una soga.

—Peronio odió tanto a su rey y al sistema de favores que siempre poblaba las decisiones en Nuralia, que decidió largarse. En su cabeza la idea de la venganza era la única razón para estar cuerdo. Y consiguió su venganza. Nosotros le dimos esa oportunidad. Le usamos y él nos usó a nosotros. Cuando destruimos Nirtenia desapareció. Estuvo meses sin dar señales de vida. Lo encontramos fumando opio azul en los pueblos de Belgarem, allí se había buscado una cueva donde vivía apartado de todo. Digamos que desertó de nuestro ejército y trató de pasar inadvertido.

—Desertó de las dos partes... curioso. ¿Qué pasó cuando disteis con su paradero?

—Intercedí por él. Arkane le concedió libertad. Con la ayuda de un notario, Arkane procuró a Peronio una licenciatura, como si se tratase de un hombre herido en combate. Así lo dejaron tranquilo en su montaña. Era un hombre enfermo de espíritu y, después de su venganza, sus razones se habían extinguido.

De pronto Sala hizo un razonamiento automático. Peronio le debía un favor a Remo. Esa era la única razón por la que estaba en aquel grupo de rescate.

—Que fume lo que quiera —susurró Sala mirando desde la distancia cómo Peronio dormía cerca de la hoguera—. Admiro a Arkane, me habría gustado mucho conocerlo. Siempre que oigo hablar de él, las decisiones que

tomaba, siento que era un hombre digno, irrepetible. Un héroe de esos que ocupan canciones.

—Por eso está muerto, los buenos mueren siempre.

Remo dio por finalizada la historia. Se estiró, se puso en pie y fue hacia su caballo para agarrar unas mantas. Sala se tendió cerca de la hoguera, dándole vueltas a la historia de Remo. Se imaginaba el rostro de Peronio, destrozado después de haber enterrado a su padre, leyendo la orden que lo habría liberado si hubiera llegado a tiempo, si el señor de Nirtenia no hubiese aplicado con tanto albedrío la sentencia, si sus mandos hubieran acelerado el proceso de concesión del indulto... Eso puede volver loco a un hombre, se dijo.



CAPÍTULO

13

## El férgulo

A la mañana siguiente continuaron profundizando en el bosque. El sentido de la orientación de Peronio debía de ser fabuloso, porque no dudaba sobre la ruta adecuada. Los árboles, a cual más grueso y alto, se adaptaban perfectamente a la orografía y parecían conquistar lugares incómodos. No era extraño ver un árbol emergiendo entre dos rocas o en el costado de un cortado de terruño alfombrado de musgo y florecillas. El terreno no siempre era llano y, poco a poco, conforme se iban adentrando en las profundidades de Mórbenor, se accidentaba el trayecto; los caminantes se veían obligados a guiar los corceles por altozanos resbaladizos, sorteando depresiones colmadas de

vegetación, tan cerrada que no podía distinguirse si se trataba de un precipicio o de un suave descenso. Trataban de esquivar zonas sin salida. Peronio no solía equivocarse y, sin embargo, en más de una internada tuvieron que darse la vuelta porque se habían asomado a un talud, demasiado profundo, sin garantías de ver suelo tras la espesura; o topaban con zonas donde la densidad de troncos era tal, que impedía el avance de los animales.

En más de una ocasión, la altura de las plantas los obligó a subir a los caballos para tener visibilidad de hacia dónde se dirigían, pues llegaban a tener la longitud de un hombre. El filo de las espadas comenzaba a parecer verde, de tanto asestar tajos a la maleza para abrirse paso. Era penoso el avance, aunque los viajeros agradeciesen ciertas ventajas, como la de toparse con algún árbol frutal para despacharse a gusto. Subían, bajaban y la tónica de siempre era más y más bosque, denso y compacto, hermoso y colmado de misterio.

—¿No sería mejor haber rodeado el bosque? —insistió Rílmor que guiaba a duras penas a su caballo entre las raíces resbaladizas—. El Paso de los Abismos era la mejor opción.

—No.

Ni una palabra más gastaba Peronio en argumentar sus decisiones. Sala ahora le veía de forma distinta. Para empezar, le había fascinado que Remo le contase aquella historia y el modo en que lo había hecho. Sí, salvo Lorkun que era un maestro para esos menesteres, no creía que otro pudiera haberla contado mejor, tal vez lo exageraba por lo parco que solía ser Remo, pero el caso es que consiguió que su respeto por Peronio se incrementase hasta el infinito. Se sorprendía una vez más, como siempre, con un Remo desconocido que desencajaba la figura rocosa que siempre solía ofrecer a todos.

—Nadie toma este camino porque es un bosque demasiado cerrado, no es adecuado para los caballos... ¿o hay más motivos? —preguntó Jortés a medio proceso entre hacer la cuestión y explicarse—. Las rutas de comercio necesitan espacio para carros...

—¿Crees que escogieron esta ruta? —preguntó Tren-te—. Por eso no tenemos noticias de ellos.

—Es una posibilidad, pero si yo fuese huyendo, con prisa, camino de Nuralia, evitaría este bosque —comentó Peronio demostrando que a ciertas personas sí que otorgaba más que monosílabos—. Ellos no cruzaron por el Paso de los Dragones, según decís. Si pertenecen al grupo de Blecsáder viajan hacia el oeste. Así que el Paso de los Abismos es una buena opción.

—¿Y por qué demonios vamos nosotros por este paso si ellos no lo eligieron?

—No es lo mismo perseguir que ser perseguido —sentenció el guía antes de dar una profunda calada a su pipa.

Después de una larga caminata, con los caballos relinchando poseídos por la desconfianza, decidieron descansar en un claro. Los amarraron para que no huyeran. Peronio fue a explorar para comprobar si estaban en la ruta adecuada. Fue entonces cuando Jortés... vio una luz.

Aquella lucecita no podía ser fruto del sol. Coloreada de un rosado cercano al de algunas flores, la luz tenía cuerpo, suspendida a poca distancia del suelo. Esa luz había aparecido entre los árboles por arte de magia, ellos no se habían movido y antes no estaba.

—Mirad esta luz rosada —sugirió Jortés.

—¿Qué es? —preguntó Rílmor. Al acercarse comprobaron que la luz no era un único punto sino una especie de rastro que serpeaba en el bosque, rodeando los árboles, seduciendo al viajero a perseguirlo.

—¿Alguien sabe lo que es? —preguntó Mercal. Acercó su mano a la luz y notó cómo le era cálida, quedando suspendida sobre sus dedos.

—Son hojas minúsculas desde las que florece luz... ¿qué extraña ensoñación estamos presenciando?

—Jamás había escuchado leyenda alguna que nombrase a estas luciérnagas vegetales. ¿Es acaso el aspecto de las nubes?

Góler rebasó a Jortés y comenzó a caminar siguiendo el rastro de luz.

—No te alejes, Góler —dijo Sala visiblemente preocupada. Después de haber visto al eco, tenía claro que en ese bosque ancestral habitaban criaturas extraordinarias. El espectro elegante había resultado un buen

presagio según Peronio, pero el guía no estaba allí ahora para decirles el significado de aquella línea de luz mágica que se perdía hacia la espesura.

Góler cruzó la línea de luz, incluso la cortó con sus pies para ver qué sucedía, y la luz, totalmente inofensiva se apagaba allí donde él ponía el pie para renacer de nuevo cuando lo apartaba. Silben, Webs y Romlos eran los últimos del grupo y se quedaron al cuidado de los caballos por orden de Rílmor. En sus ojos se veía claramente la decepción porque deseaban como los demás descubrir el origen de aquel misterio luminiscente.

El hilo de luz, poco a poco se hizo más ancho y los minúsculos pétalos que parecían flotar en la luz aparecían algo más nutridos. No deseaban alejarse mucho, pero en el estómago de todos anidaba la sensación de no poder dar media vuelta hasta no contemplar el origen.

—¿Y si sigue así durante horas? —preguntó Sala, nerviosa y excitada a la vez.

—Vienen de aquel árbol. ¡Fijaos! —dijo Góler que seguía caminando hacia un árbol que desde la posición de Sala no podía divisarse. La curiosidad también la movió a ella y decidió echar un vistazo. Finalmente aquellas hojitas luminosas se arracimaban alrededor de un árbol grueso, enorme.

—Parece que sale desde el mismo tronco del árbol... de la parte de atrás...

Remo y los demás se asomaron. Era un espectáculo contemplar el tronco oscuro, casi negro, desde el que se derramaba como un jugo, savia luminosa que acababa formando esas hojitas dispersas por el suelo. Una brisa meneó un poco las ramas del gran árbol...

—Aléjate Góler —aconsejó Sala que miró a su alrededor sintiéndose observada—. Fijaos, las hojas y ramas de los demás árboles no se mueven... ¿qué brisa extraña es esa?

—Es precioso... —Góler estaba hipnotizado por la luz.

Debajo de sus pies emergieron dos raíces que se enroscaron con mucha rapidez a sus piernas.

—¡Sal de ahí Góler! —gritó Sala.

La tierra comenzó a temblar y todos tuvieron que buscar equilibrio. Emergieron más raíces y se enroscaron en las piernas de Jortés, Remo y Mercal, que eran los tres más próximos al árbol. Entonces Remo pudo ver con claridad cómo el tronco del árbol se rajaba abultándose dos labios de madera oscura. Unas gigantescas fauces se abrían viscosas acompañadas de un chillido como de mil gatos. La copa del árbol se agitaba y comenzó a combatir a los que estaban amarrados con las raíces. Al principio las hojas les hacían caricias pero, poco a poco, el árbol comenzaba moverse con más violencia y precisión. En un santiamén dejó inconscientes de un golpe a Jortés y a Góler. Remo tuvo mejor suerte pues la bestia golpeó en sus brazos y no en su rostro.

Rápidamente desenvainó su espada. Hizo un tajo en las raíces que lo atrapaban y la criatura gruñó poderosamente. Las ramas de la copa del árbol se arremolinaban sobre sus cabezas preparando garrotes más gruesos con los que combatir a los hombres. Remo, agachado, fue a clavar su espada en el tronco principal, pero rápidamente tuvo la sensación de que no serviría de nada. El arma apenas si penetró un palmo en el tronco pese a que imprimía todas sus fuerzas, y la madera nudosa parecía no sufrir daño alguno. No se enfrentaba a un monstruo con órganos vitales o puntos débiles fácilmente discernibles. El tronco se rajó de nuevo por la escisión que dibujaba la boca, y le permitió que se abriera aún más. El orificio era aterrador.

—¡Tiene dientes, lengua oscura...! —gritaba Mercal.

Las raíces que portaban a Góler lo acercaron a las fauces. Una de sus piernas trataba de no entrar en la boca de madera, pero finalmente no pudo evitarlo por más tiempo. La criatura se aupó de repente como si tuviese ojos y pudiera calcular el espacio necesario para comerse a Góler, e introdujo las dos piernas del muchacho en la boca. Góler chilló de pánico.

—¡Ayudadme, me va a morder!

Todos luchaban contra raíces y no podían socorrer al muchacho, que ya tenía medio cuerpo dentro de la bestia. Entonces Remo tuvo una inspiración. Agarró su cinto y extrajo una bolsita de polvo de símil. Esparció polvos sobre el tronco y, con su espada y una piedra prendió una chispa. El fuego se propagó con velocidad.

La criatura se estremeció. Toda su estructura tembló. Muchas hojas cayeron mientras la bestia emitía un grito estremecedor, de pesadilla. Parecía una persona que estuviese sintiendo el primer lametón cruel de las llamas. El tronco se retorció. Góler gritó de dolor pero su estremecimiento no llegó a escucharse porque el monstruo seguía chillando. De pronto Góler salió vomitado de las fauces. Las raíces abandonaron a sus presas y se ocultaron bajo tierra. Entonces el árbol comenzó a retorcerse. La tierra tembló a su alrededor y el árbol monstruoso comenzó a sembrarse más profundamente. Se escucharon crujidos profundos, se retorció y chillaba mientras se iba hundiendo más y más, hasta que penetró en la tierra. Hasta la última rama acabó sumergida entre los terrones húmedos de tierra oscura que había emergido con la extraña huida por excavación de la bestia. En la superficie quedaron visibles, entre los terruños mojados, unos gusanos grises de movimientos pausados, grandes como barras de pan, y con pelos largos y brillantes. Los filamentos parecían rezumar aquella misteriosa luz que segregaba el monstruo.

—¡Alejémonos de este lugar! —gritó Rílmor mientras veía con horror cómo Remo trinchaba uno de esos gusanos con su espada. La oruga gris soltó una baba verdosa y se agitó de dolor.

El problema era que el rastro luminoso se había perdido. No quedaba nada y no estaban seguros de la dirección exacta por la que habían venido, después de toda la agitación del ataque de aquella cosa. De todas formas, eligieron al azar y corrieron.

Corrieron por el bosque hasta que Peronio se cruzó con ellos. Se alegraron tanto de verlo, que incluso Jortés llegó a abrazarlo.

—¿Qué sucede? —preguntó el guía—. Escuché alaridos...

—Nos ha atacado un, explícaselo tú, Remo —gritó Trento.

Remo no mencionó a la cosa. Inspeccionaba su espada. El gusano no había logrado dar energía a la piedra. En aquel bosque le habría gustado contar con esa ventaja.

—Peronio guíanos al claro con los caballos.

El guía comenzó a caminar. Los demás ávidos de explicaciones le copiaron el paso.



—En el suelo había un rastro luminoso, como si fuesen luciérnagas — explicaba Mercal.

—Un férgulo —afirmó rápidamente Peronio muy seguro.

—¿Sabes lo que es? ¿Un qué?

—Sí, un férgulo. De cuando en cuando aparecen en estos bosques, comen muy poco. Con un conejo podrían pasar un año...

—¿Un conejo? ¡Ha estado a punto de comerse a Góler y tenía preparados a Jortés y a Remo para el postre!

Peronio sonrió como si no diese importancia a las dificultades que ellos habían pasado. Esto enfureció a Rílmor, que lo miraba con recelo desde que se había enterado que era de Nuralia. Llegaron al claro. Romlos, Webs y Silben calmaban sus corceles que resoplaban y no dejaban de moverse coceando con los cuartos traseros...

—¿Qué han sido esos gritos? —se interesó Webs.

—¡Maldito chiflado...! ¿Nos has metido en este bosque sabiendo que esa criatura podía atacarnos? —preguntó Rílmor sin poder contener su indignación—. Esa luz era una trampa mortífera.

—Jajaja... —rió el guía.

—Señor, apesta a opio azul —dijo Romlos haciendo un gesto con la mano.

—¡Maldita sea, para eso había ido a «explorar»! —Rílmor se acercó a él con mala cara.

Sus hombres habían rodeado a Peronio.

—Maldito seas, desgraciado nural.

Peronio hizo intento de pegar un puñetazo a Rílmor pero falló tambaleándose. Uno de sus hombres lo sujetó y el capitán de la guardia de los Véleron lo golpeó a placer, en el rostro.

—¡Eh, vosotros, quietos! —grito Trento.

—¿Qué sucede? —preguntó Sala mirando por encima del hombro de Remo que trataba de ajustar los correajes de su caballo—. ¿Por qué pelean?

Trento fue a separarlos.

—¡Soltad a Peronio!

Silben desenvainó su espada y amenazó a Trento.

—Quieto ahí, abuelo.

Rílmor volvió a golpear a Peronio. Trento extrajo uno de sus cuchillos y lo lanzó. El cuchillo silbó en el aire. Pasó rozando la nariz de Rílmor. Otro cuchillo se estrelló en el mango de una de las dos espadas de Romlos, que cerró los ojos al percatarse de lo cerca que había pasado esa punta afilada de su cabeza.

—¡Si no os estáis quietos moriréis todos aquí! ¡No fallaré el próximo cuchillo!

Rílmor retrocedió con las manos en alto. Trento poseía dos cuchillos más preparados en sus manos expertas y toda una correa de proyectiles en su cintura, y en las piernas. Se habían quedado helados al ver la cercanía del cuchillo a la cabeza de Rílmor. Romlos, que tenía trabado con los brazos a Peronio, lo soltó. Silben envainó su espada sonriendo. Webs también puso una sonrisa pacífica en su rostro. Los caballos no habían parado de relinchar, como si la violencia los hubiese enfurecido.

—Jajaja...

Peronio no dejaba de reírse, debía de estar realmente mareado.

—Está loco y drogado. Maldito nural chiflado... ¿Qué les sucede a los caballos? —preguntó Rílmor.

—¡Mirad el suelo! —gritó Sala.

Rodeando las proximidades donde estaba el grupo, como si fuese agua luminosa, una luz parecía intentar rodearlos. Aquello no podía ser obra de un solo férgulo, pues había cientos de hilos de luz que confluían en aquel río luminoso provenientes de todos los puntos de acceso.



CAPÍTULO

14

## La llegada de la muerte

Los caballos relinchaban poseídos por el miedo. Trataban de soltarse de sus ataduras. Se ponían a dos patas y lanzaban coces. Ríos de esa luminiscencia sobrenatural los estaban cercando y el miedo ya no solo afectaba a los caballos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Trento.

Un grupo de árboles comenzó a temblar. La tierra se abría bajo la luz rosada de los férgulos. Haces de cientos de raíces se irguieron por las grietas y comenzaron a masticar terruños, tratando de aferrarse, de catapultar algo a la superficie, y de las entrañas oscuras del piso cuarteado aparecieron dos férgulos por el flanco izquierdo, junto a los caballos.

Avanzaban sobre moles de raíces que lograban apoyo enroscándose en los árboles, en el suelo quebrado, en rocas y cualquier cosa para hacer fuerza y desplazar el tronco madre. Otros dos emergieron desde debajo de la tierra a la derecha. Eran enormes y apartaban a los árboles como si fuesen cañas de azúcar. Se aproximaban y sus raíces pronto estarían al alcance de los humanos.

—¡Proteged a Sala! —gritó Rílmor, sin disimular su orden de prioridad.

Sala se había puesto en pie y Remo rebuscaba en el zurrón de la chica.

—¿Qué buscas?

—Tu bolsa de símil. ¡Que todo el mundo alcance su bolsa de polvos de símil!

Los férgulos los rodeaban. Ahora habían incrementado su número. Eran al menos ocho y daba la impresión de que trabajaban en equipo. No parecían dispuestos a atacar hasta estar todos a la misma altura del círculo que habían creado alrededor de sus víctimas. El resultado era que toda la tierra que los rodeaba parecía víctima de un arado, removida por las numerosas raíces de las criaturas.

—¡Id a por las alforjas, atacarán a los caballos! ¡Haced un círculo protector con los polvos de símil! —ordenó Remo, que ya andaba espolvoreando el suelo.

Los demás comenzaron a secundarlo. Traían de los caballos la mayoría de sus alforjas y aperos, incluidos los cofres de la recompensa. Pero los férgulos atacaron antes de que cerrasen totalmente el círculo. Trento hizo una chispa con dos piedras y se prendió el polvo a sus pies. Las llamas, precedidas de un fogonazo cegador comenzaron a transmitirse siguiendo el rastro de polvos. Una marca de raíces se abalanzó hacia ellos. A Silben lo cazaron rápidamente mientras retornaba de los caballos. Sus pertenencias cayeron al suelo mientras él volaba. Sí, decenas de nervudas correas se le enroscaron en las piernas y los brazos elevándolo del suelo. Como si su cuerpo no pesara, las raíces lo transportaron con suma facilidad. Se enroscaban cada vez con más fuerza. Eran raíces de distintos férgulos y, cuando lo tuvieron preso, cada férgulo quiso su parte del botín. Murió chillando mientras su cuerpo se desmembraba.

—¡Noooo! —gritó Mercal, impotente como los demás ante la muerte atroz de Silben. Por un momento todos permanecieron inmóviles, paralizados por el miedo y la sensación de incredulidad por la muerte de su compañero de viaje. Los férgulos lo habían destrozado con tanta facilidad que parecía irreal, parecía algo reversible si vencían a los monstruos. Sin embargo no era cierto. Silben era el primer muerto en el grupo y costaba digerirlo.

El fuego de símil parecía amedrentar a los monstruos, pero no era suficientemente alto como para protegerlos bien y sobre sus cabezas de cuando en cuando volaba alguna rama.

—¡Agachaos! —gritó Sala.

Las raíces volvieron a la carga tratando de capturar a alguien más, aunque cuando topaban con el fuego se detenían. Dieron con un pie de Góler. Pero rápidamente Trento las cortó de cuajo con su espada. Remo se echó encima de Peronio que era el único que no se agachó para protegerse en el pequeño margen de las llamas blancas. Sin romper el cerco, los enfurecidos férgulos la emprendieron con los caballos. Marañas de raíces los agarraron por las patas. Parecían dispuestos a despedazarlos como habían hecho con Silben.

—¡Por todos los dioses!

Los animales coceaban intentando librarse de las raíces y, en algunos casos lograban apartarlas o incluso sesgar la madera con sus herraduras. Pero aquellas bestias nudosas tenían mucha fuerza y las raíces más gruesas conseguían quebrar los huesos de los pobres animales, que se oían crujir en sonidos graves. Vieron maravillados y con terror cómo el férgulo más grande devoró uno de los corceles entero, después de arrastrarlo con sus raíces. El esfuerzo que hizo el gigantesco férgulo para engullir el caballo levantó pedazos oscuros de terruño como si apoyase sus mordiscos en todo el suelo que enjaretaba con sus raíces. Dos caballos aún poseían alforjas, pues no les había dado tiempo a retirarlas por completo. Remo corrió hacia ellos.

—¡No salgas del círculo, Remo! —gritó Trento a duras penas, tendido como estaba sobre Mercal.

Tenía una idea para aplacar el ataque de aquellos monstruos... Corrió hacia la grupa del caballo de Sala. Una raíz se lo puso complicado, se le enroscó en la pierna como una serpiente. Era delgada y Remo pudo seguir avanzando pese a la fuerza que le aplicaba. Agarró a duras penas el arco y las flechas de la mujer y se las lanzó dentro del círculo.

—¡Sala eres nuestra única oportunidad!

Sala entendió lo que Remo pretendía. Se puso de rodillas con prisa, sin obviar el hecho de que ya hasta tres raíces habían trabado al hombre. Untó la vara de sus flechas con símil ardiente del círculo y disparó a uno de los férgulos.

—¡Funciona! —gritó Trento, que rápidamente usó uno de sus cuchillos con la misma intención. Pero el símil en el acero de los cuchillos no se adhería de la misma forma que en la madera de las flechas. Y la llama acababa extinguiéndose en el vuelo del proyectil.

Sala poseía una puntería prodigiosa. No fallaba, pero no acertaba al férgulo que estaba arrastrando ya por el suelo a Remo. Él intentaba liberarse pero no lo conseguía. Eran ya muchas las raíces que lo tenían atrapado y parecían capaces de desvencijar su cuerpo.

Las flechas de Sala seguían propagando incendios en las bestias de madera, que trataban de apartarlas con las ramas mientras proferían alaridos. A veces lo conseguían, pero el símil no se apagaba y prendía en el suelo otras ramas o las propias raíces. Sala disparaba a diestro y siniestro. Remo estaba ahora elevado por sus amarras. Se adivinaba que las raíces que lo apresaban pertenecían a dos férgulos que se batían en retirada y cada uno tiraba hacia un lado distinto. Remo podía morir descuartizado si no hacían algo. Webs, que estaba junto a Sala, observó en el suelo, dentro del círculo, cómo varias raíces se izaban rastreando.

—¡Cuidado Sala, esas bestias saben quién está propagando el fuego! —gritó Webs que ayudado por Romlos se dedicó ahora a talar todas las raíces que crecían prodigiosamente en el terruño protegido por el fuego.

Ella disparaba flechas sin parar, pero Remo seguía allí colgado gritando de dolor. Trento se irguió y fue a socorrer a su amigo. Asestó un corte

vertical que sesgó las raíces que estaban sujetando la pierna derecha de Remo.

Sala acertó con otra flecha en el último férgulo que era capaz de divisar. Justo dentro de sus fauces. El monstruo vegetal soltó a Remo por fin, se retorció como sus compañeros y mientras una orgía de tierra oscura saltaba por los aires, siguió a los demás férgulos que se alejaban tierra adentro para apagar sus incendios. Un pequeño terremoto se pudo percibir cuando los férgulos por fin se alejaron.

Remo sangraba por algunos cortes superficiales, pero no parecía sufrir heridas de gravedad después del estiramiento extremo al que los férgulos lo habían sometido. Su cota de malla le había protegido el torso, pero sentía dolores por doquier y le costaba mucho trabajo respirar sin quejarse.

—¿Estás bien? —se interesó Sala.

Permaneció silencioso, pero cada vez que daba un paso, su rostro se llenaba de muecas de dolor.

Rílmor deseaba enterrar a Silben, hacer algo con los pocos restos de su anatomía que habían dejado los férgulos sobre la algarabía de terruño. Entre todos lo convencieron de que no era buena idea perder más tiempo en aquel claro, que además estaba plagado de aquellos gusanos enormes, grises, con pelos luminiscentes. Parecían inofensivos, pero había más de cincuenta y conformaban una visión desagradable. De todos los caballos, solo dos habían sobrevivido, pero estaban malheridos. Acabaron sacrificándolos. Romlos puso fin a su agonía. A partir de ahora el viaje se haría mucho más duro. Esperaban poder alquilar un carro cuando estuviesen en Nuralia pero, hasta ese momento, debían acarrear el peso de las alforjas. De todo lo perdido en el ataque solo se lamentaron por algunos pellejos de aguamiel.

—Al menos esos monstruos parecen no interesarse por el oro —dijo Rílmor recopilando los cofres de las alforjas de los caballos muertos por el ataque.

Permanecieron en silencio durante el resto de la jornada. Un silencio extraño y frío. La muerte los había visitado por primera vez y, aunque de sobra sabían cuando partieron que dicha circunstancia estaría presente, ninguno estaba preparado para perder un compañero, al menos, no tan

pronto. Ni siquiera habían cruzado a Nuralia. No había muerto a manos del enemigo, sino por el hambre de aquellas extrañas criaturas. Sala derramó lágrimas, secundada por Góler cuando hicieron una fogata al caer el sol. Era respeto, nadie vio aquellas lágrimas como señal de debilidad. Ninguno dormiría esa noche pues el pánico a ser atacados por los férgulos los tuvo en vela.

—Era buen soldado —dijo Rílmor.

Sala se sentía culpable. Sabía que Silben, perteneciente a la guardia personal de Patrio Véleron había acudido a la misión de rescate voluntariamente y que, gustoso, había entregado su vida por su señor... Pero no dejaba de pensar que todos aquellos voluntarios perseguían un objetivo arriesgado, impulsados por la desesperación de recuperar a su futuro esposo. ¿Cómo no compartir la responsabilidad de lo que les pudiera suceder?

Remo escrutaba la oscuridad sentado sobre sus piernas. Se había despojado de la cota de malla y la camisola y se estaba aplicando unguento sobre algunas rozaduras.

—¿Te ayudo? —se ofreció Sala, que deseaba despejar su mente ocupándola en algo.

—Para la espalda me vendría bien.

Se dio la vuelta y ella pudo comprobar las huellas de la presión de las raíces en caminitos rosados sobre la piel tatuada de Remo. Acarició los tatuajes de Remo con las uñas un instante, como persiguiendo los trazos del tatuador.

—Me haces cosquillas.

—Remo, me siento mal por Silben —dijo ella confesando sus sentimientos.

—¿Qué?

Ella acercó su cara a la oreja derecha del guerrero para susurrar, derramándose su melena sobre el hombro desnudo de Remo.

—Ha muerto por salvar a Patrio, por devolverme a Patrio sano y salvo, en parte siento que le debo algo y que no podré pagarlo jamás.

Remo permaneció en silencio.



—No puedo evitar sentirme responsable. Él era amigo de Patrio. Todos son amigos de él y por eso han venido...

—Da igual lo que yo te diga, seguirás pensando lo mismo, pero creo que deberías alegrarte de que solo hayamos perdido un hombre —dijo Remo.

—Hablas como si no te importase la vida de Sil. ¿Tendría que alegrarme? No puedes hablar en serio.

—Si pensabas que esto iba a ser fácil, que volveríamos todos sanos y salvos es que eres una ingenua. Esto acaba de empezar. Nos dirigimos al infierno...

—Sí, Remo, pero ¿no comprendes cómo me siento?

—No seas débil, ¡no sientas! Ellos están aquí, cada uno con sus propios objetivos. Han decidido jugársela, son voluntarios. Tú misma lo dijiste. Piensan en un regreso plagado de gloria. Jortés anhela la venganza. Rílmor... su posición en la casa Véleron. Abre los ojos a tus propias palabras... Destroza esa sensación, destroza todas las sensaciones.

—No puedo. La gente no es tan malditamente fría como tú, Remo.

—Ni tan ingenua como tú. Estas conversaciones no me aportan nada, Sala, uno no puede estar cortando carne y recogiendo flores... Tienes que apretar los dientes y seguir sin mirar atrás.

Ella se marchó enfurecida, sin terminar de aplicarle el ungüento en la espalda. «Estas conversaciones no me aportan nada». Esa frase había sido como una bofetada. Los malos entendidos con Remo se acumulaban ya en la cabeza y comenzaba a estar realmente harta de su actitud. De pronto, se sintió estúpida acudiendo a su lado, no volvería a hacerlo. Si eso era lo que él deseaba, ya no volvería a molestarlo más. Sabía que él no pensaba así como había hablado. Conocía a Remo, pero disimulaba muy bien sus buenas intenciones. Probablemente él trataba de aleccionarla, de ofrecerle el mejor de los consejos. Pero de aquella forma desastrosa. Sentía que él la rehuía. «Eso es. Sabe que si es grosero conmigo me apartaré de él», pensó la chica mientras se tumbaba junto a la fogata en el extremo opuesto de donde dormiría Remo. Estaba en lo cierto, no tenía por qué aguantar sus

desplantes. Bastante tenía con la incertidumbre, con la pena de la muerte de Silben...

A partir del día siguiente el viaje discurrió con más rapidez. Pese a ir más cargados, caminaban con más prisa. Necesitaban abandonar el bosque. Alejarse del peligro que suponía volver a ver aquella luz flotando en el suelo esponjoso.

—No debéis preocuparos ya por los férgulos, con lo que han comido estarán una buena temporada sin cazar —comentó Peronio. Sin embargo, sus palabras no tranquilizaron a nadie.

—¿Falta mucho? —preguntó Trento.

—No. No podemos verlas por culpa de los árboles, pero las montañas de La Serpiente están cerca ya.

En efecto, cayó el sol y, subido a un árbol, Mercal ayudado por las últimas luces del ocaso pudo atestiguar que se divisaban por doquier las laderas nevadas de La Serpiente. Se hizo de noche y, junto al fuego, Peronio describió el camino que se avecinaba para cruzar hacia Nuralia. No se sabía si lo hacía para animarlos, o para todo lo contrario. Siempre raro en su proceder, Peronio parecía intranquilo desde la muerte de Silben. Sala se procuró el lugar más alejado de Remo en la fogata.

—El paso que vamos a cruzar no tiene nombre porque surgió de un terremoto reciente.

—Menuda suerte la nuestra, ¿y si hay otro terremoto? —preguntó con mal tono Rílmor.

—Cuando digo reciente, me remonto a tiempos antes de los que vivieron nuestros padres. Pero no sale en los mapas. Es un paso estrecho que a veces parece una cueva, y otras el fondo de un precipicio. Poco a poco va ascendiendo hasta una pared afilada. Allí hay una vereda excavada que nos conducirá a la montaña más baja de las que hay en La Serpiente en este lado. La vereda la rodea. Será duro porque suele estar nevada, pero en menos de una jornada la habremos rodeado. Después hay un gran valle, no tan grande como el del Ojo de la Serpiente, pero será un buen sitio para hacer campamento y afrontar después las montañas que faltan. Calculo que en menos de una semana habremos logrado pasar a Nuralia. Todo si

tenemos suerte y el valle no está también nevado, si no hay ventiscas, ni desprendimientos...

—¿Y si está nevado? —preguntó Trento.

—Lo más probable es que esté nevado. Si es así, será más difícil encontrar el camino que debemos seguir para ascender a las montañas. Es fácil perderse allí. Caminar por la nieve nos retrasará. Esta ruta es más dura que la del Paso de los Abismos, pero no está vigilada... solo la frecuentan los pocos contrabandistas y proscritos que la conocen y si nos topamos con ellos, seguramente nos eludirán...

—¿Hay aldeas, algún sitio donde poder guarecernos de una tempestad?

—No, al menos no recuerdo ninguna.

Esa noche los turnos de guardia se hicieron individuales. No era aconsejable mantener la vigilia sabiendo los esfuerzos que acaecerían de forma inminente, así que se obligaron a dormir. Usaban unos palitos de incienso para contabilizar el tiempo de cada turno. Sala no le dirigió la palabra a Remo, procuró estar alejada de él. Estaba herida por la última conversación, en general, por todas las conversaciones que solían estropearse por el mal carácter que siempre gastaba. Y pensar que hacía un año ella estaba prendada de aquel hombre. Ahora no podía creerlo. Quizá era porque no había conocido a Patrio. Sí, aquella noche más que ninguna otra añoró al heredero de los Véleron. Con él jamás discutía, jamás tenía trifulcas parecidas a las que surgían con Remo. ¿Cambiaría su carácter si estuviese otra vez enamorado? ¿Cómo lo había soportado Lania? Sala tenía una teoría para aquella historia. No. Remo no había sido siempre así. Pero el dolor por la pérdida de su amada le había agriado el carácter poco a poco, año tras año, la no consecución del reencuentro soñado, esa búsqueda lenta y trágica lo había consumido. No podía evitar sentir pena por él ahora, pensando en Lania. Siempre que aparecía en su mente la misteriosa dama, como una criatura celestial, Sala solía pensar en un Remo cortés y educado, amable y atento que, después de sufrir el ultraje, se había envenenado de rabia y odio. Pensando en todas esas cosas Sala sintió que la llamaban las nubes del sueño...

Sobre su manta Remo sufría en silencio dolores terribles. Mantenía en secreto su dolor porque no deseaba retrasar al grupo. Trento le había hecho un favor al llevarle su carga durante la jornada y confiaba en despertar mejorado. Era en esos momentos cuando solía tener lo que él mismo llamaba «la tentación de la muerte».

Miró su espada acostada junto a él. Acarició la piedra negra en la cruceta. Cuando sufría heridas en combate, cuando el dolor lo atacaba de veras, siempre, desde que cayera en su poder la piedra de la diosa Okarín, sentía la tentación de volver a darle luz cuanto antes a la gema, para así poder curarse, volver a sentir ese caudal de energía infinita que tapaba sus heridas o le otorgaba desde sus entrañas una energía vibrante con la que su cuerpo parecía de acero y sus fuerzas se alargaban hasta tocar las nubes. Pero para cargar la piedra no había otro camino que no fuera matar a un hombre. Era una lógica perversa. Curarse con la muerte de otro. Prevalecer matando. Jamás la había usado de forma arbitraria. Nunca había matado por capricho para evitarse penas o aligerar su marcha. Desde que tuviera la posesión de tan magnífico don, Remo había vivido preso de una responsabilidad, sintiendo que cada uso que daba a la joya tendría que ser explicado ante los mismísimos dioses el día del gran descanso.



CAPÍTULO

15

## A lomos de La Serpiente

Al principio, todos se alegraron de cambiar bosque por caminos en las laderas de las montañas, donde los paisajes eran hermosos. De cuando en cuando se detenían a contemplar la espesura que los había tenido presos. Quedaban maravillados de ver lo grande que era el bosque de Mórbenor, surcado por bandadas de pájaros que descendían de las montañas sobre la marea verde. El invierno se acercaba y muchas aves emigraban hacia Plúbea y el sur de Vestigia, desde Nuralia, buscando climas más cálidos. Ellos no. Ellos se dirigían al frío y los desfiladeros; iban a pasar la cordillera para adentrarse en las estepas y los bosques agrestes de Nuralia.

Caminaban entre dos montañas, en un cañón que, poco a poco, se volvía más escarpado obligándoles a descender para caminar de forma cómoda. No parecía lógico bajar para cruzar el macizo montañoso. El murmullo más escuchado entre el grupo era que, seguramente, Peronio se había equivocado y terminarían topándose con un muro sellando el final del cañón. Sin embargo Peronio parecía muy seguro de sí mismo y no dudaba en descender hacia las profundidades sin el más mínimo reparo, hasta que llegaron al último suelo de aquel paso entre colosales cortados de rocas oscuras. Remo andaba preocupado porque eran un blanco demasiado fácil para cualquiera que pretendiese una emboscada, escondido, con buenos arqueros sobre sus cabezas.

—Fijaos, la vereda se estrecha cada vez más... ¿estás seguro, Peronio, que este camino cruza las montañas? —preguntó Jortés, poniendo voz a lo que todos pensaban observando la inmediatez de la vereda estrecha que los obligaba a caminar en fila.

—No os detengáis, caminad sin hablar, este camino es peligroso, de cuando en cuando se desprenden rocas. El eco de nuestras voces puede provocar desgracia.

Nadie volvió a quejarse para no provocar resonancias peligrosas, aunque tenían la sensación de que el astuto guía quería evitarse las preguntas incómodas con aquella advertencia.

Tal y como predijo, el camino estrecho se transformó en cueva cuando las montañas parecían a punto de tragarse el camino. Con antorchas improvisadas se adentraron en un corredor ancho, con la sensación de que no conseguiría avanzar, pues daba numerosas revueltas y, de cuando en cuando, el túnel parecía volver hacia Vestigia. La oscuridad los sumía en una inquietud constante y distraía el cansancio. Tenían ganas de volver a salir a la luz y nadie osaba pedir respiro dentro de la gruta. El silencio en la cueva era tal, que los jadeos de los viajeros a veces les hacían pensar que alguien venía siguiéndoles. La negrura parecía asfixiar las antorchas.

Alcanzaron una especie de escalera natural en la que pudieron contemplar que había iluminación exterior. La luz se colaba por agujeros en el embovedado de piedra.

—Ahora comenzará la parte más dura. El ascenso.

Peronio no solía dar información así como así. Parecía advertirlos como a niños: «ya os dije que esto no iba a ser fácil, ahora viene lo complicado, no os quejéis». El ascenso, muy escarpado al principio, se suavizó un poco cuando salieron de la cueva, sin embargo, pronto volvió a empinarse de nuevo. Salir del túnel los animó por no tener que llevar antorcha e ir más espaciosos. Contemplaron desde arriba la salida de la gruta con escalofrío. La brisa, al colarse por el agujero en la piedra, emitía un suspiro gutural que los persiguió bastante arriba mientras se alejaban de aquella boca negra. Estaba atardeciendo y Peronio les aconsejó darse prisa. Si tenían que dormir, prefería que fuese en una posición más elevada, encontrar alguna anchura donde poder encender fuego y tener espacio para que todos se tendieran. En cierto modo, desde que habían salido de la cueva, el cansancio físico se sobrellevaba mejor pensando que habían desconfiado de Peronio injustamente y que estaban en el camino correcto, pues todo encajaba a la perfección con la ruta que el guía les había dibujado en la hoguera antes de salir de los bosques.

—Tened cuidado hay hielo y... —Trento detuvo sus palabras y giró su cabeza hacia abajo contemplando lo escarpado de la pared donde estaba la escalera—. Si alguien se cae no iremos a buscarlo hasta ahí abajo.

En efecto, el hielo dificultaba mucho el ascenso. Los resbalones poco a poco se hacían notar y, cada peldaño, cada piedra que se ofrecía para ser pisada, daba más vértigo y hacía que aquella escalera pareciese más estrecha y peligrosa. Había zonas donde sencillamente la escala desaparecía, trechos donde se recordaba que no era una escalera ciertamente, sino un accidente natural. Zonas muy resbaladizas donde tuvieron que atarse con cuerdas unos a otros y pasar primero las cargas para después conseguir que los que estaban más fuertes tirasen de los más débiles. Peronio parecía disfrutar especialmente siendo remolcado a pulso y los hombres de Rílmor cada vez le tenían más inquina. Alguna vez se le vio fumando mientras ellos bregaban con las sogas y su peso muerto.

El aire se volvía a cada paso más gélido. Comenzaron a liarse el cuello con telas de algodón y acabaron desliando los petates para usar las capas de

piel que llevaban en su inventario. Arrugadas y húmedas, desplegarlas en aquella pared rocosa fue incómodo, pero cuando se rodearon el cuerpo con ellas pronto agradecieron sus efectos. Eran capas formidables, de terciopelo oscuro en la faz y por dentro con finas pieles de zorro que pronto incubaban calor. Las capuchas lograron reactivar la sangre en las orejas de los viajeros y protegían la cara del viento, aunque dificultaban mucho la visibilidad de la montaña y había situaciones en las que el peligro les obligó a retirarlas. Las horas pasaban y la oscuridad comenzó a ceñirse por doquier. Por fin alcanzaron un rellano de piedra donde poder hacer fuego y descansar.

En la pequeña fogata a la que todos se arrimaron, la pregunta de rigor la hizo Sala.

—Peronio... ¿falta mucho para ese valle?

—No, aunque ahora comenzaremos a pasar frío. Es bueno tomarse esto con paciencia...

Pronto la nieve y los vendavales les hicieron recordar los misteriosos bosques con nostalgia. El ascenso, siguiendo la pared nevada, por una vereda estrecha, fue muy penoso. Finalmente decidieron estar atados perpetuamente. Rílmor insistió en atar también los cofres de la recompensa, por si alguno caía, pero la idea no cuajó porque hacían un ruido estrepitoso chocando contra la piedra de las paredes heladas. La nieve al principio les decoraba los hábitos como si fuese azúcar, pero poco a poco se encontraban plastas de nieve más densas adheridas a las botas, a los abrigo, a las pieles y los cofres y, en general, todo pesaba más, se volvía lento el paso y la respiración comenzaba a verse afectada por la altura.

—En estos desfiladeros nevados, ¿es posible llevar caballos?

—Te sorprenderías de hasta dónde pueden llegar algunas mulas.

Todos tenían la impresión de que si no hubiesen perdido los caballos abajo, en el bosque, por el ataque de los férgulos, jamás habrían podido pasar por esas veredas, si acaso no los hubieran abandonado en el ascenso en la cueva.

—Yo jamás habría hecho subir caballos a este paso —dijo simplemente Peronio. Se había evitado una pelea, pues los caballos habían sido malogrados por los férgulos en el bosque.



En una estrechez estuvieron a punto de perder a Jortés. Estaba caminando muy indeciso por una cornisa de piedra, algonada de mucha nieve, que la hacía parecer el doble de lo que realmente era y, Jortés, puso pie donde no había más que nieve abultada. Cayó de bruces y la cuerda se estiró. Mercal y Góler trataron de soportar su peso, pues eran los dos que inmediatamente estaban atados a sus cabos. Fue tan de sorpresa que Mercal salió disparado también al vacío y Góler logró frenarse, pero él solo no podía sostener el peso de los otros. Alarmó a los demás y entre todos consiguieron detener el desastre.

Por fin, tras varios resguardos de la montaña, divisaron el gran valle nevado.



CAPÍTULO

16

## Un poblado siniestro

Peronio sólo se equivocó en una cosa...

—¿Qué es aquello? —preguntó Trento.

El maestro de la Horda iba el primero de la comitiva y señalaba con el dedo una hilera de humo que salía desde detrás de un repecho nevado en el descenso hacia el valle. Cuando se acercaron más, adivinaron un poblado en la distancia. Peronio no lo recordaba. Eran cuatro o cinco chozas, no más, pero a todos les produjo inquietud verlas donde el guía había asegurado que no encontrarían a nadie. Era como una aparición fantasmal. Supusieron que debían ser tramperos o contrabandistas que conocían el paso secreto y se

habían asentado en el valle para usarlo como campamento para atravesar las montañas sin tanto esfuerzo.

—Hace mucho que no vengo por aquí —se excusó Peronio.

El deshielo provocaba sonidos, quiebros en el hielo, goteos y la risa de arroyos diminutos. El estado de alerta que acarreaban desde la emboscada de los férgulos, se veía exaltado por aquellas petulancias naturales provocadas por un sol enorme que los vigilaba desde las alturas. Era extraño porque el sol parecía no calentarlos en absoluto, pese a estar bañándolos con su luz. El frío parecía tragar su energía dejando simple luz fatua que les iluminaba el día no más.

Remo y Trento se adelantaron al grupo para cerciorarse de que no existía peligro en aquel poblado. Con el clásico paso corvo de acecho entrenado para la división de Cuchilleros de la Horda, se acercaron silenciosamente al primer grupo de chozas.

—Hay algo raro en el ambiente... —susurró Trento.

Pisaban ya las proximidades a las primeras viviendas y no se veía actividad. El recuerdo de alguna fogata, expelido por una de aquellas chimeneas rústicas, como lengua de humo, era la única prueba que evitaba pensar en un pueblo fantasma. Entonces varios perros sin dueño se acercaron a saludarles. Parecían contentos y nada hostiles. Trento por precaución, extrajo tres cuchillos pequeños y los colocó entre sus dedos, por si hacía falta actuar, parecía nervioso. Avanzaron hasta la placeta central del pueblo maravillados por el silencio. La nieve allí era menos espesa y sus pies chapotearon varios charcos de agua.

—Mira Trento... no hace mucho hubo, caballos aquí.

Remo señalaba en voz queda varios hoyuelos en la nieve. En efecto, conforme se adentraron entre las casas descubrieron un sinfín de huellas de caballos.

—Eso de ahí son pisadas de botas similares a las nuestras —susurró Trento.

Un viento gélido repasó las chozas haciendo tiritar algunas ramitas con las que protegían los maderos de los tejados, bajo una gruesa capa de nieve. Una puerta ala derecha chirrió al batearse hacia dentro de una de las chozas,

provocando un golpetazo que la hizo retroceder. Había algo en el ambiente amenazador. Los dos viajeros, viendo que el viento helado era pertinaz, se arrebujaron más en sus capas de pieles y se taparon la boca con unas telas que usaban para protegerse el gaznate.

—¿A qué huele? —preguntó Remo que bajó la tela al detectar un hedor extraño.

—¿Es sangre?

Remo desenvainó su espada despacio, para que el roce con la funda no emitiese el sonido habitual. Entonces se escuchó un lamento humano. Al principio no lograron descifrarlo, pero se repitió más nítido y tenebroso.

—¡Eh, vosssotros, ayuda! —la voz de auxilio, provenía de la oscuridad de una de aquellas casitas de madera recubiertas con pieles.

—¡Muéstrate! —pidió Trento.

La puerta de la choza, endeble, chirrió mientras se abría sin que se apreciase al principio quién la empujaba. Una mano en el suelo retrocedió hasta regresar a la oscuridad cuando la puerta quedó bien abierta. A rastras, un anciano asomó medio cuerpo a la luz del sol en el pequeño rellano de la casucha. El sudor, su tez macilenta, el temblor de sus manos, los síntomas de la maldición silach festejaban una inminente transformación. Su rostro marchito, arrugado ya, mostraba el crecimiento de unos dientes como clavos blancos que hacían de su pronunciación un siseo afilado.

—¡Ayuda, la fffffiebre esssstá acabando con nossssotros! —suplicaba mientras los ojos se le volvían en blanco a cada dos palabras y parecía luchar por mantenerlos centrados.

Al principio se quedaron inmóviles, aterrados contemplando al viejo. No en vano, no habían previsto ni la existencia de dicha aldea. Ver los síntomas de la maldición, las huellas de los caballos, no podía significar nada más que una cosa: los secuestradores de Patrio Véleron habían visitado el lugar no hacía mucho.

Remo apretó su mano asiendo la espada y se acercó al anciano. No lo socorrió, pasó al interior de la vivienda. El hedor era molesto. Buscó con la mirada en una estancia totalmente destrozada. En el suelo rastros de sangre aún viscosa, trozos de vasijas rotas y pelos largos adheridos a mugre, lo

guiaban hacia otra estancia. En la habitación contigua, la que debían usar para dormir, encontró apilados al resto de la familia en el suelo, como fiambres prestos a ser vendidos. Inconscientes, de cuando en cuando sufrían convulsiones y comenzaban a evidenciar la metamorfosis con sombras mortecinas en los rasgos de la cara y una negrura espesa que se esparcía en sus cuerpos, arrinconando un tono dorado irreal en el resto de la piel. En breve, serían esbirros hambrientos del instinto de los silachs. Maldijo la crueldad de aquella infección. Se volvió a cubrir la cara con la tela, para amortiguar el hedor.

—¡Hay que actuar rápido Trento, llama a los demás!

Trento se alejó a grandes zancadas espoleado por la urgencia y el asco. Corrió angustiado viéndose retenido por la maldita alfombra de nieve. Mientras tanto, Remo volvió a salir de la cabaña.

—Dime anciano, ¿quién trajo este mal?

—Unosss hombres, militares de Nuralia, han traído essssos, esos monstruos... los traían como perros, encadenados.

Aquello no tenía sentido. ¿Era una emboscada? Imposible después de haber seguido la ruta de Peronio. Remo se percató ahora de que el viejo poseía la mancha negra en la piel del tórax, que estaba a punto de contagiarle la cara. Las venas parecían cordones negros. Remo no tenía tiempo para pensar...

—¿Cuánto hace que estuvieron aquí?

—Nosotros solíamos comerciar con ellos. Venían aquí y pasaban días comprando nuestras mercancías. Esta vez nosssssss robaron, y sssssoltaron a esos perros.

De pronto el viejo colocó sus extremidades como las patas de una araña. Remo escuchó cómo crujieron sus huesos. El anciano huyó hacia el interior de una choza más alejada, arrastrándose con los brazos y piernas a modo de patas de arácnido. Era como si el cuerpo contaminado, donde ya comenzaban a crecer esos pelos gruesos, negros, decidiera procurarse un lugar apartado, alejarse para cuidar de que el anciano completase su transformación. Fue espeluznante contemplar su paseo, mientras el rostro parecía desear seguir conversando con Remo.

Estaba paralizado por el esfuerzo de razonar todo aquello. Pensaba con velocidad. Solo se le ocurrían dos explicaciones. Una: que los hombres que habían secuestrado a Patrio frecuentaban ese paso y se daba la casualidad de que acababan de saquear esa aldea ayudados por los silachs; y otra: que sabían que ellos iban a pasar por allí y habían decidido tenderles una trampa. Supuso que esto último parecía más lógico. Tal vez desde que secuestraron a Patrio vigilaban todos los pasos. Tal vez los habían visto acercarse desde que salieron del bosque, en el duro ascenso, cuando habían encendido fogatas. Contaminar el poblado sería una buena forma de hacerles una emboscada.

Los demás entraron en el poblado dispuestos a escuchar las instrucciones de Remo. Se horrorizaron cuando vieron en el interior de las chozas los cuerpos agonizantes.

—Debemos quemar este lugar. Matarlos a todos. Es la misma maldición que poseía los cuerpos de las niñas de Jortés. No hay otra opción. Debemos acabar con ellos ahora que están débiles.

El campesino, de entre todos los integrantes de la comitiva, fue el más afectado al ver los estragos de la maldición en aquellas gentes. Se mordía el puño derecho cada vez que veía una nueva víctima escondida entre el mobiliario destrozado de las chozas.

—¿Estás loco? Hay mujeres y niños aquí —dijo Sala, que no podía asimilar semejante decisión.

—Cuando la maldición les transforme, en nada se diferenciarán de aquellos que hubierais quemado sin miramientos. No los han contaminado al azar, creo que están vigilando todos los pasos. Cuando sean silachs nos perseguirán y os aseguro que son rápidos. ¡Hay que matarlos!

Rílmor se adelantó, y desenvainó su espada.

—Remo eres tan cruel... ¡Nos han emboscado por tu culpa! Por hacerte caso y seguir los consejos de ese malnacido nural. ¡Peronio nos ha vendido al traernos por este camino! Yo he perdido un hombre valeroso. Ahora asumiré el mando.

De repente llegó un alarido similar al de los gatos en trifulca. Remo ni tan siquiera había prestado atención al desafiante tono de Rílmor.

—Ya es demasiado tarde para discutir entre nosotros. ¡Desenvainad vuestras espadas! ¡Tendremos que matarlos o nos mataran a nosotros!

De una de las chozas salió una criatura silach. Muy despacio, a cuatro patas. Remo dedujo que era el anciano que había completado su transformación. Era enorme. Sus ojos tenían un brillo espeluznante, blanco, que contrastaba con el pelaje negro y espeso que cubría su cuerpo. Ahora su piel no era negra y aquel vello hirsuto estaba sembrado en un pellejo pálido sin poros, de textura similar a la de una castaña pelada, con arrugas negras. Provocaba aversión el mero contraste entre la blancura del cuerpo y el pelo negro, obscenamente burdo que cubría el dorso de sus manos, la cara externa de sus brazos, y toda la espalda. Sus manos, deformadas en zarpas, eran demasiado grandes para las proporciones humanas. Tenía las uñas negras como el caparazón de un escarabajo, pero tan largas como los propios dedos.

—¡Que no os muerda ni os arañen sus uñas! ¡Ahí es donde está su ponzoña! —gritó Remo.

La bestia los observaba y de repente dio un salto como de cigarrón hacia el tejado de otra choza. ¡Qué rapidez! Era un anciano hacía solo unos instantes y ahora era capaz de semejante prodigio. Sala disparó una flecha, pero no acertó a la criatura. Remo sabía que no debía permitir la transformación de individuos más jóvenes y fuertes. Si el viejo era temible ¿qué no podrían hacer hombres y mujeres adultos? Viendo cómo los demás estaban paralizados, se internó en la choza donde había más cuerpos agonizantes. Respiró hondo aquel hedor y comenzó a dar matarile a todos los infelices que estaban dentro de la choza. Su prioridad era reducir al máximo el número de enemigos silach. Fue duro clavar la espada en cuerpos indefensos que, en ocasiones, proferían alaridos semejantes a los de cualquier animal que muere agónicamente. Se concentró en matar con brevedad. Asestaba golpes letales para minimizar el sufrimiento. «Se puede matar de muchas formas, ejecuta siempre como te gustaría que te matasen a ti, rápido y sin ensañamiento, provocar sufrimiento innecesario es para los tiranos y pudre el alma», recordó aquella lección del capitán Arkane mientras ejercía su terrible labor.

—¡Por los dioses Remo, están indefensos! —gritaba Góler, llevándose las manos a los oídos cuando escuchaba los sonidos de la muerte.

La criatura del tejado percibía la tarea de Remo y chillaba enfurecido. Sin embargo no se decidía a atacarlos.

—Está esperando más compañeros para darnos caza —susurró Trento—. Este es solo un anciano.

Con velocidad, el maestro cuchillero lanzó uno de sus filos que brilló cortando algún rayo de sol. Acertó en un hombro a la criatura, que intensificó sus chillidos. Entonces atacó.

Saltó hacia ellos con agilidad de fiera salvaje. Derribó a Trento, pero Jortés se lo sacó de encima de inmediato, dándole una patada por la espalda. El silach trató de arañar al cuchillero caído, pero Trento tuvo suerte y logró zafarse gracias a las protecciones de su armadura y el sinfín de telas y pieles con que se protegía del frío. Las zarpas solo airearon jirones de ropa. Sala ensartó su cuello con una flecha y la criatura vomitó sangre oscura sobre la nieve. Mercal hundió su espada en el pecho del animal y a punto estuvo de sentir el filo cortante de sus garras que destrozaron buena parte del cuero de su peto cuando agonizaba preso en su acero.

Remo salió de la choza manchado de sangre. Miró la empuñadura de su espada. La joya mantenía viva una débil luz roja. No había buscado energía. Había matado con prisa. Sentía suciedad en la idea de acumular luz roja con esas ejecuciones. Pero el misterio de la joya, pese a todo, albergaba algo de luz por las muertes. Prefirió no consumir esa energía todavía, hasta evaluar mejor la situación. En un apuro esa luz podría salvarle la vida a alguno de sus compañeros, no debía derrocharla. Observó que el silach estaba inmóvil y esto le dio confianza para acercarse. Le cortó la cabeza de un tajo.

—Es mejor asegurarse —afirmó.

Sala lo miró allí plantado, con las salpicaduras de sangre y la cabeza del silach a sus pies. Pensó que estaba hecho de otra pasta, que era frío y capaz de atrocidades, un guerrero sin escrúpulos. Ella había matado por dinero durante años y siempre había sufrido en los días después de cada uno de sus crímenes, por muy limpios que fuesen, un remordimiento, por muy deleznable que hubieran sido sus víctimas. Cuando sabía que su flecha



volaba certera, no se recreaba mirando la agonía. En la distancia la sangre pocas veces se apreciaba escandalosa como a mano y espada. No encontraba en Remo resquicios de humanidad después de haber matado sin vacilar a mujeres y niños en aquella choza. Lo miraba horrorizada, igual que Góler y Mercal, incluso el propio Trento padecía de semblante sombrío.

Pensaron que el peligro había pasado hasta que, de debajo de la choza donde Remo había matado a los cuerpos febriles, salió otra criatura silach. Esta era muy pequeña.

—Es... un niño —susurró Sala con la boca abierta por el terror.

Sus ojos brillantes eran más amenazadores que los de su pariente de mayor tamaño. Remo fue hacia él para intentar matarlo. Pero el silach se escondió bajo la casa por donde había salido. Remo comenzó a abrirse paso a espadazos destrozando la choza.

—¡En el tejado! —gritó Góler a su espalda.

En efecto, la criatura había sido rápida. Remo se protegió por si el silach caía sobre él, con un trozo de la puerta destrozada de la choza, pero la pequeña criatura negra de ojos brillantes saltó más allá.

Rílmor retrocedió cuando el silach aterrizó a su lado. Lo amenazó con la espada pero sin mucha consistencia. El monstruito se hizo un ovillo y saltó hacia el peto del soldado con mucha fuerza. El golpe lo derribó. En ese momento todos esperaban que el silach aprovechara su ventaja y decidiera atacar a Rílmor, de hecho, todos corrían a socorrerlo pero no, la criatura silach hizo algo inesperado. Saltó hacia Góler que, precisamente venía para ayudar al jefe de la guardia de los Véleron. Esta vez el niño silach no se conformó con golpear. Todos pudieron ver el enorme mordisco que propinó a Góler cerca del cuello; vieron sus dientes como clavos blancos precipitarse como agujones en un mordisco salvaje. Después otro y otro. El silach mordía y mordía preso de una ferocidad sarnosa, inhumana.

—¡Quitádmelo! ¡Quitádmelo! —chillaba Góler desesperado que no acertaba a reunir fuerzas suficientes para apartarlo él mismo.

Trento lo ensartó con uno de sus cuchillos. Pero la criatura se revolvió y logró sacarse la daga voladora de Trento, para volver a inocular más veneno en Góler devorándole parte de la mano derecha con la que el noble

intentaba sacárselo de encima. Trento pisó al bicho, pero no conseguía hacerlo desistir en su tarea agonizante de morder a Góler. Lo atravesó con su espada y, aun así, seguía mordiendo y mordiendo. Por fin se estuvo quieto y pudo separarlo del muchacho. El niño silach murió exhalando aire como una cría de oso.

—¡Entrad en las demás chozas! ¡Registrad bien, que no quede ninguno!  
—gritó Remo.

No necesitó insistir. Después de contemplar lo que un niño presa de la maldición era capaz de hacer, los demás reaccionaron rápido. La misma Sala se adentró en una de las chozas con su espada desenvainada y apretó las mandíbulas mientras ensartaba cuerpos turbados por temblores, febriles, y pensó que estaba bien. Cuando volvió a mirar a Remo se arrepintió por haberlo juzgado así, a la ligera. No tuvieron otra opción.



## CAPÍTULO

# 17

## La maldición incurable. El monstruo

Góler sudaba abundantemente. Los mordiscos del silach lo habían contaminado. Tenía la piel cetrina amarilleándose más a cada instante y una negrura que había nacido en el cuello y que trepaba hasta cubrirle parte de la mandíbula. Lo despojaron de sus ropas y contemplaron cómo la mancha negra descendía sobre el torso hasta el abdomen. Trento andaba revisando los cadáveres de los demás enfermos para asegurarse de que todos estaban muertos. Remo se acercó al joven infectado.

—Tengo frío... —susurraba Góler poseído por una tiritera antinatural. La sangre había dejado de emanar de sus heridas, adquiriendo estas una

textura como de vainilla oscura. Como si la maldición protegiese el cuerpo de su víctima.

—Tenemos que quemar este lugar.

Rílmor y Webs, se encargaron de propagar incendios en todas las chozas aprovechando los fuegos de algunas chimeneas. En una explanada adyacente a las cabañas, encendieron una hoguera para calentar a Góler alejado del fuego del campamento.

Remo miró la piedra de su empuñadura. Se extendía una luz roja en su interior. Estaba dudando. No sabía qué hacer. No deseaba usar la piedra a la vista de los demás. Todos estos años la había ocultado tratando de no propagar leyendas. Mataba a quienes contemplaban sus milagrosos poderes, pues solían ser enemigos contra los que combatía. Minimizaba los testigos de sus proezas. Hasta el momento había tenido suerte y los testigos a los que Remo salvaba de la muerte muchas veces no identificaban sus prodigios con la piedra negra y fea que adornaba su espada, pensando que él era un enviado de los dioses. A él no le gustaba esa condecoración y solía marcharse rápidamente de los lugares donde se viese obligado a usar la energía de la joya. Sabía que Sala sospechaba algo. La había curado del envenenamiento de la vainilla de maísla hacía un año. Trento y Lorkun, que llevaban años admirando proezas que un humano corriente jamás podría haber realizado, también albergaban dudas seguramente sobre algo misterioso en Remo, pero él estaba convencido de que desconocían que la piedra que portaba fuese la última causa del éxito de batallas y lances. Remo pensaba con tristeza que lo admiraban como se admira una cáscara reluciente en un fruto podrido.

Góler comenzaba a tener convulsiones. Remo no se decidía, si no usaba la piedra, se verían obligados a matar a Góler que, por otra parte, manifestaba una rápida reacción al mal de los silachs. La velocidad con la que lo estaba transformando se mostraba más en sus temblores que en el cambio en sus facciones.

—¡Sala, ven! —llamó Remo. Necesitaba su ayuda para que los demás se ocupasen en algo y dejasen de mirar a Góler.

—¿Qué quieres? —preguntó la mujer.

—Necesito tu ayuda. Quiero que todo el mundo apague rápidamente los incendios mientras yo intento ayudar a Góler. Si los nurales ven las columnas de humo negro sabrán que estamos aquí...

—Remo estoy segura de que saben que pasaríamos por aquí...

Remo sonrió por la perspicacia de la chica.

—Bueno, apagalos para no darles más pistas sobre nuestra suerte en la emboscada.

Sala asintió. Lo miró con cierta inquietud en los ojos.

—Te noto extraño. ¿Qué pasa?

Sala y sus preguntas.

—¡Puedes por una vez en la vida hacerme caso sin preguntar nada!

Sala se giró indignada y comenzó a comunicar la orden. Jortés no pareció darse por aludido, pues miraba fascinado cómo el rostro de Góler se contraía. Quizá comprobaba los estragos que transformaron a sus niñas, como necesitando una explicación visual del horror.

—Jortés por favor, necesito tu ayuda —lo apremió Sala.

Remo agradeció a la chica su buen hacer y se acercó a Góler. Rápidamente colocó una mano detrás de su nuca. El chico rugía como un perro y varios dientes poseían ya un aspecto extraño como si estuvieran ensanchándose las encías y comenzasen a estirarse.

—Góler mira mi espada...

Góler miró la piedra. De pronto se detuvieron todos sus estertores. Su cuerpo se quedó inmóvil. Remo bendijo su regalo divino, sintiéndose diminuto, cercado por el aliento de la diosa Okarín. En su fuero interno había temido la reacción entre la energía de la piedra y la maldición. Ni tan siquiera se había planteado usar la piedra con los moribundos del poblado y, ahora, comenzaba a pesarle la conciencia. ¿Podría haber salvado a alguno de aquellos desdichados? La piedra funcionaba. Al menos, eso pensó al principio...

Remo retiró la espada cuando vio que la luz roja se había extinguido por completo en la joya. Secó el sudor de la frente de Góler y, entonces, notó cómo le agarraba por la muñeca...

—Quiero ver la luz otra vez Remo... —susurró Góler con la voz tomada. En el tono de sus palabras podían adivinarse altibajos estridentes, como si estuviese poseído por algo maligno. Le costó soltarse de su mano.

Remo se colocó a uno de sus flancos para contemplar su rostro. Deseaba comprobar si había perdido los matices de la maldición. Los ojos de Góler brillaban con una luz blanca, como si fuesen perlas alumbradas por el amanecer. Unos colmillos desproporcionados atravesaban su boca hasta derramarse en sus labios. Sus incisivos, más delgados crecían a simple vista. De repente se ensanchaba su cuerpo crujendo como si sus costillas se partiesen al hacerlo. Remo comprendió rápidamente. La piedra no había curado a Góler... ¡Estaba ayudando a su transformación!

—¡Venid aquí! —gritó Remo, que sabía que necesitaría ayuda para acabar con Góler.

El muchacho se incorporó lentamente hasta estar sentado. En sus manos ya habían crecido las uñas.

—¡Maldito seas Remo! ¡Qué me has hecho! —gritó con una voz grave, antinatural, mientras su cuerpo seguía creciendo. Formulaba ruidos cavernosos de huesos removidos y músculos atirantados.

Remo no vaciló, avanzó su espada en ristre y atravesó su cuerpo. Góler se retorció en el suelo y pateó el pecho de Remo, que perdió el asidero de su espada por la violencia de la patada. La fuerza del golpe hizo comprender a Remo que Góler no solo se estaba transformando a un ritmo aún más rápido, sino que también había absorbido la fuerza de la joya. Remo salió varios metros catapultado hacia atrás.

Góler se puso en pie de un salto y sacó la espada de su cuerpo como si no sintiera el más mínimo dolor. La herida desapareció milagrosamente. Trató de hacer puntería lanzando la espada contra Remo. Afortunadamente falló. Los demás acudieron rápido en ayuda de Remo. Nada más contemplar cómo Góler había crecido medio metro, con la cara cubierta por la mancha oscura, los dientes ya mucho más desarrollados, el rostro deformado por la ferocidad, se quedaron como estatuas, sobrecogidos.

Góler se retorció entre rabia y dolor. Toda su piel se volvía negra a mucha velocidad. La nariz se contraía y erizaba sus aletas, ahora más

anchas, hasta convertir sus agujeros nasales en dos rajadas verticales semejantes a las pupilas de una fiera, por las que el cuerpo inspiraba sonoramente grandes cantidades de aire. Pero eran sus ojos lo que más asustaba. Brillaban como los de un gato alumbrado en la oscuridad, sin estar en la penumbra, congelaban el alma. Su piel no tornó al blanco, como en el anciano, se quedó en pellejo gomoso negro, como el lomo de un toro sin pelo. Su aspecto era tan terrible que habría infundido temor con la simple visión de un retrato. Sus fauces se abrían más, ajándose la piel de la cara a causa de los dientes que, desordenados, pedían paso hacia el exterior.

Góler rugió y saltó hacia ellos como un lobo gigante. Lo esquivaron como pudieron rodando por el suelo y tratando de estar lejos de sus garras. Trento lanzó varios cuchillos desde un flanco. Quedó sorprendido cuando vio que sus armas rebotaban en la piel del monstruo sin clavarse siquiera. Góler lo miró y trotó hacia él como un animal salvaje. Trento logró apartarse en el último momento. Desenvainó su espada y trató de hincársela. Pero Góler sujetó la espada de Trento como si fuese un palo asido por un niño. Se la arrebató de las manos y se puso a dos patas mostrando su envergadura descomunal. Pateó el cuerpo del soldado. Al igual que Remo, Trento salió volando después de recibir el severo puntapié. Tuvo peor suerte que Remo, pues acabó chocando contra una de las chozas, sobre una pared de cañas que lo ensartaron en el costado.

La fuerza de Góler parecía no tener límites. Intentando destrozar con sus zarpas a Jortés, destruyó la mitad de una de las cabañas en llamas, tras la que el campesino fue a esconderse. Los maderos pesados salían volando como hojas secas, crujiendo por los zarpazos.

Sala agarró su arco y se tomó su tiempo mientras Góler sembraba el pánico. No podía fallar, pues pocas flechas conservaba ya en su aljaba después del ataque de los férgulos. Estiró su brazo, acomodó el cuerpo, respiró hondo y suavemente soltó la flecha para dejar que volase hacia el lugar concreto donde ella adivinó que iría la cabeza de Góler. Falló un poco su predicción. Ella pensó que clavaría su flecha en la sien izquierda de Góler y, sin embargo, la flecha atravesó uno de sus ojos. La bestia chilló, pero no murió en el acto como habría muerto cualquiera después de que la

punta de una flecha se pasease por el interior de su cabeza entrando por la cuenca de uno de sus ojos. Se retorció pero seguía en pie.

—¡El otro ojo! —gritó Trento, malherido, tendiendo en su mano uno de sus cuchillos a Remo—. ¡Déjalo ciego y así acabaremos con él!

Al igual que la energía de la piedra había acelerado su transformación y lo había hecho crecer, dotándolo de una fuerza extraordinaria, parecía que ya no era invulnerable. La herida del ojo manaba sangre sin parar. Remo sabía que la piedra era caprichosa en sus efectos, dependiendo del individuo que miraba su luz. Esa flecha de Sala no se hubiera clavado si aún mantuviese el aura protectora de la energía.

Remo nunca había tenido puntería con los cuchillos como Trento y muchísimo menos que Lorkun, el maestro de maestros. Así que decidió que debía asegurarse de no fallar. Con el cuchillo de Trento en la mano corrió alrededor de la bestia desde el flanco por el que no veía gracias a la flecha de Sala. Los demás entendieron su propósito, así que jalearon al engendro para que no detectase a Remo. Saltó a la espalda de Góler y clavó allí el cuchillo de Trento para no caer. Agarró con la otra mano el pelo grasiento recién nacido en el cuerpo del monstruo y se izó mientras soportaba los movimientos bruscos de Góler, que ahora trataba de aplastarlo yéndose de espaldas contra una de las chozas en llamas. Remo tomó aire como si fuese a bucear y aunó todas las fuerzas que le quedaban para llegar hasta el cuello de la bestia. Lo rodeó con uno de sus brazos y después con la otra mano clavó el cuchillo de Trento en la nuca de Góler. Ahora una de aquellas manos terribles trataba de cazarlo para apartárselo como si fuese una ardilla molesta. Góler rugía de dolor y la cuchillada lo clavó de rodillas. En un estertor violento cazó uno de los brazos de Remo con una de sus garras y lo lanzó lejos como si fuese un hombrecillo de paja, de los que fabrican los juglares para sus representaciones.

Sala vio la caída de Remo mejor que nadie. Rezó a los dioses para que la nieve hubiese amortiguado aquella mala postura. Corrió hacia él, que había quedado sepultado parcialmente en el suelo blanco.

—¿Estás bien? —le preguntó al hombre. Comenzó a preocuparse cuando su pregunta no fue contestada. Se subió a horcajadas sobre él,



apartó los mendrugos blancos, la escarcha de su rostro, y le abofeteó la cara con desesperación.

—¡Remo, Remo! —gritó Sala, pero Remo no respondía a sus bofetadas. Le pegó más fuerte y por fin abrió los ojos.

Había estado un pequeño espacio de tiempo inconsciente. Sentía dolor en su mejilla. Sala estaba echada sobre él y parecía dispuesta a volver a abofetearlo.

—Estoy bien, bestia, no más bofetadas.

Sala rió y su risa despertó un dibujo positivo en los labios del hombre.

—¿Me dejas respirar preciosa? —preguntó Remo con sarcasmo. Sala recordó que estaba sentada sobre él y se apartó con rapidez.

Se quedó allí tendido un tiempo, mirando cómo gestionaban sus compañeros los vestigios del desastroso encontronazo con la maldición en la aldea, arrastrando el enorme cuerpo de Góler inerte ya, hacia una de las enormes hogueras. Se irguió viendo el cadáver del monstruo ardiendo junto a la choza. Sala volvió para explicarle.

—Lo están quemando, ¿te encuentras bien? ¿Te ha herido? ¿Estás escuchando mi voz? ¿Esta sangre es tuya? —Las preguntas de Sala fueron demasiado rápidas. Remo sentía dolor de cabeza.

—Estoy bien. Esta sangre no es mía. Tus bofetadas me resucitaron.

Remo buscó en su brazo los temidos arañazos emponzoñados pero estaba intacto.

—Ayúdame a buscar mi espada... ¿quieres?

Sala asintió y lo ayudó a levantarse. Estaba mareado. Seguramente se habría golpeado la cabeza en la caída. Sala lo ayudó a caminar pasando debajo de uno de sus brazos y cargando con él. Era menuda en comparación al hombre, pero su resolución le otorgaba fuerza suficiente como para obligarlo a andar.

—Gracias, Sala, puedo hacerlo yo... ¿Ves mi espada?

—Sí, ahí está.

La espada estaba clavada en la nieve. Remo asió la empuñadura, la extrajo y, entonces se dio cuenta...

Como una media luna, en su mano derecha, entre el pulgar y su dedo corazón, en el dorso, ondulada por los tendones tensores de los dedos, había una delgadísima línea roja, invisible en un vistazo rápido a la mano, con un perfil verdoso casi inapreciable. No quería creerlo, no podía ser cierto, pero por más que se lo negase a sí mismo... estaba contaminado por la maldición silach.



CAPÍTULO

18

## Adiós a Trento

Remo se alejó del grupo unos instantes mirándose la mano. Apretó la minúscula rajita tratando de supurar el veneno que pudiera albergar. A base de hacer presión, consiguió hacer rezumar algo de sangre que supuso contaminada, pero nada más.

Analizó cómo se encontraba. No percibía nada especial. Ningún espíritu se posaba sobre su consciencia. Quizá necesitaba más veneno para contaminarse, pensó. La herida se había coloreado de un verde parecido al que resulta de un golpe, pero no percibía dolor, ni ningún cambio físico o mental. Lo paradójico era que, pese a esa normalidad, en el fondo sabía que no podía engañarse, la maldición navegaba en sus venas aunque fuese

mínima la cantidad venenosa que había penetrado en su cuerpo. Sabía que la transformación sucedería tarde o temprano. Lo peor de todo era saber que aunque lograra cargar la piedra, no podría usarla consigo mismo, porque la gema roja no lo curaría, muy al contrario, lo abocaría antes a su final tal y como había hecho con Góler. Fue a sus pertenencias, apiladas junto a los de los demás y buscó una tela curtida de las que usaba para cubrirse del frío. Se ayudó con su espada para rasgarla y lió su mano bien fuerte, dejando salida a los dedos, como cuando usaba vendas en los entrenamientos de espada. Miró a los demás, distantes, todos alrededor de Trento que estaba herido. Paseó su mirada por todos ellos; Mercal, Peronio, Jortés, Webs, Sala, Trento, Romlos, incluso el propio Rílmor... Se prometió que, si en algún momento se convertía en una amenaza para los demás, se quitaría la vida. No dejaría que la maldición lo dominara del todo antes de cortarse la garganta con sus propias manos.

Volvió con el grupo y echó un vistazo a Trento. La cosa no pintaba muy bien. Si por lo menos quedase un ápice de luz en la piedra podría usarlo para curar a Trento. Recordó el efecto trágico que tuvo la piedra sobre Góler. Todo se estaba complicando, tanto que parecía una pesadilla.

Remo debía prepararse para morir. Debía hacerse a la idea. Recordó unos instantes al capitán Arkane cuando les infundía valor antes de las batallas, antes de salir a jugarse la vida. Para el capitán, la muerte era la primera opción en un lance y, si al final recibías la suerte de sobrevivir, eso que te encontrabas, pero siempre debías luchar como si fueses a morir. «No dejes que en tu muerte no albergues la gloria de haber luchado con todo lo que tenías...», decía Arkane. El capitán vivió muchos años con esa filosofía, pero murió en una batalla.

—¿Estás bien? —preguntó Sala cuando vio la cara de Remo, que parecía ausente.

—Trento se marcha —sentenció él después de inspeccionar las heridas de su amigo.

—¿A dónde? —preguntó el propio Trento enérgicamente.

—Vuelves a Vestigia.

—No lo dirás en serio... Esto es una insignificancia amigo. Es una herida superficial.

Remo no lo miraba ya, como si todo estuviera decidido con respecto a esa cuestión. Sus preocupaciones se habían multiplicado demasiado rápido. Ya habían perdido a dos compañeros. Acababa de cerciorarse de que estaba contaminado por la maldición. Su determinación antes de morir sería conseguir que aquellos a quienes quería sobreviviesen a esa misión. Mandando a Trento de vuelta, ya tenía a uno fuera de peligro. Sabía que no podía abortar la misión y convencerlos de dar media vuelta, porque debía ser justo con Sala. Sala estaba enamorada de Patrio Véleron y jamás renunciaría a su búsqueda, así como él no había renunciado a la búsqueda de Lania durante años... Daba igual que él pensara que eso era un error, que ella se estaba equivocando. Si de veras lo quería como para estar involucrada en una misión suicida para su rescate, él la ayudaría. Pero aquella locura no tenía porqué costarle la vida a un buen hombre como lo era Trento.

—Creo que esa decisión la debe de tomar él mismo —dijo Rílmor.

—No. Nos concierne a todos y cada uno de nosotros. Trento está herido. Esas cañas pueden infectársele y puede ser una carga. Aún tenemos que rodear esa gran montaña nevada, descender, atravesar tierras desconocidas y no sabemos si acaso nuestros enemigos no nos tienen preparada otra emboscada. Trento debe volver...

—Precisamente por eso mis cuchillos pueden servir de ayuda. —Ahora Trento miró a Sala—. ¿Tú qué piensas, Sala?

La mujer miró a Remo indecisa.

—¿No es más peligroso que se vuelva solo?

—No. Lo que hemos pasado lo conoce. Trento tiene buena memoria, estoy seguro que no ha olvidado el camino.

—¿Y los férgulos?

—Peronio dice que con lo que comieron no volverán a cazar en meses, su presencia no es habitual, tuvimos mala suerte con ellos. No soy estúpido, si de veras pensase que estaría mejor con nosotros, no le pediría que se fuese.

Trento estaba fastidiado.

—Remo, después de esas montañas habrá alguna aldea donde encontrar medicamentos.

—Hasta la ciudad de Asmón, no lo sabemos. Trento lo que te pido no es fácil; va a ser muy duro para ti volver solo, pero creo que es más adecuado para tus posibilidades de supervivencia. Te llevarás todos los víveres que puedas acarrear. También te llevarás oro suficiente para que te ayude quien quiera que se cruce en tu camino y, todos los polvos de símil que nos queden, por si te encuentras otra vez con los férgulos.

Remo se fue hacia las alforjas del difunto Góler y abrió su cofre. De él sacó un puñado de monedas de oro.

—Ya perdimos suficientes víveres en el bosque... —comentaba Rílmor claramente en desacuerdo por la decisión de Remo—. Podríamos dejarlo en un pueblo, Peronio, tú qué dices.

El aludido miró los rostros de todos antes de hablar.

—Remo tiene razón.

—¡Menuda novedad, el fumador de opio azul apoya a Remo! —exclamó Rílmor.

—¡Estúpidos! Trento pertenece a la Horda del Diablo. En su espalda lleva tatuajes militares, ¿qué médico encontraréis en Nuralia dispuesto a curar a un hombre con los tatuajes de los verdugos de sus familiares? En Vestigia no habéis olvidado la Gran Guerra, ¿acaso pensáis que aquí sí se olvidó, que no sembrasteis un odio incomparable en madres y hermanos, en hijos que ahora son huérfanos? —Peronio no solía alzar la voz como lo estaba haciendo en ese momento—. Eso suponiendo que sobreviva a todo el frío que nosotros tendremos que soportar. Puede que algunos hombres sanos no puedan soportarlo, mucho menos alguien herido. Estáis a tiempo, si alguno desea volver con él. Ahora tenéis la excusa perfecta, acompañar a Trento. Esa excusa os dará honor y nadie osará maldeciros por cobardes. Continuar caminando con nosotros puede que signifique vuestra muerte, es el momento de decidir. Las heridas de Trento son su pasaporte a la supervivencia, ¿en qué consiste el vuestro? Los hombres como Remo no se

echarán atrás, no esperéis que él diga que volvamos sobre nuestros pasos porque nunca lo hará.

Remo permaneció tan impasible ante las palabras inusualmente extensas de Peronio, que parecía darle totalmente la razón.

—Yo no quiero volver —sentenció Trento.

—Pero volverás. Sabes que es la opción más inteligente de todas.

Trento recibió cuidadosos abrazos. El de Sala fue el más caluroso de todos. Remo estrechó su mano. «Sé que lo conseguiréis», le dijo Trento al oído. Tenía un nudo en la garganta cuando vio su silueta perdiéndose de vuelta al camino que ya habían hecho. Remo pidió a los dioses que lo llevaran de vuelta a Vestigia sin incidentes.

—En marcha —sugirió Remo—. Ese sabe cuidarse solo y a nosotros aún nos queda mucho viaje.

La dureza del camino, con la nieve, con el peso añadido por los cofres de Góler y Trento, la desazón por el regreso del maestro cuchillero y la muerte dramática de Góler, hizo que Sala olvidase los malos modos de Remo, las disputas pasadas. En las penalidades se olvidaban más fácilmente los agravios. Así que caminó junto a él. Le vio muy mala cara. Había visto a Remo preocupado otras veces, pero se le atragantó comprobar que en su rostro se comprimía una especie de ansia imposible de saciar, una angustia serena pero implacable, perpetua.

—Remo, pensándolo mejor, creo que has acertado con lo de Trento.

El hombre no habló ni lo más mínimo. Tampoco relajó su rostro, pero Sala deseó que en algo sus palabras aliviasen de responsabilidad a su amigo.

Remo pensaba con velocidad. Trataba de comprobar sus fuerzas, si algo le temblaba, si descubría algún ramalazo en el brazo afectado. Estaba sorprendido porque no percibía nada de nada. Con discreción iba comprobando de cuando en cuando el estado de la herida, ahora de un verdoso más oscuro, como el musgo, algo más ancha la sombra, pero seguía sin sentirse mal o demasiado bien. Permanecía realmente aturdido. Remo estaba acostumbrado a las heridas. Había burlado a la muerte en tantas ocasiones que difícilmente la temía ya, porque siempre había contado con la

ayuda de la piedra de poder. Su fulgor rojo lo había curado de heridas mortales y su existencia parecía inevitable designio divino. Ahora la cosa había cambiado de repente. La maldición silach acabaría con él. Lo transformaría en un monstruo nublado por el ansia de matar, alteraría su razón. Eso era peor que la muerte. Pero sabía que la muerte le sobrevendría, que alguien le daría caza. Si consentía la transformación lo matarían como a un perro. Deseaba al menos morir matando a sus enemigos. Estaba dispuesto al suicidio, a la más mínima prueba de pérdida de juicio.

Caminó solo mientras pudo, apretando el paso por delante de los demás. No podía evitar sentir un dolor profundo, una pena ancha y desoladora que resucitaba en su interior. Era hermana gemela de aquella pena honda que lo volvía loco los primeros años después de la pérdida de Lania. La pena que secó sus lágrimas. Sentía pena porque su vida terminaría sin haber encontrado paz. No se trataba ya de haber recuperado a Lania, sino simplemente de haber encontrado un atisbo de felicidad. Asumir que se había terminado todo iba en contra de su naturaleza combativa. Pero se sentía desamparado. De pronto le dieron ganas de destruir a golpes la piedra de la isla de Lorna, la que tantas veces había permitido a su vida continuar cuando su futuro era tan oscuro, ¿acaso no habría sido mejor haber muerto años atrás? Como un hombre normal y corriente, en cualquier escaramuza, y no transformado en una bestia horrenda.

Acamparon en la falda de la montaña que Peronio seleccionó como «la adecuada», después de estudiar el camino que habían seguido. Comenzó a nevar otra vez y montaron una tienda rudimentaria para evitar acabar sepultados. Remo estableció turnos de guardia. Dos personas pasarían en vela media noche y el resto otras dos, y así se turnarían. Ahora eran seis en el grupo y podían turnarse sin problemas.

Transcurrieron días de duro ascenso, de caminatas obstruidas por nieve crujiente, haciendo fogatas cada noche. Un fuego que daba la impresión de ser más silencioso y lúgubre, al que se arrimaban más y más sin conseguir calentar el ánimo que pareció congelado desde la pérdida de Góler y Trento.

Un día, a media mañana, apartando nieve por miedo a que al pisarla se desplomasen hacia las entrañas de una ladera afilada por una costra de hielo



azul, Peronio dijo una frase sencilla y escueta:

—Ya estamos en Nuralia.

Todos saltaron de alegría.

Remo, que estaba mirándose la mano, que ahora le picaba horrores, sonrió melancólico viendo el júbilo que se posaba en sus compañeros. Parecía mentira que estuviesen a punto de alcanzar su objetivo de cruzar La Serpiente, pero así era. Se detuvieron a celebrarlo y bebieron un trago de la reserva de licor que habían traído para combatir los fríos. Por un momento pudieron aislarse de las penalidades del viaje. Volvían a sentir cierto humor y a confiar en que podían salir de aquella misión con éxito.

Remo esbozaba una sonrisa fingida, mirando reír a Sala, viendo sus ojos grandes en los que había resucitado la ilusión y se juró que haría todo lo posible, que llegaría hasta donde la maldición y su voluntad le dejaran para ayudarla a rescatar a Patrio. De repente, la idea de que ella tuviese un futuro, el casamiento, ya no le parecía un error a Remo. Muy al contrario se sentía bien pensando que él se iría dejándola a ella con toda una vida por delante para ser feliz. Seguía pensando que Patrio Véleron y la nobleza no iban con Sala, que era una opción equivocada, pero pensaba que al menos ella tendría una buena vida, algo que, sin embargo, él no pudo conservar.

Luego, antes de dormir esa noche, Remo no pudo acallar por más tiempo sus pensamientos. Desde hacía mucho, siempre que había conocido mujeres en el largo vaivén de su vida en soledad, procuraba verlas como una amenaza al recuerdo de Lania. Así podía echarlas fuera de su pensamiento con facilidad. Como si fuesen distracciones a su objetivo. En realidad sentía una culpabilidad violenta si miraba con buenos ojos a una muchacha, como si faltase al respeto a la que fue su esposa. Pero ahora que estaba convencido de que la búsqueda, su propia vida, había llegado a sus últimas horas, no pudo evitar pensar que él habría podido tener algo con Sala. Algo bueno y hermoso. ¿Qué importaba ya? ¿Qué mal podía causar ya ese pensamiento? La muerte hervía cerca y, para él, el viaje a las islas de la otra vida, junto a las nubes, atravesando las puertas doradas, sería una travesía triste hacia tierras desoladas, los infiernos del inframundo, el final de los ríos de la vida.

Sí, Sala podía haber sido la mujer que lo hiciera abandonar por siempre la quimera de buscar lo imposible. Remo no sintió culpabilidad pensando en esto esa noche pero, a cambio, sintió una desolación atroz. Su última hora estaba cada vez más cerca.



CAPÍTULO

19

## La biblioteca de Venteria

Lorkun había cabalgado hasta Venteria con el propósito de visitar la biblioteca Real de Vestigia. Allí se recopilaban en tomos miles de papiros, códices y toda la obra de los geógrafos vestigianos sobre la propia Vestigia y las demás tierras que la circundaban, además de numerosos tratados de hospitalidad antiguos con otros reinos, los tratados y pactos de paz con Nuralia, los códigos de leyes, las obras poéticas y literarias de los grandes maestros y la ingente colección de cantares y rituales de las diferentes órdenes religiosas, lo que significaba un volumen considerable de estanterías de madera oscura, repletas de

pergaminos y libros de piel que recopilaban centenares de hojas polvorientas.

El olor de la tinta y el papel en aquella biblioteca asediaba al visitante desde antes de entrar, pues en su patio exterior los talleres de escribanos y la labor de los aprendices reconfortó a Lorkun a su llegada sintiéndose viajero en un ambiente culto y distinguido. Le vino el recuerdo de su hogar en las Montañas Cortadas. La nave central del edificio, presidida por cinco representaciones de los dioses y una fuente para abluciones, contenía la segunda mayor biblioteca del mundo conocido, por detrás de la famosa y singular biblioteca de Banloria, capital de Plúbea.

Lorkun buscaba sin saber exactamente lo que deseaba encontrar. Al principio no supo por dónde empezar su tarea. Quería desentramar todo cuando se supiera sobre la maldición silach. Rebuscó información y no encontró más que las narraciones poéticas, leyendas viejas normalmente anónimas en las que no se concretaba con exactitud el origen ni las manifestaciones de la maldición. Se hablaba de una enfermedad contagiosa en numerosos escritos, incluso se dejaba constancia de epidemias pasadas. Su investigación no dio verdaderos frutos hasta que comenzó el estudio de la obra del viajero Pélik Osmúltar. Experto marino, Pélik era en sí mismo un misterio. Había viajado a todas las tierras conocidas, hablaba de criaturas amigas de la oscuridad, de ojos brillantes y terrible ansia de matar. Dividía en cinco castas a los silachs: los Noctilos, los Trifantes, los Curites, los Zilinos y los Acuinos. Hablaba de siervos de los dioses y las criaturas celestiales. De hecho, en multitud de textos jamás mencionaba el término silach, sino que siempre hablaba de siervos. Lorkun extrajo todas las narraciones de Pélik a propósito de la maldición copiándolas en un rollo de papel. Al principio le costó usar la pluma, pues llevaba tiempo sin escribir tanto. Escribió hasta dolerle la mano.

Leyó sobre todos sus viajes, buscando de dónde había conseguido esa información sobre las distintas castas de los silachs. Se afanó en hallar una explicación a ese mal y perdía la noción del tiempo encerrado entre papiros horas y horas, consumiendo velones gruesos y mojando su cabeza en la

fuente que presidía el patio de la biblioteca, cuando lo asediaba el cansancio.

Cuando no podía más y su cabeza se volcaba hacia delante por el sueño, visitaba la pensión de Tena Mufler, para descansar y comer algo. El primer día Tena lo llenó de preguntas sobre Sala, por la suerte de la comitiva de rescate. Lorkun poco podía sosegarla. Día tras día fue él quien le preguntó a Tena si había noticias nuevas sobre sus amigos. Se atormentaba a veces, arrepentido de no haber seguido con ellos en la búsqueda de Patrio. Sentía el peso de la conciencia suponiendo que podían estar en peligro. Su desánimo crecía mientras su búsqueda en la biblioteca seguía sin ofrecer frutos tangibles.

En una jornada particularmente frustrante, entre los tomos viejos, llamó la atención del encargado de la biblioteca. Un estudioso clérigo servidor como él del dios Huidón, sabio y erudito como pocas personas encontrase en su camino Lorkun.

—Mi querido visitante. Veo que adoras la buena geografía, lees a Osmúltar, el más grande de los viajeros que tuvieron a bien redactar sus vivencias... Pero percibo en ti un desasosiego especial, buscas con urgencia. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Me afano en la búsqueda de información sobre una maldición sacra: el mal «silach».

El hombre quedó pensativo.

—Veo que eres culto y bien informado pues has escogido creo, al único geógrafo que aporta algo de luz sobre esas criaturas antiguas de las que tan poco se sabe. De hecho, él fue quien nombró la «maldición». Hasta que se estudiaron sus escritos, todos conocían leyendas sobre monstruos bípedos similares en tamaño a los hombres. Leyendas como las de los dragones desaparecidos. Osmúltar formuló la teoría sobre la maldición. Los dioses creaban a las criaturas a partir de humanos usando una especie de enfermedad contagiosa. ¿Qué buscas exactamente sobre los silachs?

El bibliotecario enseguida le fue amigable a Lorkun y, entre las sombras de las velas en aquellas dependencias de techo alto de la biblioteca, Lorkun confesó sus propósitos. Narró con voz vacilante los acontecimientos tristes

sucedidos en la casa de los Véleron; le contó todo sobre la horrible transformación de las hijas de Jortés y los cadáveres de los centinelas.

En el rostro del bibliotecario se dibujó la preocupación pues, aunque costase creerlo, no tenía Lorkun apariencia de loco ni de temerario.

Vaya... Uno nunca espera que ciertas historias sean realmente posibles en nuestros días. Hemos olvidado a los dioses, hemos olvidado nuestros orígenes.

—Deseo encontrar un remedio a la maldición. No soporto la idea de que esas niñas no puedan retornar a su aspecto inocente... esas niñas...

El hombre, de avanzada edad, elevó una plegaria rápida y se afanó en la misma búsqueda de Lorkun. Comenzaron a revisar todos los códices del autor, tratando de extraer más información sobre aquella terrible maldición. Pasaron días y noches enteras hasta que por fin el bibliotecario encontró un pasaje.

—Escucha esto Lorkun —lo apremió.

—¿Tienes algo?

—«Fue en mi último viaje a la donosa tierra de los antiguos Veríneos, donde encontré la pista para llegar al templo del dios Kermes. El templo legendario que erigieron los misteriosos Leforanos, que se pensaba perdido, tras la desaparición de los propios Leforanos, después de las guerras en las islas. No podría señalar dónde está el paradero exacto de tan magnífica construcción, pues me llevaron con los ojos vendados, pero sí aseguro que existe y que contiene en sus paredes la más selecta y útil compilación de conocimientos que jamás contemplasen estos ojos sobre la historia de los primeros comienzos, la creación del mundo y de sus habitantes. Anoté en mi diario, a escondidas, parte de cuanto pude contemplar, pues los sacerdotes del dios del fuego y la ciencia, después de hacerme pasar por duras pruebas, me permitieron observar la cámara secreta del recinto un tiempo reducido, haciéndome prometer que guardaría sus secretos. Muros y muros llenos de conocimiento, de saberes de todo tipo, de la historia de nuestro mundo, de su creación. Secretos, hechizos, peligrosos conjuros... ¿Cómo es que guardaban el secreto de tales hallazgos? No pude arrancar sus motivos hasta que hube leído yo mismo algunas de aquellas lustrosas

narraciones. Todo cuanto he escrito después, ha sido influenciado notablemente por esos hallazgos. Mis queridos anfitriones me obligaron a entregar mi diario cuando hube de abandonar el templo, así que todo habita en mi memoria frágil y es mi razón la que me ha dado la medida justa de lo que se debe conocer de cuanto allí aprendí, pues no está el corazón de los hombres preparado para muchas de las revelaciones que allí duermen. Me pregunto quién, sino el mismo dios Kermes, o alguno de sus guardianes celestiales, pudo escribir tales maravillas sobre la piedra...».

Lorkun había estado escuchando con tanta expectación que cuando finalmente entendió que Birgenio, el bibliotecario, había cesado su narración, sintió que no entendía la conexión con lo que estaban buscando. ¿Qué tenía que ver todo aquello con los silachs?

—No comprendo qué tiene eso que ver con... —comenzó a decir pero Birgenio lo interrumpió.

—Querido amigo, está muy claro. El libro en el que Osmúltar habla de los silachs, el famoso libro donde divide en cinco castas a esas criaturas, donde formula los medios de contagio, es posterior a este. ¿De dónde sacó la información para afirmar su teoría sobre las castas de los silachs? Unas criaturas desaparecidas durante siglos y que ahora no se tienen más que por cuentos de miedo para niños, todos basados en lo que él escribió... ¡En ese templo encontró relatada la historia de los silachs!

Lorkun entendió a dónde quería ir a parar Birgenio.

—¿Piensas que en las paredes del mítico templo perdido del dios Kermes está la clave?

—Era un templo perdido en la época de Osmúltar, hace trescientos años de eso. Ahora se sabe dónde se ubica. Los sacerdotes del dios Kermes lo dieron a conocer años después. Pero te aseguro que en sus muros no hay nada tan extraordinario como aventuraba Osmúltar, a menos que esté oculto a los ojos de un viajero normal. Leyendas mitológicas, mmm... espera.

El viejo comenzó a rebuscar entre estanterías atestadas de pergaminos.

—¿Qué buscas?

—Un mapa, supongo que deseas ir a ver esos grabados, ¿no? No recuerdo el nombre de la isla... Sí: Azalea. En aguas del Océano Avental, a

medio camino hacia Avidón.

Lorkun llevaba días y días allí encerrado, cegando sus ojos, afanados en encontrar remedio a la maldición. No deseaba regresar al palacio de Lord Véleron con las manos vacías. Por fin y gracias a Birgenio, sus investigaciones habían dado fruto y consecuentemente disponía de una pista a seguir. Un camino trazado que, si bien no garantizaba alcanzar el fin que se había propuesto, era la única luz que había conseguido encontrar sobre los silachs.

Lorkun sentía la inmediatez del viaje agobiarlo porque acumulaba mucho cansancio. Decidió regresar a la pensión Múfler para comenzar con los preparativos y, de paso, dormir a pierna suelta. Sentía que se estaba embarcando en una búsqueda que le venía grande. No era tan sabio y erudito como Birgenio. No estaba seguro de saber interpretar bien los conocimientos que podía encontrar en ese templo que buscaba. Tampoco era tan osado como su amigo Remo. Pensó con frialdad que si hubiera sido el de antes, el Lorkun que pertenecía a la Horda del Diablo, que tenía un talento innato para lanzar cuchillos, habría afrontado ese viaje de otra forma. Una inseguridad envilecía sus buenas intenciones y lo convertía en fuente de dudas... No tenía idea de lo que estaba a punto de suceder.





CAPÍTULO

20

## Compañeros de viaje

El famoso templo de Kermes estaba ubicado en la isla de Azalea, y Lorkun tenía ya el convencimiento de que toda información relevante sobre la maldición se encontraba inscrita en sus muros secretos. No entendía cómo era posible que los hermanos de la orden Kermiana guardasen en su poder una información tan valiosa en los muros de ese templo, en secreto. Kermes, el dios de la ciencia, del misterio natural, del fuego... Lorkun sabía que existía una contradicción y ansiaba conocer y desvelar esos misterios.

Preparó su viaje gracias a Tena, que lo ayudó con el aprovisionamiento mientras él pasaba sus últimas horas en compañía de su nuevo y sabio

amigo Birgenio. Pero surgió un contratiempo que no esperaba...

El día que Lorkun había decidido partir para la isla de Azalea, fue a la pensión para recoger pertenencias y víveres que la posadera le había preparado. Al llegar se encontró con que Tena no estaba. La posada permanecía en penumbra y todo se había quedado a medio hacer. La señora Múfler ni siquiera había apartado del fuego una olla de barro donde calentaba sopa. Preocupado esperó noticias. Se entretuvo terminando el guiso de Tena. Dos soldados aparecieron inesperadamente.

—¿Lorkun? —preguntó uno de aquellos centinelas...

—Sí, ¿saben algo de Tena Múfler? —preguntó Lorkun visiblemente interesado.

—Acompáñenos. Le llevaremos junto a Tena y el maestre Trento.

—¿Trento? ¿Han regresado?

El rostro de los soldados era taciturno. Lorkun sabía que algo iba mal. ¿Dónde estaban Remo, Sala y los demás? ¿Por qué había dejado Tena Múfler una olla en el fuego? Acompañó sin más preguntas a los soldados, ávido por conocer la verdad. Lo condujeron al norte de la ciudad, al castillo. Como militar, Trento tenía derecho al hospital que había junto al palacio del Rey. Subido en un caballo que traían los soldados, los siguió por el ensortijado de calles hasta las inmediaciones de la gran fuente del dios Fundus, en la plaza de las sillerías, y más allá por la avenida real hacia el gran Estadio de las Banderas. La avenida real después se curvaba hacia arriba a la cuesta de los templos y subía hacia la acrópolis. Lorkun pronunciaba bendiciones cada vez que cruzaba un templo o una imagen de los dioses, hasta que enfilaron las altas murallas del castillo, la formidable fortaleza del Rey Tendón. Allí cruzaron la puerta sur y después se dirigieron a la izquierda, hacia la edificación donde estaban las viviendas militares y el hospital regio. Lorkun mientras enfilaba el camino no pudo evitar proferir admiración y distraerse con la contemplación del palacio real y sus imponentes torres y arcadas, sus bóvedas y las ornamentaciones, los detalles que florecían en las puertas, columnas, pomposidad inútil, pero hermosa.

Trento lo saludó dificultosamente. En su semblante padecía un sufrimiento expreso por sus heridas.

—Trento... ¿qué ha pasado?

—Esas bestias... encontramos un poblado y...

Trento narró todo el viaje. La ruta alternativa de Peronio, el ataque sufrido en el bosque, el paso nevado secreto, su desventurado encuentro con los silachs, y la decisión de Remo de enviarlo de vuelta.

—Te ha salvado la vida.

El guerrero herido asintió. Lorkun decidió abandonar sus pretensiones de viaje hasta conocer el estado de Trento. Tena Múfler regresó a la posada para preparar una habitación y recibir también allí al soldado. Resultó que las heridas de Trento ya habían sido tratadas en su regreso a Vestigia gracias al oro que Remo le había concedido. Pudo ser atendido en un pueblo circundante a Mórbenor. El curandero había insistido en llevarlo él mismo a Gosield, para completar su cura, pero viendo que las heridas no revestían gravedad Trento insistió en regresar a Venteria. Tena mandó llamar a un médico y este corroboró su buen estado advirtiéndole, eso sí, que dejase «las aventuras» por un tiempo. Cambiaron sus vendajes y poco más. Pronto nació la curiosidad en Trento por conocer las pretensiones del viaje de Lorkun.

—Viejo amigo... ¿qué te traes mirando esos papiros todo el tiempo? —preguntó Trento viendo que Lorkun aprovechaba para ultimar detalles de su viaje.

—Voy tras la pista de la maldición...

—No comprendo. ¿Los silachs?

—Deseo averiguar el origen de ese mal, saber si es posible devolver a esas niñas su aspecto normal, para eso vine aquí ¿recuerdas?

Después de las explicaciones sobre sus estudios y descubrimientos en la biblioteca, Trento suplicó hasta la desesperación acompañar a Lorkun.

—No creo que sea buena idea Trento... recuerda lo que dijo el médico.

—¡Médicos! ¡Médicos! Si por ellos fuera... ¿qué se habría conquistado? ¿Qué logro podría sobrevivir a sus teorías y sus precauciones?

Finalmente el religioso, antes maestro cuchillero, accedió a retrasar su partida un par de jornadas para dar tiempo a Trento a recuperarse más. En el fondo Lorkun sabía que podía ser de utilidad. No deseaba ir solo a la isla de Azalea.

—No hace nada que has regresado herido de un viaje peligroso y ahora andas queriendo inmiscuirte en otro...

—Así somos las gentes de Nurín... ¿a que no sabías que Osmúltar, el geógrafo del que hablas, es originario de mi ciudad?

Lorkun se emocionó con aquella revelación. Cuando le había hablado del sabio viajero ni por asomo pensó que Trento pudiera conocerlo. El militar no aparentaba otra cosa que saber moverse entre temas castrenses, del filo de las espadas y los cuchillos sí que podía saber Trento...

—En plena plaza central de Nurín se erige una estatua sobre un pedestal como el que se usa para los héroes. Pélik el incansable.

Partieron hacia Nurín a caballo. Lorkun conservaba el ejemplar magnífico que le había otorgado Lord Véleron y Trento consiguió un corcel moviendo sus contactos militares. La meseta de Meslán hacia el oeste, al galope, pasó rauda como un encuentro entre viejos amigos, y los días y las noches volaron hasta llegar a Nurín. Trento obligó a Lorkun a visitar su finca. Se volvieron a aprovisionar e investigaron transporte hacia la isla de Azalea. Lorkun se sorprendió del respeto que profesaban la mayoría de las gentes de Nurín al maestro cuchillero.

—Quien no me salude es que es extranjero —bromeó Trento.

Tuvieron suerte pues la mejor indicación posible se la dieron varios peregrinos del dios Kermes, que deseaban acudir a la isla para la celebración del Canto al fuego eterno.

—Recibir el calor de la llama que no se apaga, bien merece la pena el viaje.

Se suponía que en el templo había un fuego antiguo, mantenido por los sirvientes del dios desde tiempos inmemoriales y recibir su calor, practicar oraciones y seguir las doctrinas de Kermes era el mejor motivo para hacer peregrinaje que encontraban los seguidores de la deidad. Todos los años se hacían tres peregrinaciones al templo para esa ceremonia. El transporte para

los peregrinos era muy barato, por lo que Trento y Lorkun decidieron «peregrinar». Compraron dos túnicas y limitaron sus enseres a lo más básico. Dejaron los corceles en casa de Défor, hermano de Trento, que prácticamente era el mismo Trento pero sin barba, debiendo aceptar una pequeña invitación para comer a la vuelta del viaje. La esposa enorme de Défor insistió con su voz chillona hasta que aceptaron.

—Después me preguntáis siempre porqué nunca me he casado... — explicaba Trento tras la visita a su hermano.

Lorkun acabó haciendo un razonamiento extraño.

—¿Te das cuenta amigo que ninguno de nosotros lo está? Me refiero a que no nos hemos casado.

—Remo lo estuvo, tú eres clérigo... o lo intentas. Los gemelos Glaner, digamos que reparten su amor a todas las mujeres que pueden sin comprometerse a nada...

—Y tú tienes miedo de mujeres como la que tiene tu hermano.

—¡Más que a un mugrón furioso!

Estallaron en risas mientras hacían cola para inscribirse como pasajeros en el barco que zarpaba esa misma tarde.

—La ceremonia de la Llama Eterna...

—Que eternamente la conserve Kermes.

Ese era el saludo que se proferían antes de dar sus nombres a unos sacerdotes con cara de pocos amigos. Trento, que tenía más desparpajo para las mentiras, fue el encargado de negociar sus pasajes gratuitos aludiendo una devoción desmedida hacia el gran dios Kermes. Tan desmedida que los que allí validaban sus pasajes lo acabaron mirando con suspicacia.

Por fin zarpó el barco y Trento despidió asomado a la borda su ciudad natal. El puerto de Nurín era el más grande de Vestigia; desde allí partían navíos hacia Avidón y las numerosas islas que salpicaban el océano que separaba las dos tierras. Cientos de lugares, más de mil puertos. La ciudad de Nurín poco a poco se adivinaba cuando se iba saliendo del puerto y los tejados de las casas se superponían en varios planos según lo lejanas y elevadas que estuvieran. Los templos, en especial el de Fundus, erigido por pescadores junto al embarcadero principal, parecían vigías, oteando los

mares con sus estatuas y columnas. Pudieron contemplar los famosos palacetes arrimados a calas de playas donde vivían los nuevos ricos de Nurín. Un sinfín de barcos se cruzaba por doquier, emprendiendo faena para desplegar velamen, mientras los marinos cantaban para alegrarse el día viejas tonadas. Algo como:

*Vine a los mares queriendo perdón,  
pero se me hizo tan duro el viaje,  
tanto peligro, tan fiero oleaje,  
que regresé a los mares del ron.*

Había embarcaciones de todo tipo y tamaño. Sampanes panzudos de una sola vela, barcas de remos atestadas de redes, vainas y las enormes galeras de hasta tres mástiles que dejaban rastro sonoro con los tambores con los que marcaban el ritmo a los remeros que auxiliaban las maniobras de salida del puerto. La belleza de la estampa de los barcos navegando sobre el decorado de la ciudad acabó por emocionar a Trento.

—¡Cuánto añoro mi juventud, Lorkun! Cuando salíamos a pescar con mi padre en aquel viejo sampán.

—No es viejo quien repite las cosas que hizo de niño, así que tendrás que volver a pescar algún día.

—Tal vez cuando todo esto termine. ¿Vendrás conmigo a pescar, Lince?

—Seguro que sí.



CAPÍTULO

21

## El plan de Remo

Varios días después de la partida de Trento, habiendo descendido por fin de las montañas de La Serpiente, atravesaron veredas colmadas de nieve. Acampar y recompensarse con un descanso, exhaustos, en las estepas, en las estribaciones nevadas de la provincia más extensa de Nuralia conocida por el nombre de Nurea, fue una decisión que todos acogieron con alegría. Prendieron una hoguera generosa, gracias al hallazgo de un árbol viejo que cuartearon sin mucho esfuerzo. Dispusieron una comida frugal, agotando la reserva de frutos secos y empezando el último lomo curado. Si algo les sobraba por doquier era agua y bebieron a gusto derritiendo nieve junto a la hoguera. Los pellejos de vino

estaban secos, pero no lo echaron en falta. Remo comprobó el estado de su mano, que cada vez adoptaba una tonalidad más negra.

La jornada había sido dura. Acarrear los cofres comenzaba a ser una pesadilla. Remo sabía que estaban ya cerca de entrar en la zona más peligrosa. Donde en cualquier momento podrían verse sorprendidos por su enemigo misterioso. Recordaba lo duros que eran los «destructores» nurales en las batallas de la Gran Guerra. Pero más que eso, le preocupaba la capacidad negociadora que tendrían llegada la hora de afrontar a sus enemigos. No era gente fácil para los pactos. Llevaba rondándole una idea varios días. Le preocupaba asegurar la negociación. Había pensado en las posibles soluciones y solo se le ocurría una: enterrar los cofres en un lugar seguro.

Había imaginado cientos de veces la posibilidad de que los atrapasen. Si los sorprendían albergando la moneda de cambio con la que pretendían salvar a Patrio, estaba bien claro que los matarían, se quedarían con el oro y seguirían chantajeando al noble por el rescate de su hijo. Remo tenía la convicción de que debían esconder todo el oro e ir a negociar con las manos vacías. Si tenían oportunidad de sacar a Patrio sin pagar, pues mejor. Si debían negociar, ahí surgía un problema inmediato. Si esos tipos eran la mitad de crueles de lo que estaban demostrando ser, estaba seguro de que tratarían de obligarlos a confesar dónde estaba la recompensa sin negociación alguna y, si torturaban a cualquiera de los integrantes del grupo, conseguirían saber el lugar exacto fácilmente. No pensaba que Mercal o el mismo Rílmor, por muy bañados en honores y regadas sus venas de sangre ancestral, fuesen a resultar valientes llegado el momento. Remo llevaba pensándolo todo minuciosamente y encontró una solución: debía enterrarlo él, sin que los demás supieran dónde estaba.

Esa noche dispondría de una buena oportunidad. Necesitaba quedarse a solas para poder enterrar los cofres en un lugar seguro y, precisamente esa noche compartía guardia con Sala. Necesitaba tiempo a solas. Después de mucho pensarlo, solo se le ocurrió una idea extraña para conseguir que ella se ausentase un rato y tener tiempo de llevarse los cofres para enterrarlos: debía provocar una pelea con la mujer.



—Me ha dicho Rílmor que... ¿hoy compartimos guardia? —preguntó Sala.

Remo asintió. Los demás se acomodaban ya para dormir, cobijados muy cerca de la hoguera.

—¿Crees que es peligroso que hayamos encendido una hoguera ahora que estamos en territorio enemigo?

Remo miraba la oscuridad blanquecina de los parajes circundantes. La nieve confería cierta iluminación extra hasta que llegaba a fundirse con la oscuridad en la distancia. Era una noche sin viento, muy silenciosa. Estaba nervioso. Debía ser una pelea suficientemente fuerte como para que la mujer quisiera tomar un respiro lejos de allí. Tiempo suficiente para que él sacase los cofres del campamento. No se alejaría mucho, pero trataría de esconderlos bien.

Sala se acercó a Remo y se sentó junto a él. Usaba pieles para no sentir frío en la espalda. Debía de tener el trasero congelado porque copió al hombre que estaba de espaldas a la hoguera.

—¿Qué te pasa Remo? Te noto raro.

—No me pasa nada.

Sala lo miraba con cautela. Él deseaba disimular bien y evitó mirarla directamente a sus ojos hermosos. Remo habría deseado otro plan que evitase el teatro, pero no se le ocurría nada. Pronto comenzaron a escucharse los ronquidos de los demás y sintió que no poseería otra oportunidad como aquella en días, y cada jornada aumentaba el peligro de ser emboscados y perder la capacidad negociadora de tener el oro a buen recaudo.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó Sala.

Sala y sus preguntas. Siempre interesándose por lo que pasaba por su cabeza. Normalmente esas preguntas fastidiaban a Remo y solían desembocar en peleas entre ellos. Pero ahora esa pregunta no enturbiaba el ánimo de Remo, no lo molestó en absoluto y... lo peor, era que tenía que fingir que sí.

—¿Tengo motivos para estar enfadado contigo? —preguntó él forzándose a usar un tono brusco. Lo cierto es que no le costaba mucho

esfuerzo hacerlo porque solía estar de mal humor constantemente. Poco a poco entendió el camino que debía seguir para sacarla de quicio. Se dejó llevar por su instinto.

—No, que yo sepa no, pero si los tuvieras no estoy segura de que los compartieses conmigo. Eres hermético.

Remo se giró hacia el fuego y repasó el sueño de todos los que había acostados. Era una oportunidad demasiado buena para desaprovecharla. Sabía que podía conseguir que ella se fuese un rato. Le desagradaba la idea de tener que hacerle daño, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Pedirle por favor que se marchase del campamento unos instantes mientras él hacía algo que no podría contarle qué era? Sala no era mujer precisamente fácil de convencer para ocultaciones como aquella. Le exigiría explicaciones. ¿Contarle la verdad? Remo no deseaba que ella compartiese su carga. Si alguien debía ser objeto de torturas, ese debía ser él, puesto que su vida ya no tenía sentido, abocado a la transformación, a la muerte. Remo había barajado otras opciones, como esperar a hacer guardia con otro, con Peronio por ejemplo. Cuando estuviese suficientemente fumado golpearlo en la cabeza o algo así, pero su viejo amigo hacía días que no fumaba y en las guardias parecía estar más fresco que en las caminatas. Por otra parte, golpear a un hombre en la cabeza siempre era mal asunto. Podía hacerle más daño del necesario. Había conocido casos en los que por dar una broma, gente inexperta, normalmente soldados novatos, habían matado a alguno de sus compañeros pretendiendo mandarlos un rato a dormir con un golpe en la cabeza. Los juglares y los actores en los corrales de teatro solían escenificar golpes mágicos, incluso con un rodillo de amasar pan, en los que las víctimas caían amablemente fulminadas por el dulce sueño cuando eran golpeadas en la cabeza. En la realidad, para hacer que un hombre se desmayase había que pegarle un porrazo tremendo y esa pérdida de consciencia podía llevarlo incluso a la muerte.

—Todos duermen... —aseguró la mujer, después del silencio.

—¿Te importa realmente si estoy enfadado contigo? —preguntó él de repente.

—Sí.

Remo la miró directamente a la cara.

—No te entiendo, Sala.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó ella extrañada.

—No sé qué pasa por tu cabeza. ¿Qué pretendes con todo esto? ¿Qué pretendes de mí? Siempre preguntándome si estoy bien o mal, siempre acechándome en las hogueras...

Sala tragó saliva.

—Remo, no sigas, tengamos la fiesta en paz.

—Es que no comprendo tu actitud. Si todo sale bien, dentro de unos días estarás abrazando a Patrio Véleron, tu prometido. Tu amado Patrio...

Sala se contrajo al escuchar a Remo nombrarlo con desprecio. Pero no añadió nada. Remo decidió ir más lejos...

—¿Realmente me quieres decir que yo te importo algo? —preguntó Remo levantándose.

—¿Por qué me preguntas eso? Sí que me importas. Eres un buen amigo. ¿Qué demonios te ocurre?

Remo la veía sorprendida. Sabía que debía ser más cruel. Debía sacarla de sus casillas. Apretó los puños haciéndose daño y continuó.

—Maldita sea, Remo, habla claro —pedía la mujer.

—No necesito que te intereses por mí, ni que disimules. No quiero tu maldita compasión. ¿Crees que soy imbécil? Tú me utilizas para que rescatemos a tu querido Patrio... Pero en realidad yo no te importo más que cualquier soldado de la guardia de los Véleron.

Sala se puso roja azorándose como primer síntoma de indignación.

—Sala, hace un año ya de los viejos tiempos de los que siempre hablas, entonces tú estabas deseando que yo no me fuera, que volviese pronto. Estabas encaprichada conmigo, ¡dime que no es cierto! ¿Te faltó mucho para seducir a Patrio después?

—¡Remo, basta!

—Dímelo, ¿cuánto tardaste en caer en sus brazos? Un noble rico como Patrio. Estoy seguro de que te conquistó al instante. Era lo que tú soñabas, un noble con su maldito dinero.

—¡Cállate, Remo! Yo... —estuvo a punto de añadir algo más, pero se quedó callada porque Remo la interrumpió.

—Sala yo no te importo nada o menos que nada. Pero ¿sabes qué...? Tú a mí tampoco. Nos estás utilizando a todos para que tu sueños de poder y nobleza se cumplan, a mí no me engañas. Se te veía muy cómoda allí en el palacio de tu futura familia. Con esos modales estúpidos, con esa fanfarria y la parafernalia de los nobles... ¿Así es como quieres vivir? Eres cruel por poner a gente buena en peligro para que se cumplan tus intereses.

Ella ni lo dudó. Se lanzó hacia él para pegarle. Remo la agarró por la muñeca y detuvo la intentona de abofeteo. La empujó y ella cayó al suelo nevado. Ya estaba hecho...

—¡Remo, cómo puedes, cómo puedes pensar eso de mí! —gritaba ella desde el suelo, desvalida como una niña.

—Porque por fin sé cómo eres Sala, la niña huérfana... ¡Siempre has perseguido la fama y la fortuna! Esas son tus prioridades. No te hagas la inocente conmigo, que yo sé que antes matabas por dinero, y a saber qué otras cosas hacías también por dinero...

El semblante de Sala, de estar obstruido por algo desagradable, de pronto se estiró interrogante. Como si ella acabase de adivinarle la treta que él intentaba.

—¿Es que estás celoso? ¿Estás celoso? Si es así Remo hijo de Reco, ¡jamás vi unos celos tan destructivos como los tuyos! Lo que estás diciendo no lo sientes, no puedes pensar así.

Remo se enfurecía más y más. Trataba de concentrarse en esa rabia para poder fingirla. Lo de los celos lo había descuadrado. ¿Estaba realmente celoso? Jamás se había hecho esa pregunta. Era cierto que miraba a Sala de otra forma desde que había descubierto que estaba prometida con Patrio, pero no lo interpretaba como celos. Él seguía amando a Lania, a su mujer... Remo decidió aprovechar su propio y momentáneo estado de sorpresa e intentar transformarlo en crueldad. Debía exasperarla como para que se marchase siquiera unos instantes, agarrar los fardos donde estaban los cofres y salir corriendo. Si seguían discutiendo sin más, probablemente lo único que conseguiría sería que los demás se despertaran y los increpasen.

—¿Celoso? Jajaja... No, Sala ¡Entérate bien! Ni en un millón de años me sentiría atraído por alguien como tú, ahora que sé cómo eres realmente. Tu capricho nos va a costar la vida. Mira a Trento, a saber si logrará regresar. ¡Si muere será por tu maldita culpa! También lo has utilizado para esto... ¡Hasta pusiste mala cara cuando Lorkun decidió largarse!

—¿Cómo puedes...? —preguntó Sala atragantándose por su propia indignación.

—¡Egoísta! Eres una maldita egoísta. Te va a ir muy bien cuando seas rica...

Sala no pudo soportarlo más. Se derrumbó. Decidió que no podía seguir mirándolo siquiera. Con paso vacilante, como si la hubiesen apuñalado en el pecho comenzó a alejarse del campamento. Remo siguió increpándola y ella puso nieve de por medio, echó a correr.

—Lárgate sí, a mí no me engañas con tus lágrimas...

Remo respiró hondo. Notó que le temblaban las manos, las piernas, pero no por ningún efecto de la maldición. Aquello había sido mucho más duro de lo que había imaginado. Se había peleado otras veces con ella. Buscar una pelea de aquella forma tan fría y calculada le hizo sentirse sucio. «Bueno», pensó, «llevo sintiéndome sucio mucho tiempo... sopórtalo y punto».

Cargó aire en sus pulmones y se concentró en el trabajo. Recogió los cofres de los petates de todos y vació el suyo. Después de alojarlos allí, la vaina pesaba horrores, pero la nieve hizo posible el transporte. Se fue, dejando al campamento desprovisto de protección.

Sala iba sin rumbo, llorando sin cesar. No podía ni tan siquiera dialogar consigo misma para argumentarse las razones de aquella pelea con Remo. No podía pensar. Estaba tan herida que solo podía alejarse, perderse en la inmensidad de la noche, en aquellas tierras extrañas. Su angustia se retorció y su llanto era sonoro. Con la boca abierta, jadeaba por la caminata y emitía gemidos y toda suerte de desesperados berrinches. Lloraba como no recordaba haberlo hecho en años. Como mazazos, algunas frases que había dicho Remo danzaban a su alrededor y la acuchillaban cuando recababa silencio mental. «Eres una maldita egoísta», «la niñita huérfana». ¿Cómo

podía decirse algo así? ¿Cómo podía ser precisamente el hombre en quien ella más confiaba? Si no se había vuelto loca de desesperación con todas aquellas dificultades que estaban encontrando en el camino era porque él estaba allí. Porque eso para ella significaba esperanza y, ahora después de escucharlo, estaba tan destrozada por las palabras de Remo que no encontraba oxígeno. La tristeza que sentía era tan honda que le daba igual todo ya. Incluso pensar en Patrio parecía macabramente a favor de las acusaciones de Remo. La cabeza comenzó a llenársele de pensamientos tales como: «ojalá muera congelada en la nieve», «ojalá me encuentren los malditos silachs y acaben conmigo, para que ese canalla llore al menos cuando vea mi cadáver». Lo que ocurría es que después de haber visto la indolente forma de torturarla que había tenido Remo, no estaba ya segura de que él fuera a llorar junto a su cadáver. De pronto vio el futuro. Se vio helada por el frío, muerta. Remo y los demás encontraban su cadáver y él, con la mirada profunda y misteriosa de siempre, ni tan siquiera derramaba una lágrima. ¡No! No podía soportar pensar eso. No podía soportar que él no sintiera lo más mínimo por ella, ni un atisbo de amistad. Se daba cuenta de que, después de todo, ella le necesitaba, necesitaba su compañerismo, su aprecio, aunque solo fuese una maldita lágrima en ese funeral ficticio...

La amargura le complicaba el paso como si estuviese borracha y daba tumbos. Y de nuevo los pensamientos sobre la pelea. ¿Qué había hecho ella tan mal como para merecer unas acusaciones semejantes de egoísmo, de querer implicar a sus amigos simplemente por conseguir que Patrio volviese para ser rica?

De pronto enmudeció. Dejó de llorar. Fue consciente de forma aterradora de que estaba perdida. No le importaba lo más mínimo si podía o no regresar a la hoguera, estaba perdida en otro sentido, desamparada. Remo la odiaba y tan siquiera pensarlo la hacía sufrir tanto que le dolía la cabeza y le quemaba el estómago. Se dio cuenta con horror de que lo amaba. Seguía enganchada a ese hombre y por eso no soportaba aquel rechazo. Por eso no podía evitar volver a él después de cada desaire que le hacía. No era un amor como el que compartía con Patrio. Con Remo no compartía nada. Era un amor trágico y humillante, una necesidad que jamás

podía verse cubierta. El recuerdo de su mirada fría, de su voz cortante, la estaba enloqueciendo. Pateó la nieve, maldijo su suerte, maldijo a Remo, lo odiaba por su crueldad, pero sobre todo porque pese a todo conseguía despertarle esos sentimientos olvidados. Porque era verdad que intentaba estar siempre cerca de él, porque el día más feliz de su vida había sido el día en que lo había visto de pie, mugriento y sucio, después de un año de ausencia.

Caminó y caminó sin saber adónde iba. No dejaba de llorar y el frío hacía pegajosos los rastros helados de sus lágrimas. Comenzó a tiritar. Su enfado y su decepción le tenían congelado el ánimo. Al poco rato de sentirse agotada, decidió sentarse. Estaba cansada de soportar tanto dolor. Tenía frío pero ni un ápice de voluntad para volver. Pensó en la muerte. Sabía que no podría sobrevivir una noche allí sentada sin una hoguera cerca. Volvió a visualizar a Remo junto a su cadáver, se forzó la mente para verlo llorando por fin y se sintió complacida.

Era más de media noche. Se había alejado y había hecho con sus propias manos un agujero en la nieve y después otro más profundo en la tierra negra. La humedad le permitió más fácilmente la labor de enterramiento. Lo más complicado había sido elegir el lugar donde esconderlo. Memorizar la distancia exacta a varios hitos que se había fijado para no equivocarse. Cuando volvió al campamento y comprobó que Sala no había regresado, sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¡Arriba, tenemos que buscar a Sala! —gritó sin miramientos.

—¿Adónde ha ido? —preguntó un Jortés soñoliento, que rápidamente se puso en pie.

—¿Sala? —preguntó Rílmor—. ¿Qué ha pasado?

—Hemos discutido y ella se ha marchado. No hay tiempo que perder. Hace frío y, aunque se ha ido abrigada, podría estar en apuros.

—¡Eres un canalla, Remo! —gritó Rílmor.

Remo no le hizo caso. Por una vez estaba de acuerdo con aquel tipo. Comenzó a caminar siguiendo las huellas de Sala que aún podían divisarse en la nieve. Echó a correr tras el rastro. Corría tan rápido que dejó atrás a

los otros. ¿La habrían capturado los nurales? Los silachs... ¿Por qué demonios no había regresado? ¿Por orgullo?

La noche era muy clara y las huellas podían verse gracias a una luna mediana que ayudaba a los rastreadores a seguir los hoyuelos oscuros en la pálida blancura que tamizaba el vado. Conforme iba pasando el tiempo y el rastro seguía alejándose más y más Remo comenzó a sentir un dolor profundo en el pecho. Tuvo que bajar el ritmo porque no podía seguir corriendo así. Aquellos parajes oscuros, solitarios y desangelados le infundían una enorme tristeza. Recordó, como si lo reviviera, la primera urgencia cuando buscaba a Lania. Los primeros burdeles que registró, posando la misma esperanza en el rostro de cada muchacha a la que miraba tratando de identificar el rostro de su amada. Recordó cuando arribaba a nuevas costas la ardua tarea de preguntar a la gente por una mujer con el hombro marcado. Los parajes en los que creyó ver una silueta en la lejanía, caminando sola, eran parecidos a los que ahora tenía delante de sí. Volvió a correr más rápido. Había comenzado a nevar. No podía permitirse perder a Sala.





CAPÍTULO

22

## El calor y el odio

Remo la encontró inmóvil sobre un lecho nevado. Su cuerpo estaba blanco, decorados sus cabellos ondulados por pequeñas motas nevadas. Exhausto hizo un último esfuerzo para llegar a su lado gritando su nombre. El ímpetu le hizo marearse. Le quemaban los pulmones.

—¡Sala! —gritó jadeante.

La mujer permanecía quieta. Sus manos estaban heladas; tan frías que daban fe de las penalidades que había sufrido. Remo aplicó saliva en sus dedos y repasó sus ojos: los tenía cerca de la congelación, perlados de nieve. Siguió aplicando saliva para tratar de limpiar.

—Sala. ¿Puedes abrir los ojos? ¿Me escuchas?

Sala se movió y comenzó a temblar. Uno de sus ojos se entreabrió y lo miró con dificultad. Mantenía un continuo estertor más allá de una titiritera convencional.

—¡Sala por todos los dioses! ¿Qué ha pasado? ¿Estás loca?

Remo se acercó a la mujer y presa de un impulso la abrazó y la irguió despegándola literalmente de la roca. El grado de su culpabilidad se mezclaba con un enfado irracional que sentía. Parecía un padre que tenía ganas de reprender a un hijo perdido después de haberlo encontrado.

—Mal... mal... maldito seas, Rem... remo.

La voz de ella era un quejido. Sala se irguió como para comprobarlo, pero no lo miraba a la cara, miraba al suelo como si deseara que él la abandonase allí.

—Deja... dejam... déjame.

—Calla, Sala, si te quedas aquí te morirás congelada.

—¿T... t... te... import?

Cuando los demás lo vieron portando en brazos a la mujer, se detuvieron y comenzaron a desandar el camino hacia el campamento. Remo apretó contra su cuerpo a Sala intentando calentarla más. De cuando en cuando ella lograba coordinar bien su cuerpo para pegarle un codazo o intentaba una bofetada.

Remo caminó soportando el peso de la mujer hasta que sintió que los brazos le dolían. Ella seguía delirando con el deseo firme de que la dejase en el piso nevado. Remo siguió caminando y, cuando por fin divisó la hoguera del campamento gritó con desesperación.

—¡Preparadle agua caliente!

Si hubiese tardado más podía haber muerto. Lo que parecía ser un empecinamiento irracional a no volver a la hoguera, provocado por la pelea con Remo, podía haberle costado la vida. Este razonamiento deseaba apartarlo de su cabeza, pero era cierto. Él no había calculado la reacción de la mujer. De hecho mientras cavaba el agujero y escondía los cofres, visualizaba a Sala regresando al campamento y calentándose en la hoguera.

¿Cómo iba a pensar que ella se quedaría acostada en una roca en plena nevada? Aquella estupidez sería propia de alguien como él, no de ella.

Cuando se acercó, todos andaban en pleno revuelo. Registraban las alforjas con urgencia. Peronio era el único que intentaba preparar agua caliente.

—¡Remo, alguien nos ha robado!

Remo acercó a Sala al fuego. Ella se dejó hacer, pero en su mirada se destilaba odio cuando pasaba por los ojos del hombre.

—Remo, ¿estás escuchando? —preguntó Mercal.

Recopiló pieles calientes y comenzó a frotar el cuerpo de Sala por doquier. Poco a poco ella fue recobrando una movilidad temblorosa. Despreció la ayuda de Remo apenas tuvo oportunidad de valerse por sí misma.

—Déja... déjame a mí —logró balbucear, pero Remo hizo caso omiso viendo que ella no podía coordinar bien sus movimientos, todavía presa del frío intenso.

—¡Todos los cofres se han evaporado! ¡Nos han robado! —gritó Mercal.

—¡Venid conmigo! Los ladrones no deben andar lejos —dijo Rílmor que comenzaba a pertrecharse.

—Nadie ha robado nada —dijo Remo, mientras continuaba tratando de avivar la circulación del calor en el cuerpo de la chica.

—¡No están los cofres!

—Yo los he escondido.

De pronto se hizo el silencio en el campamento. Silencio roto por la hoguera que crujía al ritmo vacilante de la respiración de Sala.

Rílmor desenvainó su espada y se dirigió hacia Remo. Entonces él, dejando cuidadosamente a Sala sobre una manta de pieles junto al fuego, se irguió esperando encararse con él.

—¡Maldito seas! Dinos en qué lugar has escondido los cofres —exigía Rílmor componiéndose en posición para luchar con su espada brillando a la luz de la hoguera.

Lo que siguió dejó a Mercal con la boca abierta. Rílmor amenazó con su espada a Remo exigiéndole una vez más que dijese el paradero del rescate de Patrio Véleron. Remo no dijo nada, se echó encima de Rílmor en un salto prodigioso mientras él terminaba otra de sus amenazas rimbombantes y le descargó un puñetazo brutal después de apartar la espada con la mano abierta. Fue tan rápido que Rílmor no lo vio venir y acabó sentado aturdido. Romlos desenvainó sus espadas. Remo alcanzó la suya y se puso en guardia.

—Remo, te has equivocado otra vez —amenazó Romlos que, rápido estrelló una de sus espadas en la de Remo con mucha fuerza. Parecía querer que él se desprotegiese obligándolo a prestar atención a uno de sus costados, para atacarlo con la otra espada por el otro flanco. Pero Remo apartó la espada como si fuese un juguete y antes de recibir la otra, acertó de lleno con su puño en la nariz de Romlos. Después le clavó la tibia de su pierna en el medio muslo. Romlos aulló de dolor. Remo hundió un puño en la boca del estómago y su adversario se postró sobre las rodillas. Después le pegó un puñetazo seco en la mandíbula y Romlos quedó noqueado.

—¡Escuchadme todos! Explicaré mis motivos cuando Sala esté bien. Mientras tanto... ¡Os juro por los dioses que mataré al primero que ose cuestionar mi decisión!

De nuevo llegó el silencio. Mercal y el mismo Webs se habían quedado paralizados ante la aparente facilidad con la que Remo se había hecho con el control del campamento. Les inspiraba temor observar a Romlos derrotado con sus dos famosas espadas rendidas en la nieve. Remo podría haberlo matado a placer. En lugar de eso le tendió una mano para ayudarlo a levantarse. Al principio el soldado no parecía querer aceptarla, pero finalmente se agarró en él para incorporarse.

—No siempre se gana, amigo... —comentó Remo ahora con un tono de voz amistoso, que incluso llegó a dibujar una sonrisa en la cara de Romlos, como si aceptase la lección.

Remo fue junto a Sala para seguir con los frotamientos y darle calor, pero ella no estaba dispuesta.

—Ríl... Rílmor, por... por favor, ayúdame tú... ¡No quiero nada de ti, Remo! —gritó ella a trompicones.

El tipo, después de la humillación de su pelea con Remo, se acercó a Sala desafiándolo con la mirada. Se inclinó y comenzó a ayudarla.

—Espero que tus explicaciones sean buenas —decía con odio en la voz, mientras abrazaba a Sala para darle calor—. Acabas de esconder un tesoro demasiado grande incluso para ti Remo hijo de Reco. Te juro que si esto dificulta el rescate de Patrio acabarás ahorcado o sin cabeza.

Remo tomó asiento junto a la hoguera, aposentándose sobre sus piernas cruzadas y colocando la espada desenvainada sobre sus rodillas, como un mantel metálico. Brillaba con la luz de la fogata y confería al guerrero una pose desafiante.

Apartó su mirada del abrazo de Sala y Rílmor. Por primera vez echó de menos la ayuda de Lorkun y Trento. Ellos jamás habrían cuestionado su liderazgo, ni sus decisiones. Agradecía a los dioses haber recuperado a Sala, pero sentía que ella jamás le perdonaría lo sucedido.

Al cabo de un rato, quedando cercano el alba, Sala ya parecía más recuperada. Se acurrucaba más cómoda entre los brazos de Rílmor. El hombre parecía dormido, pero Remo desconfiaba.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Sala ahora sin tembleque en la mandíbula.

Remo le hizo un gesto a ella, como queriéndole decir que no hablaría cerca de Rílmor. Ella se separó del abrazo del hombre de confianza de los Véleron y se sentó cerca de Remo, que se colocó al otro lado de la hoguera. Deseaba escucharlo. Ahora que había pasado un rato, deseaba escuchar las razones de Remo. No significaba en absoluto que estuviera cerca de perdonarlo o siquiera entenderlo, pero después de recibir la noticia de que Remo había escondido los cofres en su ausencia, comenzaba a vislumbrar el sentido de aquella pelea.

—¿Por qué me has hecho daño, Remo? —preguntó ella que de pronto parecía al borde del llanto—. No merezco el trato que me das...

Remo extendió su mano para acariciar su cara. Serio, confiscados sus pensamientos en el hermetismo de siempre, pero aquella caricia, Sala apartó

la mano de Remo de un manotazo. No quería distraerse.

—Responde, ¿por qué lo hiciste?

—Quería que te marcharas del campamento... así podría llevarme los cofres y enterrarlos.

Sala asintió. Había acertado, pero no se creía capaz de olvidar aquellas frases que la habían acuchillado...

—¿Piensas en serio que me quiero casar por dinero? ¿Te sientes utilizado? —preguntó con la voz fría, mirando a los ojos del hombre directamente.

—Sala, ódiame si quieres... Estás en tu derecho de hacerlo... ¡Jamás pensé que te irías para no volver! ¿En qué demonios pensabas? Pensé que te enfadarías y te marcharías, pero que, después de un rato estarías de vuelta. ¿Querías morir congelada?

—¿Ahora vas a decirme que es culpa mía? —Sala recuperaba en su rostro aquella desesperación—. Podrías al menos pedirme perdón, ¿eres orgulloso como para no ver tu error?

—Sala... —dijo Remo que apartó la mirada.

—Me siento mal —decía ella sin dejar de mirarlo, al borde de desmoronarse—, me insultaste de una forma... Querías hacerme daño y lo conseguiste, pero ahora me duele otra cosa. Me duele comprobar la poca confianza que te inspire Remo. ¿No podías haberme contado tu plan? ¡Demonios, te habría ayudado a enterrar los malditos cofres y jamás les habría contado a estos nada de nada...! Pero tú nunca compartes conmigo lo que anida en tu cabeza.

—Esa responsabilidad debía ser solo mía... Sala, tú no lo entiendes...

—Remo estuvo tentado a confesarle lo de su contaminación, decirle que estaba ya sentenciado, pero no lo hizo.

—Explícamelo, dices que no entiendo. Pues explícamelo.

—No, no hay nada que explicar. Conseguiré que Patrio vuelva a tu lado. Lo juro. Eso es lo realmente importante ¿no?

Sala sentía una angustia tremenda de ver a Remo así. Inaccesible. Tenía rabia por dentro.

—Remo... —estuvo a punto de decirle muchas cosas, pero copiándolo, teniendo todavía ganas de hacerle daño, acabó diciendo—: Lania desapareció de tu vida hace más de once años. Es hora de que lo asumas. Es hora de que aprendas que las personas que te rodean merecen respeto, porque no somos los culpables de tu amargura. Lo más probable es que acabes tus días solo, sin nadie a tu lado, piénsalo, porque es un final triste.

Por primera vez en mucho tiempo fue Sala quien se levantó para dejarlo con la palabra en la boca. Le había producido cierta satisfacción dañar a Remo. Pensar que podía dañarlo acaso, era pensar que para él ella significaba algo... Sala despertó a Rílmor y se tendió junto a él para dormir, mientras Remo la miraba desde detrás de la hoguera. En sus ojos había dolor, el dolor de siempre, vestido de orgullo.

Remo esa noche comenzó a sentir extraños temblores en su cuerpo. Un sudor frío le perlaba la frente. Cuando se aseguró de que la mujer dormía y que los que hacían guardia no estaban atentos, deslió las telas con las que había envuelto su mano. Vio con horror cómo su palma se había vuelto negra, como si sus dedos dorados nacieran de un ascua carbonizada. No sentía el tacto allí. La cicatriz verde ahora era una delgada línea de pus. La maldición avanzaba lentamente, pero no se detenía.



CAPÍTULO

23

## Asmón

—No me fío de vosotros. Enterré los cofres porque creo que es más seguro —explicó Remo al día siguiente.

—Más seguro para quién... ¿para Patrio, para nosotros o tal vez para salvar tu pellejo?

—Dinos dónde está, vamos Remo, somos un equipo. Tu experiencia, tu posición como jefe de la comitiva no te da licencia para anular nuestra voluntad ni la justa proporción en la que se distribuyó la carga de la recompensa. Has actuado en secreto y con desconfianza —insistió Mercal.

—No insistáis. No tiene corazón —dijo Sala, particularmente taciturna y malhumorada.



Pese a las protestas de los demás, no arrancaron de Remo más palabras que esas dos frases escuetas, para explicarles porqué había decidido unilateralmente enterrar la recompensa. La pelea, además, había infundido desconfianza en los integrantes del grupo y Remo andaba siempre con su mano sobre el pomo de la espada, como advertencia. El descontento con la decisión de Remo era generalizado, no solo secundado por Rílmor. Aunque Mercal solía mantenerse imparcial, esta vez apoyaba firmemente al jefe de armas de Lord Véleron y sus frases solían ser demoledoras. El joven haciendo gala de su exquisita educación, oponía razones cada vez mejor elaboradas para contradecir la decisión de Remo. Peronio estaba siempre ausente en las disputas y era el único que no se pronunció. Volvía a fumar opio azul, después de días sin hacerlo, quizá era una forma de protesta silenciosa ante la desunión que reinaba en el grupo. Jortés expresaba opiniones monosilábicas, mirando el camino que tenían por delante, «lo que has hecho puede ser peligroso», había advertido el granjero, pero no aportó nada más. Remo sabía lo que deseaba Jortés: matar muchas bestias silachs y acabar con los responsables de la muerte de sus niñas... Lo demás le daba igual. Remo no se dejó llevar por la polémica y no respondía a Rílmor en sus provocaciones, ni atendía las fundamentadas reclamaciones de Mercal.

Sala no sabía qué pensar. Aquel plan loco asumiendo toda la responsabilidad era muy propio de Remo, pero pensaba que era egoísta tomar una decisión así, sin consultar. Abusaba del poder que tenía como líder y ponía en serio peligro el buen fin de la misión. Había un hecho que Rílmor repetía hasta la saciedad: ese dinero no era suyo.

Reanudaron la marcha. Tomaron la costumbre de marginar a Remo en las conversaciones, como si fuese la forma de presionarlo con respecto a la decisión de enterrar los cofres. Él mostraba una indiferencia sobrehumana. Se mantenía junto a Peronio en la vanguardia, en silencio. Cuando se reunían para comer, alcanzaba sus provisiones y no pedía nada que no se le ofreciese, ni hacía comentario alguno sobre cansancio, apetito y demás jocosas conjeturas que solían aducir los otros viajeros. Cuando decidía sentarse, Rílmor, Romlos y Webs procuraban agruparse alejados de él. Mercal y Jortés los seguían y Sala, regalándole miradas severas, iba con

ellos manifestando silenciosamente su postura. Peronio fumaba sus pipas agotando los restos de su ingente provisión de droga y él, simplemente, miraba el suelo, comía, escrutaba el horizonte y decidía cuándo debían levantar el campamento.

Dos jornadas atravesando las frías estepas sirvieron para que la comitiva se acercase hasta la cuenca del río Nive, plagado en su ribera de bosques y poblados. La nieve por fin desapareció y sus pies pudieron pisar con más confianza sobre veredas de terruño y prados escarchados. Abrieron sus capas y destaparon sus cabezas acostumbradas ya a la sombra de las capuchas. Esquivaron todas las poblaciones y cuando en los caminos se topaban con algún viajero, con agricultores o tenderos, trataban de no establecer contacto más allá de un escueto saludo. Vislumbraron por fin la primera ciudad: Asmón de Nurea. Peronio hizo esta advertencia.

—No hace falta que os diga que es mejor que no habléis, aquí todo el mundo habla una variante sidi que vosotros no practicáis en Vestigia. El sidinio que habláis os delataría fácilmente, en el acento y algunas expresiones. Cuanto más tiempo ocultemos nuestra procedencia, mejor.

La ciudad de Asmón poseía una estructura en cuadrícula, con una muralla externa construida con la misma piedra oscura que cubría los muros de las casas y que, según comentó Peronio, era la principal fuente de comercio de Asmón. Había numerosas canteras en el mazizo montañoso de Nurea, de las que se sacaba esta roca porosa, muy dura, pero menos pesada que las piedras convencionales. Era perfecta para la construcción, si se aplicaba una buena capa de argamasa para aislar. El aspecto que tenía la ciudad era pintoresco, con los tejados de madera clara y el tono oscuro de sus muros cercando puertas y ventanas de madera normalmente barnizada en colores alegres.

Asmón fue hospitalaria con ellos y se alojaron en una posada bastante grande. Nada más cruzar el umbral y verse recogidos entre paredes cálidas, que tomaban temperatura de una chimenea bien provista de madera seca, anidó en ellos cierto optimismo. Peronio fue el único que salió a visitar la ciudad. Dijo que buscaría información en algún poste notarial, por si existía alguna noticia sospechosa sobre los pasos fronterizos. Si los notificadores

notariales habían publicado algún edicto sobre secuestros, proscritos o cualquier otra actividad sospechosa de estar relacionada con el incidente de Patrio, podría averiguarlo. Les recomendó no salir de la posada. Ellos no tenían esa intención, y se prodigaron en baños reparadores solicitados al poco de instalarse. Almorzaron después del aseo relajante. Saciaron sus gargantas con agua, vino y aguamiel. Entregaron sus ropas para que las lavasen. El único oro de que disponían lo poseía Remo y pagaba todas las cuentas sin revelar la cantidad exacta que tenía guardada.

—Seguramente Peronio estará gastando dinero en sus «caprichos» —dijo malévolamente Webs, cuando vio que Remo le daba a Peronio una pequeña bolsita de piel con monedas.

—Que haga lo que quiera. Si hemos llegado hasta aquí, ha sido gracias a él —afirmó Jortés.

Pese al optimismo renovado, a Remo seguían sin hablarle. De hecho, sólo se reunió con ellos cuando escuchó un murmullo crecer por el regreso de Peronio.

Lo asaltaron con preguntas. Peronio se negó a hablar en el salón de la posada y todos se congregaron en la habitación del guía. No avisaron a Remo, pero este acudió porque era la habitación junto a la que había escogido él.

—¿Se sabe algo del secuestro? ¿Hay noticias sobre el primer grupo de nuestros hombres?

Mercal y Sala eran los más preguntones.

—No he preguntado directamente eso.

—¿Entonces para qué has salido?

—Si hubiese hecho tal pregunta me habría delatado. Esta gente del sur de Nuralia es desconfiada con los grandes asuntos.

Todos esperaban su información.

—Del primer grupo, en efecto, se notificó su entrada en Nuralia a través del Paso de los Dragones. Al menos he deducido que eran ellos, porque se habla de un séquito diplomático con salvoconducto real. Esa era la ruta que habían seguido, ¿cierto?

Aquella noticia iluminó de esperanza a Mercal que gritó de júbilo.

—¿Cuánto hace de esa notificación?

—No lo sé, no insistí mucho, como puedes suponer...

—Bien... ¿dónde están?

—Con mucho tacto pude sonsacarle al encargado de una tienda de especias a la que visité después de hablar con los del poste, me confirmó que ese grupo pasó por aquí, no sabía si hacía un mes o así. No se detuvieron en la ciudad más que para aprovisionarse y continuaron... hacia las montañas.

Sala abrazó a Rílmor de pura alegría.

—Esa noticia es alentadora.

—Supongo que eso demuestra que nosotros hemos acertado en nuestro rastro, y que ellos iban pisándole los talones al grupo de los secuestradores —aclaró Peronio.

—¡Es genial! —gritó Sala.

Peronio no parecía compartir su alegría.

—Lo malo del asunto es que no han vuelto a dejarse ver...

De pronto todos comprendieron lo que Peronio sugería.

—Tal vez tomaron otra ruta de regreso. ¡Puede que Patrio ya esté en Vestigia! —exclamó Sala tratando de ver las cosas de forma positiva. Después de todo, eran las primeras buenas noticias que recibían. No deseaba convertirlas en malas.

—Puede ser... —sugirió Peronio, aunque sin mucha fe.

—¿Cómo podríamos asegurarnos? —preguntó Mercal.

—Iremos a la madriguera de esos malnacidos. Así podremos ver si nuestros chicos dejaron alguno vivo —sugirió Jortés dejando bien claras sus intenciones vengativas.

Peronio continuó dando información. Remo seguía sin abrir la boca.

—Por lo visto en esta ciudad han sufrido mucho las fechorías de un grupo de militares apartados del ejército. El capitán Blecsáder los manda. En eso... —Ahora Peronio miró a Remo—. En eso no me equivocaba. Lo malo es que Blecsáder, principal sospechoso de haber secuestrado a Patrio Véleron, se esconde en una antigua ciudad subterránea llamada Sumetra...

—¿A cuántos días de camino estamos de esa ciudad?

—Sumetra está relativamente cerca de donde nos encontramos, en el sur de Nurea. El problema es que se trata de un sortilegio de cañones y precipicios, el lugar conocido con más cuevas naturales del mundo. Allí Blecsáder posee su paraíso apartado, porque es un lugar muy peligroso. Esa ciudad era antigua morada de una casta de mugrones. Después fue una explotación minera que se abandonó porque no era rentable. Fue un bastión intocable en la Gran Guerra, uno de esos lugares que acaban sepultados por el olvido, el Rey Deterión mira para otro lado porque sabe que Blecsáder y sus hombres le rinden pleitesía y mientras estén allí apartados de la política... No sabemos de cuántos hombres dispone Blecsáder, pero mucho me temo que nuestros compañeros han sucumbido en la ciudad. No hay noticias de ellos en demasiados días.

Una mueca sombría se propagó en todos los rostros de la comitiva.

—Siempre es difícil. Siempre se complica, es lo normal —dijo inesperadamente Remo.

—¿A qué estamos esperando?

—Necesitamos un plan —sentenció Peronio.

A partir de ese momento comenzó un debate sobre cómo abordar Sumetra. Al principio dudaron incluso de la necesidad de tener que infiltrarse allí... Teorías y más teorías hastiaron a Remo que decidió bajar a beber algo. Fue a sentarse junto a la chimenea. Al cabo de un rato escuchó voces y los demás tomaron asiento también en el salón, aunque no con él. Remo miró a Sala, que ahora reía a carcajadas después de un comentario gracioso de Webs. Después miró el fuego calcinando los maderos.

—Buen día el vuestro —dijo un recién llegado, saludando con la peculiar combinación que se usaba en Nuralia. Los de la mesa de Sala respondieron. El tipo que estaba al punto de retirar su capa mojada por la lluvia que arreciaba fuera, finalmente no lo hizo. Salió de la posada tal y como había entrado.

—¿Y Peronio? —preguntó Remo a los demás.

—Se ha quedado arriba —respondió Jortés.

Remo había detectado algo extraño en aquel hombre, en su corta visita a la posada. No tardó mucho en darse cuenta de que su intuición era cierta.

Varios soldados penetraron en la posada saludando amistosamente al tabernero. Con sus botas y armas, acumulaban estruendo.

—¡Buen día sea el vuestro!

Uno de ellos, barbudo y a todas vistas jefe de los otros, se acercó a la mesa que compartían Sala y los demás.

—¿Puedo saber de dónde vienen? Porque ustedes no son de aquí... —decía el soldado mientras desencajaba uno a uno sus dedos de los guantes de piel, que después retiró suavemente.

—Venimos de lejanas tierras —dijo Sala sonriendo ampliamente.

—Y... ¿puede saberse cuál es el motivo de su visita?

La chica parecía dubitativa y el tipo parecía estar disfrutando poniéndolos incómodos. Remo estuvo a punto de intervenir, pero entonces Mercal los dejó a todos sorprendidos.

—¿Por qué no se sienta con nosotros? Verá, nos han contado maravillas de la piedra oscura... mmm, no recuerdo el nombre...

—La caleska... —dijo con aire de desconfianza el tipo, pero acto seguido quitó la correa que sostenía la espada, dejó su arma a uno de los soldados que venían con él y tomó asiento.

—Exacto. Mi nombre es Mercal, arquitecto de la compañía sacra de las Montañas Cortadas en Vestigia, servidora del dios Huidón. Hemos venido porque, según cuentan, la caleska aguanta como el granito y pesa la mitad. Necesitamos hacer una estructura en el templo de nuestro señor Huidón y venimos para saber si las canteras de Asmón estarían en disposición de suministrarnos piedra caleska.

Hubo silencio. Remo se mordía el labio inferior mientras trataba de averiguar, por la mirada de los soldados que permanecían de pie, si la treta de Mercal había surtido efecto.

—¿De cuánto estamos hablando? ¿Dos barcos? —preguntó de repente el jefe.

—Más, si esa piedra es tan buena como dicen, creo que al menos serían seis barcos.

—Vaya, es una cantidad importante. Me alegro que por fin se reactive el comercio entre Nuralia y Vestigia. ¿Conoces al dueño de la Petrina? Es la

cantera más grande, se llama Ostibal y es muy amigo mío. Creo que podría concertar con él una cita, por cierto, yo me llamo Ferstronker, llámame Fest que es más sencillo.

Remo respiró tranquilo y observó a partir de ese momento cómo Mercal fue negociando con Fest y poco a poco sonsacándole datos inútiles sobre las piedras y su transporte. Discutían si era mejor fletar los barcos hacia Nurín o Mesolia y el modo más adecuado de transportar las piedras en tierra. Estaba claro que, a esas alturas, Fest soñaba con una comisión sugerente, que pediría como pago a sus intermediaciones. Remo decidió subir y acostarse. No había peligro.

Al día siguiente, Peronio volvió con malas nuevas.

—Ningún contingente ha cruzado por las fronteras. Ya está más que comprobado. Acaban de llegar los correos de los notificadores hoy mismo, y he podido ver los pergaminos de mercaderes y diplomáticos, hasta me enseñaron los rollos de las palomas mensajeras. Nada. Creo que nuestros hombres no salieron de Sumetra. He conseguido un mapa para ver si podemos planificar nuestra incursión en las montañas. El problema es que, en el mapa, no se detalla dónde está exactamente ubicada Sumetra.

Peronio extendió un paño oscurecido por el uso. Era un mapa viejo. Señaló la ruta posible para llegar a Sumetra en mitad de un dibujo con muchos picos semejando montañas.

—¿Qué son esos flecos negros? —preguntó Mercal.

—El Valle de las Agujas. Cuando estemos allí, entenderás porqué lo dibujan así.

—Bueno, todo está claro, ¿salimos ya? —preguntó Mercal, ansioso por finiquitar el asunto. Temía que su negociación con el jefe del distrito, llamado Ferstronker, fuese a mayores. Habían quedado para visitar las canteras de su amigo en dos días. Mercal podía seguir inventando, pero estaba seguro de que acabarían por descubrirlo.

—Necesitamos un plan —repitió Peronio—. Si os fijáis en el mapa... No va a ser fácil encontrar las puertas de Sumetra. Esta parte de aquí es un laberinto sin salida y allí... creo que es imposible cruzar por ahí... El camino más factible según el mapa es atravesando el valle de las agujas.

Creo que ahí será fácil vernos venir. Y después de lo de] poblado, mucho me temo que los hombres de Blecsáder están esperando visitas. Tendrán vigías, puestos de alerta. Estamos en su territorio. Sin un plan, vamos al matadero.

—A ver... una ciudad subterránea no creo que pueda albergar cultivos, como mucho algo de ganado —explicaba Jortés en voz alta—. Lo más lógico sería pensar que deben abastecerse comerciando con gente de Asmón o de explotaciones circundantes. Tienen mala reputación, así que probablemente nadie se atreva a ir allí a venderles género.

Hubo silencio. Por fin habló Remo.

—Ellos vienen aquí y adquieren los víveres. —Parecía vislumbrar pensamientos comunes a los de Jortés—. Mercal... ¿cuándo volverás a ver a Fest?

—Venía esta misma tarde... Y en dos días quería que visitara la cantera esa... la Petrina.

—Necesito que preguntes por los habitantes de Sumetra. Averigua si pagan bien, sácale conversación, a ver si te enteras de cómo hacen para comerciar con ellos.

—De acuerdo.

Al caer la tarde, esta vez vestido con más elegancia Fest entró en la posada solo. Se tomó una cerveza con Mercal y le comentó que estaban citados con un tal Peregrum, hermano de uno de los dueños de la Petrina.

—Cuida bien de nuestro arquitecto —dijo Rílmor a Fest antes de que abandonaran la posada.

Pasaron horas y Mercal no regresaba.

—¿Crees que estará bien? —preguntó Sala a Rílmor.

—Estoy convencido. Ese Mercal tiene mucha habilidad con las palabras. ¿No lo viste?

—¿Y por qué tardan tanto?

—Imagínalo, lo obsequiarán con un banquete espectacularmente caro, lo colmarán con dádivas, le ofrecerán mujeres, riquezas... seis barcos colmados de piedra no es ninguna tontería, y ese Fest se las promete muy felices.



Mercal llegó borracho, entrada la madrugada. Provocó risas, mientras explicaba sus aventuras con sus nuevos amigos nurales. Estaba tan destrozado que prefirieron dejarle dormir y esperar a que estuviese de una pieza para preguntarle.

A la mañana siguiente mientras bebía leche caliente habló a los demás.

—Creo que deberíamos comprar piedra a esta gente... Todos rieron.

—En serio, nunca imaginé que los nurales fuesen tan... vestigianos..., no sé si me explico. Madre cómo beben... y beben...

Más risas.

—Bueno. Según he podido saber, ese Blecsáder es un peligro. 'Lo odian. Por eso no le queda otra que ocultarse en Sumetra. No hace mucho asaltaba poblados y trataba de esclavizar a muchachas de Asmón. Os aseguro que hay mujeres muy hermosas aquí...

—Mercal, céntrate en lo que tienes que contar —sugirió Sala con severidad.

—En fin, que cuando no asaltan directamente a determinadas explotaciones de birelos...

—¿Birelos? —preguntó ella.

—Gente que no es de aquí. Extranjeros que se quedaron a vivir aquí —explicó Remo.

—Pues eso, que lo normal es que vengan cada seis o siete días con una caravana de carros para llevarse género. Por cierto que, últimamente pagan mal, así que puede que la maniobra del secuestro tenga sentido... necesitan dinero. Vivir con lujos y esclavos en una corte subterránea no debe ser barato.

—Si tuviéramos el oro, podríamos negociar —espetó Rílmor.

—¿No volveremos a discutir, verdad?

Remo amenazaba con su tono de voz.

—Pues está todo claro —dijo Sala por centrar la cuestión—. Cuando vengan los seguiremos hasta Sumetra. ¿Esa era tu idea Remo?

Remo se decidió a explicar su plan.

—Nosotros no conocemos la entrada a Sumetra. Debe de haber varias, unas más vigiladas que otras. Creo que si hay una posibilidad de infiltrarse

en secreto en la ciudad y sacar a Patrio con vida, esa debe ser nuestra prioridad. Debemos entrar sin ser vistos. Siempre habrá tiempo después para negociar si nos capturan. Así que no basta con seguir a la comitiva hasta Sumetra. Necesitaremos su colaboración. Lo mejor es que los asaltemos y con nuestras espadas apuntadas en sus espaldas les exijamos que nos oculten hasta la entrada más escondida y menos útil que posea esa ciudad subterránea.

—Sí. ¿Y una vez allí? Cuánto tiempo tardarán en avisar, en dar la voz de alarma sobre intrusos.

—Los mataremos cuando nos muestren la entrada. Es la mejor opción.

—Pues solo nos queda esperar a que esos desgraciados vengan a por las provisiones. Seguirlos y hacerles una buena emboscada.



CAPÍTULO

24

## Asalto a la caravana

Siguieron a la caravana de suministros a buena distancia, desde que salió de la ciudad, hasta que se perdió en el camino hacia las montañas. El grupo de carromatos dejaba un reguero de polvo que era fácil de perseguir, pero entre los desfiladeros deberían de acortar la distancia cuando estuviesen en mitad del macizo montañoso. Se cuidaban de no acercarse demasiado, para no levantar sospechas, comprobando los rastros y deteniéndose cada vez que los divisaban. El plan consistía en usarlos para encontrar la entrada a Sumetra. El Valle de las Agujas era el sitio que habían elegido para asaltarlos así que, hasta llegar allí, debían pasar inadvertidos.

—¿Qué es eso? —preguntó Sala señalando con el dedo una marca extraña en la roca.

—Este cañón es conocido como la Laguna de las Piedras... —dijo Peronio.

—¿Y el agua?

—Aquí antaño hubo mar, y el agua creó las quebradas; las montañas se descomponen en cañones y un sortilegio de caminos laberínticos. Esas marcas en las rocas que veis a lo largo de todo ese frontón, eran peces.

—Es imposible. No tiene sentido. Seguro que esas marcas las pintaban los antiguos maestros guiados por los guardianes celestiales, para amedrentar a los viajeros.

El silencio allí se cortaba con rachas de viento. El silbido se provocaba por el circuito de vericuetos de piedra que encauzaba el aire revoltoso que, al rozarse con la roca a presión, emitía un chiflido sorprendente. Las pisadas del grupo parecían amortiguadas por la vejez de aquellos parajes. Atravesaban una depresión del terreno amplia, bordeada por una pared rocosa que provocaba la sensación de caminar en una sartén gigante. Las marcas de los seres marinos se reproducían también en el piso, no solo en la pared. Los conocimientos de Peronio sorprendieron a los demás, pero no acertaban a creerlo y elaboraban complicadas teorías mitológicas.

La Laguna de las Piedras precedía a la entrada estrecha, como un desfiladero, hacia el Valle de las Agujas.

—En esta cordillera, las lluvias, las nevadas y los cambios de temperatura, con un verano sofocante, provocaron una erosión peculiar durante miles de años, y lo que era montaña pedregosa comenzó a ahuecarse como un queso, quedando a lo largo de los años un sinfín de pilas de piedra que en la lejanía parecen agujas negras, escuálidos montículos como columnas de piedras oscuras que parecen a punto de derrumbarse en equilibrios imposibles que dan un aspecto macabro al valle.

—¿Cómo va a ser eso verdad? —volvió a insistir Rílmor.

—Bueno... los filósofos y geógrafos es lo que piensan. La leyenda dice que Fundus tenía un palacio aquí en el valle, pero que Huidón, ayudado por los demás dioses, lo expulsó retirando los océanos y erigiendo montañas

para conservar mejor equilibrio entre lo que estaba sumergido y lo que iba en la superficie. Fundus y su ambición por conquistar con los océanos toda la faz del mundo... Dicen que este valle es producto de la garra del dios marino que arañó la tierra enfadado por la actitud de los otros dioses.

En general el paisaje que atravesaban en aquella extraña cordillera era bastante amenazador, pero sin duda contemplar por primera vez el Valle de las Agujas sobrecogía haciendo que el resto pareciese territorio amigable.

La extensión de terreno baldío, sin vegetación alguna, inmenso entre montañas, plagado de cimitarras pétreas, columnas retorcidas, de cimas escuetas, hilos negros en la lejanía, picos de piedra, romas o afiladas protuberancias, procuraba a la vista una sensación espinosa y desagradable. Tejiendo un camino iba la comitiva que perseguían buscando donde acampar en mitad del valle siniestro, antes de que cayese el sol.

—¿Qué clase de demonios podemos encontrar agazapados en estos lugares? —preguntó de forma siniestra Romlos hipnotizado por el paisaje de erizo.

—Alguna fiera como los pumas de pelo gris, o las águilas gigantes, pero es más fácil toparse con alimañas de escaso tamaño, ratones de monte, cabras, gatos salvajes... conozco bien este valle, pero nunca fui más allá, nunca me adentré en las inmediaciones de Sumetra.

Peronio parecía disfrutar dando explicaciones por primera vez en aquel viaje.

—Ahora podemos acercarnos más sin ser vistos —dijo Remo antes de comenzar un paso mucho más raudo, descendiendo hacia el valle sin detenerse a recitar supersticiones. Los apremió—. ¡Vamos, es nuestra hora!

Lo siguieron de cerca todos, excepto Peronio, que descendía por el valle encendiendo su pipa. No pensaba entrar en ningún tipo de refriega. Simplemente examinaba las montañas para saber ubicar los puntos cardinales, apoyándose en las estrellas, que en el ocaso ya se iban asomando. El sol descendía y las sombras contribuían a transformar aquel valle en sortilegio de recovecos, agujeros sobre planos ocres.

El grupo se acercó bastante a la caravana y Remo trazó la estrategia de ataque con palabras escuetas.

—Romlos y yo por la derecha, Rílmor, Webs y Jortés por la izquierda. Subid a Sala a uno de los picos altos cuando las sombras la oculten. Ella disparará flechas. Al primer grito que escuchéis atacad. Sala, intenta ayudarnos, mételes miedo, que piensen que hay diez arqueros apuntando. Asegura tus disparos, que no se alarmen sin que hayas acertado en alguien. Tened presente que nuestro objetivo es el engaño. Necesitamos prisioneros para que nos muestren el camino.

Sala ayudada por Rílmor y Webs subió a uno de los túmulos de piedra ya entrada la noche. Mientras la caravana se detenía y comenzaba a crear el círculo protector típico de los grupos trashumantes para las acampadas. Ellos se habían situado en el perímetro. Sala esperó a que Remo y Romlos se colocasen por el flanco derecho y Rílmor, Jortés y Webs por el izquierdo. Apuntó al tipo más lejano de la comitiva, que ahora estaba agachado y encadenaba su carro con el de al lado. Sala soltó la veleta emplumada de la flecha y la dejó volar. Silenciosa y rauda, la flecha voló hacia su víctima y acabó ensartándole el cuello. El tipo trató de gritar pero la flecha de Sala lo impidió. Ella sabía que ahora tenía poco tiempo y que el tiempo era crucial para conseguir eliminar el máximo número de adversarios posibles. Cargó su arco con velocidad y soltó otro proyectil teniendo en cuenta la trayectoria que había tenido su flecha anterior. Acertó en uno que estaba más cerca, recopilando troncos para hacer hoguera. Le cruzó el pecho de parte a parte. Este sí gritó y fue la señal para que Remo y los demás comenzasen su emboscada. Penetraron por los dos flancos dando muerte a cuantos se tropezaban con ellos, pero pronto encontraron oposición armada. Mataron sin problemas a cuatro hombres desprevenidos.

Varios escoltas armados que estaban en los carros salieron a su encuentro. Sala vigilaba con su arco cargado y soltó una nueva flecha que rajó la brisa nocturna. Pero esta vez falló en su intento de matar a un soldado que luchaba contra Jortés. El tipo dejó al granjero, asustado por la cercanía de la flecha y fue a repartir lanzas entre varios compañeros. Mercal se batía con la espada con una mujer que había saltado arma en mano desde un carro. La chica lo tenía bastante apurado, hasta que el muchacho usó su fuerza en uno de los envites y la espada de la mujer se le escapó de las

manos. Mercal no deseaba matar a una mujer desarmada pero ella agarró un cuchillo y corrió hacia él con furia en los ojos. Mercal que la había despreciado como adversaria, sin llegar a verla asir la daga, se la encontró muy cerca a punto de acuchillarle. Un fantasma alado voló detrás de la mujer y a Mercal le salpicó la sangre provocada por una de las flechas de Sala que había atravesado el pecho de la chica. Vio la muerte en sus ojos vacíos.

Desde uno de los carros, Sala vio cómo un hombre grueso cargaba un arco para tratar de matar a Rílmor, que se batía con un tipo grande al que no conseguía doblegar. Ella cargó rápidamente su arco y dirigió una flecha hacia el arquero, mientras el tipo apuntaba, quieto. Acertó de lleno en su corpachón, haciéndolo gritar, aunque no con la precisión que hubiese deseado... Esas flechas no eran de su agrado. Peronio afirmó que no había podido encontrar otras de más calidad en Asmón. Ella estaba acostumbrada a las que fabricaban los maestros de Venteria.

—¡Rendíos o será vuestra última noche! Nuestros arqueros acabarán con vosotros —gritó Rílmor que cruzaba su espada de nuevo con el que tenía emparejado. Viendo que llovían flechas, los de la caravana entendieron su situación de inferioridad. El grito de Rílmor convenció a los que quedaban y tiraron sus armas al suelo. Sala escudriñó los carros por si había alguien escondido dentro de las lonas. Después de que Mercal los inspeccionara, descendió de la aguja de piedras y se acercó al campamento. Mientras Remo y Romlos reunían y desarmaban a todos los prisioneros, los demás reavivaron la hoguera que habían encendido los de la caravana.

No querían demorarse mucho, pero no se resistieron a usar los víveres excelentes que transportaban los hombres de la comitiva. Asaron carne y comieron a gusto.

—Moriréis. Blecsáder no tiene piedad —advirtió uno de los prisioneros antes de que Remo le pegase una patada en la boca sin mucha fuerza, pero bastó para hacerlo callar un rato. Después de comer, Remo se acercó precisamente a él para interrogarlo.

—Escúchame bien, vais a conducirnos a Sumetra, a una puerta que no esté vigilada. ¿Cuál es la entrada más secreta que conoces? No mientas

porque estás jugándote la vida.

—Solo hay una entrada en Sumetra.

Remo volvió a pegarle.

—Espera, animal, de acuerdo, eso es lo que queréis... ¿Estáis locos? Yo pensaba que erais ladrones. Ningún ladrón se atrevería con esta caravana. Pero vosotros venís de lejos, del sur. Vestigianos, seguro...

Hubo tanto desprecio en su voz, que Sala se preguntaba si acaso la imagen que tenían los nurales sobre los vestigianos fuera peor que la que poseían los vestigianos de los nurales.





CAPÍTULO

25

## La patrulla de Velcunio

Ataron a los hombres de la caravana dentro de dos carros, apiñados junto a la carga de fiambres. Descargaron la mayoría de las mercancías para aligerar los carromatos.

Una bruma comenzó a repasar el Valle de las Agujas en la madrugada. Llevaban toda la noche trabajando en la preparación de su asalto a Sumetra y la niebla pareció traerles un mal presagio.

—Hace años, cuentan que varios niños con piedras tuvieron en este valle en jaque a cien soldados de Vestigia gracias a una intensa niebla — comentó Peronio—. Creo que es mejor que esperemos a que se levante lo nublado.

Era peligroso avanzar con los carros sorteando las innumerables «agujas» con poca visibilidad. El paraje siniestro, además, parecía poner nerviosos a los mulos que tiraban de los carros, pues comenzaban a emitir resoplos y a cocear de vez en cuando.

La niebla se levantó parcialmente y Remo ordenó partir. Los carrromatos crujían con el avance y, poco a poco, se enfilaba el último tramo del valle tenebroso.

Precisamente al final del valle descubrieron que no estaban solos. Todos sus temores de ser descubiertos se hicieron realidad.

—Dejad que yo hable —dijo Peronio.

Seis jinetes venían directos hacia donde estaban ellos. Llevaban armaduras y cotas de malla ennegrecidas por el uso. Destruidores, no cabía duda. Sus hábitos bajo las armaduras eran negros y todos usaban pesados yelmos que ocultaban sus rostros, excepto el que parecía líder de la comitiva, que iba a cara descubierta y sin armadura. Aminoraron el trote al aproximarse con cautela. Imponía ver aquellas armaduras pesadas, con numerosas púas y pocos resquicios que les hicieran vulnerables. Remo las había tenido enfrente en campos de batalla, las había sufrido, más relucientes, recién salidas de las fraguas, cortando carne con sus lanzas y espadones aserrados. Normalmente entraban en acción desde la retaguardia, segando la esperanza de quien vivía para enfrentarlas. Los destructores usaban tácticas de combate de grupo, sabían formar columnas pesadas chocando escudo con escudo y nunca retrocedían.

—Mirad... Por el flanco derecho vienen más hombres.

En efecto, a pie, sin armaduras pesadas, no menos de diez caminantes armados con espadas y hachas se acercaban a buen paso.

—Buen día el vuestro —saludó Peronio al modo nural.

—Sea también para vosotros —le contestó el jinete sin armadura.

—Estábamos poniéndonos en marcha después de levantar el campamento. Ha sido una noche hermosa y frío el despertar.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Y esas capas? No me suenan vuestras caras.

Todos se habían cubierto con las capas para disimular sus armas y petos. Uno de los que iba a caballo, se levantó la visera del yelmo. Los miraba

fijamente. Después bajó del caballo.

—Mi señor Velcunio, dejad que me acerque —dijo hablándole al joven sin yelmo.

En ese momento Remo supo que algo andaba mal. Bajo su capa agarraba la espada dispuesto usarla si la cosa se ponía fea, aunque sabía que nada tenían que hacer contra tantos.

—Vamos, en Sumetra están esperando la carga que llevamos. Blecsáder no tiene mucha paciencia, ya lo conocéis —dijo Peronio. Actuaba con bastante naturalidad.

Sala, oculta en uno de los carros, repasó la cara de los suyos y pensó que Mercal llevaba escrito en la cara que estaba muy preocupado. Remo y los otros parecían más naturales, pero el joven Mercal estaba pálido. Parecía impresionado viendo a los soldados de armaduras pesadas. Seguro había escuchado innumerables historias sobre los estragos de los destructores.

—Yo a ti te conozco —dijo el nural acercándose a Peronio.

—Pues claro que me conoces.

En ese momento llegaron los de a pie. Se repartieron de forma amistosa entre los caballeros de armadura y los hombres de Remo. Estaba claro que no se habían acercado más que para saludar. Debían ser los vigilantes habituales del valle.

—Buen día el vuestro... —saludaron muy amistosos. No parecían sospechar de ellos.

El jinete se acercó a Peronio y, cuando lo tuvo cerca, lo agarró del broche de la capa y lo golpeó en la cara con el puño metálico.

—¡Es Peronio Valen Ker! ¡Maldito traidor!

Remo desenvainó y corrió a socorrer a su amigo, pero los recién llegados de a pie, le cortaron el paso inmediatamente. El sonido de las espadas desenvainándose fue instantáneo. Remo cruzó la suya con uno de aquellos, sosteniendo su ataque, mientras otro trataba de traspasarlo. Eran demasiados. El de la derecha estuvo a punto de conseguirlo, pero le faltó precisión y, Remo se revolvió y le cortó un brazo con rapidez. Uno menos.

Romlos con sus dos espadas hizo un río de sangre en el cuello de otro de los que habían venido a pie. Los jinetes embistieron hacia delante y

Rílmor, Jortés y Webs tuvieron que apartarse para no caer al alcance de los de a caballo. Jortés rajó el costado de uno de los caballos, que terminó por tirar a su ocupante. En el suelo, el campesino le dio muerte con un cuchillo clavándolo con fuerza en su pecho, lo menos tres o cuatro veces. Ni siquiera la temida armadura de los destructores pudo sostener la furia de Jortés que, en cada cuchillada usaba todo su peso para conseguir que la daga venciera el metal de la armadura.

Mercal estaba paralizado por el pánico y sus compañeros le necesitaban. Sala cargó su arco y logró atravesar a uno de los que el joven tenía cerca. Volvió a disparar y acertó en un caballo.

—¡Mercal, espabila! —gritó Remo que se batía entre dos adversarios.

Romlos mató a otro de aquellos de a pie y se dispuso a cobrarse otra víctima en un tipo que andaba luchando con Rílmor. Le cortó la cabeza con sus dos espadas.

Entretanto el tipo que había pegado a Peronio lo arrastraba por el suelo como a un animal hacia fuera de la pelea. Remo lo seguía con los ojos y trató de ayudar a su amigo. Pero entre ellos estaba todo el grueso de la lucha y no podría evitar emparejarse con más adversarios. Los jinetes se habían bajado de los caballos y con sus armaduras ponían las cosas difíciles a Rílmor, Webs y Jortés. Por fin Mercal logró sacar su espada ancestral y comenzó a luchar con un adversario bajito. El caos se presentaba como aliado de los vestigianos, pues estaban en inferioridad numérica. Sala consiguió una nueva víctima y entonces la detectaron. Salió del carro y trató de escalar al techo de la lona desde donde poder disparar mientras la dejaran.

Rílmor cruzaba su espada con un tipo que parecía sonreír irónico, como muy seguro de sus posibilidades. Rílmor hacía movimientos previsibles y el tipo los paraba sin mayores consecuencias. Remo seguía cruzando acero con dos enemigos; había conseguido inutilizar al del brazo, que se había arrastrado fuera de la pelea, pero rápidamente otro había acudido en su lugar. Estaba fatigado y no lograba más que amedrentarlos para guardar la distancia. Sin embargo una casualidad eliminó a uno de sus rivales. Logró hacerle un corte en el abdomen y el tipo al retroceder cayó al suelo y una de

aquellas piedras negras del Valle de las Agujas le dio muerte fortuita. Contando con las víctimas de Romlos y Jortés, comenzaban a equilibrar la balanza numérica. Entonces le cortaron el cuello a Peronio.

—¡Maldito traidor! —le gritó el tipo que acababa de degollarlo—. ¡Te lo mereces, sabes que te lo mereces!

Remo gritó enfurecido. Escupió en la cara de su adversario. Después lo atravesó con la espada y le pegó un puñetazo para desatascar su arma lo más rápido posible, pero otro rival con la espada en ristre le hizo frente. Corrió tratando de eludir el combate, pero el tipo le cortó el paso. Peronio se desangraba mientras su verdugo seguía insultándolo y recordándole una y otra vez su traición a Nuralia. Remo lo maldijo. Miró la piedra, cegado por las ganas de socorrer a su amigo, pero la joya engarzada en la cruceta permanecía negra. No había tenido cuidado en cargarla puesto que presumía que no usaría la energía. No hasta el extremo de aquella urgencia. Sabía que no podía usarla o la maldición se lo comería, pero ver morir de ese modo a Peronio, humillado, sin poder defenderse...

—¡Déjalo morir en paz, malnacido! —gritó Remo desesperado, mientras sostenía el envite de su nuevo adversario; una mole enorme, que jadeaba por el esfuerzo, pero que era hábil usando la espada.

En mitad de la refriega, a Romlos le tocó emparejarse con el tipo delgado, el que hacía llamarse Velcunio, que no vestía armadura y que usaba una espada ligera con cazoleta para proteger la mano. Remo, afanado en el combate que sostenía con su oponente, se quedó mirando el estilo del espadachín con el que se batía Romlos. Su enemigo, viendo que los miraba, hizo un comentario entre jadeos.

—Tu amigo está condenado, Velcunio es una de las tres espadas más hábiles de toda Nuralia. Maestro de maestros.

En efecto Romlos, que precisamente no era manco usando sus dos temibles armas con las que se había deshecho de varios hombres fácilmente, no parecía encontrar la forma de intimidar al espadachín. Velcunio usaba un estilo de esgrima mucho más certero que el de Romlos, muy vertical, guardando mucha distancia con Romlos, pero usando una manera de dar zancadas rápidas y estirar sus estocadas con mucha

velocidad. Como la picadura de un insecto. Su espada, más delgada y muy ligera, de considerable longitud, parecía un juguete en comparación a las espadas de guerra, pero Remo cada vez estaba más convencido de que ese era el futuro. El peso de un arma decidía mucho con respecto a la velocidad de los lances. La forma de atacar de Velcunio no era letal. Podía pinchar a su oponente pero difícilmente lo mataría de una estocada, más bien, propinaba puntadas. Remo sabía cuál era el objetivo de esa forma de ataque. Quizá en batalla abierta, con muchos enemigos alrededor esa espada ligera no encontrase suficiente contundencia, pero en el uno contra uno... cada herida invalidaba un miembro, hasta que te dejaba exhausto a su merced.

Romlos usando complicadas combinaciones de las artes de la doble espada conseguía que Velcunio retrocediera, pero él se las arreglaba para conservar postura, no soportando peso en los toques de su arma con las de Romlos, sino simplemente retrocediendo de forma elegante hacia atrás, hasta que Romlos finalizaba su serie de movimientos. En ese momento, lanzaba una zancada rápida y el agujonazo. A veces Romlos, muy hábil, lograba parar el ataque, pero conforme la pelea fue avanzando Velcunio lo pinchó en un hombro, en las dos piernas, en el pecho, picaduras, sí, pero sangraban y ponían en dificultades cada vez más la movilidad de Romlos. Tan intenso era su combate que la mayoría de los demás lances se amortiguó y todos miraban cómo combatían los dos. Remo recuperaba el aliento y pensaba en qué estrategia usar para matar rápido a ese temible espadachín. Peronio ya había fallecido y su cadáver permanecía boca arriba mirando el cielo.

Velcunio jugó con Romlos como quiso. Lo pinchó una y otra vez. El soldado incluso llegó a lanzarle desesperado una de sus espadas, estando a punto de ensartarlo. Pero Velcunio, que parecía no estar cansado, intensificó sus ataques. Comenzó a llevar la iniciativa. Lo que eran simples pinchazos se convirtieron pronto en torturadoras cuchilladas. Romlos gritaba. En uno de los lances, Velcunio hizo un gesto rapidísimo con su espada y cortó la cara de Romlos desde la comisura de sus labios hasta la oreja. Se le podían ver los dientes entre la sangre y se llevó una de las manos al rostro. En ese

momento Velcunio lo remató. Con un juego de piernas, engañando su defensa, le atravesó con aquella delgada espada el pulmón izquierdo, hasta verse la punta salir por la espalda. Extrajo la hoja, pateó su pecho y, después, teniéndolo a su merced, tendido en el suelo, le dio buena muerte con un cuchillo en la nuca, como a un animal al que se le tiene respeto.

Llegaron más hombres de todas partes y los combates que mantenían se detuvieron ante la situación de inferioridad clara. Velcunio limpiaba su hoja mortífera.

—Es mejor que os rindáis —aconsejó.

Por lo menos diez arqueros se asomaron al claro con sus armas preparadas. Remo habló como portavoz de los suyos. Tenía el corazón negro de ira y desesperación por la derrota. Miraba los cadáveres de Peronio y Romlos y pensaba que se habían despilfarrado maravillosos dones en aquel valle. Respiró hondo y trató de salvaguardar al resto de sus compañeros.

—Venimos a negociar el rescate de Patrio Véleron. No deseamos morir inútilmente.

—¿Qué traéis a cambio de Patrio? —preguntó Velcunio que repasaba con su mirada los carros—. Además de matar y robar a nuestros hombres, ¿qué venís a ofrecer?

—Primero queremos saber si Patrio vive, quiero verlo vivo delante de mí.

—Tirad las armas, esta negociación no es en igualdad. No podéis exigir nada. Si quiero ahora mismo mis hombres acabarán con vosotros.

—Sí, pero te juro que muchos de los tuyos caerán con nosotros y deseo que tú estés entre ellos. ¿No os interesa el dinero que traemos para el rescate? ¿Hablas tú en nombre de Blecsáder?

Ahora Velcunio pareció vacilar.

—Tirad las armas al suelo.

Remo en lugar de eso envainó su espada. Pero levantó sus manos en señal de tregua. Las muertes de Peronio y Romlos habían sido desmoralizantes.

—Registrad los carros. Quiero ver esa recompensa —ordenó Velcunio.

Sus hombres desarmaron a los extranjeros y se dispusieron a revisar los carromatos. Pronto liberaron a los de la caravana. Después llegaron a la conclusión de que la recompensa estaba bien escondida, pues no lograban encontrarla.

—Habla o la vida de tus hombres y la tuya propia se extinguirá pronto. ¿Dónde está la recompensa de la que hablas?

—Quiero negociar con Blecsáder. Tú no pintas nada en esto. No somos tan estúpidos como para traer el oro con nosotros. Está enterrado y solo yo conozco su paradero. Llévanos ante tu líder.

Velcunio se acercó a Remo y entonces este hizo algo que dejó a la mayoría con la boca abierta. De pronto Remo le pegó un puñetazo. Rápido, se le echó encima y siguió pegándole hasta que lo derribó en el piso. Pronto varios hombres lo separaron y parecían dispuestos a ejecutarlo.

—Si me matas, no tendréis el oro. Yo mismo enterré los cofres. Ellos no lo saben.

Velcunio tenía la mirada encendida por la ira, mientras sacudía el polvo de sus ropajes y comprobaba cómo los golpes de Remo lo habían hecho sangrar.

—¿Cómo osas golpearme? ¡Eres un necio, un loco! Sí. Te concederé el deseo que pides. Te llevaré a Sumetra a ver a Blecsáder.

De pronto el espadachín comenzó a reír, como si lo que acabara de decir fuese una forma de suicidio para Remo y sus amigos, complacido por adoptar esa decisión.

—Prendedlos y ponedles cadenas.

Así fue como Remo, Sala, Jortés, Mercal, Webs y Rílmor fueron encadenados como esclavos, a la parte de atrás de los carros. Velcunio y sus hombres los custodiaron hasta a la ciudad subterránea de Sumetra.

Después del Valle de las Agujas, emprendieron una subida hacia unos desfiladeros nevados. Caminaban con la sensación de haber perdido ya toda esperanza. La ejecución de Peronio, el final de Romlos, también la muerte de Góler y la partida de Trento, pesaban como piedras en la garganta, les asfixiaba como cuerdas oprimiendo las costillas.

—Mirad...



Jortés, encadenado junto a la rueda de uno de los carros, llamó la atención de los demás al divisar entre la nieve una cueva custodiada por una enorme estatua de un mugrón arrodillado, clavando una espada de mármol negro en un pedestal. Se acercaron temerosos hasta que divisaron mejor la puerta en la montaña. La ciudad de Sumetra. Habían llegado a su objetivo.

La entrada a la cueva, presidida por un arco rudimentario, inmenso, contenía una oscuridad extraña, amenazadora como la boca de una fiera gigantesca. Los carros entraron en Sumetra como engullidos por la negrura. Poco a poco los ojos fueron habituándose. Llegaron hasta una cámara amplia donde comenzaron a descargar los carromatos. Velcunio discutía con varios soldados, vestidos con armaduras y portadores de antorchas. Rápidamente más de doce hombres armados acudieron a custodiar a los prisioneros. Los desencadenaron sin miramientos.

—Llebadme ante Blecsáder —ordenó Remo.

Pero Velcunio parecía haber dado instrucciones a los hombres y no atendían a su petición, ni tan siquiera lo miraban a los ojos, o hacían ademán de querer escucharlo. Los desencadenaron y volvieron a poner pesados grilletes, con collar incluido. Una tela de saco impidió a Remo saber más sobre la suerte de sus compañeros. Por los ruidos, intuía que los trasladaban hacia dentro de las cavernas, pero por diferentes corredores. Escuchó la voz de Sala protestar lejos. Estaba agobiado. Conservaba su espada, pero aquellos grilletes lo obligaban a tener las manos detrás de la espalda y no dejaban precisamente a mano el mango de su arma. Trató de recordar la ruta que seguía, pero los empujones de sus captores, los constantes cambios, ya fuera bajando escalones, subiendo pendientes, lo tenían desconcertado. No se trataba de miedo, pero sentía que aquellos hombres sabían perfectamente lo que hacían y que todo había salido peor de lo que esperaba. No había escapatoria... No había salida. Estaban atrapados.



CAPÍTULO

26

## Primera prueba: la aguja de Kermes

Cientos de embarcaciones se aproximaban en hilera hacia la pequeña isla de Azalea donde, entre una cortina de nublitos, podía divisarse el fulgor de varias almenaras gigantes que alumbraban los muros del templo del dios Kermes.

—¿Y dicen que este templo era secreto? En un día claro se podría ver desde todas partes —comentaba Trento al contemplar la silueta hacia la que se dirigían todas las barcas. El sonido del agua empujada por los remos no interfería en su poderosa voz.

—En la antigüedad, el templo no poseía los grandes pebeteros, ni los muros, era subterráneo. Eso se ha construido después.

La aclaración la había hecho de mala gana un vejete que decoraba su cabello blanco con flores amarillas, y anudaba su espesa barba en una trenza corta. Trento lo miró con desprecio, como si su estafalaria imagen restase valor a cualquier teoría culta que pudiera argumentar. Lorkun esperaba que su amigo guardase silencio, pero conocía que para callar a Trento era mejor dejarlo a su aire.

—¿Es que el culto al dios Kermes estaba prohibido? —preguntó Trento al viejo.

—¿Por qué hace un incrédulo como tú este peregrinaje?

—¿Y tiene más sentido venir hasta aquí, si se tiene fe inquebrantable? Si se tiene esa fe, no se necesita venir...

Era palpable el malestar de los fieles a las preguntas de Trento. El viejo parecía estar a punto de acusarlo de algún tipo de traición o blasfemia. Pero la presencia de armas bajo la túnica de Trento era tan evidente, que ninguno en aquella barca osaba amonestar seriamente al guerrero. Daba sensación de ser persona apacible, pero a la vez, dispuesta a dejar de serlo a la menor oportunidad.

—Yo he visto a los dioses, viejo, qué sabrás tú.

Trento siempre alardeaba después de varios vasos de vino de haber visto a los dioses, pero cuando pasaba del sexto vaso, confesaba que no, que tan solo había visto a Macronus... Con lo que conseguía sembrar en sus oyentes una inquietante sensación de que podía decir la verdad, y un miedo pavoroso hacia las deidades. Lorkun, después de escuchar en boca de Remo parte de su viaje a la isla de Lorna estaba seguro de que Trento no mentía...

Las embarcaciones se acercaron a un puerto singular, perdiendo de vista las almenaras y los muros del templo que coronaban la parte alta de la isla. Un faro de gran altura, lo menos veinte metros por encima del oleaje, precedía un embarcadero donde una fila de antorchas iluminaba la dársena hasta la playa, donde más antorchas clavadas en la arena hacían camino hacia el interior de la isla.

En el muelle los aguardaban una fila de encapuchados con túnicas de seda blanca, con un bordado áureo representando la llama de Kermes. Se apearon de la barca ayudados por los monjes de la orden kermiana que habían retirado las capuchas para darles una calurosa bienvenida con cánticos sin letra. Lorkun se sorprendió de la belleza de una muchacha de cabello lacio, como cortina dorada, de piel lechosa y ojos similares a lo que se podía contemplar en las aguas turquesas de esas islas.

Fueron precisamente esa joven y dos monjes más los encargados de llevarles a ellos y otros cincuenta hacia la entrada al templo. Pasaron por un bosque de palmeras siguiendo las antorchas hasta que divisaron dos colosos de piedra que se daban la mano. Bajo sus brazos estaba la gran entrada al templo ciudadela de Azalea.

Un monje de sonrisa perpetua comenzó a narrarles lo que parecía un programa detallado de eventos que sucederían en los próximos días y la forma de contribuir al buen funcionamiento de las ceremonias, lo aconsejable de realizar donativos y las posibilidades de entrevistarse con sacerdotes y miembros de alto rango de la orden. Lorkun no deseaba perder tiempo, así que apenas consiguió quedarse a solas con el guía, le dijo sin titubeos:

—Hemos venido desde Vestigia, para contemplar la cámara secreta de este templo.

Lorkun sabía por boca de Birgenio, el bibliotecario, que en los muros de ese templo no había nada «anormal», ni por asomo cercano a los prodigiosos grabados de los que hablaba Pélik Osmúltar. Dedujo entonces que se trataría de una sala oculta al público, apartada del peregrino y el viajero ocasional. El hombre de sonrisa perpetua, contra todo pronóstico, cambió su faz.

—No existe ninguna cámara secreta —afirmó contrariado y su rostro luchó por recuperar la misma sonrisa de antes, pero, simplemente logró una mueca forzada colmada de incomodidad. Mentía fatal.

—Venimos desde la biblioteca de Venteria, hemos atravesado Vestigia hasta Nurín y allí embarcamos en la comitiva de peregrinaje. Nuestras

intenciones no son oscuras, somos estudiosos de Osmútar y deseamos ver la cámara secreta.

Ahora el sonriente dejó de sonreír sin tapujos. Le dijo algo a la joven preciosa que los había acompañado y, ella, con esa elegancia que hacía oscilar su túnica como si en lugar de caminar flotase, se dirigió a otro sacerdote al que se acercó para dejar un recado inaudible en su oreja. Se creó un murmullo. Varios sacerdotes acompañaron de vuelta a la joven.

—Venid con nosotros —dijo uno de ellos mirando alrededor, como si se cerciorase de que los demás peregrinos andaban ajenos a los curiosos. Cruzaron el gran patio de estatuas donde se encontraban los demás, hacia las dependencias de los sacerdotes.

El templo era una pequeña ciudad. Por una escalera amplia, descendente, accedieron a un mercado peculiar, con un enjambre de peregrinos que practicaban trueque, compras de enseres y alimentos. Después de ese nivel, el corredor se asomaba a un acantilado donde se alargaba hacia la espalda de una cascada. El sonido del agua y las vistas enternecieron los corazones de Lorkun y Trento, maravillados por el espectáculo del agua, como un muro más del templo, enmarcado en un paisaje de acantilados y playas paradisíacas.

—Esta era la antigua entrada al templo, detrás de la cascada —comentó la mujer, dejando claro que su voz era tan agradable como su mirada. Desde allí, tras cruzar amplios corredores, pasando por claustros y pequeñas habitaciones donde vivían los sacerdotes, llegaron a una sala ovalada, con una hoguera en el centro. El humo de la hoguera volaba hasta colarse por un tragaluz que salía a la superficie.

Varios sacerdotes discutían con un superior. Este tenía cierta solemnidad en su mirada. Se sabía que era alguien importante porque vestía una túnica diferente, negra aunque con un brillo afilado en sus arrugas y una sensación de exquisito tacto.

—El Sumo Sacerdote del Templo de Azalea, Sumo Regidor de la orden Kermiana, insigne custodio de la Llama Eterna —presentó el sonriente, nuevamente sin sonrisa.

—¿Quién ha pedido entrar en la cámara secreta?

Lorkun levantó la mano. Después de la presentación comprendía que estaba hablando con el que posiblemente era el mandatario más importante de todas las órdenes del dios Kermes. Se sintió ignorante, inculto, pensando que hasta ese día no conocía la importancia del templo de Azalea para los fieles del dios Kermes.

—Aquel que ose aspirar a contemplar la sala secreta del templo de Kermes deberá pasar por tres pruebas...

El Sumo Sacerdote estaba yendo directo al grano. Miró a los ojos de los recién llegados, como sopesando sus reacciones y continuó.

—Están detalladas en los muros de este templo desde tiempos inmemoriales. Lo cierto es que nosotros como sacerdotes de este lugar, hemos sido educados en todas las normas y prescripciones que los primeros moradores del templo dejaron escritas, pero desconocemos las razones por las que se instauraron. Son pruebas cuya dureza y exigencia sólo me explico por su función de servir como proceso de selección para que no caiga el conocimiento en manos torcidas. Cada mil años se eligen tres pruebas de entre las doce posibles y sólo el Sumo Sacerdote puede entrar en la cámara secreta sin someterse a las pruebas y él debe guardar sus secretos. Debe ser el árbitro de las pruebas.

Lorkun asintió.

—Si supero las pruebas, podré entonces pasar a la sala secreta...

No iba a desfallecer, había llegado hasta allí para tener acceso a la sala secreta y no se daría media vuelta fuesen cuales fueran los impedimentos.

—Pasarás a la cámara y podrás morar en ella durante un día y una noche. Pero no podrás escribir ni llevarte nada de lo que allí encuentres fuera de tus recuerdos. Durante más de veinte años nadie pasó por aquí preguntando siquiera por las pruebas, te advierto que no consiguió superarlas. Pocos lo han conseguido.

—¿Cuál es la primera prueba?

—Primero nos reuniremos y seleccionaremos a los custodios y los acompañantes, tal y como dice nuestra tradición. Durante el transcurso de las pruebas, estas serán las únicas personas que moren las salas sagradas

donde transcurren dichas pruebas. Serás avisado. Nila, acompáñalos y dales cobijo en aposentos separados.

La muchacha los guió por varios corredores hasta una galería donde abrió la puerta de dos estancias. Lorkun agradeció las vistas a la cascada y el acantilado. El mar desde allí se veía majestuoso. Trento se instaló en la habitación contigua.

—Bueno, esto comienza... —comentó rascándose la barba el cuchillero, asomado al balcón contiguo al de Lorkun—. Espero que pasemos las pruebas pronto. Esta isla es muy bonita, pero nubla el entendimiento.

A la mañana siguiente, antes de que el sol tintase las aguas fueron despertados y conducidos a la sala donde la noche anterior les recibiera el Sumo Sacerdote. Allí mismo les esperaba con un séquito vestido esta vez con túnicas diferentes.

—Bien. Estos son los custodios y él será tu acompañante.

De inmediato, el tipo sonriente de la noche anterior se colocó junto a Lorkun. Él buscó con la mirada a Nila, pero no la veía por ninguna parte.

—Deseo cambiar mi acompañante. Nila ha sido muy gentil con nosotros y solicito que sea ella mi acompañante.

Los custodios se miraron entre sí. Aquello no debía de ser muy habitual. Lorkun sentía que era un detalle sin importancia. Pero en el pecho poseía una intranquilidad extraña, una presunción de que hacía lo correcto pidiendo que la joven los acompañase. No sabía si acaso se había prendado de ella y su cabeza fabricase esta excusa para tenerla cerca...

—Así sea.

El acompañante fue a buscar a Nila. Al cabo de poco tiempo, apareció la joven, ahora ataviada con el mismo atuendo oscuro y con bordados en plata.

—¿Cuál es la primera prueba?

—La aguja de Kermes.

—Procedamos.

Trento acompañó a Lorkun, que seguía a Nila, hacia una cámara más interior en la inmensidad del Templo. En ella, se podía adivinar una

configuración apropiada para someter a alguien a alguna clase de tortura. En el centro de la sala circular, había un pedestal que parecía una columna quebrada.

—La aguja de Kermes es una prueba que acarreó el sufrimiento de hombres valientes. Algunos encontraron la muerte en su empeño de superarla. Hace años que nadie viene por aquí reclamando adentrarse en la cámara del templo precisamente por la fama que adquirió esta prueba. Muy pocos han conseguido superarla.

Entre dos encapuchados condujeron a Lorkun al pedestal. Delante de él, en la pared había una estatua del dios Kermes sosteniendo una especie de varita, una aguja larga en alto. Nila se acercó y los demás se retiraron hacia donde estaba el Sumo Sacerdote.

—Mi señor, me habéis elegido para que sea vuestra acompañante. Me siento honrada, pero creo que debierais usar mejor juicio y reconsiderar vuestra decisión. Yo soy muy joven y acabo de ser investida como sacerdotisa hace muy poco. Restero era mucho mejor consejero que yo.

La joven tenía la capucha puesta y Lorkun solo podía contemplar sus labios rosados emitiendo susurros junto a algunos mechones de su cabello bajo la capa. Parecía realmente preocupada.

—¿Qué me aconsejas que haga en la prueba?

—El acompañante no puede solucionar la prueba... usad vuestro buen juicio.

—¿Y para qué sirve?

—Ora por vos y puede aconsejaros hasta un límite.

—¿Qué me aconsejas?

—Que abandonéis, no deseo veros sufrir.

Lorkun en un alarde de intrepidez alargó sus manos hasta quitarle la capucha a la joven. Azorada desvió la dirección de su mirada.

—Nila debes intentar ayudarme mejor en el futuro.

Dicho esto Lorkun hizo un gesto al Sumo Sacerdote como queriendo decir que estaba preparado.

—Acercad la estatua.



Hicieron falta todos los custodios para arrastrar la estatua del dios. Se creaba cada vez más expectación.

—Debes elegir con sabiduría qué parte de tu cuerpo atravesará la aguja de Kermes sin cruzarlo —dijo por fin Nila, que ahora se había posicionado a varios metros junto a Trento. Lorkun volvió a pensar en su belleza como un regalo.

—No lo he comprendido. ¿De qué trata exactamente la prueba?

—La aguja entrará en ti. Tú mismo habrás de insertarla. Pero cuando la punta entre en tu cuerpo, sea cual fuere el lugar escogido, deberá permanecer en el cuerpo hasta que hayas insertado toda su longitud hasta la anilla.

Esa fue la explicación que ofreció el Sumo Sacerdote con respecto al contenido de la prueba. Pero Nila, usando su condición de acompañante amplió esa información.

—Así que, por ejemplo, no podrás atravesarte una mano, o un pie porque la punta de la aguja saldrá del cuerpo ¿Comprendes? No podrás tampoco repetir la misma punzada, ni podrás emitir un grito de dolor. Otra cuestión importante es que la aguja debe estar caliente al final de la prueba. Si por tus dudas se enfría como cualquier piedra de esta sala, también habrás fracasado... Si no adquieres el conocimiento preciso para hacerlo, la paz interior, la consciencia elevada necesaria, no superarás la prueba y no se te dará opción a pasar a la siguiente.

La explicación de Nila había sido muy gráfica pero nada alentadora. El Sacerdote se dirigió a los custodios con un gesto. Algunos se marcharon de la sala y otros treparon por la estatua para alcanzar la «aguja» de piedra. Se la quitaron al dios de las manos y descendieron. Resultó ser una funda. De un extremo de la pieza extrajeron una delgadísima aguja de acero.

—A ver si lo he entendido, tengo que pincharme en un lugar suficientemente profundo para alojar toda la longitud de la aguja... sin que traspase mi cuerpo...

Los ayudantes que se habían marchado volvieron con un pebetero colmado de ascuas. Allí metieron la aguja para calentarla.

—¿Es preceptivo que esté incandescente? —preguntó Trento con cierta ironía, como queriendo decir que ya eran ganas de complicar en exceso la proeza—. Lorkun yo soy más grueso que tú, déjame a mí esta prueba.

—Lo sentimos, si tú quieres entrar en la cámara secreta deberás pasar independientemente las tres pruebas —recitó el Sacerdote con amabilidad.

Lorkun pensaba aceleradamente dónde pincharse. Además intentaba concentrarse en el hecho de no tener que gritar ni padecer aparentemente ante los ojos de los custodios. Además tenía otra dificultad añadida y era su vista. Su visión limitada por un solo ojo le hacía pensar que tendría menos precisión a la hora de ensartarse con la aguja incandescente. Era más larga que su antebrazo sin contar la mano. Demasiado para atravesar perpendicularmente cualquier parte del cuerpo. Fue dándose cuenta, mirando las paredes, de que estaban llenas de mosaicos que representaban intentos de pinchazos fallidos. Héroe robustos que lloraban como niños mientras se pinchaban en las piernas. Figuras retorcidas de dolor mientras su cuerpo sangraba por numerosos intentos infructuosos en los hombros o el abdomen.

—La aguja ya está caliente... cuando desees puedes comenzar.

Lorkun se concentró en resolver el enigma. Estaba claro que no podía atravesar de parte a parte su cuerpo, por lo cual, eso eliminaba el pinchar de forma perpendicular. Pensó en pinchar un muslo desde la rodilla hasta la cadera intentando que la aguja caminase muy cerca a la piel de la superficie, sin ahondar en el músculo. No debía ser un pinchazo demasiado superficial para no perforar la piel pues se consideraría atravesada la carne. Esa era buena idea... buena y muy dolorosa.

Se quitó el hábito de monje y también se deshizo del pantalón de lino que vestía bajo la túnica. Desnudo, sus tatuajes llamaron la atención de los sacerdotes y custodios.

—Era militar, fijaos... un cuchillero de la Horda —susurraban.

Se inclinó clavando una rodilla en el suelo frío de mármol. Delante de la estatua del dios que ahora parecía gigantesca. La pierna derecha quedaba flexionada.

—Dadme la aguja.

Todos los presentes procedieron a retirar sus capuchas en señal de respeto al valor de quien había decidido participar en la prueba. La aguja ardiente poseía un pequeño aro en el que podía meterse un dedo para poder hacer fuerza y clavar sin necesidad de tocar toda su longitud a elevada temperatura. Lorkun sudaba pensando en el dolor que iba a tener que soportar. Tenía miedo, pero más que al dolor, tenía miedo de no ser capaz de clavarse la aguja con la trayectoria adecuada para que la punta no asomara a mitad de muslo.

—¡Ánimo, Lork! —jaleó Trento que odiaba la frialdad del silencio de aquella gente.

Lorkun posó la punta en el muslo cerca de la rodilla. Quemaba mucho pero pensó que debía tratar de asumir el dolor. Le temblaban las manos, la cara, hasta las orejas cuando empujó y sintió que la punta perforaba su piel. El dolor era insoportable. Apretaba los dientes hasta dolerle las mandíbulas tratando de no emitir gemido alguno. La aguja entraba en la carne con dificultad. Requería de mucha fuerza para seguir penetrando una vez completado el primer palmo de entrada. La abrasión era imposible de asumir. El dolor le restaba fuerzas, se contagiaba a todo el cuerpo y sentía que sus brazos también estaban siendo atravesados por ese pinchazo de la pierna. Rogó a los dioses mentalmente y siguió clavando aguja, no podía soportarlo, no podía seguir empujando. Se dio cuenta que la aguja era cada vez más gruesa y que poseía unas pequeñísimas rugosidades que hacían estragos rasgando su carne. No había clavado más de la mitad de la aguja cuando pensó que no sería capaz de seguir. Así que detuvo el avance del acero.

—¡Vamos, Lorkun, puedes hacerlo! Ya casi lo tienes.

Agradeció esas palabras de su amigo Trento. Pero no podía soportar el dolor. La aguja enterrada en su carne, provocaba un bulto en su piel, pues había seguido una trayectoria poco profunda. No podía más, ardía en sus entrañas. Ahora avanzar clavando parecía necesitar una fuerza que él ya no poseía, independientemente de la voluntad titánica para aguantar más sufrimiento, pues cada milímetro agrandaba un dolor que ya de por sí

parecía insoportable. Lo peor era que no estaba seguro de tener fuerzas para sacar la aguja. Deseaba sacarla de allí. Con cuidado tiró hacia afuera.

—¡No, Lorkun, aguanta! ¡Empuja hacia dentro! —gritaba Trento tratando de impedir que él desistiera. Pero aquella tortura lo obligaba a abandonar y además, sacar la aguja era mucho más fácil de lo que imaginaba, como si tuviese un rastro de aceite.

Respiraba resollando, con saliva colgando de sus labios y las venas del cuello expuestas por el esfuerzo, pero no había gritado. Sacó la aguja y se desplomó sobre el suelo frío. El dolor no cesaba, pero al menos no se había incrementado.

—Esta prueba es inhumana... —susurró mirando a Trento. Desnudo, derrotado, pensó que su viaje había sido en balde, que no podía compararse con los héroes que habían fracasado allí mismo, expuestos en los mosaicos de las paredes.

—Supongo que te darás por vencido después de demostrar tu valentía —dijo el Sumo Sacerdote con ese tono de voz complaciente, asumiendo que abandonaría.

Trento le gritaba que se levantase, pero él no deseaba más que descansar. El dolor había menguado y sentía alivio. Nila se acercó. Lorkun miró sus ojos. Inspiraban ternura hacia él. Después miró la estatua con aversión. Pensó que Kermes era un dios cruel, que aquella prueba era una sátira. Entonces, de repente, cayó en la cuenta de la postura que poseía la estatua del dios donde antes descansara la terrible aguja.

Los custodios estaban retirando el pebetero y limpiando la sangre que emanaba de la pierna de Lorkun.

—Esperad... voy a intentarlo de nuevo —dijo tratando de levantarse.

—No lo hagas —suplicó la joven.

—Querido amigo, tu valor ya ha sido alojado en nuestros corazones... pero creo que no podrás superar esta prueba... —decía el Sumo Sacerdote.

Trento fue en su auxilio y lo puso en pie.

—¿Estás seguro amigo? —preguntó en voz baja.

Lorkun no contestó. Lo que iba a intentar era mucho más peligroso. Temblaba solo de pensarlo, pero tenía una corazonada. La estatua, su

postura, en realidad era una prueba de inteligencia y no de resistencia al dolor.

—Como desees...

Volvieron a calentar la aguja de Kermes y se la entregaron. Lorkun esta vez se quedó de pie junto al pedestal. Esperaba a que la aguja se enfriase más. Sabía que era peligroso enfriarla demasiado, pero con la aguja al rojo vivo no podría hacer lo que estaba a punto de hacer.

Lorkun echó hacia atrás la cabeza y miró la estatua. En efecto daba la sensación de que el dios representado enarbolando la aguja, estaba dispuesto a hacérsela tragar a alguien que estuviese en esa misma postura. Así que, sin vacilar, Lorkun alzó sus brazos temblorosos y, con su único ojo, calculó la dirección correcta. Sabía de la dificultad de lo que pretendía hacer. Se tocó un diente, a posta, para afianzar con el tacto la posición exacta de la aguja. Sentía el calor inundarle la boca. No podía vacilar, ni tomar descanso y hacerlo después, estaba demasiado débil. Ahora o nunca. Descendió poco a poco la aguja por la garganta. Con la postura que tenía apoyando la cabeza en el pedestal, imaginaba el delgado tubo de su garganta y el hueco por el que debía insertar la aguja. De pequeño, había jugado de cuando en cuando a imitar a los juglares que tragaban espadas, pero nunca lo había conseguido. La aguja no era tan larga como una de esas espadas, él no necesitaba tanto como ellos, pero asumía que se abrasaría, que la aguja no entraría limpiamente por su garganta y ya está.

—¡Por todos los dioses! —gritó Trento cuando vio a su amigo intentar lo de la garganta.

La aguja pasó el punto crítico del final de la boca sin haber tocado carne. Sentía calor pero no se quemaba. Trató de acordarse de cómo lo hacía de pequeño. El caso es que el mismo calor del pincho le ayudó a sentir qué movimiento debía hacer con su garganta para dejarle paso...

—¡Vamos, Lorkun, por todos los dioses te falta muy poco...!

En efecto, desde fuera, gracias a la boca, Lorkun parecía que ya había tragado mucha aguja cuando comenzó a descender por su garganta... Entonces se quemó. Todos lo supieron porque Lorkun cerró los ojos con fuerza y una de sus manos dejó de sostener la aguja para ir a arañar el

pedestal. Sus dedos garabatearon como patas de araña la superficie pulida de la piedra, rompiéndose las cuidadas uñas arañando aquí y allá. Una lágrima descendía por su rostro. Lorkun con la mano que seguía agarrando la aguja, estuvo a punto de hacerla retroceder, pero entonces pareció decidirse a ir a por todas y...

—¡Ya, ya lo ha conseguido! —gritó la joven Nila al Sacerdote.

Rápidamente, la chica fue a sostenerle la cabeza, mientras otro monje lo ayudaba a sacar la aguja. Escupió sangre, se desmayó, pero había logrado pasar la primera prueba.



CAPÍTULO

27

## Segunda prueba: la llave de Kermes

Despertó con suavidad, navegando en la música de un arpa que sonaba próxima. Al abrir los ojos, pudo ver que estaba en una estancia amplia y cálida, desnudo, con la pierna vendada hasta la rodilla. Junto a él, la joven sacerdotisa de Kermes acariciaba las cuerdas de un arpa mientras contemplaba las llamas de fuego que anidaban en la chimenea central de la habitación. En el techo, un tragaluz dejaba ver la noche con el cielo estrellado. También se divisaban estrellas a lo lejos,

por la gran abertura en el muro que daba paso a la balconada de sus dependencias.

—¿Tienes hambre? —preguntó la joven que dejó la música al verlo despierto.

—No... —Lorkun recibió un dolor repentino desde sus entrañas.

—No hables, aún tienes que ser paciente para curarte del todo. No te preocupes: soy mejor para las curas que para los consejos en las pruebas.

La muchacha se levantó. Estaba vestida con una túnica ligera, hasta el medio muslo, sin motivos de culto, sencilla, blanca, con un cinto dorado. En el pelo rubio llevaba insertas varias flores blancas. Era tan hermosa que Lorkun pensó que su medicina podía consistir en la contemplación de su rostro perfecto.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —preguntó con dificultad Lorkun.

—Toda la jornada. Precioso sacerdote guerrero, has sufrido quemaduras extraordinarias de las que yo te curaré si me haces caso y no hablas.

Estuvo toda la noche ofreciéndole cuidados, colocándole las manos sobre el cuerpo con numerosos ungüentos y haciéndole beber jugos desabridos, pero que aliviaban sus dolores. De madrugada Lorkun se desveló y allí estaba ella dormitando en la silla junto al fuego. Como si sus mentes estuviesen conectadas, la joven también se despertó. Lo saludó con una sonrisa.

—Ya que eres mi acompañante, yo te llamaré Nila y tú debes llamarme Lorkun... parece que puedo hablar mejor que antes...

Ahora la chica cambió su rostro. Muy seria, preguntó.

—Lorkun, ¿seguís con intención de pasar las pruebas?

Él asintió.

—Por favor, os suplico que abandonéis esa idea, es muy peligroso. La segunda prueba... la segunda prueba es terrible.

Lorkun la vio afligida, realmente preocupada.

—¿En qué consiste?

—No me está permitido decirte nada... Pero muchos de los que salieron airosos de la aguja de Kermes, perecieron en la segunda prueba.



Reconsiderad vuestras decisiones. ¿Qué esperáis encontrar en la sala secreta que estáis dispuestos a perder la vida?

Lorkun no contestó. Volvió a quedarse dormido.

Al amanecer salió de los aposentos y fue hacia el gran patio de piedra donde la comunidad de sacerdotes, custodios y guardianes realizaban un rito al dios Kermes con el encendido del pebetero de la Llama de Kermes, una imponente estatua de quince metros de altura que todas las mañanas encendían y todas las noches apagaban en sendos rituales. Según le explicó Nila, la Llama de Kermes jamás se apagaba. En el ritual nocturno, pasaban su fuego a las antorchas que adornaban todo el templo. Por la mañana, las antorchas que permanecían encendidas, eran las que prendían el gran pebetero y, así, día tras día, los monjes conservaban viva la llama desde tiempos inmemoriales.

—¿Qué tal estás? —preguntó Trento, que vestía una de aquellas graciosas túnicas cortas decoradas con cinto dorado. Además iba acompañado por otra sacerdotisa. Una morena de ojos verdes, diminuta al lado del grandullón.

—Estoy mejor que ayer... Veo que te sientes como en casa, Trento.

—Los monjes y sacerdotes son mejores anfitriones que los custodios aburridos de las pruebas, sí.

Ambos rieron.

—Estoy preparado para la segunda prueba —sentenció Lorkun cuando fue a saludar al Sumo Sacerdote.

—Así sea entonces. Convocaré a los custodios. Pero te advierto que, si bien la aguja de Kermes es la prueba más famosa en estos tiempos, tú mismo comprobaste sus estragos, no era una prueba mortal, con cierta prudencia. Sin embargo la prueba a la que te enfrentarás se ha cobrado muchas vidas a lo largo de los siglos, casi podría decirse que se trata de morir o pasar.

Lorkun miró la gran estatua del dios. Sus ojos feroces, la nariz severa, todo enmarcado por la gran barba que estaba representada como una melena de cabellos vigorosos. La posición de sus manos era amenazadora y uno de

sus dedos apuntaba al suelo como queriendo afirmar que ese era su templo, su morada.

—La llave de Kermes.

Ese era el nombre que tenía la segunda prueba. Habían conducido a Lorkun a la sala donde se realizase la prueba anterior y lo habían guiado hacia una puerta tras la estatua de la aguja. Descendiendo por unas escaleras siguió a los custodios hasta una sala circular donde había una piscina. Todas las paredes estaban decoradas de mosaico. En la mayoría de las representaciones, hombres ahogados salían de la piscina hechos cadáver, arrastrados fuera por los custodios, mientras lloraban sus familiares. Algunos tenían los ojos enormes, como si estuvieran a punto de reventar.

El Sumo Sacerdote tomó la palabra.

—Tendrás que sumergirte hasta el fondo de esta piscina. En la pared descubrirás la entrada a la «gruta del deseo». Atraviesa nadando la gruta y, al fondo, descubrirás la llave de Kermes. Tráela de vuelta contigo y habrás superado la prueba.

—¿Cuál es el peligro? ¿Hay pirañas? —preguntó Trento riendo.

Los custodios lo miraron con mal semblante. Lorkun, cojeando se acercó al borde de la piscina. En las profundidades cristalinas no se veía gran cosa. Los custodios procedían a encender todas las antorchas de la sala en ese momento y, poco a poco, fue averiguando que el agua cristalina guardaba una estancia mucho más amplia abajo que la habitación donde ellos estaban.

—Atravesar el túnel, hacerme con la llave y volver. ¿Eso es todo Nila?

—En esencia, es eso... —respondió la joven que permanecía inexpresiva junto a los custodios.

Parecía un desafío físico nuevamente. Siendo buen buceador como era él, no esperaba encontrar muchos problemas. Se deshizo de la túnica prestada y se metió en el *agua* despacio. Estaba fría pero no era gélida. Miraba a su alrededor por si veía algo amenazante.

—¿Puedo ir armado con un cuchillo? —preguntó a Nila.

—Silo deseas...

Si encontraba alguna criatura acuática amenazante le gustaría tener un cuchillo para enfrentarla. Trento trajo uno de sus cuchillos y se lo entregó a Lorkun que ya percibía el agua más cálida nadando en la superficie. Trataba de encontrar en sus movimientos un camino sin dolor. La pierna lo molestaba recordándole el sufrimiento en su primer intento fallido de pasar la primera prueba.

—Ese cuchillo es el más afilado que tengo Lork.

Por fin decidió sumergirse. Bajo el agua perdió el miedo. No se veía el menor atisbo de compañía allí abajo. En efecto, la piscina se abría circularmente en una amplia estancia donde podía distinguirse sin mucho esfuerzo una gran cueva. Junto a la entrada de la cueva dos estatuas sumergidas representaban los rezos de los fieles a Kermes. Le dieron miedo sus rostros desesperados allí sumergidos.

La prueba estaba muy clara. Lorkun miró la cueva tratando de descifrar su longitud. Se acercó a la entrada, que tenía al menos tres metros de diámetro. No podía ver el final, pues la oscuridad ocultaba el fondo. Subió a la superficie. El parche de su ojo se movía y le molestaba un poco.

—¿Qué hay abajo? —preguntó Trento.

Lorkun dejó el cuchillo en la superficie y comenzó a hacer ejercicios respiratorios. Le dolían mucho las entrañas pero sabía que el nervio para afrontar la prueba, mitigaría el dolor.

—Creo que es una prueba extraña. No se ve dificultad aparente. Se trata de aguantar la respiración y eso no se me da mal.

—¡Genial! —gritó Trento—. ¿Hay mucha distancia?

—Es difícil saberlo, toda la luz de esta habitación parece poca ahí abajo.

¿Esa era la complicadísima segunda prueba? Lorkun no podía creer su suerte. De hecho, no podía quitarse de la cabeza las estatuas sumergidas, en posición de oración, de rodillas, con el rostro desesperado mirando hacia la superficie.

—Nila...

La joven se acercó al borde de la piscina.

—¿Algo que decir? —preguntó él.

—No. La prueba es clara. Atraviesa el túnel, consigue la llave y vuelve.

—¿Por qué están las estatuas arrodilladas?

—Piensa —decía la joven en un susurro—, no puedo ayudarte.

—Vamos, Lorkun, trae la llave —animó Trento.

Tomó suficiente aire y nadó sumergiéndose hacia la gruta. La pierna seguía molestándole, y aguantar la respiración hacía que aumentase la presión en su garganta y también recibía dolor. Se maravillaba del poder curativo de Nila. Con lo que le hacía beber, los ungüentos y los masajes, había conseguido que no sangrara y había conseguido mitigar el dolor. Decidió eliminar de su pensamiento estas cavilaciones y concentrarse en la prueba.

Nadó los primeros metros dentro de la gruta. Poco a poco se acostumbró a la oscuridad y pudo ver la pared del fondo de la cueva. Parecía al alcance de su mano. Pero era un engaño, nadaba y nadaba con la sensación de avanzar muy poco. La gruta lo rodeaba cada vez más próxima a su cuerpo. Como un embudo. Eso impedía la sensación de no avanzar que sí tenía mirando la pared del fondo. Nadó y nadó con una preocupación cada vez más certera... tenía que volver.

—Vamos Lorkun... —decía Trento que miraba la piscina de cuando en cuando, mientras caminaba en círculos.

—Esta prueba es muy complicada, mucho más de lo que parece —dijo Nila.

—Mi amigo lo conseguirá...

Al cabo de un rato vieron a Lorkun salir de la cueva y nadar hacia la superficie. Sacó medio cuerpo de la piscina y tosió violentamente.

—¡Lo has conseguido!

Lorkun respiraba hondo. Tenía las manos vacías.

—No la ha superado —sentenció el Sumo Sacerdote.

Nila se arrodilló y palpó el agua que había tocido Lorkun. Había un poco de sangre.

—Lorkun, estimado caballero, aún no habéis curado bien vuestras heridas...

Salió de la piscina y se tendió sobre la roca para respirar con tranquilidad.

—Esa prueba... es... es imposible —sentenció—. La distancia que hay hasta el fondo es demasiado grande. No se puede ir y volver.

—¿Y teniendo en cuenta que te impulsarás en la pared del fondo? —preguntó Trento algo contrariado. De repente una prueba que parecía fácil se volvía infranqueable.

—No estoy seguro, pero parece imposible. El túnel te acoge como si fuese mucho más corto de lo que en realidad es. Pero nadas y nadas y no avanzas. Ahora sé porqué se mueren los que lo intentan. La exigencia del dios en esta prueba es llevar al límite a un buen buceador.

—Lo has intentado... —lo consolaba Nila—. Es una prueba que se ha cobrado muchas vidas.

Lorkun aguantaba su decepción como podía y se relajaba mirando el rostro dulce de la mujer. Todavía sentía horror cuando pensaba en las estatuas del fondo, arrodilladas, rezando, con horror en sus caras... Entonces lo comprendió.

—¿Qué haces? —preguntó Nila mirándolo levantarse.

Lorkun volvió a meterse en el agua.

—Amigo, tú mismo has dicho que era imposible... —dijo Trento preocupado.

—Creo que he entendido la naturaleza de esta prueba.

—¿Estás seguro? —preguntó Nila.

—La clave está en las estatuas.

La frase misteriosa danzó en la sala al compás del fuego de las antorchas. Tomó aire, respiró profundamente varias veces y, finalmente, se zambulló hacia la gruta.

—Va a morir —sentenció el Sumo Sacerdote.

—¡Lorkun, sal de ahí! —gritó Trento después de escuchar al Sacerdote. Pero Lorkun no se dio la vuelta, se había perdido ya en la gruta—. ¿Por qué dices que va a morir?

—Todos los que emprenden esta prueba cumplen el mismo proceso. Se tiran, nadan y vuelven cuando piensan que es imposible. Después reflexionan y vuelven a lanzarse incrédulos, buscando un resquicio, una lógica, piensan que quizá al fondo hay un respiradero donde aplacar su

necesidad de aire, cada uno movido por una fantasía cruza el umbral de su muerte.

—¿El umbral de su muerte? —preguntó Trento.

—Sí. —Ahora fue Nila la que explicaba mirando hipnotizada las aguas de la piscina como en un trance—. Cuando llegas a la mitad del túnel, dudas de si serás capaz de volver sin ahogarte y la prudencia te hace dar media vuelta antes del umbral de la muerte, antes de cruzar el punto exacto donde es imposible volver. El problema es que la segunda vez que te lanzas, piensas que has entendido algo, que puedes vencer la prueba, llegas agónicamente hasta el umbral y lo cruzas. El punto de no retorno, en el que no tendrás aire suficiente para volver, entonces, cuando te acercas al fondo y ves que no hay salidas, ni puntos ciegos con aire, la desesperación te consume y tratas de dar la vuelta... pero ya es demasiado tarde, no te queda aire para alcanzar la salida.

—Maldición.

Lorkun no podía quitarse de la cabeza la imagen de las estatuas, la desesperación con la que rezaban al dios. Nadaba y nadaba con esa imagen en la cabeza. Llegó hasta el punto en que calculaba que no podría volver. Pensó, si sigo nadando... ¿moriré? Creyó que si la prueba había sido diseñada para superhombres que resistieran la respiración mucho más que él, no habrían colocado esas estatuas en la entrada. Eran pistas, sabía que eran pistas. Pensó que podría existir al fondo algún recoveco con aire, aunque no tuviese lógica, quizá era eso... una prueba de fe. ¡Por eso están rezando desesperadamente! Es una prueba de fe. Lorkun siguió nadando. Nadó atravesando el punto en que calculaba que no podría volver a tiempo. Sintió la desesperación apoderarse de él. Le asaltó de pronto una duda. ¿Y si daba la vuelta? Quizá no era demasiado tarde, si hacía un esfuerzo sobrehumano podría quizá volver... ¡Es una prueba de fe! Se gritó a sí mismo...

Entonces pensó en Remo. ¿Qué habría hecho él? Ese hombre no se habría ido de esa cueva sin al menos tocar la llave. La llave de Kermes. Comenzó a sentir que los pulmones le ardían, que pronto no podría aguantar más la respiración. Nadó y nadó pensando en esa última idea. Al menos

agarraré la llave. Miraba de cuando en cuando con su único ojo, sin abandonar la esperanza buscando un recoveco con aire encerrado, pero ya cerca del final de la gruta asumió su muerte. Sí, al menos moriría luchando. Se acercó agónicamente a la llave. La agarró y tuvo que girarla para poderla sacar, tiró de ella despegándola de una especie de cadena de algas... Pesaba. Ahora toca volver, se dijo pensando en la muerte. Comenzó a nadar de vuelta cuando sintió que sus pulmones lo abrasaban, apenas podía moverse, sus pulmones le encogían el pecho tratando de devorar más oxígeno, un aire inexistente. Comenzó a tragar agua.

—Lo siento, tu amigo ha muerto —dijo el Sumo Sacerdote.

Trento no podía creerlo y se lanzó al agua.

—No seas loco. Nada puedes hacer por él.

Nila ocultaba el rostro avergonzada de estar llorando. Trento daba puñetazos en el agua desesperado por no poder ayudar a su amigo. Entonces se escuchó un ruido, un estruendo mecánico y una refriega profunda, como si dos rocas gigantes se rozasen. El nivel del agua comenzó a descender con rapidez. Trento gritó mientras sentía pánico viendo cómo dos torbellinos lo tragaban y quedó atascado finalmente en uno de esos sumideros gigantes. Sintió que taponaba un agujero con la pierna y consiguió desplazarla fuera gracias a que la violencia de la succión iba en descenso conforme quedaba menos agua. Pudo ver la cueva.

—¡Es increíble, ha sacado la llave de Kermes! —exclamaron los custodios ante el gran sacerdote. Tendieron una antorcha a Trento y con sumo cuidado avanzó por el túnel vacío hacia el fondo. Temía que fuera demasiado tarde. Nila había descendido también y lo adelantó en el túnel pues era más menuda y ágil.

—¡Lorkun! —gritó la chica. Lo encontraron desmayado junto a una enorme clavija que había extraído de un cerrojo. La llave de Kermes. La joven comenzaba a golpearle el pecho, a intentar reanimarlo. Le sopló en la nariz y en la boca, y finalmente Lorkun salió de su inconsciencia tosiendo agua.

—¡Lo has conseguido! —gritó Trento a punto de caerse de la alegría.



CAPÍTULO

28

## Atrapados en el infierno

Remo sufría como cualquiera, pero su perspectiva del dolor, a lo largo de los años desde que estaba en posesión de la piedra de poder, había ido cambiando paulatinamente. Se había enfrentado a heridas mortales, a quemaduras infames, a toda clase de ensartes y su sangre se había derramado en tantas ocasiones que, sin la ayuda de la gema, habría muerto como para mil vidas. Así que cuando lo pegaban o herían, su sufrimiento siempre solía verse aliviado por una ensoñación que le evitaba en parte el padecimiento. Ese alivio consistía en la visión y el pensamiento futuro de la cura que obtendría usando la piedra. Mientras un acero se le clavaba o sufría algún golpe, pensaba



inmediatamente en la curación sobrenatural, como vía de escape. Se parecía a cuando tenía mucha sed y veía lejano un río caudaloso donde poder saciarse. Sin embargo, eso no le evitaba el suplicio y, a veces, se preguntaba si acaso no llevaba en vida demasiado dolor acumulado como para dejar de ser un hombre cuerdo. Había soportado dolores que, en circunstancias normales, anteceden a la paz y al descanso de la muerte. Sin embargo, él no viajaba a las tierras prometidas de los Inmortales, él permanecía en la misma vida de padecimiento, no se marchaba de esos lugares terribles, como aquel agujero de la ciudad subterránea de Sumetra.

Cuando los tres soldados se encargaron de él, Remo trató por todos los medios de pensar en la piedra, de anhelar su curación. La paliza fue descomunal. Sabían lo que hacían. Al principio sintió que lo atacaba el miedo de siempre. Encadenado, no podía más que tratar de protegerse con los brazos lo que le permitían las cadenas, pero los golpes poco a poco minaron su resistencia. Tenía pavor ante la idea de ser golpeado, como cualquiera, pero siguiendo las enseñanzas de Arkane, aguantaba con estoicismo. «El golpe que se recibe con valor provoca el mismo dolor que el que se sufre con cobardía. La diferencia radica en que si te conquista el miedo, tu dolor te quitará la humanidad y hasta los sonidos de las cadenas te harán daño». Sus carceleros se tomaron tiempo en la paliza y no quedó músculo en Remo que no obtuviera golpe o herida.

—¡Es de la Horda del Diablo! —gritó uno de los esbirros que miró los tatuajes que Reino lucía en la espalda. La luz de las antorchas se concentró en el lugar donde estaba el prisionero. Notó el calor de las lumbres que se posaban a un palmo de su piel para cerciorarse de que se trataba del gran tatuaje de la Horda.

—Llevémoslo ante Blecsáder, esto se pone interesante.

Asegurándose de que los grilletes cerraban bien su mordida, obligaron a Remo a caminar encadenado. Andaba a tuestas y empujones, torpe por la paliza. Lo condujeron por infinidad de corredores semejantes. Trataba de acordarse de dónde había visto por última vez a Sala y a los demás. Suplicaba a los dioses que con la mujer no se hubieran ensañado tanto.

Comenzó a escucharse un estruendo sedoso. Era agua, mucha agua. La entrada subterránea a la sección antigua de la ciudad de Sumetra, rodeada de cuevas, era en sí misma una enorme oquedad sostenida por dos gigantescas columnas naturales, que se perdían en un techo incierto. Estos dos pilares megalíticos poseían pequeñas cascadas de agua y estaban sembrados a cada lado del río subterráneo, surcado por tres puentes. El arroyo discurría con fuerza, desembocando en una cascada hacia un piso inferior donde se formaba un estuario que terminaba otra vez en río, hacia una grieta por donde el agua se filtraba hacia lugares desconocidos. Junto a ese lago, una gran placeta daba paso a dos puertas excavadas como para gigantes. Varias mujeres andaban lavando enseres abajo en la laguna. Se podían divisar desde el último puente, diminutas como cucarachas en la gran placeta.

—Tíralo al río —dijo uno de sus captores. El otro ni lo dudó. Lo arrojaron a las aguas espumosas. Remo, que tenía las manos encadenadas, temió morir ahogado. La corriente era infranqueable, como el lomo de un animal gigante en pleno galope, que lo arrastró hacia la cascada. Remo salió volando en la noche perpetua de aquellas cavernas, entre las espumas del salto de agua y acabó zambullido en el lago. Allí usó las piernas para nadar hacia la dirección que marcaba su flotación, pero temía tragar demasiada agua. Unas manos lo agarraron y le ayudaron a arribar en la orilla.

—¿Te ha gustado nuestra pequeña diversión?

Después de toser sobre la roca plana del piso, alzó la cabeza y observó una pared donde, como en colmena, podían verse numerosas cuevas pequeñas. En ellas podían vislumbrarse utensilios, telas, parecían viviendas angostas, comunicadas en la superficie por algunas pasarelas de madera y un ensortijado de cuerdas y lianas con las que subían y bajaban mercancías. A empujones lo arrastraron hacia una de las puertas decorada con inscripciones que Remo no podía leer. Apostados a cada lado de la puerta había dos criaturas silachs. Al principio, cuando vio que los hombres de Blecsáder se acercaban a la puerta pensó que corrían riesgo de ser atacados por las criaturas, pero estas, pertrechadas con algunos elementos de armadura, parecían estar perfectamente domesticadas. Sus ojos brillantes

conservaban su ferocidad y cuando caminaron junto a ellas, mostraron sus fauces rugiendo, pero no hubo siquiera ademán de atacar a los soldados, ni a Remo.

—¿Te dan miedo los silachs? —se mofaron los soldados—. Los tenemos bien amaestrados. Remo pensó de repente que poseer esas criaturas constituía una amenaza tremenda. El señor de la ciudad de Sumetra podría adquirir un ejército de criaturas a poco que decidiera contaminar un par de ciudades. ¿Cómo podía amaestrarlos?



Llegaron a unas dependencias mejor ornamentadas, de paredes pulidas y con columnas enormes. Semejaba el interior de un palacio. Alcanzaron un salón amplio y allí, tras varios escalones, un gran sillón presumía ser el burdo trono del señor de la ciudadela subterránea. Una alfombra gigante se derramaba desde el butacón hacia abajo, hasta ocupar casi toda la estancia y pasar por debajo de una gran mesa ovalada, donde varios hombres visiblemente bien posicionados almorzaban cordero asado.

—Avisad a Blecsáder. Tenemos una sorpresa para él.

Al poco tiempo, vestido con una túnica negra apresada por un cinturón de oro, apareció un hombre alto, fuerte, con una mirada apacible y cabello largo. Saludó a varios de los comensales y tomó asiento presidiendo el banquete.

—¿Qué me traéis?

—Mi señor... acabamos de descubrir algo extraordinario en este prisionero.

Mostraron la espalda de Remo al caudillo.

—¡Menuda sorpresa! Velcunio no me dijo nada —dijo Blecsáder y quedó en silencio un momento, pensando. Se levantó abandonando su apetito y después continuó—. Creo que ha llegado el momento de darles una bienvenida más hospitalaria a estos desgraciados. La Horda del Diablo

fue sin duda uno de los contingentes más afamados en la Gran Guerra. Liprón, ven a ver esto. Fíjate en sus tatuajes.

Un hombre ataviado con armadura ligera detuvo su almuerzo, se levantó y se acercó a Remo. Era siniestra su presencia, pero nadie parecía más tenebroso que Blecsáder con esa apariencia civilizada y elegante.

—¿Cuál es tu nombre?

Remo guardó silencio. El cuerpo le tiritaba como si no le perteneciera, sentía frío por el chapuzón y estaba muy debilitado después de la paliza. Se acomodaba en postura extraña, repartiendo su peso de una pierna a otra para esquivar así los pinchazos de dolor que emitían sus costillas.

—¿No habla? ¿Le habéis hecho perder el juicio tan pronto?

—Sí que habla, pero no responde preguntas, le hemos pegado fuerte...

—Un tipo duro, vaya, esto mejora por momentos. ¿Hay más como él? ¿Más excombatientes?

—Tatuados no.

—Estos prisioneros son mucho más interesantes que los anteriores. Quiero saber más de ellos —aseguró el caudillo y después se acercó a Remo—. Sé que veníais para hacer un trato y rescatar a Patrio. Deseaba hablar con vosotros cuando supierais valorar realmente mi tiempo, cuando los golpes hubiesen ablandado vuestro supuesto valor... ¿qué me dices soldado? Te escucharé si tienes algo que decirme ahora. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre poco importa...

—A mí sí me importa. Los nombres son importantes. Al morir, lo único que puede quedarte es el nombre.

Remo extrajo palabras con dificultad y suma desconfianza. Así habló...

—Hemos venido a hacerte una oferta para la liberación de Patrio Véleron.

—Vaya, esto suena interesante. ¿Qué trato propones? ¿Dónde está el famoso oro?

—No hemos traído el oro. Solo venimos a negociar la cifra y después acordaremos un lugar de entrega y una fecha...

Blecsáder parecía escuchar con atención a Remo.

—Por supuesto, así quien os envía podrá tendernos una emboscada... a placer. La idea de esconder el oro... ¿fue tuya?

—Quien me envía sabe que está en juego la vida de su preciado único hijo, no se arriesgará. Soy un mercenario, mi intención es la misma que la tuya; yo me llevaré un porcentaje de esta operación, así que aquí todos ganamos, si hacemos bien las cosas.

El caudillo gritó de repente.

—¡Traed a los demás a mi presencia!

En hilera los colocaron. Remo fue comprobando los vestigios de palizas en todos ellos y, con horror, vio que Sala no había sido una excepción. Tenía la cara maltrecha y sus ropas hechas jirones. La habían castigado a latigazos. Remo sintió que se le nublaba la mente. Sintió un odio tan profundo crecerle por dentro que temía dejarlo escapar. Aprender a dominar sus impulsos le había llevado mucho tiempo, fue una de las piezas básicas de su entrenamiento hacía años, cuando comenzó su andadura en el ejército. Ver injusticias ya no solía provocar el más mínimo atisbo de sentimiento pues estaba su vida colmada de ellas, pero ver sufrir a Sala, tan llena de vida y entusiasmo, tan hermosa, una persona con buenos sentimientos a la que el destino ahora le retorció el pescuezo, ¿cómo podían haberla golpeado de aquella forma? Desde que los capturaron se hizo a la idea de que tendría que mantener la cabeza fría. No le importaba lo que pudieran hacerle a él, aunque por supuesto él temía el dolor, se daba por condenado ya con la maldición en las venas. Las heridas en el alma no las reparaba la piedra de la diosa Okarín. Contemplar a Sala en ese estado era algo que jamás pensó que podría afectarle tanto. Llevaban días peleados, sin hablarse desde el incidente de los cofres. Morir iba a ser duro con sentimientos, así que permanecer ajeno a ellos era la única opción que le quedaba a Remo.

Apartó la mirada para no hacer ninguna tontería. Por el bien de ella debía ahora más que nunca pensar con claridad. Tener suficiente habilidad para domeñar las intenciones de aquel monstruoso enemigo.

—Bien... ¿Alguien de vosotros puede decirme cómo se llama este hombre?

Todos callaron. Rílmor temblaba.

—Qué, valientes, ¡quiero saber el nombre de este militar! —tronó Blecsáder.

Como nadie respondía, muy enfadado tomó una espada y se dirigió al primero de la fila que era Webs, uno de los escoltas de Rílmor. Se le veía decidido a matarlo.

—Me llamo Uro Glaner —mintió Remo.

Blecsáder se detuvo en seco.

—Repite.

—Me llamo Uro Glaner.

—¿Os resulta familiar? —preguntó al grupo de militares que tomaban vino en la mesa del gran salón disfrutando de la escena. A ninguno le sonaba el nombre que Remo acababa de dar.

—Bien... Uro. Ahora te haré otra pregunta, dime dónde está el oro que habéis traído para negociar conmigo.

—Hemos venido a negociar un precio y después fijar el día del intercambio.

Blecsáder comenzó a jugar con la espada amenazando con clavarla de un momento a otro en el prisionero. Rumor rompió su silencio.

—¡Por los dioses apiádate del joven Webs!

—Vaya, así que tenemos a un hombre razonable, entre tanta escoria.

Remo miró a Rílmor con odio.

—Deja marchar a todos menos a mí, —ordenó Remo colmado de furia por la intervención de Rílmor—. Yo enterré la recompensa, sólo yo puedo guiarte hasta ella. Pero no haré nada mientras sigan prisioneros.

La sonrisa burlona desapareció del rostro de Blecsáder.

—¿Me estás chantajeando? Podrido hijo de ramera... ¿me estás chantajeando a mí? Si no me dices dónde está la recompensa, mataré a todos tus compañeros... ¿qué me dices a eso?

—Mátalos, pero te advierto que jamás conseguirás saber dónde está escondido ese tesoro.

—Lo veremos ahora mismo, la muerte aclara las ideas —aseguró Blecsáder.

—¡Si lo haces, no obtendrás nada! —gritó Remo.

Temía la resolución de su rival. Pese a su advertencia, Blecsáder traspasó con su acero a Webs. Remo impassible no demostraba ni una sola emoción. Sala pateó el suelo de rabia y los demás prefirieron no mirar la agonía en los ojos de su compañero de viaje, cercano a la muerte.

—Vaya... menudo compañero debías ser, has dejado que mate a este desgraciado.

Blecsáder extrajo la espada y acalló los aullidos de dolor de Webs rematándolo en el suelo con otra estocada. Ahora se colocó en frente de Rílmor que estaba ya temblando antes de que matase a Webs.

—¿No me cuentas nada, Uro?

—A mí no me mate... por favor, no me mate. Yo soy... yo soy Rílmor Osíleon, mi señor. También soy noble. Mi casa no es tan importante como la de Véleron pero algo podréis sacar por mi rescate.

De pronto Blecsáder lo abrazó.

—¡Buena suerte la mía! Tengo a los dos hijos de nobles en mi poder. Menudo golpe maestro... ¿me dirás ahora dónde está enterrada la recompensa? Ahora debería cobrar más...

Rílmor quedó lívido, de una palidez mortecina.

—Ya no cobrarás recompensa —lo interrumpió Remo alzando la voz, con más carácter.

—¿Qué?

—El trato era que dejarías vivir a todos mis compañeros. Que los dejarías marcharse. Acabas de perder todo el dinero cuando mataste a Webs. Webs era un buen hombre, tan válido como cualquier hijo de noble y mucho más que cualquiera de vosotros. Por mí puedes venir a matarme a mí mismo ahora, porque jamás insultaré su memoria cediendo después de ver cómo lo has ejecutado como a un cerdo. ¡Su sangre derramada es el único tesoro que vas a contemplar en tus manos, cobarde!

Blecsáder tuvo la intención de acercarse a Remo, pero se detuvo y volvió a la fila.

—¿Vas a permitir que mate a todos sin decir nada? —preguntó desde allí gesticulando con la espada.

—Quítanos la vida si te place... pero yo disfrutaré sabiendo que has perdido la recompensa, ese es mi último regalo en esta vida desgraciada que me ha tocado vivir. Te has equivocado conmigo Sáder. Te has equivocado de prisionero.

La voz de Remo adquiría cierto eco en la sala de techo abovedado.

—¡Malnacido! Ellos me dirán lo que quiero saber.

En ese momento amenazó a Rílmor con la espada. De inmediato Rílmor se arrodilló.

—Mi señor... mi señor, por favor, yo no sé dónde enterró la recompensa. Lo hizo por su cuenta, durante un turno de guardia, ¡eres un malnacido, Remo! ¡Se llama Remo!

De pronto uno de los comensales de la mesa se levantó.

—Yo recuerdo ese nombre, Remo, claro que sí. Era de los cuchilleros del capitán Arkane. Remo Maestro de los cuchilleros, compañero del difunto general Selprum Omer. ¡Es un maldito héroe de guerra!

Mientras escuchaban esto, Blecsáder subió a su trono.

—Blecsáder es mi nombre y yo también combatí en esa batalla en el Ojo de la Serpiente, Remo, sí... ya recuerdo; el que afirmaban que partía en dos a los hombres con su espada, que podía sostener un hacha de guerra con su arma. Remo, el salvaje asesino de las aldeas del sur. Uno de los que sentenció el castillo de Nirtenia, donde murieron mujeres y niños. Remo, un saqueador de la ciudad de Aligua. Has venido a un nido de «destructores»... En aquella batalla tu espada diezmaba nuestras filas, recuerdo que escuché comentarios sobre ti...

Remo se sorprendía de que hubiese tanto rumor a propósito de su nombre. Sabía que en aquellos años hubo habladurías, sobre todo después de la batalla del Ojo de la Serpiente, pero el auténtico héroe de la lucha y de quien se escribieron canciones en Vestigia fue el difunto capitán Arkane. Comprobaba cómo sus andanzas de juventud no habían caído en el olvido, aunque estuviesen un poco exageradas. No recordaba haber matado mujeres y niños, pero lo más horrible es que tampoco recordaba no haberlo hecho... Tiempos de locura y muerte volvían a visitarlo.

—Dicen que era discípulo directo de Arkane... «el felino».



—¡Es él! —gritó Rílmor—. Os ha mentido diciendo un nombre falso.

Remo pensó que, finalmente la confesión de Rílmor quizá detendría la matanza y por eso no sintió enfado por su cobardía. Solía compadecer a los cobardes. Los compadecía porque él había pasado miedo muchas veces. La cobardía era el estado natural de las cosas. La osadía era más hermana de la temeridad. Temía por la vida de Sala, por todos los demás, pero imaginaba que era cuestión de tiempo que acabasen todos muertos.

—Querido Remo... esto va a ser todo un acontecimiento. ¿Acaso no ves que los dioses están de nuestro lado? Traerte aquí, a la guarida de los hermanos de las víctimas de tus fechorías en la guerra. Te prepararemos una ceremonia adecuada ¡La diosa Senitra ha escuchado nuestras plegarias! ¡Lleváoslos a todos!



CAPÍTULO

29

## Destruir y aniquilar

Los llevaron a rastras por empinadas escaleras de piedra hacia unas mazmorras. Allí fueron enjaulándolos en diversas estancias. A Remo le tocó compartir una con Rílmor. Desde fuera parecía una habitación amplia, pero cuando cruzaron el umbral comprendieron que no iban a disfrutar de ninguna comodidad. Dos jaulas más bajas que la estatura de un hombre, como para encerrar animales, servirían para confinarles.

Les pegaron nuevamente, sobre todo a Remo, y lo arrojaron sin miramientos al interior de la jaula. Allí, encerrado como un perro, Remo

examinó la estancia. Intentaba averiguar el pasillo que conducía a las jaulas, donde quiera que hubiesen confinado a los demás.

—Así que eras un maldito héroe, y claro, para ellos un asesino —dijo Rílmor con desprecio.

Remo no tenía ganas de conversación, pero el tipo insistió.

—Ahora el odio que te tienen nos perjudicará a todos...

—Imbécil. He matado más fríamente en los años de paz que en los de guerra.

—Destruir y aniquilar —dijo el capitán Arkane leyendo el final de la orden que les acababa de llegar.

Peronio encabezaba la avanzadilla y, después de guiarlos por bosques y vaguadas, y de esquivar varias aldehuelas, descubrieron el destacamento real que llevaba provisiones al castillo de Nirtenia. Los siguieron durante varios kilómetros, a bastante distancia, y Peronio los llevó por un atajo entre dos montes hasta encontrarse apostados en una loma frondosa en arboledas, perfecta para emboscarlos. Cuando vieron a lo lejos cómo se acercaba la comitiva, todos felicitaron a Peronio por su habilidad para posicionarlos de forma tan ventajosa con su atajo.

—Es la hora de combatir... —susurró Selprum con un cuchillo ensortijado entre sus dedos. Tenía en la mirada la codicia de quitar vidas.

—Estos hombres se dirigen a Nirtenia con aprovisionamientos —comentó Peronio.

—El terreno está a nuestro favor —susurró el capitán Arkane que se había asomado ágilmente por un risco para ver mejor por dónde venía el sendero.

Después con su habitual gracejo y agilidad se colocó a la derecha de Peronio y levantó el brazo para detener el avance de la compañía. Hizo varios gestos que indicaban a sus maestros lo que debían hacer para separarse en dos grupos. Remo ya comandaba su propio grupo y estaba muy concentrado en los gestos del capitán para descifrar la información silenciosa. Arkane era un maestro. Pretendía rodear el destacamento con un pequeño grupo que se colocaría en el río. Estos llamarían la atención del contingente hacia el flanco y, justo a su espalda, toda la fuerza de Arkane se

les echaría encima por sorpresa mientras ellos se arrimaban al río. Teniendo el terreno a su favor y la invisibilidad que les otorgaba la espesura... los cuchillos volarían hacia sus enemigos como una lluvia invencible.

Remo desenvainó su espada, sería el encargado del señuelo. Con diez hombres a su cargo, descendió de la ladera y salió de entre los árboles, cruzó rápido el camino y se resguardó en la vegetación hasta llegar al río, a una distancia del grupo perseguido suficiente para no ser vistos. Aguardaron junto a la ribera hasta que llegase el momento de atacar. Tuvieron algunos problemas con la vegetación y la accidentada cadena de breñales atestados de espinosas plantas de fruto oscuro, pero nada que les supusiera un verdadero obstáculo.

El grupo custodiaba doce carromatos. Unos setenta hombres armados. Arkane disponía de más de doscientos en aquella incursión a Nuralia. «Una buena emboscada no debe costarnos una sola vida si triplicamos en número a nuestros adversarios» había dicho el capitán. Remo y sus hombres tomaron distancia y esperaron la señal del arquero. Cuando voló la flecha hacia el cielo, arrimados a las frondas, comenzaron a lanzar cuchillos por entre las plantas que configuraban el margen del camino.

—¡Guardia! —gritó el capitán de los nurales.

La seña les hizo proteger los carros. Remo y sus hombres seguían enviando cuchillos tratando de herir a los caballos para crear más desconcierto. Los soldados del ejército nural, muy disciplinados, no parecían dispuestos a caer en el señuelo tan fácilmente e ir tras la amenaza oculta en aquel lado del camino. Respondían a los cuchillos con flechas de varios arqueros sin descomponer la formación. Remo tentó más a la suerte y se asomó al camino con la espada para combatir a un soldado que estaba en la vanguardia de la formación. Remo lo hirió en un brazo y volvió hacia los árboles desde donde había salido al camino. En ese mismo instante, varios hombres a caballo se internaron en la arboleda para darles caza. La idea de Arkane precisamente era esa, la de dividir las fuerzas de los nurales y enfocar su atención hacia esa margen y atacarlos por la espalda. Ellos corrieron hacia el río...

Una turbonada de cuchillos comenzó a traspasar las espaldas de los soldados, agujoneando la madera de los carruajes, matando a muchos hombres.

—¡Es una emboscada!

Por su parte, Remo y los otros corrieron hasta más no poder tratando de esquivar a los que los perseguían.

—¡A mí la Guardia! —volvió a escucharse y por fortuna para Remo, eso hizo retroceder los caballos hacia el grupo que estaba siendo masivamente atacado. Regresaron para morir. Los cadáveres ya jalonaban los carros y solo unos cuantos arqueros habían conseguido herir a algún cuchillero de la Horda, subidos a las lonas de los carruajes. Lorkun dio cuenta de varios a una distancia prodigiosa gracias a su puntería. La emboscada había sido perfecta y el batallón de Arkane celebró la posesión de los víveres y las armas. Condujeron los carros hacia el bosque y allí los desmantelaron a su conveniencia. Después arrastraron los cadáveres sacándolos de la vista del camino. Se alejaron hasta una explanada rodeada de árboles donde hicieron el campamento.

—Ahora, tras esas lomas está Nirtenia... —susurró Peronio junto al capitán Arkane.

Pocos conocían las intenciones de Peronio y el trato al que había llegado con Remo y el capitán Arkane, las razones que habían hecho a ese hombre desertar estaban cosidas al destino de la ciudad de Nirtenia. Llevaba meses facilitándoles emboscadas como aquella, destrozando planes de incursiones nrales en las montañas.

—No somos suficientes como para tomar una ciudad. Si estuviera la Horda al completo no me opondría, pero no con doscientos hombres —contestó Arkane.

Peronio, por primera vez en meses, inspiró una vitalidad inusual en sus palabras. Solía darle todo igual, si acampar aquí o allí, si esperar más o menos para comer. Cumplía con las órdenes del capitán como los demás y callaba por lo general. Fue raro verlo insistir con esa devoción.

—Connigo podréis adentraros al mismo corazón de la ciudad sin ser vistos. Con vuestro destacamento y mis dibujos os haréis con la ciudad sin

problemas, de noche.

—La venganza hace buenos planes, pero no responde a las eventualidades. No dudo que en este tiempo hayas pensado sobradamente cómo tomar esa ciudad. Pero no arriesgaré la vida de mis hombres en un plan suicida.

—Primero escucha mi plan. Destruir y aniquilar. ¿Acaso no son esas vuestras órdenes?

—¿Te decidirás a combatir pues? —preguntó Selprum, que echaba en cara el que Peronio nunca empuñase armas.

—Esta vez, al menos, cortaré una cabeza.

La fortaleza de Nirtenia había sido obra para la paz y su belleza la hacía más vulnerable. Sus murallas eran recias, de mármol blanco, pero demasiado bajas, con una forma arqueada muy vistosa, pero poco práctica para apostar hombres. Poseía tres grandes catapultas defensivas recién instaladas para los tiempos de guerra y un destacamento de más de mil hombres que esperaba el avituallamiento que Arkane y los suyos habían interceptado.

—Destruir y aniquilar... —decía Remo repitiendo la orden recibida. ¿Acaso en la Gran Guerra se hacía otra cosa?

La Horda del Diablo solía ocuparse de órdenes como aquella. La misma orden que tuvieron cuando se reanudó la guerra con la incursión que llevaron a cabo en Aligua. Precisamente la misión que le proporcionó a Lania, grandioso botín el suyo. Tenía ganas de volver a Vestigia y pasar una temporada en su casa con Lania.

Después de las exhaustivas explicaciones de Peronio, Arkane no pudo por más que asentir y asumió que otorgarle su oportunidad de venganza era también un buen servicio para Vestigia. Nirtenia podía caer con el plan de Peronio y eso alegraría mucho al general Rosellón y al mismísimo Rey.

Cincuenta disfraces les proporcionarían anonimato para acercarse al castillo el destacamento de doscientos y, siguiendo el pasadizo que conocía Peronio, podrían colarse en la fortaleza y llegar a un sistema complejo de alcantarillado. Las cuatro torres de la muralla y las puertas del palacio del señor de la ciudad eran los puntos estratégicos que debían tomar antes de

que su presencia fuese advertida. El plan era incendiar la ciudad cerrando las puertas para crear pánico. Antes de eso debían sellar los diez dormitorios militares del castillo y procurar capturar al señor de la ciudad con el que podrían amortiguar de golpe la resistencia de sus subordinados. Aguardaron la noche...

Peronio con la espada desenvainada, en pleno patio central del castillo del señor de Nirtenia, después de una noche infernal, escuchando gritos lejanos, con la cara tiznada de carbón, tenía el noble gacznate del verdugo de su padre a disposición del filo de su espada, mientras una gran multitud de prisioneros contemplaban la escena, cabizbajos e incrédulos por la toma de la ciudad.

—¿Cómo has podido traicionarnos, Peronio? —preguntaba alguna voz entre la muchedumbre. El señor de la ciudad se había cansado ya de suplicar. Peronio estaba inmóvil. Llevaba un rato así, mientras la ciudad ardía por los incendios que la Horda estaba propagando.

—¡Vosotros reíais e insultabais a mi padre cuando estaba a punto de ser ahorcado en esta misma plaza, tuve testigos que así me lo aseguraron! —gritó Peronio—. Entonces nadie pudo ver este futuro y pensasteis que la muerte era un juego. La corrupción que cambió la vida de un buen hombre, por la codicia de este miserable debe ser compensada hoy.

—Tu padre fue juzgado, yo no sabía que conseguiste un indulto. No es mi culpa si llegó tarde... ¡Se te devolvieron tus tierras! ¡Yo merezco juicio también! —gritó el arrodillado. Agarró los faldones de su sayo de seda con el que lo habían sacado de la cama y llevado en volandas hasta la plaza.

—¿Ordenaste con tu mano que el verdugo colgase a mi padre hasta que perdió la vida? —preguntó Peronio.

El noble lloriqueaba y suplicó por última vez.

—Misericordia, Peronio, tú eres hombre de paz.

Levantó la espada y la bajó rápida sobre el cuello de aquel malnacido, de suerte que no logró cortar su cabeza de un tajo, similar al que había imaginado tantas veces en el tiempo que planificaba su venganza, limpio y recto. Sino que la espada quedó trabada entre los huesos y músculos de la columna, sin cortar del todo. Las gentes ocultaban sus rostros con pavor

viendo aquello. Peronio logró destrabar el arma y asestó un nuevo golpe que, como el anterior, falló en su propósito y acabó desviado del otro corte. Comenzó a sentir un temblor en las manos. La sangre escandalosamente salpicada en el suelo, a borbotones, le estaba mojando las botas.

—¡Fuerza, Peronio! —gritó Remo.

Levantó la espada otra vez, pero el sudor le impedía ver bien y ahora el tajo sencillamente rebotó en el hombro de moribundo. Un nuevo tajo rápido, este sí, fue mortal, logró callar los gritos extraños que expelía el cuerpo mancillado del noble.

—¡Quemad el castillo! —gritó Peronio que tiró la espada al suelo y se alejó.

Remo y muchos de sus hombres prendieron fuego a los tapices en los salones. Mataron a todos los que todavía se les opusieron. Hubo revueltas entre los prisioneros después de la ejecución y la Horda arrasó con todos. En aquel destacamento se sintieron sucios, como nunca antes. Tan cruda fue la venganza que no pareció tal, y de Peronio poco más se supo en semanas, meses.





CAPÍTULO

30

## Sombras y rencores

—Despierta —dijo bruscamente uno de sus carceleros abofeteándole la cara a Rílmor.

Remo se incorporó en su jaula con agilidad de fiera y observó cómo se lo llevaban. Parecían turnarse. De cuando en cuando penetraban ruidosamente con pesadas cadenas y los sacaban de las jaulas para pegarles y someterlos a diversas torturas. Con Remo la tenían tomada y la mayoría de las veces era a él a quien venían a buscar. Con el ritmo de los castigos, totalmente aleatorios, había perdido la noción del tiempo y no sabía ya cuánto hacía que estaban presos en Sumetra.

Esta vez venían por Rílmor.

—¿Dónde me lleváis? —preguntó aterrado Rílmor, con pánico en su rostro.

—Calla o te pegaremos más fuerte que a este —sentenció el guardia señalando a Remo.

Lo arrastraron entre dos hombres fuera de las galerías grasientas. Soltaron sus grilletes y caminó erguido junto a los guardias por decenas de pasadizos hasta que llegaron al gran salón. Allí Blecsáder lo aguardaba.

No estaban solos, en la sala, dos de sus favoritas se dedicaban a peinarse la una a la otra. Con un gesto de su mano las jóvenes abandonaron la estancia. Rílmor no perdió detalle de su belleza, pues se pasearon mirándolo con picardía.

—Tus hombres se han excedido conmigo —acusó Rílmor—. Merezco disfrutar de alguna esclava, quiero comida y buen vino. Me siento débil.

Blecsáder sonrió.

—Vamos, no te quejes, debíamos hacer las cosas bien, para que no sospechen de ti, reconozco que eres un actor extraordinario, ja, ja, ja... pero te hemos echado una mano. —De repente la faz del señor de Sumetra cambió la serenidad por enfado—. ¡Te recuerdo que no me has traído ni una sola moneda de oro!

La furia del guerrero daba miedo a Rílmor. Era cierto, el plan no se había redondeado como esperaban. Allí, alejado de Vestigia, dudaba de que la protección que le otorgaba Rosellón fuese suficiente para asegurar un regreso saludable entre aquellos bárbaros.

—Ese Remo es más duro de lo que pensaba. Todo es culpa suya. Nos engañó a todos. En plena noche, enterró todos los cofres en su turno de guardia. Nadie podía haber previsto eso. Su amigo, ese Peronio, nos llevó por una ruta desconocida, haciendo inútiles las emboscadas que habíamos preparado en el Paso de los Dragones. ¿Quién iba a adivinar que trabajaríamos con un guía experto? En el bosque casi morimos devorados por esas bestias.

—¿Qué bestias?

—Los férgulos, son terribles, nos atacaron en el bosque.

—¿Existen esos monstruos?

Blecsáder se incorporó. Lejos de atemorizarlo, preguntaba con curiosidad, con camaradería.

—Sí. Sí que existen.

—Mi paciencia se está acabando. Mis hombres están cansados ya de golpearlo. Ofreceré a Remo otra oportunidad para decirme la ubicación exacta de los cofres, si no accede por los dioses que los mataré a todos. Se acabará mi paciencia. Exigiré a Rosellón el pago.

—Rosellón no te pagará.

—Pues entonces mataré también a Patrio.

—¡No! Si haces eso te aseguro que la Horda del Diablo enviará a sus mejores asesinos a por ti. Necesitamos a Patrio vivo. Es un requisito que Rosellón aclaró bastante. Incluso a mí me mataría si Patrio sufriera algún daño.

—Si no consigo que Remo hable, los mataré a todos y te largarás con Patrio. Se acabarán todos mis problemas. El Rey Deterión no se quedará de brazos cruzados cuando se entere de lo del secuestro. Sé que no iré a la guerra otra vez contra Vestigia. Está viejo. Preferirá cortarme la cabeza si cometo un error en este asunto. Si hace falta mataré en sus narices uno a uno a sus amigos...

—A la chica no... dame a mí a Sala.

Blecsáder sonrió.

—Es hermosa, no creas que no me he fijado. Tiene unos ojos salvajes, pero es de las que jamás se rendiría. Una mujer así no puede doblegarse.

—A golpes la haré entrar en razón.

Rieron.

—Creo que a esa chica tendrás que matarla primero para que ceda a tus pretensiones.

—He cumplido todo el plan. Incluso con todas las dificultades que he tenido, Remo cambió la ruta y yo... ¡Puse una maldita notificación notarial para que os avisaran de la nueva ruta! Fue muy arriesgado, tuve que enviar a mis hombres a comprar víveres inútiles para que no sospecharan... ¡Me jugué la vida para encender el fuego de advertencia en mi turno de guardia, en plena montaña, para que supierais dónde estábamos! Si se hubiesen

despertado... Y vosotros solo complicasteis las cosas. Esa emboscada del poblado fue muy arriesgada. Esos silachs son bestias sin control. Temí por mi propia vida... ¡Me merezco un premio! ¿Por qué no me la das ahora? ¿Quién os avisó de la ruta que tomarían los hombres de Lord Véleron? ¿Quién os preparó las fronteras para secuestrar a Patrio? Dame a la mujer, la merezco.

—No es el momento, tú vuelve a la celda. No sé qué trama Rosellón con el secuestro de Patrio, pero la condición para arriesgar a mis hombres, aparte de vuestra colaboración en las fronteras, era la de recibir la recompensa en su totalidad. ¡No tengo ni una moneda de oro! Trata de hablar otra vez con Remo. Intenta hacerlo entrar en razón. Debes ser más persuasivo. Tendrás tu premio, a su debido tiempo...

—Ese hombre me odia. Me odia de veras. Desde que nos conocimos nos caímos mal. Basta que yo le pida algo para que él haga todo lo contrario...

Blecsáder guardó silencio. De repente sonrió con malicia.

—Creo que Remo aún no se ha apiadado de ti. —Riendo fue hacia una pared donde estaban colgadas varias armas. Agarró una daga y llamó a varios centinelas que custodiaban la entrada a la sala—. ¡Sujetadlo!

Los hombres de Blecsáder agarraron a Rílmor que comenzó a gritar de pánico. Ese loco era capaz de cualquier cosa. Rílmor no toleraba bien el dolor, ya había sufrido más de lo imaginado con los «supuestos» golpes de los esbirros de Blec. Cuando Blecsáder cortó una de sus orejas, se desmayó de pánico.

Rílmor, en su celda, adormilado, escuchaba el goteo incesante de las cuevas. Temblaba de frío. Sintió entonces un ramalazo de dolor furioso. La oreja le ardía. Se llevó una mano hacia ella y se dio cuenta con pavor de que había sido sustituida por un amasijo viscoso. Gritó de pánico sin oírse bien los gritos, y eso desencadenó más gritos.

—Tranquilo, ya se han largado —dijo Remo desde su celda.

Estaba fuera de sí, comprobando una y otra vez con horror el estado de la antigua ubicación de su oreja. Tardó en serenarse y pensar con la suficiente frialdad.

—¡Ves lo queme han hecho Remo! Mi oreja... ¿lo ves?

Remo no contestó. Su mirada era cansina. En su rostro la sangre coagulada restaba importancia en su expresión a las penalidades de Rílmor.

—¡Me habéis cortado la oreja, malnacidos! —gritó Rílmor sin fingimientos. Realmente estaba cabreado, pero sobre todas las cosas estaba invadido por el miedo. Tenía un acuerdo con aquellos animales, pero jamás pensó que llegarían tan lejos. Rosellón y su influencia de nada le serviría allí, y estaba claro que lo único que le importaba a Blecsáder era la cuantía de dinero que Remo había enterrado en las estepas.

Remo se puso en cuclillas, lo único que le permitía el poco espacio de su nueva jaula, más angosta que la anterior.

—Remo, por favor, recapacita. Ese loco es capaz de cualquier cosa. Si les dices dónde escondiste los cofres...

—No sigas por ahí Rílmor. Aún te queda otra oreja...

La furia de Rílmor estalló. Deseaba matarlo él mismo. Se contuvo y volvió a serenarse.

—Vale, tú sabrás. Pero creo que de esta noche no pasaremos. Están organizando algo especial ¿recuerdas? Llevan días de preparativos... No quiero pensar lo que estará sufriendo la pobre Sala. He podido oír sus gritos.

Los escuchaba sí, pero en su mente, en su febril imaginación, cuando la mujer estuviese atada en un lecho y él pudiese dominarla a placer. Ella gritaría. Rílmor anhelaba ese encuentro desde hacía meses. Desde que Patrio se la presentó. Sí, la había deseado desde el principio. Sabía que era importante para Remo y trató de chantajearlo con esa baza.

Remo literalmente se lanzó contra la pared de la jaula enloquecido.

—¡No la toquéis! —tronó y su grito navegó por la ciudad subterránea de Sumetra—. ¡No la toquéis, malparidos hijos de perra!

Antes de que Rílmor mencionase a Sala, Remo parecía alicaído y sin energía. Ahora era tan temible como una fiera en su jaula. Siguió gritando para tortura del oído sano de Rílmor.

—¡Calla! Si de verdad quieres ayudarla, diles dónde escondiste los cofres...

—Os mataré a todos, juro por los dioses que acabaré riendo encima de vuestros cadáveres, ¿me oís?

A lo lejos vino un grito lejano.

—¡Remo, estoy bien, tranquilízate!

Rílmor no había contado con que Sala pudiese escuchar los gritos de aquel bárbaro desde su confinamiento.

—¡¿Sala? ¿Estás bien?! —gritó más calmado Remo.

—Si no te callas, les darás ideas —gritó la mujer.

Remo enmudeció y de pronto parecía que le faltaba el aire. Lo buscaba pero no parecía fácil que pudiese introducirlo en sus pulmones. ¿Estaba llorando? Lloraba tan amargamente que Rílmor palideció. Si le había dado pánico verlo gritar como un loco, contemplar su dolorosa forma de llorar le heló la sangre. Tenía el rostro arrugado y su sufrimiento era tan intenso que apenas sí le quedaban fuerzas para otra cosa que no fuese respirar y retorcerse como si se estuviese abrasando.

—Remo, dile a Blecsáder que libere a Sala.

Remo se puso en cuclillas, revolviéndose como un león y lo miró chocando su cabeza contra los barrotes. Dejó de llorar, mirando fijamente a Rílmor.

—Sí, amigo, está claro que la amas, es muy hermosa. Esa forma de llorar. Remo, dile a Blecsáder que libere a Sala a cambio de la recompensa.

Remo estudiaba su rostro, miraba su herida en la oreja. Estaba enloquecido. Sus ojos repasaban a Rílmor como los de un depredador. Cambiaba de situación en la jaula como un león contemplando una presa desde varias posiciones.

—Escúchame, Rílmor, ¿nos has vendido? ¿Es eso? ¿Has prometido algo al bueno de Blec? —decía el guerrero con la voz hilarante, sumergido en la locura—. ¡Te mataré, te mataré, te mataré, y si no puedo matarte te juro, te juro que haré un poder!

—¿Qué demonios insinúas, eh? ¿Acaso no ves lo que me han hecho? No voy a tener oreja de por vida... ¿qué demonios quieres decir?

¿Era posible que Remo hubiese deducido lo que nadie había podido saber, lo que él tan cuidadosamente había escondido? No. No podía saberlo.

—Así que Sala estaba gritando porque estaban abusando de ella —reía Remo—. Te mataré, te mataré...

—Te juro que pensé que era ella quien gritaba, es difícil precisarlo... esto está repleto de esclavas, tal vez me equivoqué.

Rílmor temía las palabras de Remo, sentía su violencia. Siguió negándolo, por si acaso, pero si lo pensaba fríamente dudaba mucho que Remo tuviera oportunidad de llevar a cabo su amenaza. Lo más probable era que la mente orgullosa del mercenario no confesase el paradero del tesoro y, en ese caso Blecsáder le tenía reservado algo especial.

—Vamos Remo recapacita... ¿no ves mi oreja?

—¡No me fío de ti!

—No hace falta que te fíes de mí, piensa por ti mismo. Piensa en nuestra situación. ¿Cómo vamos a salir de aquí?

Remo por fin se acurrucó sobre sí mismo y se relajó. Se quedó callado. No sabía si dormía, pero a Rílmor le bastaba con no escuchar su voz viperina cargada de odio. Todo se había complicado, pero, a grandes rasgos, el plan estaba saliendo bastante bien. Rosellón se sentiría orgulloso. Recordaba aquella noche, aquella noche cuando conoció al General.

Su padre discutía a solas con el General más importante del ejército de Vestigia: Rosellón Corvian, quien fuese conocido por sus éxitos militares cuando estaba al frente de la Horda del Diablo. Su padre tenía amistad con él.

Belián, padre de Rílmor, había batallado en la Gran Guerra en la división de lanceros de los Caballeros Rojos de Vestigia. Su casa, la noble casa de los Osíleon, cayó en desgracia tiempo atrás. Poseían tierras desde el río Tineo hasta los campos de Buljar, en el valle de Lavinia. En la Gran Guerra fueron tierras tomadas por el Ejército Nural, que arrasó los huertos de olivos y destruyó la fortaleza. Belián fue prisionero de Nuralia dos meses y sus hermanos gastaron toda su fortuna en un trato que consiguió devolver a Belián sano y salvo a su hogar. La Gran Guerra en plena tregua sirvió a Vestigia para recuperar las tierras perdidas y nobles como Lord Véleron ayudaron a Belián a resurgir, pero a costa de endeudarse con ellos. Los años pasaban y el comercio del aceite con Plúbea se resintió por el conflicto.

Belián fue perdiendo poco a poco tierras y, antes de venderlas a cualquier postor, cualquier extraño rico de Venteria o Nurín, cualquier naviero sin escrúpulos del sur, prefirió aceptar la oferta de Lord Véleron. Finalmente Belián acabó rindiendo vasallaje a la floreciente casa de los Véleron, que además contaban con mucha influencia en la corte. Así fue como Rolento Véleron consiguió ser amo y señor de todo el valle de Lavinia. Sí, Rílmor recordaba aquella noche como si hubiese sucedido hacía muy poco tiempo.

—Querido Belián, te veo realmente bien... —decía fastuosamente Rosellón.

—Tú y yo somos viejos ya mi general, ahora es tiempo de la sangre nueva.

—¿Cómo os va con la noble casa de los Véleron? —preguntó Rosellón.

Belián se mostró entusiasmado de revelar su admiración por Rolento y su casa.

—Hijo, ven aquí —llamó Belián a Rílmor, que escuchaba agazapado en la oscuridad de la casona—. Este es el General Rosellón.

Después de la cena, Rosellón buscó al joven Rílmor en el jardín de la hacienda.

—Recuerdo cuando tu padre vivía en la fortaleza. Estaba construida en aquella loma, esta casa se hizo con las piedras que no osaron llevarse los amigotes de Lord Véleron.

Para Rílmor fue una vía de escape conocer a Rosellón. De repente podía compartir con alguien una inquina cocida a fuego lento desde que tuvo uso de razón, desde que compartía juegos infantiles con Patrio Véleron, desde que contempló el ocaso de su padre y el enaltecimiento de su vecino. Aquella noche Rosellón habló al joven Rílmor justo lo que él pensaba sobre los Véleron, todas aquellas injusticias que su padre Belián no acertaba a ver, conformado en ser títere del rico y perder los derechos de su casa nobiliaria. Tiempo después, volvió a verlo en más eventos y lo visitó en Venteria, incluso fue invitado a las tierras del propio General, acicalado por las esclavas más hermosas que jamás había contemplado.

El General se retiró y su protegido Selprum entró con fuerza en el panorama político de Venteria. Pero después de una misión fallida en el sur,



Selprum murió y el retirado General decidió incorporarse de nuevo al poder en la capital, esta vez como consejero real. Entonces, en una visita oficial a Rolento Véleron pudieron reunirse en secreto y Rosellón pudo ofrecerle un trato ventajoso.

—¿Puedes imaginar el día de la justicia?

Rílmor se dejó llevar por la ensoñación de Rosellón.

—Un día en el que tú cruces el umbral del castillo de los Véleron como señor legítimo de sus tierras. Un día en el que las penalidades y esfuerzos de tu familia por fin tengan recompensa...

Rílmor despertó sobresaltado. Miró la celda de Remo. Estaba vacía. Al principio temió esta circunstancia y llamó al guardia.

—¡Centinela!

Apareció uno de aquellos hombres rudos, pertrechado de látigo y cuchillo.

—¿Y Remo?

—Se lo han llevado. Nuestro señor quiere hablar contigo.

En ese momento apareció Blecsáder. Se acercó a la celda de Rílmor.

—¿Ha funcionado el truquito de la oreja? —preguntó el caudillo sonriente.

—Eres un canalla por lo que me has hecho. ¡Qué te condenen los dioses!

—Es muy parecido a lo que tú le estás haciendo a tu señor Patrio...

Rílmor sonrió fingidamente, pero después volvió a su faz torturada y colmada de victimismo.

—¿Y bien?

—Nada, creo incluso que Remo sospecha de mí, pero se me ha ocurrido algo...

—Sacad a nuestro amigo Rílmor de la celda... él no es un prisionero.

Una vez fuera, en posición vertical, Blecsáder le pasó un brazo por encima de los hombros y comenzaron a caminar hacia dependencias superiores.

—Sala, la chica, es la prometida de Patrio Véleron.

Los ojos de Blecsáder se abrieron como platos.

—Enternecedor, esta historia cada vez es más interesante, así que la joven ha venido a salvar a su amado, sigue...

—Bien, creo que ella tiene cierta influencia sobre Remo. De hecho, si él está aquí, es porque ella lo convenció de que viniese.

—Lord Véleron paga bien.

—No. Te aseguro que está aquí porque ella se lo pidió. El caso es que si ella intercediera y suplicase a Remo para que él cambiase su postura, igual conseguiríamos nuestro objetivo...

—¿Piensas que nuestra prometida es una ramera que tiene algo con ese Remo?

—No lo sé... pero haciendo caso a ciertos detalles, puede ser que sí. Esa joven tenía una vida oscura antes de conocer a Patrio Véleron, es un secreto a voces en los corrillos de toda Lavinia. Es originaria de Venteria, y al parecer se ganaba la vida como tiradora nocturna.

—Una asesina... ¿Cómo convenceremos a Sala para que nos haga ese favor?

Rílmor caminaba pensativo. Habían llegado ya al salón donde estaba el trono de Blecsáder. Había varias esclavas comiendo frutas y tocando un arpa. Rílmor se tumbó junto a ellas, con los ojos ávidos de piel. Con un gesto de la cara Blecsáder dio permiso a las jóvenes para colmar a Rílmor de caricias.

—Creo que debemos establecer una cadena de peticiones...

—Explícate y tendrás tu noche de lujuria con Sala.

Ahora Rílmor desdeñó la compañía de las esclavas después del ofrecimiento de Blecsáder.

—Es muy sencillo. Debes hablar con Patrio y explicarle la historia, dile que si no convence a Sala para hablar con Remo, volverá a una celda angosta y fría, una como las que yo he padecido, Patrio convencerá a Sala para hablar con Remo y Sala convencerá a Remo.

—He enviado docenas de hombres al lugar donde aproximadamente acampasteis esa noche. Las noticias que he recibido son desalentadoras. No hay rastro ni de vuestra hoguera. La maldita nieve lo cubre todo... Si falla

tu plan, abandonaré mis pretensiones sobre el oro y habrá sangre, mucha sangre.

—No pierdes nada por intentarlo. Ese Remo debe de tener un punto flaco.

Blecsáder estaba pensativo.

—Antes de hablar con Patrio, quiero hablar con él. Es un hombre de mundo, hecho a sí mismo, como yo. Tal vez logre llegar a un entendimiento ventajoso —sentenció.

—No conseguirás nada...

—Que lo lleven a las termas de mis aposentos —ordenó aún cavilando.



CAPÍTULO

31

## La tentación de Blecsáder

Arrastrado por dos hombres fue llevado por diversos corredores hacia una música que se colaba por unas cortinas. Era un estanque caliente, donde bellas esclavas nadaban pacíficamente alrededor de Blecsáder que, inmóvil, parecía contemplar un cielo imposible, allí, encerrado en Sumetra. Si bien, en el techo podía adivinarse el dibujo de varias lunas y estrellas, como si se pensase en la noche a la hora de haber decorado la terma. Dos mujeres entonaban cánticos de adoración junto a una estatua de la diosa de la oscuridad, en un rincón, mientras preparaban coronas de flores.

—Lavad a Remo.

Las esclavas desfilaron saliendo de la poza y los soldados soltaron a Remo. Ellas lo condujeron a una pequeña cascada de agua fría donde tenían intención de lavar sus heridas.

Remo había liado su brazo y antebrazo con parte de los harapos que tenía siendo preso, para ocultar su estado de contaminación y, ahora, viendo que lo iban a bañar, temía que la maldición quedase al descubierto. Ocultar la maldición era importante, pues si llegaba a oídos de Blecsáder que estaba maldito, con seguridad eso afectaría al proceso de negociación y tal vez diera por perdida la recompensa y los hiciese papilla a todos.

Por suerte ninguna de las esclavas hizo ademán de desnudarlo, simplemente lo colocaron debajo del chorro de la cascada. El agua fresca envolviendo su cuerpo recomfortó sus músculos pero no su alma, ni su odio. Si hubiese tenido su espada a mano, habría escabechado a esas infelices lagartijas y habría trinchado el corazón del capitán Blecsáder. Pero no tenía idea siquiera de dónde habían guardado su espada.

—Traedlo aquí.

El agua caliente lo relajó. Le extrañaba aquel cambio de actitud. Blecsáder usó un tono de voz parecido al de los amigos.

—Me he informado sobre ti, Remo...

No dijo una sola palabra.

—No somos tan diferentes tú y yo... —dijo Blecsáder—. Tú también fuiste expulsado del ejército, como yo. Exiliados. Aquí en Sumetra yo encontré un hogar que daba sentido a mi vida. Un reino que gobernar. Mis colegas, otros capitanes de los Destruidores me traicionaron, y muchos de ellos ya pasaron por el filo de mi espada. Sus huesos viles penden de las paredes de las cuevas cementerio que tenemos aquí. Sabes, los huesos de los muertos son muy útiles para fabricar cuencos y utensilios... Sé que tú no rindes pleitesía al Rey Tendón, que eres rebelde como yo. No comprendo por qué no podemos llegar a un entendimiento...

Remo braceó bajo el agua recomfortándose con el calor. Las heridas de las palizas lo molestaban, sentía cientos de agujones pinchándole los músculos.

—Escondí los cofres precisamente para negociar —dijo Remo.

Blecsáder se irguió y se acercó a él con un brillo en la mirada. Tenía una musculatura marcada, debía de ser un guerrero temible.

—Remo, sé que me has visto matar a uno de tus amigos. Pero te digo que puedes confiar en mí, si llegamos a un pacto ahora. Yo no soy un noble sabandija. Si hiciéramos una alianza, la respetaría. Fíate de mí.

—Tú ya andas preparando mi funeral, no te creo.

—No te queda mejor alternativa que creerme, Remo. Si me llevas al lugar donde enterraste el oro, tú y tus amigos podréis marcharos. ¿Qué sentido tiene para un mercenario como tú morir aquí? ¿Qué gano yo matándote después de tener lo que quiero? Yo quiero el oro. Lo demás poco me importa.

—Moriré aquí. Ya lo tengo decidido. Tú necesitas ese dinero. Para eso te la jugaste con el secuestro. Te arriesgaste mucho cruzando la frontera. Escogiste un pez gordo. Realmente admiro lo que has hecho, por osado y loco, sí... mereces cierto respeto.

—Esos malditos nobles ricos...

Remo sonrió como si el comentario lo hubiese hecho un amigo y después dijo a media voz y sin vacilar.

—Blecsáder, te odio tanto que te sacaría los ojos ahora, aquí, en esta poza y te ahogaría con mis propias manos. Te aseguro que sé hacer cosas así. Matar a un hombre con las manos desnudas no es fácil. Si no fuera porque hay tres centinelas que me darían muerte al instante, ya habría ahogado tu cabeza en el agua y destrozado tu nariz a golpes. Odio a los nobles, pero entre ellos también encontré héroes y gente honrada. Mucho más odio a los tiranos, a la gente como tú, que vende ideales a otros para su propio beneficio. Gente que abusa de otras personas, que los oprime. Espero y pido a los dioses, yo que no suelo pedir, tener la oportunidad de darte muerte en esta vida...

Un silencio acuoso paralizó el ambiente. La parrafada de Remo había helado la sangre de las esclavas que lo miraban sorprendidas por su osadía. Blecsáder estaba pálido.

—Llévao slo —sentenció Blecsáder caminando hacia atrás en la poza. Remo sonrió y el caudillo acabó diciendo—. Remo, te juro que tu muerte

será dolorosa.



CAPÍTULO

32

## Reencuentros y estrategias

Sala fue conducida a una estancia que le produjo horror. No se trataba de una mazmorra con argollas pesadas y alcantarillas pestilentes como la que acababa de hospedarla. Era atterradoramente confortable y ese cambio le infundió inquietud.

Tapices en las paredes, toda alfombrada de pieles y sedas, de cojines bordados, varias mesitas donde se quemaban perfumes... Una parte de aquella habitación estaba en penumbra y el resto iluminada por algunos cirios y un farolillo metálico cuyo enrejado dejaba ver en su interior varias velas gruesas. Le llegó una voz desde las sombras.

—Acércate, Sala.



Ella, inmóvil, escuchó cómo los carceleros abandonaban la lujosa habitación y cerraban con cerrojo. La voz le había resultado familiar. De entre las sombras apareció Patrio Véleron.

—Acércate, mi amor.

Emergiendo de la penumbra, como un milagro, apareció. ¡Estaba vivo! Ella lo abrazó con un salto. De pronto aquella tormentosa expedición había merecido la pena. Patrio seguía vivo. Lo vio acercarse bañado en la luz ondulante de las velas, con su pelo castaño, sus ojos azules, la ternura de su preciosa mirada posada en ella. ¡Patrio estaba vivo!

Inmediatamente después de ese pensamiento, podía hilvanarse otro más terrible. Patrio estaba vivo, sí, pero la misión de rescate era un completo fracaso.

—¿Estás bien? —se interesó la mujer abrazándolo.

—Sí. Aunque al principio me trataban bastante mal, ahora me tienen recluido de modo más acorde a mi posición. Esta habitación es una celda bastante más confortable que las primeras. Desconozco sus motivos, pero incluso me dan de comer decentemente.

Patrio iba primorosamente vestido en comparación con los harapos que solían llevar los prisioneros. Estaba más delgado y su piel había perdido luz. Pero el tono de su voz, de inmaculada claridad y acento refinado, derretía los confinamientos y ofrecía la misma serenidad de siempre. El hombre buscó sus labios sin más preámbulos. Se besaron. Estaba vivo. Después de todo el sufrimiento Sala había conseguido volver a verlo, hermoso como siempre, Patrio. El beso, durante un lapso de tiempo, redujo sus dolores, las humillaciones y el encierro, pudo solazarse en sus labios, en la ternura y dejarse llevar por la fragancia de las velas. De pronto estaban sentados en uno de aquellos tapices frondosos, en las estancias del palacio de los Véleron, besándose a escondidas junto a la gran chimenea. Pero la realidad era demasiado pavorosa como para poder disolverse y la felicidad era efímera y se esfumó con rapidez.

—No tengo idea de cómo vamos a salir de aquí —dijo ella mirando al suelo, apoyada en su pecho.

—He hablado con el caudillo. Cuando supe que te habían capturado imploré que me dejaran veros a ti y a Rílmor. Ese Blecsáder es temible, pero sabe bien lo que quiere. —Ahora Patrio adoptó un tono de voz más serio—. Remo se está equivocando.

Regresaron sí, al encierro, a los golpes, a las profundidades de Sumetra, al callejón sin salida en el que se habían metido.

—¿Qué quieres decir?

—Si Remo le dice dónde están enterrados los cofres, todo acabará. Nos dejará libres.

Sala se sorprendió de lo enterado que estaba Patrio sobre esa cuestión.

—Remo sabe lo que hace, después de ver cómo se han desarrollado las cosas, yo confío en él. Es un hombre difícil, ni te imaginas lo que me hizo a mí, pero créeme, si no fuese por él, creo que estaríamos muertos ya.

—¿En serio piensas de ese modo? Desengáñate Sala, ese Remo creo que piensa sólo en sí mismo. Rílmor me lo ha dicho, me ha contado los problemas que habéis tenido en vuestro viaje... Sala, no habrá con qué pagarte el sacrificio que has hecho por mí. Rílmor me dijo que ese monstruo de Blecsáder mató a Webs sin pestañear, que Romlos y Silben también están muertos. A Rílmor le han cortado una oreja esos canallas. No imagino las penalidades que habéis pasado para venir a por mí. Las heridas que veo en ti me están escociendo tanto, mi amor, que ojalá tenga vida para volver y algún día poder vengar con el ejército de mi padre lo que aquí se ha cometido. Tus dolores bien valen una guerra.

Sala se encogió al conocer el detalle de la oreja de Rílmor. Volvió a los brazos de Patrio. Aquella habitación perfumada los aislaba del dolor y la muerte. Las palabras amorosas de Patrio, por irreales y exageradas, le traían recuerdos de las promesas que solía hacerle cuando se habían prometido para casarse. Se escuchó un murmullo.

—¿Qué es eso?

—Gente. Blecsáder ha invitado a mucha gente para esta noche...

Patrio volvió a besarla en la boca.

—Por lo menos a ti te están tratando bien —dijo ella mirando la estancia.

—Sí, al principio no, pero después ese Blecsáder entró en razón. Sala no disponemos de mucho tiempo, debes convencer a Remo de que confiese dónde escondió el rescate.

Sala puso una mueca extraña. Prefería no pensar en esas cosas y disfrutar del poco tiempo que tuvieran.

—Remo piensa que si lo dice, nos matarán a todos. Y, si te paras a reflexionar, tiene sentido.

—¿Qué gana Blecsáder aumentando la lista de sus crímenes? Él quiere dinero Sala, nada más...

—Por eso me han traído aquí, ¿verdad? —dijo Sala, que cambió su gesto tierno para con él.

—¿A qué te refieres? Yo pedí verte desde que supe que estabas en Sumetra. Estaba ya desesperado sin saber de ti.

—Sí. Pero a cambio te han pedido que me convenzas.

—¿Qué importa eso?

—Me han traído aquí porque piensan que yo podría influir en Remo para que diga dónde se esconde el tesoro. Seguramente es Rílmor quien te ha dicho eso. Lo están torturando y no puede más, lo compadezco, pero Rílmor está equivocado.

Patrio miró hacia el techo como recabando apoyo divino.

—Sala. Es verdad, Blecsáder en persona me ha dicho que debes convencer a Remo, no solo Rílmor. Sí, ¿sabes por qué? Porque me ha asegurado que todos moriremos si no lo hace. Rílmor me lo suplicó, lleno de pánico. Mírate, te han golpeado. —Patrio cerró los ojos con rabia—. Sala, sea como fuere, la realidad es que no hay otro camino si deseamos proteger nuestras vidas. ¿De qué les servimos vivos si no pueden cobrar el dinero del rescate? Nos matarán. Blecsáder tiene poca paciencia te lo aseguro. Me hizo... me hizo presenciar la ejecución de todo el primer destacamento que envió mi padre para salvarme. Reía a carcajadas mientras decapitaban uno tras otro a esos hombres valerosos. —Respiró hondo, después de haberle temblado la voz de emoción—. Ha enviado ya hombres para buscar en el lugar donde Rílmor le dijo después de perder su oreja, el

sitio donde acampasteis. No han conseguido nada. Tienes que ayudarnos a todos, Sala, y convencerlo de que hable.

Sala no podía pensar. Deseaba realmente no pensar. Prefería estar abrazada a Patrio en aquella sala elegante, sin tener sobre sí la responsabilidad de decidir algo así. Patrio insistía e insistía. Ella estaba algo fastidiada por su actitud. Daba la sensación de que lo único que le importaba era salvar su pellejo. ¿Qué haría Blecsáder con Remo cuando él confesara el lugar donde había escondido el tesoro? Sobre todo después de desafiarlo con su actitud altiva, después de averiguar que Remo, hijo de Reco, era un asesino de nurales. Seguía vivo exclusivamente porque guardaba la información que Blecsáder deseaba sobre todas las cosas. Sala no podría vender la piel de Remo a cambio de la de Patrio. De eso estaba segura. No se trataba de una cuestión de elección, ni de amor, era algo que sentía desde dentro, como si le pidieran matar a Remo con sus propias manos.

—¿Hablarás con él? —preguntó su prometido.

Sala lo miró a los ojos. No conocen a Remo, pensó. ¿Acaso ella podría convencerlo realmente de algo? Sabía que no. Ese terco... Recordar lo cabezota que era Remo le puso una sonrisa en los labios.

—¿Sonríes?

—Hablaré con él.

—Gracias, mi amor... Sala... la única ilusión que he albergado este tiempo era volver a verte, y mi mayor sufrimiento ha sido pensar en tu inquietud, en el sufrimiento de mis padres y, en lo que tú podías estar sufriendo por toda esta pesadilla.

Patrio fue a besarla en la boca y ella se dejó hacer, recordó en ese beso un sueño que era su vida antes de esa pesadilla, pero sucedió algo. En el interior de Sala, en la suave superficie de los labios del hombre, no encontró ni por asomo el aprecio a la sensación, el apego al sentimiento. Fue un beso frío, todo lo más que ella pudo devolver a Patrio, porque la fría cuestión de resolver el destino de sus vidas estaba en juego, y eso no podía írsele de la cabeza ahora.

—Si todo sale bien, Sala, te juro que llenaré tu vida de tanta felicidad que terminarás por olvidar todo esto.

Ella asintió. Pensó en esa posibilidad. Pensó por un momento en la opción que le comentaba Patrio. Si Remo accedía y Blecsáder dejaba marchar a todo el mundo, incluido su amigo. En aquella sala confortable en los brazos de Patrio se podía soñar con algo así. Un final tan feliz como ese, donde todos regresaban a casa. Le gustaba tanto esa versión de las cosas futuras que imploró a los dioses porque fuese cierta.

Sala aceptó el trato porque deseaba ver a Remo. Deseaba hablar con él, pero estaba segura de que sería inútil. Nadie podría alterar la percepción que él tenía de las cosas. Al menos, volver a verlo era una idea que la llenaba en parte, quién sabe si saldrían vivos de allí. Deseaba arreglarse con él después de la pelea que habían tenido, el cautiverio y los acontecimientos la habían hecho cambiar de parecer con respecto a las decisiones de Remo.

La condujeron hacia un agujero nauseabundo. Después de numerosos postigos, cedió una cancela negra muy pesada y la empujaron dentro de una estancia de piedra, alumbrada por una sola antorcha, donde encadenado por el cuello, los brazos y los pies Remo permanecía sentado en el suelo deforme. Sala tardó en reconocerlo. Le había crecido la barba un poco y su habitual ceño fruncido estaba partido por los golpes. Sus ojos amoratados y sangrantes se abrían desdibujados, y por numerosos lugares había heridas abiertas que escocieron la visión de Sala hasta el punto de llevarse la mano a la boca. Rápidamente se inclinó hacia él, compungida, temblando por ver el sufrimiento al que lo estaban sometiendo. Las palizas y las torturas no habían logrado que Remo, hijo de Reco, dijera una sola palabra sobre el paradero de la recompensa.

—Sala —dijo una voz también deformada por el castigo—, me alegro de verte.

—Remo, por los dioses...

No pudo reprimir las lágrimas. No sabía qué hacer. Rajó la camisola que le acababan de dar los carceleros y comenzó a limpiar las heridas de la cara que presentaba el guerrero.

—Si te siguen pegando así, te matarán.

No supo por qué, pero de pronto comparó el rostro golpeado de Remo con el fino afeitado de Patrio, sus vestimentas, con los harapos ensangrentados que mal vestía Remo. De pronto parecía que la visión del mundo que tenía su amigo era coherente. El noble rico y el desdichado marginal. La diferencia de sus castigos. Los mullidos cojines comparados con las piedras inclementes en las que estaba sentado su amigo. Ella misma había sido golpeada, había sufrido humillaciones y le habían puesto una cadena como a un perro, antes de entender la importancia que podía tener como negociadora.

—¿Cómo has conseguido venir sin cadenas? —preguntó él.

Sala pensó por un momento mentirle, tratar de encarar una estrategia para intentar satisfacer las demandas de los secuestradores, pero verlo en ese estado la obligó a ser completamente sincera.

—Quieren que te convenza para que digas dónde está la recompensa... Remo lamento tanto que estés sufriendo todo esto...

—No es culpa tuya... A ti también te han pegado... —decía inspeccionándola, ladeando la cabeza—. Tenían que haberte lavado primero. Si querían que me convencieras de algo, al menos debían haberte tratado bien. Hijos de perra... ¡Me oís! ¡Deberíais haberla tratado bien si queríais algo de mí!

En efecto ella debía tener también un aspecto poco agradable. Había sangrado por la nariz y tenía la cara golpeada. Pero al menos le habían dado una muda de ropa limpia para visitar a Patrio y acababan de darle de comer y le habían aplicado un ungüento en las heridas de los latigazos de la espalda.

—Patrio está vivo —dijo ella que no sabía qué podría añadir para aliviar el sufrimiento del hombre.

—Te lo dije, si hubiesen querido matarlo, lo habrían hecho antes. Él es el tesoro de esta cueva inmunda. Seguro que hasta lo tratan bien.

Sala quedó maravillada de la intuición de Remo.

—Rílmor les dijo que yo era su prometida y me han puesto ropa limpia y me han llevado con él.

—No te fíes de Rílmor, no te fíes de nadie.

—Rílmor también está sufriendo. Hasta le han cortado una oreja al pobre, Remo, Remo... ¿Es aquí donde acabarán nuestras vidas?

Era una pregunta tonta para hacérsela a alguien encadenado en una celda como aquella, que padecía más que nadie los abusos de sus captores. ¿Cómo preguntarle a él por la esperanza?

—Yo no voy a darles lo que ellos quieren. De eso puedes estar segura. Y mientras yo no diga nada, creo que nos mantendrán con vida... Si has venido a convencerme de...

—Shhh... —ahora ella le puso un dedo sobre sus labios maltrechos y bajó la voz—. Remo creo que llevas razón. Si hablas te matarán y yo no podría soportar tal cosa... No voy a aceptar salvarme a cambio de tu vida...

Remo la miró a los ojos demostrando vigor pese a su deteriorado aspecto. Sonrió.

—Acabarán soltándoos. Ahora saben que tú eres su prometida. Llegarán a un acuerdo con Lord Véleron. Si les digo dónde está la recompensa nos matarán a todos. Pero ahora, sin negocio, sin oro, no os matarán sin cobrar nada. Serán más cautelosos y os devolverán a Lord Véleron a cambio de dinero. Eso creo...

De pronto Sala observó en sus apreciaciones que Remo asumía que él estaba ya condenado, que moriría.

—¿Y tú, Remo? Diré a Patrio que te incluya en cualquier trato...

—No te esfuerces... Blecsáder está preparando mi muerte. Lo va a hacer a lo grande. Hace horas que ya no me pegan igual. Me están dando un respiro para la fiesta. Hasta me han sacado de la jaula donde me tenían recluido y he comido pan... Me quiere vivo para algún espectáculo, Sala. De todas formas a mí ya no me queda mucho tiempo de vida humana... Quiero que mires mi brazo.

—¿Qué te sucede?

Remo deslió torpemente la tela que había atado él mismo en su brazo. Sala abrió mucho los ojos cuando percibió lo que el hombre deseaba mostrarle, luchaba por reprimir el llanto, pero no podía. De pronto admiró a Remo como si nunca hubiese admirado a persona alguna.

El brazo de Remo, en aquella oscuridad no era fácilmente apreciable.

—¿No ves la negrura?

Sala se inclinó como para despejar la terrible duda; en el antebrazo, una mancha oscura había trepado hasta el codo y, desde el codo varios cordones negros se repartían hacia los hombros hasta incluso navegar hacia el pecho del hombre. Lo miró desde todos los ángulos. No podía ser cierto. ¡Estaba contaminado!

—Remo... ¡No!

—Me contaminé luchando con Góler en aquella aldea, fue mala suerte. Un rasguño diminuto, apenas visible. Pero la ponzoña poco a poco se ha ido esparciendo. Al menos parece que he tenido suerte en algo, porque la maldición avanza despacio, pero no cesa, me come el cuerpo y pronto ya no será mío.

Las lágrimas volvían a colapsarla. Lo abrazó tan fuerte como pudo. Le besó la cara y la cabeza, todas las heridas. No podía concebir la muerte de aquel hombre y, mucho menos que acabase transformado en una de aquellas criaturas. Remo no. Él merecía una muerte distinta. Merecía felicidad y un hogar, merecía volver a encontrar a su esposa Lania y ser feliz. Sus hazañas en la Gran Guerra quedaron en el olvido en su destierro y bien poco le había importado. Había perdido amigos, a Arkane, su mentor. La pérdida de su amada lo había condenado a una vida injusta, colmada de desazones. Morir en aquel agujero, a expensas de ser juguete de aquellos malnacidos no era una muerte digna para él. No después de todo cuanto había hecho. Si seguían vivos era gracias a su increíble tolerancia al dolor y a su capacidad de sacrificio. Remo sufría por todos y callaba para salvarlos.

—¡Mujer, se acabó tu tiempo! —gritó uno de los carceleros.

La separaron de Remo y ella luchó absurdamente contra los carceleros.

—Sala, no pongas resistencia. Sala, escúchame...

Ella lo miró y sus captores respetaron el último mensaje que le iba a dar Remo.

—A veces el cuerpo y el espíritu pueden separarse. Si te hacen cosas horribles en el cuerpo, tu espíritu puede salir intacto, no olvides esto si te tratan con crueldad.



Sala no comprendió bien aquellas palabras en ese momento. Remo se preocupaba por ella, por brindarle fuerzas por si abusaban de ella, cuando su propia muerte estaba ya anunciada. De pronto pensó... ¿por qué demonios Remo está soportando todas estas torturas si va a morir? Si estaba contaminado de la maldición, si sabía que todo acabaría pronto... Se había contagiado cuando mataron a Góler. Recordó entonces un detalle que la enterneció aún más. Remo había enterrado los cofres después de aquello. Los demás pensaron incluso que lo hacía para tener una coartada, un seguro de vida. ¡Él ya estaba condenado entonces! Sala lloró aún más intensamente cuando comprendió que todo ese sacrificio era por y para ella. Todo ese tiempo él había asumido su perdición y había continuado adelante con el plan. Sabía que acabaría transformado, muerto.

—Remo, ¿podrás perdonarme? ¡Perdona mis dudas, Remo! —gritaba mientras la alejaban por el corredor.

La condujeron de nuevo a la celda de Patrio. La arrojaron en uno de aquellos colchones lujosos. Su prometido no estaba solo.

—Sala —dijo Patrio con voz entrecortada. Blecsáder estaba junto a él, con su lugarteniente.

—¿Y bien? ¿Has servido para algo? Cuando Rílmor confesó que tú podrías sonsacarle a ese testarudo hijo de perra la información que necesitamos, tuve mis dudas...

—No me ha dicho nada.

Sala estuvo a punto de decirle a Patrio, de contarle que Remo estaba haciendo un sacrificio ejemplar, pero delante de Blecsáder no estaba dispuesta a dar ninguna información.

—Ese hombre es admirable. El guerrero perfecto, no se deja llevar por la codicia ni sucumbe al dolor ni a las mujeres... ¿te das cuenta, Liprón?

—Caerá como todos los demás.

—¡Llévala! —gritó Blecsáder.

Patrio entonces corrió a interponerse entre ellos y Sala.

—¡No! Ese no era el trato. Ella iba a quedarse conmigo. Si Remo no ha hablado demuestra que la virtud de mi futura esposa es mucho más intensa

de lo que Rílmor os había dicho, pero ella no tiene la culpa de que Remo no quiera decir nada.

—Patrio, que sigas vivo no se debe más que a circunstancias «políticas». No te pienses capaz de poner siquiera una condición. Lléváosla, tengo planes para ella.

Blecsáder no quiso revelar nada más. Él mismo empujó a Patrio a un lado y agarró a Sala del brazo y la sacó a rastras de la habitación. Le vinieron como anestesia el recuerdo de las palabras de Remo: «A veces cuerpo y alma pueden separarse». Nuevamente quedó boquiabierta por la capacidad que tenía su amigo de leer las pretensiones de sus enemigos. Intuía lo que tocaba ahora, sabía perfectamente lo que iba a suceder.

Blecsáder la arrojó como si fuese mercancía en los brazos de dos fornidos carceleros.

—Se te acabó la suerte zorra... —concluyó el señor de Sumetra.



CAPÍTULO

33

## Sola en la oscuridad

Abandonaron a Sala en una celda lóbrega. No la pegaron. Al cruzar el umbral oscuro, se dio perfecta cuenta de que aquella habitación pobremente iluminada por una antorcha no se parecía en nada a los aposentos acolchados de su prometido.

Sintió miedo cuando descubrió, en mitad de la estancia, la presencia amenazadora de una mesa oscura con grilletes para sujetar brazos y piernas. En la madera permanecía dormida, como en sombra, la silueta negra que habían dejado muchos antes que ella, maniatados a aquel ingenio. Podía adivinarse por el tono más oscuro de la madera el lugar que ocuparon los cuerpos.

La tumbaron a la fuerza y le abrocharon los grilletes en las muñecas y encima de los tobillos. De este modo, sus piernas quedaron separadas, cerca de las esquinas de la mesa. Después se llevaron la antorcha y cerraron el pesado portón de madera reforzada con remaches de hierro. Se hizo la oscuridad absoluta y comenzó a sentir la cercanía del paso del tiempo. Tiempo negro y punzante.

Al cabo de una eternidad oscura, rodeada totalmente por aquel vacío negro, comenzó a escuchar un rumor. Descubrió que eran vítores, una lejana multitud, y pensó en Remo. Sabía que Blecsáder deseaba convertir su martirio en un espectáculo, y por su cabeza comenzaron a bailar imágenes horrendas en las que Remo no salía bien parado. En la quietud de su celda trató de liberarse, pero aquellos grilletes no le permitían más que magullar su piel tontamente cuando aplicaba fuerza. Pero Sala lo intentaba para no escuchar aquella jauría lejana que le llenaba la cabeza de imágenes...

Así estuvo bregando por soltarse hasta que un ruido la puso rígida.

El cerrojo dio otra vuelta más y Sala sintió encabritarse su corazón como un corcel prevé el peligro. Desde su incómoda postura horizontal, Sala inclinó la cabeza hacia delante justo cuando escuchó la puerta chirriar. La luz se coló por una rendija y pudo verse el cuerpo, sus piernas y una silueta negra recortada en la entrada. Sala tumbó rápidamente la cabeza y decidió cerrar los ojos y hacerse la dormida. No tenía una finalidad concreta fingirlo, pero sus nervios y el miedo atroz que sentía a lo que pudiera sucederle a continuación le hicieron reaccionar de ese modo.

—Sala...

Aquella voz era familiar.

—¿Sala?

Era... ¿Rílmor? Sala abrió los ojos con rapidez y se alegró de ver al capitán de la guardia de Lord Véleron portando dos antorchas.

—¡Rílmor, gracias a los dioses que eres tú...!

Por un momento la mujer pensó en la posibilidad de que Rílmor fuese a soltarle los grilletes, que viniese a librarla de aquella celda. Aunque supuso que quizá a él también lo iban a confinar allí con ella. La puerta se cerró y

el hombre colocó la primera antorcha en la pared. Después fue caminando lentamente hacia el otro extremo para colocar la otra.

—¿Te han pegado? —preguntó el hombre.

—No. ¿Sabes algo de Remo?

—Nada.

Cuando vio los ojos del hombre, alumbrados de forma temblorosa por las llamas de las paredes, supo que algo andaba mal. Rílmor puso una de sus manos sobre la mesa y repasó su figura con ojos codiciosos.

—¿Te han forzado? —preguntó.

Sala se mostró contrariada.

—No... Me pegaron al principio, duro, con látigo, pero ahora no.

—Sé que hablaste con Remo... ¿Qué te dijo? Ese estúpido nos va a costar la vida.

—Remo ha hecho mucho por nosotros...

—No puedes hablar en serio. Sala, él es la causa por la que estamos en esta situación.

—He visto a Patrio —dijo ella cambiando de tema.

—¿Sí?

Rílmor se acercó a donde quedaba su cabeza. La mareaba un poco tener que mirarlo desde abajo.

—Tú también lo viste, ¿no? —preguntó Sala.

—Sí. Tiene suerte, en su celda cómoda, siempre ha tenido suerte.

—Bueno, estar en esta situación no es precisamente tener suerte, Rílmor —protestó ella.

—Es verdad, por una vez al perfecto y muy querido Patrio la suerte se le ha esfumado —comentó de forma siniestra—. Patrio, años llevo a su servicio cuando somos de linajes parecidos. ¿Lo sabías? ¿Sabías que mi familia también era importante, que teníamos tierras?

—¿De qué demonios estás hablando, Rílmor? No es momento para rencillas personales.

—¡Sí que lo es! Es el momento que llevo esperando durante años, Sala. Años en la sombra, aguantando humillaciones. Ahora seré yo el que humille.

Sala no tardó mucho en comprender, pero se resistía a creer lo que por su mente pasaba con claridad.

—No es posible, Rílmor... —dijo llena de odio, de rabia, pero sobre todo de decepción, porque le había tenido especial afecto desde que conociera a Patrio y, en el viaje duro que los había llevado a aquel infierno, él había sido su refugio muchas veces cuando Remo se mostraba intratable —. Rílmor, tú, no puede ser cierto, tú no.

—Sí... yo, yo, Rílmor Osíleon. Os vendí yo. Yo conseguí que Blecsáder colase a sus monstruos en la fortaleza de los Véleron. Fue tan sencillo como evitar un turno de guardia en el ala este del castillo. Yo delaté la posición y el número de los hombres que fueron en la primera avanzadilla...

—Remo tenía razón, no podía fiarme de ti.

Rílmor golpeó la mesa preso de la ira.

—¡Remo! Ese malnacido lo ha complicado todo. Él tiene la culpa de que esto se haya complicado, para mí, para ti, para todos. Romlos debió matarlo en aquella pelea. Yo mismo debí haberlo acuchillado en uno de mis turnos de guardia.

—Por eso fuiste a llorarle a Patrio, para que me enviase a hablar con él... ¿y lo de tu oreja?

—Blecsáder es una bestia incluso con quien bien le sirve... Pero ya no me duele...

—¿No te das cuenta de lo que estás haciendo?

—¿Crees que me arrepiento? Con todo el oro que sacaré de esto, la caída de la casa de los Véleron, hay tantas cosas que no sabes, no sabes, no tienes ni idea de lo mucho que te he deseado... y mírame aquí. Esta es mi noche de amor, con la prometida de Patrio. Por una vez seré yo el primero. Por una vez él disfrutará de mis sobras. Blecsáder me ha concedido lo que la ley y la justicia jamás me concedieron. Una revancha por tantos años de servidumbre injusta.

Ahora Sala apartó su mirada de la de Rílmor.

—Sí, preciosa. A mí no me engañas como a Patrio. Yo sé que tú eres una mujercuela. Una arquera cotizada para trabajitos especiales... Ese Cóster ofrece tus servicios en Venteria. Por un puñado de monedas de oro

eras capaz de asesinar a personas anónimas. ¿Acaso eres tú mejor que yo? Perra de la noche... con tu arco has abierto el infierno para muchos... ¿Ofrecías también otras actividades a cambio de dinero?

—No. Rílmor, no puedo creer que todo sea por tu culpa, no eres tan listo.

Rílmor la abofeteó. No le pegó fuerte, fue más buscando humillarla.

—Ves... estás a mi merced —recalcó mientras volvía palmear su cara como haría un niño con su hermana. Sala gritó de rabia como si las manos de Rílmor la abrasaran. Deseaba matarlo con la mirada. Pero ni tan siquiera podía torcerle la sonrisa macabra.

—Ahora nos vamos a divertir tú y yo. Tenemos toda una larga noche por delante...



CAPÍTULO

34

## El circo

Remo podía escuchar un murmullo creciente, mientras lo arrastraban tirando de sus cadenas, forzándolo a caminar impíamente. Habían descendido desde las mazmorras hacia una vertiente distinta de Sumetra. Las galerías allí eran más bastas, peor iluminadas y más angostas. Él retenía en su cabeza, como si fuese la visión de un tesoro refulgente, el rostro de Sala, diáfano en el momento en que la había visto en la celda, pese a los rastros de magulladuras. Tenía miedo a lo que pudieran hacerle a la chica, teniendo en cuenta que le habían encomendado la misión de sonsacarle información, y no había tenido éxito.



Todo habría sido más fácil sin ella. La paciencia de Blecsáder estaba agotada. Sabía que caminaba hacia un matadero.

El murmullo lo formaban cánticos, risotadas, aplausos y el eco del albedrío resultante de escucharlo todo a la vez. El corredor acababa en una cancela negra típica de mazmorras, y más allá se abría la cámara más grande que había visto en Sumetra sin contar con la enorme caverna del río y las columnas.

Era rectangular, con el techo lleno de estalactitas doradas por la luz de cientos de antorchas que pendían en las paredes. En los planos rocosos donde se alojaban las antorchas había grandes relieves, representaciones escultóricas de dos mugrones enfrentados entre sí. Sus cuernos se tocaban en un abrazo de combate.

Remo apareció abajo. En una explanada con suelo de baldosas de piedra basta y plana, encajada entre paredes lisas. Las paredes eran altas y muy bien pulidas. Era imposible trepar hacia las gradas donde se agolpaba la multitud. Había otras tres cancelas como las que se habían abierto para Remo, repartidas en las demás paredes. Tras las verjas, la oscuridad tenía un componente intimidatorio a propósito de los misterios que podían albergar. En definitiva, se reconoció dentro de una arena para espectáculos, un circo subterráneo.

Los hombres que lo habían arrastrado hasta allí, le soltaron las cadenas. Remo escuchó cómo, poco a poco, se hacía un silencio corrupto en el que flotaba un deseo febril de verlo muerto. Se acarició las muñecas heridas, por fin libres, y sintió sus brazos ligeros sin el peso de los grilletes. Dolores extraños le venían de los hombros y, como pinchazos, las magulladuras y cortes que se repartían por toda su anatomía palpitaban haciéndole difícil la simple tarea de permanecer erguido.

La fiesta era en honor de otros, pero él constituía el divertimento principal. Localizó entre la grada un palco especial, donde gente mejor vestida que el resto lo miraban como se contempla a un buen caballo.

—¡Mirad sus tatuajes! —escuchó desde varios ángulos diferentes.

Le tiraron comida, desperdicios, la mayoría sin mucho acierto. Sus acompañantes desaparecieron por la cancela pesada que cerraba el corredor

por el que lo habían conducido hasta allí.

—¡Queridos amigos! —se escuchó en lo alto, hacia la derecha de donde estaba Remo—. ¡Tenemos el privilegio de tener esta noche con nosotros nada más y nada menos que al maestre Remo, de la temible división de los cuchilleros de La Horda del Diablo!

La voz de Blecsáder retumbó majestuosa gracias a la excelente acústica. Estaba sentado en un trono de madera, en otro palco gemelo al de antes, junto a sus secuaces y a otros desconocidos para Remo que, a juzgar por cómo iban vestidos, serían nobles o militares de alto rango de Nuralia. Supuso que no era la primera velada macabra que organizaba Blecsáder, a todas vistas capaz de ofrecer un espectáculo de sangre inigualable en aquel recinto apartado de las juiciosas miradas de las ciudades grandes. Lejos de las mansiones fastuosas y de los valores morales que siempre presiden las apariencias de las casas nobiliarias. El resto de la grada estaba repleta de hombres y mujeres afines a la ciudad subterránea y alguna esclava estrujada entre la muchedumbre. Nadie deseaba perder detalle de su ejecución. Muchos eran soldados a las órdenes de Blecsáder, que vivían en cuevas accesorias con sus familias, en su idea de formar una ciudad, un reino particular. Olía a vino, a herrumbre y sudor.

—¡Sacad la verja! —gritó Blecsáder.

Varios hombres junto al caudillo fueron a mover unas ruletas de aspecto pesado. Se escucharon goznes metálicos y el traqueteo de engranajes. De uno de los flancos del agujero, justo por debajo de las gradas apareció una reja oscura, forjada de hierro. Una cuadrícula que terminó por ser el techo de la estancia para Remo. Por los numerosos huecos seguían lloviendo insultos y podía contemplar al público enaltecido. Cuando pararon de girar las ruletas, la reja pareció encajar en otros resortes metálicos. Remo miró a su alrededor. A las cancelas negras a pie de agujero.

—¡Ese hombre va a ser comida para nuestros perros! —gritó Blecsáder.

Remo comprendió la funcionalidad de la reja. Así impediría que los silachs trepasen y atacaran a alguien del público. Algunos centinelas, desde arriba, tiraron de cadenas para izar las verjas que rodeaban a Remo en el agujero. Detrás de ellas, en los túneles negros, escuchó ruidos, tintineo de

cadena, y pronto vio lucecitas entre la oscuridad. Sabía lo que eran. La luz de los ojos de los silachs que se aproximaban.

Remo se sentó en el centro del agujero, entrelazando sus piernas. Se masajeó un poco el cuello. Respiró profundamente. Su posición centrada en la placeta parecía mostrar valentía.

—Mirad, parece que no teme a los silachs.

Aparecieron varios silachs enormes. Cuerpos nervudos blancos y negros, plagados de basto pelaje oscuro en la espalda y en las extremidades; a dos patas o a cuatro, de hombros anchos y escuálida cintura, con brazos largos y vigorosos acabados en temibles zarpas envenenadas, traían rugidos en sus gargantas rotas. Sus fauces, como nido de alfileres, como agujas mal ubicadas en terribles hileras, prometían desgarros y dolor, ferocidad y muerte. Los rostros, con la iluminación macabra de sus ojos brillantes, con la nariz retraída como de calavera y sus bocas deformes a veces agujoneadas por el tropel de dientes, configuraban sin lugar a dudas, las máscaras más horripilantes que Remo recordase. Tenían cadenas que los frenaron a pocos metros de salir a la vista del público. Rugieron encolerizados al verlo, al sentir al gentío sobre sus cabezas. Arañaban con sus uñas las paredes de los túneles por los que estaban apareciendo.

Remo no deseaba mostrar debilidad. Sabía que Blecsáder anhelaba el paradero de la recompensa de Patrio. Debía centrarse y confiar en la fuerza que podía ejercer desde su posición.

—¡Silencio!

La jauría enmudeció, salvo por los rugidos de las fieras, deseosas de que soltasen sus ataduras. La forma en que sus cuerpos recibían y expulsaban el aire con ese jadeo constante los hacía parecer hambrientos.

—Si no me dices dónde está la recompensa, dejaremos que te muerdan y te transformarás en uno de ellos, si no los frenamos, puede que te coman vivo —dijo Blecsáder con un tono más sosegado, frío.

Remo ni lo miró siquiera.

—Si me has traído estas bestias para asustarme, para temer una muerte horrible, es que olvidas que estuve en la Gran Guerra. —La voz de Remo enmudeció a la multitud con aquella referencia al conflicto entre Vestigia y

Nuralia—. Olvidas que fuimos enemigos y que yo sobreviví aplastando a tus hermanos en batallas y emboscadas, en asedios y escaramuzas. Cuando uno da muerte en el campo de batalla, deja de temerla. Para mi alma, no existe salvación posible. ¡No tengo miedo a la muerte!

El recuerdo de la contienda parecía poblar las cabezas de los que lo miraban con odio. Los insultos no se hicieron esperar. Hubo quien lanzó cuencos, incluso algún cuchillo, pero la reja que debía proteger al público de los silachs sirvió de paraguas a Remo para no temer el impacto directo de las bravatas de los asistentes. Blecsáder decidió que no esperaría más.

—Al infierno la recompensa, pediremos otra... Estos silachs son salvajes. No los hemos podido «domesticar» por su ferocidad. Te van a destrozar. ¡Dadle cadena a uno! —gritó Blecsáder.

El silach más aterrador, con medio cuerpo manchado de blanco y el otro medio de negro como el lodo pútrido, notó que la tensión de su cadena se relajaba y salió disparado hacia Remo. Él se puso en pie y alzó la guardia. Se preparó para recibir la embestida cruzando los brazos delante de su rostro...

Ocurrió algo inesperado para los habitantes de la ciudad de Sumetra. Inesperado para el propio Remo, pero mucho más para sus captores. El silach no lo atacó. A pocos metros de él, se detuvo y comenzó a mirar a su alrededor. Saltó hacia arriba con prodigiosa agilidad tratando de alcanzar la verja. Era demasiada altura incluso para un silach. Al caer, se revolvió en un sonoro estruendo con la cadena y se lazó hacia una de las paredes. Por allí, pese a lo pulimentado de la roca, sí que pudo trepar hasta la verja, ayudándose en sus zarpas poderosas. Se quedó colgado bregando por escurrirse entre el enrejado para darse un festín con el público atónito que lo miraba con pavor.

—¿Qué sucede? ¿Habéis visto? ¡No lo ataca!

—¡Cadena para los demás! —gritó Blecsáder con una mueca de indignación impropia en la habitual crueldad fría de su rostro.

La muchedumbre miraba expectante. Los silachs no reparaban en el prisionero, como si fuera invisible. Parecían estar preocupados en calcular estrategias para conseguir atacar a los de las gradas. Remo descubrió algo

nuevo en esas extrañas criaturas. Reconocían, quizá por el olor, que él estaba contaminado y por eso no lo habían atacado. No se le ocurría otra explicación. Sabían que pronto sería uno de ellos y se sentían más atraídos por la posibilidad de atacar a los otros.

—¿Qué sucede? —preguntó Blecsáder a uno de sus esbirros, que miraba tan sorprendido como él la actitud de los monstruos.

—No lo sé. No tiene ningún sentido.

—Estos silachs son de los antiguos. Indomesticables, rabiosos y muy destructivos... —dijo Blecsáder pensando en voz alta—. ¿Cómo es posible que lo ignoren?

Los silach estaban demasiado ocupados en la orgía de olores humanos que desprendían las gradas. Se les notaba el hambre en la luz temblorosa y aterradora que despedían sus ojos brillantes.

Blecsáder andaba fastidiado con aquel contratiempo. Viendo que no atacaban a Remo, ordenó que se los llevaran y Remo volvió a sentarse sobre sus piernas a la espera de nuevos acontecimientos, desafiándolo con sus ojos impertinentes. Retiraron la verja protectora y una lluvia de vasos, cuencos y demás trató de llegar hasta Remo, que se tuvo que mover para esquivar. Blecsáder estaba loco de ira.

—Traedme a los demás prisioneros —susurró a uno de sus lugartenientes.

—Mi señor, ¿también a Sala y Rílmor?

—No, ella está en otros menesteres —dijo Blecsáder. Con cierta diversión en su gesto, se volvió hacia Remo para asegurarse de que él lo escuchaba—. Sala está sufriendo por tu tozudez, no llegará virgen al matrimonio... ja, ja, ja... ¡traed a ese Mercal y al campesino!

Remo apretó sus manos. Sabía que Blecsáder podía estar mintiendo, pero intuía que esta vez no fanfarroneaba. Se preguntó dónde estaría la chica. Miró entre las gradas, las posibles puertas. La única que sí se podía contemplar era la que daba acceso al palco privilegiado del caudillo y sus invitados importantes.

El público se impacientaba. Jortés y Mercal fueron traídos al circo subterráneo, pero no compartieron el agujero con Remo. A ellos,

encadenados aún, los llevaron junto a Blecsáder.

—Remo... te doy la última oportunidad para salvar a tus amigos. Dime dónde guardaste la recompensa y podréis marcharos de Sumetra. Testigos hay de que no miento. Aquí, en presencia de mis amigos prometo por mi honor que así será. Secuestramos a Patrio para obtener dinero y tú no puedes privarnos de eso. Mis hombres capitaneados por Liprón entraron en Vestigia y saquearon a uno de los nobles más poderosos. Corrimos un riesgo altísimo en esa misión... no creas ni por un momento que te dejaré con vida a ti o a tus amigos sin oro. Esta es tu última oportunidad.

Remo miró a Mercal y a Jortés. Sintió dolor, sabía que estaban perdidos. Él mismo lo estaba. Si confesaba dónde se encontraba el tesoro morirían todos. Si no decía nada, los matarían igualmente. Ese era su convencimiento y la base de no torcer su postura férrea, así que gastaría hasta el último aliento para perjudicar a Blecsáder, pero verlos allí, le hacía dudar de su convicción. El dolor que cocía sus entrañas se vio perturbado de repente, porque Jortés hizo algo totalmente inesperado.

El campesino sorprendió a los guardianes e inició una carrera desesperada sin que sus cadenas fuesen obstáculo. Aprovechó la relajación de su escolta. Embistió al lugarteniente llamado Liprón, con la cabeza. Al tipo le trastabillaron los pies y estuvo a punto de caerse por el balcón, al suelo profundo, desde donde Remo los contemplaba. La altura podía matarlo. El guerrero sacó un cuchillo y lo clavó en el pecho de Jortés, entonces él, volvió a embestir barriéndolo de la terraza. Fue un suicidio. Jortés asumió que él también caería. Era la única manera de poder arrastrarlo hasta la muerte. Liprón trató de aferrarse en el aire, pero los dos cayeron por el borde. Remo admiró la determinación de Jortés. Blecsáder en su discurso había encendido la llama de la venganza en el campesino al confesar que fue Liprón quien había invadido Vestigia para el secuestro de Patrio y, por tanto, el responsable directo de la muerte de sus hijas. Se lo habían brindado en bandeja. Liprón temblaba en el suelo. Estaba muriendo. Jortés comenzó a reír mientras todos los espectadores gritaban horrorizados. Blecsáder se acercó al borde del balcón y miró con terror la risa de Jortés

mientras veía un medallón oscuro rodear la cabeza reventada de su fiel lugarteniente Liprón.

Remo se acercó y acarició el rostro de Jortés, que estaba herido de gravedad por la puñalada y la caída. Debía de haberse partido las piernas.

—Ha sido uno de los actos más valientes que he visto en un hombre, Jortés.

—He vengado a mis hijas. Moriré en paz.

—¡Degollad a ese infame!

En la arena, por una verja, entraron tres guardianes de Blecsáder. Remo luchó con ellos tratando de alejarlos de Jortés. Cuatro guardias más lograron reducir al guerrero y acabaron silenciando la risa delirante de Jortés rebanándole el cuello.

El señor de Sumetra no lo dudó.

—¡Traed una soga!

Mercal lloraba cuando rodearon su cuello con la aspereza de la cuerda. Marcado por los golpes que había sufrido en el cautiverio, Remo sintió pena por él, por la desgracia pintada en su cara.

—¡Remo, háblale a mi padre de mí, dile cómo he muerto y que se sienta orgulloso! ¡Dile que morí sin doblegarme, y que si había lágrimas en mis ojos fue por recordar su gran amor!

Remo asintió sin dejar de mirar sus ojos. No le negaría nada a un hombre a punto de morir, aunque no tuviese oportunidad de cumplir su promesa, pues Remo sabía que el final de su vida estaba cerca. Si no lo mataban en aquel circo macabro, la maldición lo transformaría en un animal y todo lo que él era dejaría de existir.

Empujaron a Mercal precisamente por la misma terraza por donde había saltado Jortés. El ahorcamiento fue fulminante. Bien mirado, tuvo suerte de morir en el acto. Así pues, de los once valientes que habían aceptado la misión del rescate de Patrio Véleron en la fortaleza del valle de Lavinia ya solo quedaban tres, si es que Sala y Rílmor habían sobrevivido. Remo se preguntó qué habría sido de ellos.

Satisfecho por la ejecución de Mercal, Blecsáder volvió a centrarse en Remo. En sus ojos, tras la caída de Liprón, podía leerse fácilmente que su

interés por la recompensa había pasado a un segundo plano. Ahora deseaba ejecutarlo a cualquier precio.





CAPÍTULO

35

## Indefensa

Sala estaba vestida únicamente con la túnica que le dieron sus carceleros después de hablar con Patrio. Rílmor se relamía observándola.

—Eres un mal nacido, Rílmor... ¿cómo es posible que en estas circunstancias...?

Rílmor le pegó una bofetada. Ella trataba de defenderse con palabras, de entorpecer el objetivo de aquel canalla a toda costa. Se acordó de Remo. Del día en que su amigo decidió enterrar la recompensa él solo. Cuando fingió aquella pelea con ella, y todos los reproches que tuvo que soportar. Remo tenía razón, como tantas otras veces. Recordaba cómo Rílmor

siempre había demostrado veneración por el oro. Ella pensó que era por respeto a la posibilidad de intercambiar a Patrio por la recompensa. Ahora veía más allá. Comprendía ciertas actitudes ruines que se habían cocinado en sus narices sin que fuese capaz de verlas en aquel momento. Rílmor los había vendido. Con el oro habrían sido ejecutados al instante.

—Deja de resistirte o será peor, Sala puedes disfrutarlo o sufrirlo, te advierto que sé hacer las dos cosas. Desde el primer momento en que te vi, desde que Patrio te acompañaba a esas fiestas, supe que tú y yo tendríamos nuestro momento, y al fin ha llegado.

Rílmor se despojaba de ropa y tenía ya el torso desnudo.

—Desde el principio nos traicionaste, y Remo complicó las cosas cuando escondió los cofres. Ahora lo entiendo todo.

—Sí. Ese estará recibiendo su merecido, ¿no los oyes?

Se quedó en silencio e inmóvil hasta que volvió a acudir el rumor del griterío. Ahora mucho más virulento y agitado casi de histeria. Después, Rílmor se aupó en la mesa de torturas y se puso de rodillas entre las piernas separadas de Sala. Agarró la camisola y tiró de ella con el propósito de rasgarla. No consiguió su propósito, así que sin más decidió conformarse con levantar la prenda para observar debajo.

—¡Maldito hijo de perra! —gritó Sala que volvía a magullarse las extremidades, apresada por los grilletes inclementes.

Rílmor se acostó encima de ella y comenzó a besarla. Viendo que no encontraba su boca, le aplicó los labios a la cara y al cuello. Entonces Sala alzó repentinamente la cabeza y consiguió golpear la mandíbula de Rílmor con la frente. El hombre chilló de dolor.

—¡Aaah!

Rílmor se levantó cubriéndose la boca con la mano, gimiendo. Sala comenzó a reírse divertida.

—Ven y te partiré otro diente.

En efecto, el golpe de la mujer había aplastado las mandíbulas, una contra la otra, y uno de los dientes de Rílmor no había soportado el golpe. La sangre del hombre salpicó el atuendo pobre de Sala. Entonces Rílmor,

después de limpiarse, de aullar de dolor, volvió a ponerse sobre ella y le pegó un puñetazo, y después otro...

—Vas a arrepentirte de lo que has hecho, estúpida —le gritó Rílmor. Se detuvo un instante por que el griterío del circo ahora era mucho más apreciable. Sonrió mientras preparaba otro golpe para la mujer.



CAPÍTULO

36

## Tercera prueba: la balanza de la justicia

Despertó con el sonido del arpa. Nila, hermosa como una aparición en sueños, lo saludó como siempre, con su sonrisa tímida, reparadora para Lorkun. Después lo condujo donde los monjes comían. Celebraban un peculiar banquete en su honor. Según le explicó, para la comunidad de creyentes del dios Kermes, pasar las dos pruebas del templo de Azalea suponía un grado de conocimiento y espiritualidad dignos de un héroe. Lo abrazaron nada más verlo. Lorkun no pudo asimilar esa aura de infalibilidad, esa pretendida encarnación del

héroe; así como tampoco le gustó el recibimiento frío y desconfiado que le ofrecieron al principio, con aquel monje sonriente tratando de ocultar la existencia de la sala secreta. De lo que sí disfrutaba sin reservas era de la compañía de Nila, de su música y conversación, de la hermosura de sus ojos y la capacidad innata para atrapar el misterio en sus ademanes, en una timidez extraña, sí, aunque la chica lo mirase directamente a los ojos, parecía resguardarse bajo la belleza aparente.

—Creo que echaré de menos a Nila. Su compañía me cura más que las medicinas que me da —le susurró a Trento cuando lo encontró en el banquete.

—Y eso que sólo tienes un ojo sano. A veces pienso cómo hacen las órdenes religiosas para reclutar mujeres tan bellas; mira aquellas dos por ejemplo... O la de allí, junto a tu Nila. Es que no hay una fea. Parecen elegidas para embaucar al visitante. ¿No estarán intentando con este banquete, con esas mujeres a la vista, relajar nuestro espíritu? Todavía te queda una prueba y ahora andan celebrando que has pasado de la segunda, no tiene mucho sentido.

A veces Trento podía parecer tosco, primitivo, incluso simple. Pero entonces soltaba razonamientos como aquel y volvías a pensar que era un hombre sorprendente. Sí. Aquel banquete, aquella abundancia de comida y belleza, teniendo por vistas no solo las sacerdotisas más bellas, sino la panorámica de las cascadas y los acantilados perlados de verde, el zafiro oceánico meciéndose abajo en las aguas, quebrado en perlas de espuma... ¿Sería todo parte de un plan preconcebido para despistar al aspirante?

Nila decorosamente, después de servir a varios de sus hermanos de congregación, fue a llenar el vaso de Lorkun y accedió a su petición de acompañarlo en la comida. Lorkun le preguntó por la última prueba, en cierto modo, influido por el razonamiento de Trento.

—Vas a enfrentarte a la última prueba —repitió Nila—. Hay quien piensa que es imposible. Pero salir airoso de la llave de Kermes, teniendo en cuenta que estabas herido y que eres, no te molestes, tuerto, es una circunstancia que en apariencia restaba en tu contra. Nadie pensó que tenías unas capacidades físicas como las que has demostrado... Además de una

aguda inteligencia que te ha permitido salir airoso de cada obstáculo... Animas nuestros corazones.

—Nila... ¿de veras toda esta alegría es por mí? Este banquete en mi honor... Recuerdo que al principio cuando solicité las pruebas, no había este ambiente.

Nila miró a su alrededor. Al principio pareció extrañada por la actitud de Lorkun. Pero después de un silencio demasiado amplio habló en susurros.

—No todo el mundo desea que tengas éxito... Ni todos desean que te presentes a la última prueba.

Lorkun sintió que la joven transgredía su condición de acompañante, por simpatía personal con él, y esto lo consideró como una muestra del cariño que le tenía. Sintió que, de alguna manera, la chica deseaba ayudarlo.

—¿Quién no desea que me enfrente a la prueba? ¿Quién prefiere mi fracaso?

—Es algo difícil de explicar y no es este el momento ni el lugar adecuado. Te visitaré esta noche en tus aposentos.

Dicho esto Nila se levantó y fue a conversar con otros comensales. Lorkun miró al Sumo Sacerdote que presidía la sala. El gran anfitrión era el único de los presentes que no mostraba júbilo. Lo miraba con intensidad, con una especie de sospecha en la forma de posarle la vista. Como si lo estuviera evaluando. Intimidaba. El religioso tomó un sorbo de agua y se retiró.

Lorkun pasó toda la tarde observando a Nila reír con sus compañeras y charlar en varios corrillos. Siempre con su recato y maestría en cada tarea que emprendía, fuese sirviendo comida o transportando vasijas. Lorkun pensó en sus palabras. Deseaba contarle a Trento sus inquietudes, pero una parte de él prefería guardar eso en su intimidad. Pese a las advertencias de Trento, Nila era algo irresistible y sagrado a la vez para Lorkun. Le era imposible desconfiar de ella.

Ya en sus dependencias contemplaba cómo caía el agua de las pálidas cascadas iluminadas por una luna que no conseguía divisar aún desde su balconada. No podía estarse quieto y sabía que no podría conciliar el sueño

mientras esperaba a Nila. Por fin, la chica apareció. Vestida con una túnica blanca sobre la que llevaba una capucha celeste, sus cabellos rubios, lacios, se acomodaron a su rostro cuando, dentro de la habitación, retiró el atuendo que cubría su cabeza.

—Nila, te esperaba —dijo él nervioso, haciéndola pasar.

La joven comenzó a explicar sus misteriosas palabras del banquete. Adoraba su voz rompiendo el silencio de la habitación, tras la sedosa música ambiental que día y noche proferían al templo las cataratas.

—El sacerdote supremo es el único hombre que tiene acceso a esa sala ancestral. De hecho dedica su vida a cuidarla. Es quien la limpia, quien la repara. Nadie más que él y algunos trabajadores a los que se les venda los ojos entran en esa sala. En la antigüedad, a toda persona que trabajase allí, se le quemaban los ojos con un hierro incandescente. Lo que se guarda no debe ser visto por nadie más. Las pruebas se idearon precisamente para que esos secretos no cayeran en malas manos. Por tanto él siente inquietud ante la idea de que puedas conseguirlo. No sabe qué uso darás a esos secretos. Se supone que su fe lo obliga a confiar en que las pruebas, en sí, se realizan para seleccionar a la persona idónea para conocer esos secretos. Nuestro credo afirma que solo una persona que demuestre sus habilidades y sus valores en esas pruebas está preparada para recibir esa información, pero se conocen excepciones en nuestra historia. Gente que pasó las pruebas y después usó esos secretos con fines malvados.

Lorkun escuchaba con tanta atención que no reparaba ya en los paisajes ni en nada que estuviera fuera del rostro de Nila.

—Así que hubo alguien que aplicó esos conocimientos para el mal.

—Sí. Seguro que algún nombre te sonará. Desde hace más de quinientos años, solo cuatro hombres han pasado las pruebas. Uno de ellos fue el mismo Pélik Osmúltar, según me contaron, vuestro amigo y vos venís tras sus pasos. Se dice que él no fue del todo fiel al juramento, porque desveló en sus escritos parte de lo que la sala secreta alberga. Aunque se le tiene respeto, pues guardó la mayoría de los secretos. Después de Pélik, fue Deriodo quien se recuerda como la excepción a la buena disposición de los demás...

—No sé quién es.

—Es un sacerdote de la orden de Fundus. Se le suponía el hombre más culto y sabio de su tiempo. Pero después de venir aquí, enloqueció, y en Meristalia todavía recuerdan la época de oscuridad que siguió a su regreso... Seguro que sí te suena el nombre del brujo Árquinrol.

—Sí, ese sí... El brujo de los brujos... Sus tropas negras asolaron Meristalia.

—Árquinrol es Deriodo.

—Vaya...

Lorkun conocía las historias de la guerra de la Luz que había asolado Meristalia siglos atrás. Su abuelo solía contarle cómo el padre de su padre participó en una dotación del ejército de Vestigia que fue enviada para ayudar en la reconquista del lejano reino oriental.

—El sumo sacerdote no es el único que no quiere que tengas éxito...

La chica cambió su postura y le dio la espalda mirando el fuego de la chimenea.

—Dime quién más, y qué motivos pueda tener para desear mi fracaso.

—Los motivos son devastadores y se trata de una persona que ha seguido tus avances con alegría... pero ahora, no desea que concluyas tu tarea...

Lorkun se sorprendió por el comentario misterioso.

—¿Por qué? Mis razones son justas y espero que los dioses...

Ella le tapó la boca con un dedo. De pronto Lorkun vio que la mujer respiraba entrecortadamente, parecía al borde de decir algo, pero no lograba reunir las palabras que necesitaba. Se acercó al rostro del hombre y después acarició con el dedo que había posado en la boca de Lorkun su labio superior, y en un alarde, lo besó. No duró mucho, Lorkun estaba tan sorprendido que ni siquiera había cerrado los ojos, pero sentía la calidez de los labios de la joven, que se rompió cuando ella se separó. Nila salió rápidamente de la estancia después de decir escuetamente...

—Discúlpame... debéis descansar.

—Espera...

Pero ella no esperó.



A la mañana siguiente. Lorkun, bastante confuso por todos los acontecimientos, se presentó como se establecía para pasar la última prueba. Trento llegó tarde, pero no se perdió la explicación de la prueba.

—La última prueba, la balanza de la justicia. Entregadle el cuchillo y el cazo.

Los custodios le hicieron entrega de un cuchillo y de un cazo de madera sin asas. Lorkun metió el cuchillo dentro del cazo inmediatamente, para seguir las instrucciones. Sabía de la importancia de las explicaciones. El Sumo Sacerdote pronunciaba siempre las palabras exactas, y no decía aquello que pudiera dar pistas al aspirante, pero se veía obligado a dar toda la información que la tradición indicaba que debía ofrecerse. El acompañante debía asegurarse de que todos los detalles quedaban claros al aspirante. La cuestión era tratar de averiguar entre sus palabras lo que no se decía.

Atravesaron la cámara donde tuvo lugar la primera prueba y, después, volvieron a descender a la piscina. Allí cruzaron una puerta y, finalmente, después de un largo pasillo, entraron en un amplio recibidor donde unas escaleras los conducían a una puerta cerrada. Junto a la puerta dos estatuas del dios sostenían unos escudos con runas antiguas.

—Preparad la balanza.

Los custodios abrieron la gran puerta y Lorkun comenzó a inspeccionar la sala donde se llevaría a cabo la última prueba. Era más grande que las demás y en su centro el dios en piedra sostenía una balanza de oro con dos platos metálicos. En las bandejas había dos cazuelas y, a unos diez metros a la derecha de la balanza, había una especie de olla anclada por grandes argollas al suelo de piedra. Lorkun miró cómo los custodios llenaban una de las cazuelas metálicas que había en la balanza y, sin emitir el más mínimo ruido, se rompió el equilibrio y los brazos dorados se descompensaron.

—Bien... —dijo el Sumo Sacerdote—, escucha atentamente, porque para esta prueba habrá un completo silencio. En una bandeja hay exactamente veintitrés litros de agua y la otra está vacía. Tu misión consistirá en llenar la otra bandeja de líquido hasta que se compense el

equilibrio. En esa olla hay unos veintiséis litros de agua. Necesitas el equilibrio perfecto.

Está claro, la cuestión es no tirar el agua, pasar el agua de la olla a la bandeja sin derramarla. Hay tres litros de margen de error, no parece difícil. Este fue el pensamiento de Lorkun, hasta que vio entrar a uno de los custodios con una antorcha. Nila se acercó para susurrarle.

—En esta prueba el tiempo es muy importante Lorkun... Ahora prenderán fuego a la base de la olla, así que, poco a poco, el agua caliente comenzará a evaporarse. Si tardas demasiado, no habrá suficiente agua para transportar los litros que necesitas...

Comenzaban las dificultades.

—Amigo, es cuestión de que te des prisa y...

—¡Silencio! —tronó el Sumo Sacerdote haciendo callar a Trento—. ¡Qué comience la prueba!

Lorkun inspeccionaba la balanza. Se le había ocurrido una posible solución, pero era demasiado fácil... Los monjes prendieron la base de la olla y abandonaron la sala seguidos de todos los demás. En la estancia había dos huecos de piedra a modo de ventana, desde donde podrían seguir cómo Lorkun afrontaba la prueba.

Lo primero que hizo Lorkun fue asomarse a las bandejas en la balanza. El recipiente que estaba lleno tenía una tapa metálica agujereada. Trató de abrir la tapa, pero no consiguió hacerlo. Usó el cuchillo para tratar de abrir los agujeritos y así poder meter el cazo de madera. Su primera idea era compensar la balanza usando el agua fría del recipiente lleno y trasladarlo al vacío hasta el perfecto equilibrio. Así no necesitaría usar el agua caliente. Esta treta era demasiado fácil... Era imposible abrir la tapa, así que abandonó el plan.

—Esa idea era buena... —susurró Trento.

Decidió comenzar el trasvase de agua cuanto antes, pues el fuego seguía calentando el agua en la olla y suponía que trasladarla muy caliente podía convertirse en un calvario. Llevó un primer cazo de madera rebosante, y calculó que transportaba algo menos de medio litro. Lo volcó y volvió a

repetir la operación. El agua estaba tibia. Trató de pensar en otras opciones. Intentó levantar la olla pero estaba muy bien anclada con las argollas.

—Céntrate en trasladar el agua —balbuceó Trento.

En cierto modo sabía que la prueba requeriría de alguna habilidad especial. Estaba seguro de que sería imposible trasladar veintitrés litros con el cazo. Se decidió a intentarlo y después plantearse otras opciones. Así que volvió a sumergir el cazo de madera en la olla... Una y otra vez. Poco a poco el agua se fue calentando. Con el cuchillo rasgó su vestimenta en tiras y con ellas se cubrió las manos preparándose para cuando el agua estuviese más caliente.

—El agua ya está caliente, sale vapor —susurró Trento incapaz de guardar completo silencio.

Se quemaba. Intentaba no llenar del todo el cazo, para que, al rebosar mientras caminaba, no lo abrasara, pero sabía que el agua herviría en poco tiempo. Era increíble la temperatura a la que estaba llegando por momentos. No tenía apariencia debajo de la olla de existir una llama tan fuerte como para calentarla con tanta premura. Calculaba que ya había trasladado diez litros. Había hecho veintidós o veintitrés viajes; uno de ellos había acabado en las losas de la sala, porque al quemarse tropezó y cayó de bruces. Se quemó una de las manos. Gritó de dolor, pero se incorporó rápido para volver al traslado. El agua comenzó a hervir con virulencia, provocando una columna de vapor y el chapoteo de burbujas. Metía las manos quemándose y era incapaz de llenar el cazo de madera a más de la mitad. La balanza seguía inmóvil, como si todo su esfuerzo no hubiera servido de nada.

—¡Vamos, Lorkun! —gritó Trento.

El Sumo Sacerdote lo miró desaprobatoriamente. Nila recogía y estiraba los dedos de sus manos mostrando su nerviosismo y la angustia de su rostro se acentuaba cada vez que intuía que Lorkun se abrasaba.

Echó un vistazo. El agua se consumía demasiado rápido como para andarse con miramientos, así que hundió el cazo de madera para cargarlo totalmente, asumiendo que se abrasaría. Gritaba de dolor, tiritaba y caía agua derramándose, pero logró volcarla en el plato. Sentía sus manos abrasadas y se cambió las vendas. Se le ocurrió otra solución. Quedaba

poca agua. Introdujo toda la túnica en la olla y la empapó. Después respiró hondo y sacó la ropa mojada. Un chorrito de agua goteó hirviendo en la roca del suelo. Lo llevó rápido hacia el cazo y esperó a que estuviera algo más fría para estrujar el atuendo. Toda el agua de la olla se había evaporado ya, y la maldita balanza seguía inmóvil.

—Se ha terminado el agua... —dijo Lorkun en voz alta mientras escurría con todas sus fuerzas hasta la desesperación la vestimenta sobre la cazuela. Pero intuía que estaba lejos de su objetivo. Calculaba que le faltaban cuatro, a lo sumo, seis litros. Había hervido demasiada agua y, exhausto, contemplaba cómo una prueba aparentemente fácil se le había escapado de las manos.

—Esa prueba es imposible —recriminaba Trento a los monjes. Nadie le respondió.

Lorkun se sentó en el suelo, fatigado. Miraba sus manos desliando las vendas. La desesperación hizo que olvidase el dolor de las quemaduras. Miró hacia sus espectadores y vio que los monjes contemplaban impassibles. Debía asumir su derrota... no había superado la balanza de la justicia.



CAPÍTULO

37

## Combates

—¿Preferís un duelo? —preguntó Blecsáder, eufórico ante la muchedumbre.

—¡Duelo, duelo, duelo! —gritaron todos.

Después de un rato de vítores, apareció un guerrero uniformado con la famosa armadura de los «destructores», cuyo aspecto hermético inducía en el adversario la sensación de ser incapaz de herir a quien la llevaba. Pero aquel guerrero no infundía temor por llevar puesta la armadura famosa. Era un tipo enorme, que pasaba de los dos metros con holgura, una montaña humana que esgrimía una imponente espada aserrada, descomunal y aterradora. Sus andares no mostraban la clásica torpeza de los gigantones.

—¡Dadme mi espada! —gritó Remo con la esperanza de que los hombres de Blecsáder le concedieran su petición. Si tuviese su arma, con la piedra, estaba seguro de poder aguarle la fiesta a Blecsáder antes de que se transformase totalmente en un silach.

Blecsáder le hizo un gesto a uno de sus hombres y le lanzaron una espada sencilla, de las que hacían allí mismo, en Sumetra. Su factura era pobre y rudimentaria.

—No lo mates, Morís, deseo que sufra, no le otorgues la bendición de una muerte rápida.

El guerrero avanzó hacia Remo cuando él asió la espada.

Sostuvo un primer lance. El espadachín tras la armadura era fuerte. Se le notaba en la firmeza de la estocada, sin embargo, no parecía técnicamente muy bueno, además, Remo sabía lo que suponía llevar una armadura tan pesada. Sus espadazos eran previsibles, aunque demoledores. Remo comenzó a caminar despacio, describiendo un círculo. El soldado trató de cortarle el paso con varios mandobles de su gran espada y Remo los detuvo, y cambió su paseo hacia el otro sentido. Cada vez que sus aceros chocaban, sus manos sufrían un dolor como si se las machacase con un palo. Morís quiso chocar su armadura con el cuerpo desprovisto de protección de Remo. Lo esquivó sin problemas. Pensó rápido. Sostuvo la espada en la mano, estudiándola mientras el gigantón se revolvía para atacarlo otra vez. Remo tuvo una idea. Con fuerza, cruzó su espada contra la del guerrero por la parte del filo aserrado. El mandoble trabó la de Remo con uno de sus dientes corvos. Remo hizo palanca con todas sus fuerzas. Aprovechó el movimiento que su enemigo hacía para tratar de quitársela de las manos y, poco a poco, el arma se dobló hasta que se partió. Remo retrocedió y gritó levantando los brazos.

—¡Dadme mi espada! Vuestras armas nurales son burdas... ¿de qué tenéis miedo?, ¡me dais armas que se rompen con facilidad...! —gritó Remo con la esperanza de que le hicieran caso. El guerrero esperaba, mientras recuperaba su aliento. La armadura debía cocerlo y molestarle la respiración. Blecsáder tenía cara de pocos amigos, pero las risas y los vítores lo animaron. Ahora el espectáculo estaba gustando a sus invitados.

—Está bien, buscad su arma y dádsela. ¡Morís, por todos los dioses, va sin escudo ni armadura, córtale un brazo, quiero que sufra!

Tardaron, pero finalmente su espada cayó sobre un montículo de arena, en una de las esquinas de aquel ruedo de piedra. Remo sonrió cuando alojó su mano en la empuñadura familiar. Su espada no era ciertamente un arma excelente, y su filo andaba maltrecho, pero estaba mejor compensada que la otra. Miró a los que lo observaban. La sensación de sostener aquel mango, con la piedra de poder inserta en la cruceta, anestesió sus penalidades, como si hubiese reencontrado el camino correcto después de vagar perdido en la oscuridad.

—Morís, eres el espadachín más grande y torpe al que me he enfrentado en un duelo, que yo recuerde —dijo Remo con tono burlón.

El aludido escuchaba los jaleos de todo el público y se lanzó hacia Remo enarbolando su enorme espadón aserrado por encima de la cabeza. Remo retrocedió hasta estar junto a una pared. Alargó de este modo la carrera de Morís, y después colocó un pie en el muro y se impulsó hacia la mole humana cogiéndolo por sorpresa, pues el muy desgraciado sospechó que Remo huía impresionado por su grito de guerra. Remo con su salto sorprendió a Moris y le introdujo su estocada justo encima de la clavícula. La espada penetró como si fuese una montaña de mantequilla, porque había acertado justo en la rendija entre el yelmo, el peto y la hombrera izquierda de la armadura. Remo soltó el mango y la espada permaneció en el cuerpo del guerrero agonizante, mientras daba tumbos hasta postrarse arrodillado. La dejó allí con el objetivo de que recopilase energía con la muerte del grandullón... Pero el gran Morís, que de rodillas era prácticamente igual en altura a Remo, logró extraer el arma y arrojarla al suelo. Con mucha dificultad se puso en pie. No tardó en avanzar hacia Remo, que estaba en una esquina de la arena y tenía menos posibilidades de escapatoria.

Pensó rápido. Si la espada no estaba clavada en Morís y el mastodonte moría, la piedra de poder no recibiría su energía, así que debía volver a clavarla en el cuerpo del guerrero. Esquivó un tajo pesado de su contrincante apoyándose en la pared del fondo, y aprovechó que Morís tenía todo el cuerpo ocupado en la tarea de recobrar el equilibrio para tratar

de rodearlo e ir por su espada. Pero Morís logró zancadillearlo. Remo cayó de bruces sorprendido.

—Ahora eres mío —escuchó mientras trataba de levantarse. Sintió una punzada en la pierna. Gritó de dolor. Torció la cabeza y vio cómo Morís había clavado la punta del botín de su armadura hasta casi partirle la tibia. Esa pica afilada que sobresalía en sus botas, era tan larga como un puñal, y lo tenía inmovilizado por el sufrimiento. Remo estaba a merced de Morís, que ahora izaba la gran espada para asestarle el golpe de gracia. Pero el grandullón debió marearse, bien por causa de la sangre ya perdida que manchaba parte de su peto o por el sofoco del combate. El caso es que cuando izó la espada por encima de su cabeza perdió el equilibrio y tubo que mover las piernas para buscarlo. Remo sintió cómo la punta de acero salía de su pierna y se concentró para lograr arrastrarse y salir del alcance de la espada del gigante. Morís tardó en recomponerse y lograr asestar el espadazo hacia el suelo. Cuando lo hizo, cuando sus brazos cayeron hacia abajo con violencia, la espada levantó chispazos al chocar con el piso de piedra, pues Remo había conseguido reptar lo suficiente y esquivarlo.

—Vamos, Morís, ¡acaba con él! —gritaban por todos lados.

Remo, a rastras, logró llegar a su espada. Justo cuando se volvió para saber dónde estaba su enemigo, tuvo que echarse a un lado para esquivar un nuevo espadazo del gigantón. Otra vez los chispazos alumbraron el agujero. Tal era la violencia con la que descargaba su mandoble Morís. Remo consiguió erguirse un instante y, desde el costado de Morís, logró volver a ensartarlo con la espada, esta vez en una hendidura del lateral de la armadura. Todo soldado de la Gran Guerra, al menos todos los de la Horda del Diablo, conocían de memoria las armaduras de los «destructores». Era obligatorio para ir a la batalla saberse todas y cada una de las rendijas que poseía la temible armadura. Arkane sabía que los destructores constituían gran parte de la moral de la tropa enemiga y debían aprender sus puntos débiles. Con la cabeza inclinada hacia arriba se abría un hueco entre las hombreras y el peto. En los laterales había una pequeña franja donde se ajustaban los correajes de las dos jambas protectoras para el pecho y la espalda. Allí insertó Remo su hoja.



Con alegría vio luz en la piedra al poco de haberlo atravesado. Le sorprendió porque Morís aún estaba en pie. Parecía que la rigidez de la armadura lo mantenía inerte y en equilibrio. Remo extrajo su espada ayudándose de la pierna herida, sufriendo dolor, mientras todo el público silencioso observaba. Morís se desplomó despacio y majestuoso como un árbol, en un estruendo contra la roca.

Ahora Remo se enfrentaba al dilema.

Sabía que si usaba la luz de la piedra, su conversión en una bestia silach podría acelerarse. ¿Qué sucedería cuando mirase la luz roja de su espada?

—¡Velcunio, dadle muerte vos! —gritó Blecsáder.

Las cancelas de hierro volvieron a servir de entrada para el ilustre espadachín. En tan solo dos pasos demostró mucha más habilidad que el difunto Morís. Velcunio era de estatura parecida a la de Remo, pero menos fornido. Llevaba un peto de cuero decorado con oro, sin escudo ni capa, sin brazaletes protectores; tan solo dos piezas de cuero como muñequeras. Velcunio desenvainó su espada ligera, provista de cazoleta para proteger la mano. Desde que lo viera deshacerse de Romlos había temido enfrentarse a él y, precisamente ahora, iba a tener que hacerlo.

—Vienes en mal momento Velcunio —dijo Remo distrayendo sus dudas con un poco de humor negro.

Remo retrocedió despacio mientras Velcunio saludaba al público que lo vitoreaba. Seguían infravalorando a Remo como adversario. Velcunio jugó con su espada haciendo algunos tajos imaginarios que ajaron el aire emitiendo silbidos insolentes. Las gradas se enaltecieron con la seguridad del espadachín. Coreaban su nombre.

Remo miró la piedra de la isla de Lorna. Era la primera vez que lo hacía con verdadero pánico sobre las consecuencias de recibir la energía. Un torrente lo inundó fulgurando sus ojos, su cara, la garganta, hacia el estómago mientras trepaba para su cráneo, pero no era como de costumbre.

De pronto todo se nubló. Perdió la noción del sonido que lo circundaba, del silbido de la espada de Velcunio rajando el aire corrupto del agujero, del público jaleando... La visión se le emborronó y vio una oscuridad que parecía devorar todo el espacio. En mitad de esa oscuridad una silueta

extraña. Era una mujer rodeada de un aura de luz llameante, de color morado. La mujer danzaba y danzaba... y Remo no podía pensar.

Sin embargo, toda esa visión se apagó y volvió a aclararse su vista. Estaba mirando una profundidad alta sobre su cabeza, tumbado en un suelo duro. Se incorporó lentamente.

—¡Está contaminado, mirad sus brazos! —gritó alguien por encima de su cabeza.

Remo miró su brazo izquierdo y vio cómo estaba cubierto de pelo, más musculoso y grande de lo normal, con la mano que simulaba una zarpa, aunque aún tenían sus dedos el aspecto normal, algo más grotescos y con uñas prominentes. Se puso en pie fácilmente. Velcunio había levantado los brazos y estaba haciendo un paseíllo victorioso. Remo rebuscó en su cuerpo por si lo había atravesado con su espada, pero no encontró ni una muesca en su piel. Sintió que la energía crecía y crecía dentro de sí, que estaba llegando a niveles jamás experimentados. Las heridas de su cuerpo desaparecían y notaba la vitalidad que solía aportar la piedra. Sentía un gozo corpóreo de regeneración muscular, sanando todos sus cortes, estirándose las fibras machacadas, corrigiéndose el riego de sus moratones. Respiró hondo para serenarse y no dejarse llevar, para adquirir control sobre sus energías y no acabar destrozando la empuñadura de su espada, que ahora no le pesaba en la mano.

—¡Velcunio, mávalo, deja los puñetazos para las borracheras! —gritó un tipo gordo con voz chillona, barbudo y nauseabundo que empujaba a dos hombres y una esclava para poder divisar mejor el combate. Al parecer, mientras Remo había estado mareado, el espadachín lo había tumbado de un puñetazo.

—Te debía un puñetazo después de lo del Valle de las Agujas, Remo. Es una lástima que estés contaminado por la maldición silach, nuestro duelo podría haber sido muy interesante. Ahora te liquidaré con más rapidez para no poner en peligro a mi gente.

Remo inspiró aire. Trataba de evaluar cambios. Repasó su cara con la mano y no percibió que los rasgos hubiesen variado. «Debe de ser cosa de los brazos», pensó hasta que se tocó la espalda y advirtió ciertas

deformidades... Por ahora no podía quejarse, conservaba el juicio y no temblaba. La energía de la piedra lo colmaba, se sentía como nuevo. Se lanzó a por Velcunio.

El espadachín sostuvo varios lances de Remo con audacia. Remo no lo hirió pero le quitó del rostro aquel aire superlativo de autosuficiencia. Remo sabía que estaría preguntándose cómo era posible que aquel hombre vapuleado por días de hambruna y cautiverio, fuese capaz de propinar sablazos tan terribles. Seguramente se preguntaba dónde estaban sus heridas...

Por ahora él se contenía, simplemente se movía despacio, para soltar su cuerpo recién renovado, como haciendo estiramientos. Su adversario intentó atacarlo con una sección vertical dirigida a la cabeza, avanzando un pie. Remo detuvo el envite y contraatacó con un sablazo horizontal, después otros dos desde el otro lado. Velcunio lo paraba todo, pero el pánico le había hecho retroceder. Debía de dolerle la mano de soportar tanta fuerza de las embestidas de Remo.

—Prepárate, Velcunio... —sugirió Remo. Y allí, en la ciudad subterránea llamada Sumetra, nació una leyenda que sería contada años después sobre un demonio vengativo.

Adoptó postura y realizó varios movimientos en el aire. Se escuchó el silbido de la espada del prisionero, a una velocidad que hizo que le fallase la vista a Velcunio. Entonces el espadachín decidió tomar la iniciativa y atacó a Remo.

Velcunio lo rodeó con paso vacilante y comenzó a hacer esgrima con maestría. Su rapidez hubiese parecido endiablada para cualquier adversario, incluso para el mismo Remo en condiciones normales. Pero en aquellas circunstancias Remo detuvo hasta diez intentos de estocadas y otros tantos de cortes horizontales, sin esfuerzo, más por encajar la energía renovada de la piedra en sus movimientos y poder cerciorarse de hasta qué punto había avanzado la maldición. Velcunio arremetió de nuevo con fuerza y técnica, puntadas, amagos, contraataques, el espadachín daba un recital mientras él, simplemente lo dejaba hacer y lo detenía todo con su pasmosa rapidez de reacción...

Hasta que Remo lo abofeteó con la mano abierta después de otro ataque de Velcunio. El tortazo hizo que el espadachín perdiese su espada y quedase aturdido, con una faz bobalicona. La fuerza del golpe y el sonido ensordecedor del bofetón aturdieron a Velcunio. Remo decidió acabar con él. Lo pateó en el pecho y salió volando a estrellarse contra una de las paredes del cubículo de piedra. Los hombres de Blecsáder admiraron la fuerza de Remo en el vuelo de Velcunio que, a duras penas se recompuso y trató de recuperarse. Recogió su arma del suelo y encaró a Remo temeroso.

Remo por fin decidió imponer la ley de su acero. Dibujó varios cortes horizontales desde la izquierda y después otro algo más vertical desde la derecha, sin que fuesen captados apenas por la vista de los demás. Velcunio chilló viendo cómo sus brazos caían al suelo despedazados, como si fuesen madera que se deja caer junto a la hoguera. Chilló y Remo ahogó su grito separando para siempre su cabeza de los hombros, en otro rápido y espeluznante corte horizontal. El público enmudeció ante el despiece inmediato del maestro de espada más temible de Sumetra. La sangre había salpicado por todas partes a Remo.

La misma sorpresa que contagiaba la grada acabó en silencio y en algunos gritos de pavor. Remo miró la piedra que, si bien no había podido sustraer mucha energía de Velcunio, debido a su muerte rápida, sí que contenía un puntito de luz roja. Remo lo absorbió codicioso, sintiéndose aún más colmado de fuerza; su cuerpo se potenciaba y sentía como su piel se estiraba, cómo sus músculos parecían desear actividad. Aquella cárcel de piedra en la ciudad subterránea podría desmadejarla como si fuese de cartón con sus propias manos.

—¡Matadlo! —gritó Blecsáder abriendo la veda para que cualquiera de sus hombres acabase con Remo. Se había terminado el espectáculo. El propio Blecsáder desenvainó un cuchillo que tenía en el cinto y lo arrojó tratando de acertar en Remo. Este con la espada apartó la trayectoria del cuchillo como si fuese una flor arrojada por una doncella.

—¡Venid, cobardes! —gritó Remo mientras comprobaba que sus piernas y sus pies se transformaban en monstruosidad.

Se escucharon pisadas metálicas y las verjas pronto se abrieron entrando en tropel soldados dispuestos a matar a Remo. Entonces él desplegó toda su energía. Se lanzó hacia los soldados con tanta rapidez que pareció desaparecer y volver a aparecerse junto a uno de aquellos infelices. Con un ademán lo agarró por el cuello. Los demás hombres se detuvieron al ver cómo Remo tenía presa en el gáznate de su compañero.

—¡Suéltalo, maldito!

Remo apretó estrujando el cuello de su adversario y, después de un estertor, los soldados comprendieron que lo había matado. Se le echaron encima. Hubo quien consiguió con su espada tocar el cuerpo de Remo, con la sorpresa de que ese cuerpo ahora parecía blindado de acero. Las armas no traspasaban la piel de Remo con facilidad, y si lo hacían, sus heridas se recomponían milagrosamente. Esta sorpresa fue momentánea, pues todos aquellos que permanecían a menos de metro y medio de Remo tardaron muy poco en morir. Una espiral de sablazos destruía los cuerpos que estaban junto a Remo, que movía sus brazos con tal velocidad que la sangre despedida por sus acciones comenzaba a pintar la pared rocosa. Se creó una nube permanente y roja alrededor del guerrero. Remo se abalanzó hacia los hombres y trazando círculos y óvalos en el aire con su espada, cortando y dando patadas y puñetazos, mató a más de veinte en tan poco tiempo, que sus enemigos comenzaron a huir. El miedo se propagó a toda la grada y una marea humana trataba de huir de aquel espectáculo sangriento.

Remo saltó prodigiosamente y logró aferrarse al balcón donde antes Blecsáder observase el espectáculo. Emergió manchado de sangre y buscó al caudillo. Pero había desaparecido. Allí varios lanceros lo atacaron apenas subió al balcón. De las tres lanzas una sí que consiguió clavarse en Remo, al menos con la punta. Remo no sintió dolor. Las demás se doblaron al contacto con el cuerpo del guerrero.

Agarró la pica y la extrajo con facilidad de su cuerpo. Sus adversarios observaron el misterioso poder que selló la herida de Remo con pavor, dejando un rastro espumoso. Giró la lanza y la usó para atravesar a su dueño legítimo. Los otros intentaron huir. Los mató mientras se internaban en una galería con dos puñetazos. Remo siguió ese conducto. Miró la piedra

y comprobó que estaba totalmente cargada por las muertes del agujero, pero no usó su energía. Sabía que se convertiría totalmente en silach si lo hacía. Su mente comenzaba a nublarse, su vista fallaba de cuando en cuando y tenía la sensación de que su cuerpo estaba mutando a más velocidad de la que él hubiera deseado. Pensó que en poco tiempo... dejaría de pensar. Esto lo horrorizó. Sintió urgencia.

Así pues, comenzó a buscar a Sala destrozando todas las puertas que fue encontrando mientras los habitantes de Sumetra lo rehuían en los corredores pisándose unos a otros, tratando de escapar de él. No se entretuvo en otra cosa hasta que penetró en una estancia extrañamente elegante, donde un joven yacía comiendo uvas sobre una alfombra. Parecía aburrido. Cuando vio a Remo escupió la uva de la impresión y retrepó por la pared.

—¿Quién eres tú? —tronó Remo amenazándolo con su espada.

—Soy Patrio.

—¡Patrio!

El noble asintió amedrentado por el aspecto crudo que tenía aquel ser, mitad bestia, mitad salvaje.

—¡Ven conmigo! Aún estamos a tiempo de encontrar a Sala.

—¿Quién eres tú?

—Soy Remo.

—Remo... ¿qué demonios es todo este jaleo?

Remo no tenía tiempo de explicaciones. Patrio tenía algo en común con Sala. Era de las personas que preguntan y no se dan por satisfechos con una respuesta.

—¡No hay tiempo, sígueme!

Patrio, más por miedo que por otra cosa preguntó:

—Pero ¿dónde quieres llevarme?

Remo perdió su paciencia se acercó y le pegó un puñetazo tratando de contener al máximo su fuerza, imitando una caricia. Después otro, hasta que vio que nublaba su entendimiento. Lo cargó a la espalda como un saco y salió corriendo.



CAPÍTULO

38

## Mira la piedra

Rílmor la agarró del pelo para que no pudiera volver a izar su cabeza y comenzó a manosearla, profiriéndole palabras obscenas sobre las cosas que le iba a hacer a continuación. El asco y el dolor nublaban la razón de la mujer que, desesperada, con la rabia de la inmovilidad, rogaba a los dioses por una oportunidad al menos para defenderse de su agresor. Se sintió tan impotente que deseaba la muerte. Lo insultó de nuevo, tratando de impedir lo que parecía inevitable, pero esta vez Rílmor era ajeno a los insultos de la mujer. No estaba dispuesto más que a violarla y saciar así su instinto dominante y malévolo.

—¡Bájate de ahí, perro! Tu hora ha llegado.

La voz de Remo inundó la habitación como una piedra cae en un vaso de agua y acaba por destrozarlo, después de hacer saltar en pedazos la cerradura de hierro de una patada. El hombre semidesnudo acosando a Sala lo encolerizó. Sintió que un odio irrefrenable le hacía arder las entrañas.

Al principio, Rílmor tardó en asimilar el sonido de esa voz y en comprender la frase, pero detuvo sus actividades libidinosas. Se quedó petrificado. Giró la cabeza. En la entrada había una silueta enorme, manchada de pies a cabeza de sangre, que rezumaba de sus hechuras hasta gotear en el suelo. Sus ojos brillaban en la oscuridad...

—Aléjate de ella, Rílmor, traidor asqueroso —dijo Remo.

Rílmor, despacio, desmontó de la mesa y comenzó a recomponerse la ropa.

—¿Remo? —preguntaba Sala volviendo a subir la cabeza, angustiada por no saber, pero alegrándose de tener esa incertidumbre que había abortado las intenciones de Rílmor. La voz era de Remo, pero aquel que acababa de irrumpir en la habitación parecía una bestia en la sombra.

Dos brazos poderosos sembrados de pelaje basto, oscuro, acabados en garras negras, enormes. Una espada atravesada en el cinto de su atuendo. Los hombros más anchos, el pecho hinchado y totalmente cubierto de sangre, que también salpicaba un rostro aún humano, su bello rostro maldito por los pesares... Aquellos ojos brillantes, blancos, eran de silach... Sala se horrorizó de verlo en ese estado.

—Remo...

Rílmor no sabía cómo ganar tiempo. Buscaba entre sus ropas un cuchillo que pensaba usar para amedrentar a la mujer. Lo alcanzó y ahora lo mostraba mientras aquella besa comenzaba a rugir. En un abrir y cerrar de ojos Sala pudo ver cómo Remo, o lo que quedaba de él, se abalanzaba contra el capitán de la guardia de los Véleron. Realmente no lo vio, solo apreció una ráfaga, como una sombra, una tiniebla desplazándose a una velocidad parpadeante. Fue tan rápido que casi no pudo comprenderlo. De pronto Remo apretaba contra la pared el cuerpo de Rílmor, agarrándolo desde el cuello con una de sus poderosas garras...



—¡No, Remo! —gritaba Rílmor desesperado—. Espera, os ayudaré a escapar de aquí. No me hagas daño y os sacaré de aquí.

Sala odiaba su voz. Le dolía el cuello pero se esforzó en ver bien lo que estaba a punto de suceder. De pronto se vio el brillo de una espada que, acto seguido, en un parpadeo, acabó medio inserta en el abdomen de Rílmor después de haber sido desenvainada velozmente, pero más rápido se vio la misma mano que lo había trinchado soltar la espada, para luego aparecer asfixiando la mandíbula de Rílmor. Remo desgarró el cuello del hombre como si sus manos fuesen bocas de perros hambrientos. Esta vez con lentitud, disfrutándolo. La sangre de Rílmor saltó por todas partes cuando se quedó sin los músculos que sostienen la cabeza, sin cuello, diluyéndose poco a poco los gritos de dolor en un jadeo en busca de aire. Así, la piedra de la espada quedó aún más cargada de luz roja después de que la cabeza de Rílmor se abatiera sobre el pecho como si fuese una piedra sostenida por una cuerda...

Remo soltó de los grilletes a Sala destruyendo parte de aquella mesa. Ella se alegraba de verlo, de saber que no había muerto, se alegraba de que la hubiese rescatado, pero sintió una punzada de dolor en el pecho, sufriendo al ver el avanzado estadio en el que ya se adivinaba más al silach que al hombre.

—Por los dioses, Remo... —susurró Sala abalanzándose sobre él para abrazarlo, sin importarle mancharse con la sangre y las inmundicias.

—Lo sé... No hay tiempo que perder. Sala escúchame —dijo Remo separándola y guardando una distancia prudencial. Parecía no estar muy lúcido. Jadeaba como una bestia. Respiró hondo en un gruñido y se dispuso a hablar:

—Te voy a entregar mi tesoro más preciado, será tu salvoconducto para salir de aquí —decía mientras extraía su espada de las entrañas del hombre que acabó desplomado en el suelo como un espantapájaros horrendo—. Yo no puedo acompañaros... Mírame... Para mí es demasiado tarde. Pero tú puedes salvarte. Ahora debes mirar la piedra roja de la empuñadura. Cada vez que encuentres una luz roja en su interior, podrás usar la energía para curarte o para luchar. Debes guardarla en secreto y usarla razonablemente.

En mí siempre estuvo desperdiciada, pero me ha mantenido vivo durante estos años...

—Remo, buscaremos una solución, algo podremos hacer.

Remo sufría, sufría el paso del tiempo.

—¡Sala, la maldición anida en mí! ¡Me estás escuchando! ¿Acaso no me ves? —tronó.

—¡Dioses, no quiero verlo, no quiero que este sea el final!

—Escúchame, eres la última superviviente. Los demás han caído. Cuando mires la luz de mi espada, te curarás de todas tus heridas, pero lo más importante es que no tendrás nada que temer a los soldados. Cuídate de los silachs, eso sí, no te contagies como yo, y guarda el secreto de la piedra roja para siempre. Yo te ayudaré a escapar, atraeré su atención hacia mí.

—No soporto la idea de dejarte aquí. ¡Usa la piedra para salvarte tú!

—Sala el poder de la piedra no vale nada contra la maldición, pero será suficiente para que tú escapes. ¿Lo entiendes? Al menos me quedará eso, la satisfacción de verte salir de aquí...

Sala asintió percibiendo esas últimas palabras como una despedida y la sensación de que sus posibilidades de escapar poseían la virtud de salvar el alma del guerrero, de reconfortarlo en el oscuro final que le aguardaba. Lo entendía pero no quería aceptarlo.

—Remo, no es justo... Tú no debes morir así. Si no fuera por ti...

—Voy a distraerlos para que tú puedas salir de aquí. Hay algo más: Patrio está vivo, está inconsciente, lo he dejado al final de esta galería. Junto a él verás varias prendas de abrigo que necesitaréis para huir de las montañas. Cuando mires la luz de mi espada tendrás fuerza suficiente para cargar con él y lo demás, no te preocupes, no está contaminado.

—Remo, ¡no puedo abandonarte aquí!

—¡No seas cabezota, Sala! Yo podría matarte, ¿no lo comprendes? Se me nubla la razón. ¡Haz caso de lo que te digo!

Remo tendió la espada hacia Sala.

—Cuando llegues a Vestigia dile a la mujer de Jortés que su marido pudo vengar a sus hijas. Habla bien de Mercal, cuya muerte asumió con

hombría, sobre todo delante de su padre, me lo pidió. Ahora vete, Sala. ¡Corre y no mires atrás!

Sala miró la piedra al fin. Pese a las lágrimas pudo concentrarse en la luz roja. Sus ojos llamearon unos instantes y se le secaron las lágrimas. Un vendaval la recorrió de arriba abajo. Percibió como si los músculos se separaran de sus huesos para desperezarse, para olvidar sus limitaciones. Gimió y apretó los puños y sintió como si estuviese hecha de acero. Las heridas de su cara comenzaron a desaparecer dejando rastros espumosos que se descomponían. En unos instantes, tenía la cara exactamente en el punto máximo de su belleza y ni un solo rasguño habitaba su anatomía, ni rastro de latigazos ni golpes. No tenía sed, ni hambre. Temblaba por dejar fluir el enorme caudal de energía.

—Remo, esto es... —Lo abrazó fuerte y volvió a sentir una pena profunda.

Remo la separó de su lado y la apremió para que salieran de allí. Ella lo precedió en el túnel, de vuelta a las galerías principales, corriendo con tanta agilidad que parecía un pez atravesando una caverna llena de agua.

—¡No te pares, Sala! —gritaba Remo a su espalda. Su voz se volvía cada vez más profunda y desconocida. Comenzaron a escucharse gritos.

Cuando salieron del intrincado sortilegio de túneles aparecieron en la gran bóveda del lago y la cascada. Sala comprobó que Patrio yacía inconsciente sobre unos abrigos de pieles, apoyado en una pared rocosa junto a una escalinata que surcaba la enorme pared de la gran estancia. Se lo echó a la espalda con suma facilidad y aferró los abrigos contra su regazo. Esperó a que Remo saliera del túnel.

—Remo...

—¡Largaos ya! ¡Y recuerda lo que te he dicho de la piedra! —le gritó él con voz antinatural, mientras desatascaba de una pared una lanza y un hacha que decoraban unos ribetes de piedra—. ¡Para volver a cargarla de luz, deberás quitarle la vida a alguien!

Se miraron a los ojos mientras escuchaban sonidos acercándose. Directamente a los ojos, sin hablarse, sin decirse lo que la mirada expresaba y, por un segundo, estuvieron juntos en una conexión íntima en la que

podían ver el profundo lazo que los unía. Un lazo de sufrimiento compartido, un lazo a punto de romperse ahora, pero que siempre, de alguna forma, perviviría en los recuerdos de la mujer.

—Vete.

Ella comenzó a ascender por la escalera sin dejar de sorprenderse de lo fácil que le resultaba. Sentía que su energía era inagotable, infinita. Escuchó voces, tropelías metálicas. Imaginó que era Blecsáder con refuerzos. Avanzó aún más veloz y, entonces, a sus espaldas se escuchó un alarido espeluznante. En la balconada de la cueva, en el otro extremo, por donde aparecían los primeros soldados, se contagió la sorpresa, más allá del río y las columnas gigantes.

—¡Mi señor, está allí abajo!

Sala miró hacia atrás pero sin detenerse. Era Remo, blandiendo el hacha y la lanza. Emitía alaridos furiosos, como jamás escuchase en su vida. Lo hacía para llamar la atención de los hombres de Blecsáder, que comenzaron a descender por diversas escaleras, por cuerdas, hacia el enorme patio, cruzaban los puentes para pasar el río y enfilear las escaleras para descender hasta donde estaba Remo. Algunos se tiraban directamente a las aguas para que la corriente los despeñara por la cascada y, una vez abajo nadar hacia la orilla donde el guerrero siniestro seguía rugiendo enloquecido. Sala adivinaba desesperación en los rugidos espeluznantes. Un grupo de silachs amaestrados comenzaba a descender por agujeros y recovecos en la enorme pared donde estaban las viviendas tipo nicho, junto al río. Su agilidad para moverse por la pared los colocaría cerca de la cabeza de Remo, que parecía no percatarse de su presencia.

La mujer corrió hacia las galerías superiores, mirando de cuando en cuando hacia abajo, hacia el portal donde se había quedado Remo. Se concentró en la tarea de salvar a Patrio y decidió no mirar más. Por fin alcanzó el final de la escalera y cruzó unas puertas de cuero. Atravesó como una exhalación un corredor colmado de pieles. Descendió varios escalones y atravesó numerosos corredores ascendentes muy empinados. Temía perderse pero, finalmente, una suave coloración de brillo en las rocas de uno de aquellos pasillos oscuros, le indicó dónde estaba la salida. En sus

oídos quedó el fragor de la batalla que se libraba, los alaridos de los silachs colmados de frenesí. Lloraba y corría con desesperación, sintiendo que cada paso la alejaba para siempre de Remo.

Remo la siguió con la mirada mientras sus enemigos se iban acercando. Sala ascendía con agilidad llevando a Patrio a cuevas por la escalera de roca en la gran pared donde se perdía el río después del lago. Remo pensó que era una imagen hermosa, pensó que era la última imagen amable y esperanzadora que vería en su vida. De cuando en cuando profería gritos para llamar la atención de los esbirros de Blecsáder. Eran gritos extraños, liberadores, deseaba perder su voz con ellos, romper su garganta. Sala, que pareció girarse a veces a contemplar el avance de los enemigos, pasaba inadvertida para ellos. Deseó con todas sus fuerzas que Sala consiguiese su objetivo. Él sabía que escaparía. La piedra le otorgaría la fuerza necesaria.

Recordó a Lania, la recordó mientras apretaba sus zarpas para agarrar con más precisión el hacha y la lanza. Sus cabellos lacios, su hermoso rostro, pero sin poder evitarlo ese rostro se confundía con el de Sala, con la risa fresca de ella, con sus típicas expresiones cargadas de ironía. Sala... La vio perderse, diminuta ya, en una esquina de piedra escalera arriba, y se sintió solo, más solo de lo que jamás se había sentido en su vida. Triste, junto a la muerte... pero dispuesto a sembrar de cadáveres aquella cueva. Esa determinación era su último hálito de luz y bienestar.



CAPÍTULO

39

## Remordimientos

Patrio volvió en sí mientras era transportado ágilmente en la menuda espalda de alguien desconocido. Se sorprendió de la fuerza inusitada de su transporte, que daba saltos y corría como si no percibiese en absoluto el peso de su cuerpo. No tenía más recuerdo que el de vérselas con ese hombre monstruoso, Remo, que lo había golpeado.

¡Era Sala! Su prometida era quien bregaba con él como si fuese una marioneta. Estuvo a punto de preguntar, pero se dejó hacer cuando descubrió que estaban a punto de salir al exterior. Más allá de su cabeza, un medallón luminoso se agrandaba pudiéndose percibir la cegadora

iluminación del día. Lo cruzaron y Sala, viendo que estaba consciente, lo depositó con cuidado en el suelo.

Sala y Patrio salieron a la luz que los envolvió por completo y la nieve blanca les pareció una bendición bajo sus pies. Avanzaron hollando el suelo fresco hasta resguardarse tras un parapeto natural de rocas a unos doscientos metros de la boca de la gruta por la que habían escapado. Tenían urgencia por aumentar esa distancia pero sabían que no podrían caminar sobre la nieve sin precauciones. Rasgaron las ropas de Patrio y se liaron telas para que no se les congelasen los pies. Caminaron todo lo rápido que pudieron. El cielo abierto sobre sus cabezas embellecía sus esperanzas de abandonar aquella pesadilla de laberintos de piedra sin ser vistos. Descendieron una ladera helada y después ascendieron por un sendero hasta una pequeña cima desde la que podrían divisar si eran perseguidos. Allí tomaron un respiro atendiendo a las súplicas de Patrio por descansar. La brisa helada silbaba revolviendo el cabello de Sala. Emitió un suspiro cortado y se dobló por la cintura vomitando sobre la nieve. Patrio se acercó.

El joven observó cómo ella estaba llorando con una amargura que jamás había visto posada en los ojos de un hombre o de una mujer.

—¿Qué sucede?

Parecía incapaz de decir palabra, pero hizo un esfuerzo, escupió a la nieve...

—¡Remo se ha quedado allí... Remo se ha quedado allí...! —sollozó casi gritando, enrabiada, golpeando la nieve con sus puños.

Sala sentía que en parte lo había traicionado. No podía evitarlo, pese a que su razón le dijese que había obrado correctamente siguiendo los dictados del propio Remo, verse allí sana y salva sabiendo que los demás habían sucumbido y que el hombre que más admiraba se había sacrificado por ellos... Era horrible tener como último recuerdo esa transformación que lo estaba inundando, la sangre y el sufrimiento. Sintió escalofríos pensando que, a estas alturas, Remo sería una de aquellas abominaciones, una formidable criatura devoradora, esclava de la sinrazón. Pero más temía que aquellos malnacidos hubiesen dado con él. No sería fácil doblegarlo, se cobraría alguna víctima más, pero finalmente acabaría muerto, o

esclavizado cuando su cuerpo estuviese desprovisto de ese genio peculiar que siempre lo ayudaba a urdir planes y escapar de los peligros.

La angustia que la asediaba era descubrir lo miserable de la existencia, lo injusto de la suerte. Remo, guardando durante años un tesoro capaz de curar y de convertirlo en molde de dioses, con el tremendo poder que Sala acababa de experimentar, había ido a encararse con aquella maldición que nada se veía afectada por tales dones. ¿Acaso no era ella responsable de su suerte por haberlo empujado a ayudarla en el rescate de Patrio?

—Sala, cariño, no te tortures. Remo hizo lo que pudo, estaba contaminado.

Tardaron medio día en encontrar a alguien en aquellos parajes. Patrio, algo hambriento pero físicamente bien, la ayudó a emboscar a un viajero al que las negociaciones sin dinero no le convencieron. Finalmente Sala, espada en mano, terminó por robarle comida suficiente para buscar la ciudad de Asmón. Allí buscarían un transporte hasta el Paso de los Abismos y de ahí viajarían hacia Vestigia. En cada paso que daba, alejándose de aquel agujero infecto, tenía una sensación desalentadora de desamparo y traición. Remo moriría por su culpa. Él se había sacrificado por ella, le había entregado su espada y gracias a él había escapado de allí, una y otra vez lo pensaba, se le repetía en la cabeza la última mirada de Remo...

Descansaron en un paraje pelado sin nieve, por fin alejados de los desfiladeros de Sumetra, pasado el Valle de las Agujas. Corría un viento gélido aquella noche. Ver las estrellas fue un regalo que les recordaba que habían escapado de un infierno subterráneo. Patrio se le acercó, la abrazó. Tenían mucho frío pese a estar arrimados a una hoguera. Patrio le acarició el pelo de después de dulces palabras intentó besarla.

—Por favor, Patrio, ahora no puedo.

Él se retiró dejándole metros de espacio y ella bendijo su comprensión. No deseaba que nada la distrajesse de su pena, deseaba sentir dolor, deseaba esa culpabilidad. Y no dejaba de esforzarse en recordar lo bello y formidable que era Remo, y su triste final. De pronto miró a Patrio a dos metros. La estaba mirando fijamente buscando el permiso de ella para abrazarla de nuevo. No podía. Le repelía la idea de acariciarlo después de



los padecimientos, ni besarlo. No dejaba de pensar que Remo había dado su vida por ellos. Cada instante que pasaba comprendía más y alababa los actos de ese hombre. Lo elevaba a la condición de héroe y se lamentaba porque parecía estar evocándolo como a un difunto.

Llegaron a Asmón después de padecer una caminata nerviosa, siempre alerta, siempre sospechando que los seguían. Sala guardó el secreto de la espada de Remo y no dejaba que Patrio la empuñara siquiera.

—Esa espada la manejaré yo mejor que tú —decía Patrio totalmente ajeno al valor de la joya que estaba engarzada en la cruceta.

Sala jamás dejaría que nadie la tocara. Era algo de Remo y la conservaría hasta el final de sus días.

Se hospedaron en la misma posada en la que fueron con Peronio y, al día siguiente, sucedió un milagro, un milagro inesperado.



CAPÍTULO

40

## La decisión

—Despierta, Sala.

Con dolor de cabeza, pensó que Patrio la espabilaba para emprender camino, para continuar el regreso desolador hacia Vestigia pero, de pronto, su mente razonó ese tono de voz elegante...

¡Era Lorkun!

—¡Lorkun, por todos los dioses, Lorkun!

Con una sonrisa en el rostro, vestido con un jubón elegante del que nacía una capa de viaje amplia, Lorkun la miraba con su único ojo sano. Sala miró el parche grisáceo con el que tapaba su otro ojo, como para cerciorarse que realmente era él y no un espejismo, un sueño demasiado

real en el que estuviera navegando. Lo abrazó tan fuerte, que su amigo sintió dolor.

—Seguí las indicaciones de Trento. Ahora ha ido a comprar unas mulas para regresar a Vestigia.

—¡Trento también está aquí!

Sala tuvo que apretarse con una de sus manos el pecho, porque pensaba que podría salirse el corazón de su interior de tanta felicidad. Trento, Lorkun, ¿qué más podía pedir aquella mañana?

—Sí. Tenemos salvoconductos para regresar por el Paso de los Abismos. Cuando el Rey de Nuralia, Deterión, se enteró del secuestro de Patrio, decidió otorgar a Lord Véleron más salvoconductos. Y ofreció un embajador para buscar una salida al conflicto. Dijo que investigarían vuestro paradero. Supongo que no podíamos esperar tanto... Trento me guió hasta aquí. Estábamos preparándonos para avisar al embajador y que el Rey Deterión nos concediera una intercesión con ese Blecsáder... No pensábamos que tendríamos la suerte de encontrarlos aquí.

Sala asentía ante todas esas noticias. Lorkun hizo una pausa.

—Háblame de Remo. ¿Es cierto que está muerto? Eso nos ha dicho Patrio. Asegura que acabó por convertirse en un silach...

La mujer contuvo la respiración un momento. Se estiró en la cama, y se incorporó.

—Yo no lo vi morir... —alcanzó a decir con un tono de voz mucho más apagado que el de antes, impregnado de desazón—. Pero es lo más probable.

Lorkun dejó las sonrisas a un lado cuando preguntó por su amigo. Sala encontró fuerza en las nuevas alegrías para no llorar, y poder contar lo que le había sucedido a Remo. Pero terminó derrumbándose. Habló a Lorkun de lo sucedido en el lamentable tiempo en que estuvieron reclusos en Sumetra. Sintió escalofríos recordándolo todo y una amargura densa, intragable, volvió a agobiarla desde el estómago. Como si su garganta deseara replegarse. Le costaba trabajo respirar bien.

—¿Y cómo tienes este aspecto?

—Me pegaron, fue horrible.

—¿Te pegaron? No lo aparentas.

Sala, como para comprobar a qué se refería Lorkun, buscó un pequeño espejo que tenía la habitación en una pared. No tenía ni tan siquiera ojeras, ni rastro de las heridas. Su cutis lucía una tersura especialmente saludable. Incluso no tenía el típico rostro desencajado por la vigilia y el hambre padecidos. Recordó entonces que había estado bajo los efectos de la piedra.

—La piedra... —susurró Sala.

Sala narró suspirando el porqué de su recuperación milagrosa y, este tema en particular, llamó mucho la atención de Lorkun, que pidió a Sala que le mostrase la piedra de poder. Ella lo hizo. Sabía que Remo le había dicho que lo mantuviese en secreto, pero no tenía fuerzas, necesitaba el apoyo de Lorkun.

—Vaya. Esta piedra, dices que te curó las heridas, que te la dio Remo.

—Sí. Me ayudó a escapar de forma extraordinaria.

—Formidable. Tuya es la gracia del agua y todas las cosas puras, señora Okarín —dijo Lorkun con aire de bendición—. Esta piedra ha sido el gran secreto de Remo durante estos años. Ahora comprendo muchas cosas, Sala, nuestro amigo es una caja de sorpresas.

La verdad es que a Sala le molestó el interés desmedido que Lorkun mostraba por la gema oscura. Lo importante era la desgracia de Remo, no su maldita piedra. Lorkun siguió inspeccionándola y después se la entregó a Sala. Con una sonrisa dijo:

—¿Recuerdas el motivo de mi partida? ¿Recuerdas por qué decidí marcharme? Llévame hasta Sumetra. Tengo el remedio para curar la maldición silach.

Sala al principio pareció incrédula, como si fuera una broma. Después se puso tan contenta que saltó de la cama y fue a buscar a Patrio, que estaba abajo tomando una pinta junto a la chimenea de la posada. Le pidieron salir del local para hablar de forma más privada.

—¿Estás loca? Moriremos si volvemos allí. ¿Olvidas a Blecsáder y sus hombres, a esos malditos monstruos? —comenzó a protestar Patrio—. Sala, entiendo que Remo era tu amigo, pero tú misma lo has dicho... se ha

quedado allí, en el agujero infestado de esas criaturas. ¡Demonios, si hasta él mismo se ha convertido en una de esas cosas!

Sala trató de hablar de forma pausada, pero la ira consumía sus facciones.

—Tú no lo comprendes, Patrio. No puedo abandonarlo a su suerte. Lorkun tiene un remedio.

—Lorkun tiene un remedio para los vivos, Sala, es imposible que siga vivo. Vamos, tú y yo aún tenemos un futuro, un futuro mucho más esperanzador. Sala, confía en mí, te alejaré tanto de esta pesadilla, te colmaré de tantas luces, que olvidarás estas sombras aunque sea la última cosa que haga en mi vida.

Sala lo miraba y sus palabras caían como piedras fuera de un estanque. Sentía profundamente que Patrio se equivocaba. Sus intentos por persuadirla le parecían como de otra época, rescatando sentimientos antiguos, cuando el encanto de Patrio tenía efectos estimulantes en su fuero interno, y comprobaba sin error que ahora sus palabras eran como razones transparentes, como inútiles excusas, pretensiones de una vida llena de lujos, una vida cómoda y ahora lejana, falsa y carente de todo sentido. Recordó a Remo, como si lo tuviera delante, fingiendo esa indiferencia tan propia de él, esos ojos enfadados, se acordó de su rostro golpeado, de su aspecto cuando ya era más bestia que humano... Si había una mínima oportunidad de volver y salvarlo, por muy remota que fuese, debía hacerlo. Era algo más que un deber moral. Estaba segura de una cosa: Remo volvería a por ella aunque no existiese tal posibilidad. Remo jamás la dejaría sola pudriéndose en aquel inframundo. Si estaba muerto, recuperarían su precioso cuerpo y le darían sepultura con un saco de seda como a las personas decentes que merecían digno sepulcro. ¡Por todos los dioses, tenía que volver!

Miró a Lorkun, que guardaba una distancia prudencial, dejando a la pareja discutir con cierta privacidad, pero apremiando con su mirada la decisión final de Sala. Apretó los puños y se recompuso.

—Patrio... Remo está en ese agujero por salvar tu vida. Es más... Remo está ahí, por mí. Porque yo le pedí que te rescatase.

—Vale, Sala. La vida es así, hay que tomar decisiones duras. Pero estoy seguro de que Remo agradecería mi decisión. Él no se ha esforzado tanto para que ahora todos volvamos y acabemos muertos. ¿Te lo imaginas? Volver y acabar allí...

—Lo siento, Patrio, si no quieres venir con nosotros lo entenderé, pero yo voy con Lorkun.

—Ven conmigo, insisto —dijo Patrio tratando de ser persuasivo pero dejando claro que él no los acompañaría—. Esto es una pesadilla de la que despertarás si vienes conmigo. Eres mi prometida. —Pero la mujer se había reunido ya con Lorkun y recopilaba sus enseres para partir. Eso fastidió en exceso a Patrio—. ¡Haz caso de tu futuro esposo! ¿Me dejarás volver solo? ¿Qué podré decir sobre nosotros? Nos habíamos prometido, te llevé a mi casa con mi familia... ahora todo es diferente. No hagas esta locura que pretendes o lo perderás todo. Estoy seguro de que ese hombre ya está muerto.

—Adiós, Patrio —dijo ella con tono fúnebre.

—¿Me vais a dejar volver solo desde aquí?

—Trento está consiguiendo transporte, te acompañará. Él te llevará de vuelta a Vestigia, con los salvoconductos no tendréis problemas —concluyó Lorkun.

Sala no giró su cabeza para ver el rostro contrariado de Patrio. Cada comentario que aumentaba la espera la encendía de cólera. Sentía que su amor por él definitivamente había muerto. Pensaba de repente que era algo nimio e insignificante comparado con la misión de rescatar a Remo. De hecho se reconocía decepcionada con el noble, pero ni tan siquiera sentía que esto fuese a colmarla de desazón. Ahora todo giraba entorno a su regreso a Sumetra.

Se alejó con Lorkun y sintió liberación. Pensándolo con frialdad, descubrió que lo sabía desde hacía mucho... Sí, desde que Remo había aparecido de nuevo en su vida, como nace un presentimiento, como se recupera la fe... Ella, en el viaje hacia las pesadillas en que se había convertido el rescate de Patrio, había recuperado un sentimiento mucho más fuerte, mucho más puro que el amor cómodo y amable que había sentido

hacia Patrio en aquellas citas placenteras, de lujo y distracciones. Todo se definía con palabras simples: estaba dispuesta a morir por Remo. Sí, aunque él ni siquiera la correspondiese, aunque ella no aspirase a poder compartir su vida con él. Esa era la verdad. Todas esas peleas, esas discusiones, todo lo odioso que podía resultar Remo a veces, todos los defectos que ese hombre tenía podía perdonarlos si al menos tuviese la oportunidad de volver a verlo. Se conformaba con volver a verlo, con darle la cura de su mal, aunque ello significase que después él se volviese a marchar, aunque él no la amara. El único acto de amor que ella podría hacer ahora era tratar de sacarlo de Sumetra... vivo o... Prefería no pensar en otra posibilidad. Estaba dispuesta a todo.

Ascendieron a las montañas con energías renovadas. Lorkun caminaba recio y parecía no fatigarse, y ella parecía conservar algo de las energías de la piedra porque le seguía el paso con brío y ganas de aumentar el ritmo. Tal vez estaba espoleada por los deseos de salvar a Remo.

Por los desfiladeros de las montañas recordó la ruta hacia Sumetra. Anocheceía cuando descubrieron en un risco a varios hombres arrimados a una fogata. Se ocultaban con capas de viaje, pero Sala reconoció las protecciones bajo las capas, los petos y algunos símbolos...

—Son hombres de Blecsáder —dijo ella.

Lorkun revolvió entre sus cosas y sacó de un zurrón una pequeña pluma negra y un tarrito de tinta.

—¿Qué haces?

—Ahora lo verás.

Se remangó hasta los codos y comenzó a pintarse en el antebrazo extraños símbolos. Sala desenvainó la espada de Remo de una funda que habían comprado en Asmón. No sabía lo que pretendía Lorkun, pero si alguno de aquellos hombres se alejaba de la hoguera, lo mataría sin vacilar para poder cargar la piedra. Habían estado hablando largamente sobre cómo abordar el peligro al que se enfrentaban y la conclusión a la que habían llegado era que, para entrar en Sumetra con ciertas garantías de éxito, lo mejor era conseguir que la piedra estuviese cargada. Toparse con hombres

de Blecsáder era una de las pocas oportunidades que se les presentaría para lograrlo.

—Voy a darte oportunidad de cargar la piedra, pero déjame terminar esto —susurró Lorkun atareado en sus dibujos extraños.

En las manos, los dibujos se volvían más minuciosos. Lo más difícil fue cuando tuvo que dibujar con la mano izquierda sobre la derecha. Se le veía más torpe así.

—¿Para qué sirven esos trazos que te haces?

Lorkun guardó la pluma y taponó el tarrito. Extrajo un papiro de la misma alforja y comenzó a comparar los símbolos que acababa de dibujarse con los del rollo de papel. Contaba solo con la luz de la hoguera de los soldados de Blecsáder, así que no estaba seguro de haber hecho los dibujos correctamente.

—¿Qué haces? —preguntó Sala cansada de esperar—. Si tuviera mi arco...

Lorkun sacó un cuchillo de su zurrón. Lo posó en la palma de una de sus manos pintadas y balbuceó en un tono de voz gutural muy alejado del candor que siempre poseía el habla de Lorkun. A Sala le sonó parecido a esto:

—Elroidrim Kaermenio Ferrucaim Morrrrgen... invoco la maldición Perfidia.

El cuchillo comenzó a flotar en la mano de Lorkun, y una lucecita verdosa lo rodeó. Sala estaba boquiabierto, mirando la magia invocada por su amigo. La luz se volvió más intensa hasta que se apagó. A simple vista nada había cambiado...

—No funciona... —dijo Lorkun sumido en profundos pensamientos.

—¿Qué es lo que no funciona?

El hombre volvió a la plumilla y la tinta y repasó los trazos de los dibujos, después repitió.

—Elroidrim Kaermenio Ferrucaim Morrrrgen... Perfidia.

Nuevamente la hoja metálica flotó en la mano de Lorkun y aquella luz verde emanó de él. La luz comenzó a hacer espirales hasta que pareció



resumirse sobre el cuchillo. Se apagó, pero esta vez el metal se había tiznado de forma peculiar. Era negro como un carbón.

—Acerquémonos... —susurró Lorkun.

Treparon a un altozano para emboscar desde arriba a los de la fogata, que ya andaban a punto de dormirse. Lorkun estiró su brazo y el cuchillo ennegrecido por la magia silbó en la noche hasta clavarse en la espalda de uno de los hombres. La puntería del cuchillero no sorprendió a Sala, pues había oído hablar de él, pero los efectos de la cuchillada, la dejaron estupefacta.

—Espero que salga bien... es la primera vez que lo hago, y no sé si habré acertado bien con los símbolos.

El hombre que tenía el cuchillo en la espalda clavado no se inmutaba, parecía no darse cuenta de que acababan de apuñalarlo. Seguía en su tedioso parlamento con los demás. Lorkun comenzó a hacer gestos con las manos y a pronunciar más palabras de aquellas y, de repente, el soldado se levantó y desenvainó su espada. Los otros lo miraron sorprendidos.

—¡Ahora, Sala! —gritó Lorkun y, lo sorprendente es que también lo gritó el tipo que enarbolaba su espada contra sus compañeros.

Sala vio aterrada cómo Lorkun profería movimientos de espada al aire, con las manos vacías, con su único ojo ido, prácticamente en blanco, mientras el hombre repetía sus movimientos. Estaba poseído por Lorkun. Sala decidió atacar. Bajó al terraplén que precedía al improvisado campamento. Se acercó a la hoguera y clavó la espada en uno de aquellos soldados, a placer, pues estaban distraídos defendiéndose de la locura de su compañero. Lo peculiar es que el tipo poseído le habló a ella como si fuese Lorkun.

—Sala, vuelve conmigo en el risco. Deja que se cargue la piedra mientras yo acabo con ellos —pronunció la víctima de la maldición de Lorkun.

Sala, asustada por ver el poder tenebroso que usaba su amigo, se alejó de la hoguera. El tipo lanzaba mandobles por doquier, mientras sus compañeros sufrían sus envites. Quedaban dos, teniendo en cuenta que Sala acababa de eliminar a uno. El que controlaba Lorkun luchaba mal y lo

habían ensartado ya varias veces, pero no moría, ni mostraba fatiga. No dejaba de luchar, pues aún seguía expuesto al control de Lorkun. Por fin logró matar a uno de los dos soldados, atravesándolo de parte a parte. En ese momento el último de los hombres de Blecsáder aprovechó la oportunidad y le cortó la cabeza.

—¡Aaagh! —gritó Lorkun tambaleándose—, ¡no veo! Perdió la conexión con el cuerpo que se desplomó al instante.

—¿Qué diablo se oculta en la oscuridad de esta noche? —gritó el guerrero presa del pánico—. ¡Senitra, acaso no sabes que soy tu siervo!

Un cuchillo silbó rajando la brisa nocturna hasta hundirse en el cráneo del desdichado. Lorkun tenía una puntería endiablada, pensó Sala, que agradeció que esa cuchilla no estuviese poseída por ninguna invocación extraña. Aquellos poderes le infundían temor.

—¿Estás bien? —preguntó Lorkun, que descendió por el terraplén.

—¿Qué demonios ha sido eso? ¿Te has convertido en un maldito brujo?

—Veamos cómo está la piedra.

Acudieron junto a la hoguera. La piedra estaba cargada.

—¿Cómo has conseguido hacer eso, Lorkun?

—Te lo contaré cuando hayamos retirado los cadáveres y estemos arimados al fuego...

Ya más tranquilos, después de apartar los cadáveres, Lorkun narró con su voz hipnótica todo lo sucedido en la isla de Azalea. De cómo se enfrentó a las tres pruebas de Kermes...

—Yo pensaba que estaba derrotado... Esa tercera prueba me había vencido, sí. Estaba tan cansado ya...



CAPÍTULO

41

## Equilibrio

Lorkun se levantó despacio. Advertía en el estómago, en los pulmones y en la opresión de su garganta el sabor de la derrota...

Los ojos del Sumo Sacerdote estaban clavados en los suyos, impasibles. Pensó que algo se le estaba escapando. Sí. Los custodios permanecían inmóviles observándolo. «¿Qué esperan? Ya está, ya he perdido», pensaba... y, sin embargo ellos seguían sin demostrar emociones. «Algo se te está escapando, Lorkun», se dijo a sí mismo una y otra vez. No se había percatado de algo que ellos trataban de ocultar con sus poses estáticas. No quedaba agua, ¿qué más podía hacer?

Trento se tapaba la cara asumiendo la derrota. Lorkun no iba a hacerlo... no se iba a dar por vencido aún. Pensó y pensó repasando la estancia con la mirada... y acabó recordando la frase que había dicho el sacerdote, en concreto una palabra: «líquido». Entonces descubrió una posibilidad que, en principio, jamás hubiera contemplado...

Orinó en el cazo de madera.

Comprendió que la finalidad de la prueba era que la balanza se compensara. No exigía que fuese con el agua de la olla, le valía cualquier líquido. Apenas si consiguió llenar el cazo.

—¡Estupendo, Lorkun, muy buena idea! —bramó Trento. Rápidamente lo mandaron callar.

Lo vertió en la bandeja, no sin cierto rubor por aquella idea loca, pero la balanza no se movió. Se asomó a la otra bandeja, a la que estaba cerrada y, por entre los agujeros, pudo comprobar más o menos la diferencia con la suya. Era apreciable a simple vista, calculaba que faltarían cuatro litros más o menos, agarró el cuchillo.

Se cortó las venas de un tajo limpio.

—Kermes, protégelo... —susurró Nila sin poder evitar llevar la mano a sus labios, temblando.

—Cuidado amigo, no merece la pena morir por esa prueba —dijo Trento, antes de la habitual protesta de los monjes.

La sangre caía dentro de la bandeja y, salvo el escozor de la herida, Lorkun no percibía nada malo. No sabía cuánto líquido faltaba para que la balanza se compensara, pero no se le ocurría otra forma de conseguir más peso en la olla. El agua se había coloreado y al rato comenzó a sentir un mareo.

—Ya basta, Lorkun... —susurró Nila, aunque la balanza seguía sin equilibrarse.

Lorkun veía que aún faltaba más sangre y no parecía dispuesto a abandonar.

—¡Déjalo, Lorkun, al diablo con la prueba!

Más y más sangre espesaba el color rojizo de la bandeja. Febril, comenzó a sudar y ver doble en ocasiones. La luz de las llamas en las

antorchas de la sala bailaba a su alrededor. Se desplomó sobre el suelo de piedra. Trento salió corriendo a ayudarlo.

—¡Estoy bien! —gritó Lorkun desde el suelo. Tapó la herida con las vendas de las manos. Lo había comprendido. Sí. Kermes era el dios del fuego...

Se arrastró hacia la pared tambaleándose, pero logró alcanzar una de las antorchas. La colocó debajo del plato de la balanza que albergaba la muestra de líquido a igualar, la primera bandeja con la tapa llena de agujeros. Se dirigió a otra de aquellas antorchas casi reptando, mareado, y sumó sus llamas a las de la anterior. Así recopiló las antorchas debajo de aquel plato. ¿Cómo no lo había pensado antes? Kermes, el dios del fuego. Por eso estaba la tapadera agujereada.

El fuego calentó la bandeja y el agua comenzó a humear, a evaporarse aligerando el peso de la bandeja. Con un poco de suerte, el fuego no consumiría la totalidad de la madera de las antorchas antes de que el peso estuviese compensado. Esperó sentado mientras Trento daba saltos de alegría junto a Nila, que no respetó el estatismo de los demás.

Al rato y de forma casi milagrosa, la balanza crujió y lentamente los platos alcanzaron perfecto equilibrio.

—¡Lo he conseguido! —gritó Lorkun justo antes de sufrir un mareo muy potente.

Sintió unas manos que lo izaban y lo llevaban por el templo. Se vio en sus aposentos como en un sueño. Nila y Trento lo acompañaban. Trento se marchó y Nila lo tomó de la mano. Lo incorporó y lo hizo beber agua.

Cuando se hubo recuperado vinieron a visitarlo el Sumo Sacerdote y los custodios. Con gravedad en el rostro, habló el sabio.

—Has superado las tres pruebas del dios Kermes y tienes derecho a contemplar la sala secreta de nuestro templo. Al alba se te avisará y dispondrás de todo un día y su noche para visitar la cámara sagrada. No podrás llevarte nada de lo que allí hubiere ni podrás disponer de cuadernos, papiros, ni de utensilios de escritura. Deberás memorizar aquello que tu buen juicio te dé a entender que es valioso para mejorar la vida de los hombres. ¿Juras velar por los secretos que se te revelarán?

Sin vacilar, Lorkun contestó.

—Lo juro.

—Otros que también juraron trajeron desgracias al mundo después de entrar en esa cámara y abusaron del conocimiento que adquirieron. Piensa en que lo que vas a ver no está al alcance de todo el mundo por razones que han perdurado durante siglos. Obra justamente.

Sólo antes de abandonar sus aposentos el sumo sacerdote esgrimió una pequeña emoción positiva diciendo:

—Enhorabuena.

Le preocupaba no ser capaz de encontrar lo que buscaba en tan solo un día y una noche. Más le preocupaba volverse loco con aquel saber, o no ser capaz de memorizar absolutamente nada. Durante esa noche debía dormir para estar fresco pero ¿cómo calmar sus miedos?

Puntualmente lo condujeron al corazón del templo de la isla de Azalea y, después de dejar atrás las salas de las pruebas, llegaron a una puerta con un arco de herradura, humilde y sin adornos. Una puerta extraña. El sumo sacerdote pronunció unas palabras en voz baja después de rebuscar en sus hábitos y mostrar una llave en su mano. Pareció bendecirla con voz gutural. Por un instante Lorkun habría jurado que la llave emitió un destello, pese a lo fea y herrumbrosa que era. El sumo sacerdote la introdujo en la cerradura y la puerta de madera crujió.

—Es el momento.

Lorkun entró por fin en la sala. Se hizo el más absoluto silencio cuando la puerta se cerró a su espalda.

Lo primero que le maravilló fue la iluminación peculiar. Un fuego fatuo, azulado, se posó encima de su cabeza. Volaba sobre él. Era una llama errante, como las de los cuentos infantiles que solía escuchar de niño. Lo seguía allí donde iba y aprendió a darle ordenes moviendo sus manos, pues comprobó que la llama respondía a ciertos ademanes de sus brazos. Cómo hacer para que subiese la intensidad de la luz o la bajase. Cómo elevarla hasta el techo y hacerla descender hacia su altura. Descubrió Lorkun que la sala era circular, con una inmensa columna en el centro. Ese pilar, grueso como un árbol gigante, estaba totalmente cubierto de runas. Mientras que

las paredes usaban un sidi que podía entender. Era antiguo, pero podía entenderlo y pronto terminó por acostumbrarse al inspeccionarlo. En el techo, a más de diez metros de altura, unos ventanucos dejaban que entrara la luz del día y eran lo más parecido a un reloj que poseía aquella estancia.

Tardó en comprender cómo se usaba aquella cámara. En los inmensos murales se desgranaban diversas materias; historias y fabulaciones que, de cuando en cuando, remitían con símbolos a inspeccionar la gran columna. Esta servía de compendio de simbología sagrada para realizar todo tipo de milagrosos conjuros, curas, maldiciones, y un largo repertorio de remedios varios. Esa era la parte que Lorkun mentalmente llamó científica. Después seleccionó los murales con historia y filosofía, incluso conceptos arquitectónicos y rituales del gran dios. Al principio, nervioso, no sabía cómo hacer, ni qué diablos iba a conseguir memorizar de aquel maremágnum. Cuando logró dominar el arte de iluminar bien los muros con el fuego fatuo, cuando hubo descifrado la estructura de los conocimientos, ya había pasado media mañana. Se decidió por hacer justicia con la tarea a la que había acudido allí y se preocupó por buscar información sobre la maldición silach. Buscó en los conjuros un remedio para maldiciones. Cientos de conceptos lo agobiaban hasta que consiguió la información que necesitaba. Después descubrió que, aprenderse las runas por sí solas no bastaba. También debía memorizar cómo se hacía el conjuro sanador. Aprendió que debía dibujar símbolos sobre su piel que invocarían el poder necesario al pronunciar unas palabras. Pensó que era demasiado complejo para memorizarlo todo. Escribía una y otra vez con el dedo sobre el polvo del piso cientos de dibujos y runas para aprender de memoria lo que leía en el muro y la columna. Cerca de la noche creía ser capaz de escribirlo sin que se le olvidase nada. Así que decidió que ya lo había aprendido. Fue entonces cuando pudo abrir los ojos a más conceptos, y echó un vistazo a la historia. Aprendió sobre los dioses. Atrone, Fierul y Mera eran los dioses fundadores del Todo Visible y del Todo Invisible. Atrone y Mera tuvieron dos creaciones conjuntas, o hijos, Fundus y Okarín. Fierul concibió por sí solo a Senitra y a su hermano Kermes, y viendo lo hermoso de crear

decidieron los tres hacer nacer a Huidón... esas cinco deidades nuevas, buscaron ociosamente la acción creadora de mundos...

Embelesado, la historia de los primeros tiempos de la tierra sobrecogió a Lorkun. Leía sin poder detenerse sobre los misterios de los que siempre había tenido que conformarse sobre teorías y supersticiones. La verdad lo reconfortaba, aunque, a veces, se sorprendía mucho de cuestiones que la tradición había deformado. Mentiras que él había creído a pies juntillas. Una de esas mentiras era, por ejemplo, la división que los humanos hacían sobre los dioses. Senitra, Fundus, Okarín, Kermes y Huidón no eran dioses apegados a símbolos, como ellos pensaban. No eran simplemente el dios de las montañas en el caso de Huidón. Ni Kermes era el dios del fuego. Eso eran simplezas y reducciones de las primeras formas de representación con las que los humanos primitivos se relacionaban con ellos... Lorkun aprendía y aprendía y siguió el transcurso de las tradiciones históricas ancestrales hasta que llegó al Pacto de las Cinco Montañas. Allí se detuvo. Agobiado y sintiéndose absolutamente removido en su ser por lo que leía, decidió detenerse. Decidió que no estaba preparado para saber más. Pensó que era mucho más útil repasar el conjuro de bendición contra el mal silach, que aprender cosas que los demás ignoraban.

Fue repasando conjuros y logró un conocimiento amplio de las técnicas de invocación de poderes y sintió que muchos conjuros eran muy parecidos entre sí, y que esto facilitaba su dominio. Se animó pensando que podría recordar bastantes.

Un golpe de tambor lo sobresaltó.

—¡El tiempo ha concluido!

Lorkun se dirigió a la salida ojeroso, muy fatigado, caminando hacia atrás, para no perder de vista, hasta el momento final, la columna de las runas. La puerta se cerró por fin y pensó que necesitaba volver cuanto antes a Vestigia.

Afuera lo esperaban Trento y todo el séquito del Sumo Sacerdote. Los encontró situados en el mismo sitio donde lo despidieran antes de permanecer un día y una noche encerrado en la gran sala. Nila era la única que vestía un atuendo diferente. Ya no llevaba la túnica tradicional del



acompañante. Ahora vestía una de aquellas graciosas prendas con cinto dorado y tenía el pelo recogido en una trenza decorada con flores amarillas.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Trento.

—Bien... estoy hambriento y tengo sed...

—Parece que hubieras estado de borrachera, amigo...

Sus ansias de beber y tomar comida pudo paliarlas rápido, pues Nila lo condujo hacia el salón de banquetes. Sin embargo, Lorkun necesitaba escribir los conocimientos que había adquirido sin ser visto por los monjes, así que insistió en comer en su habitación. Le pidió a la mujer que lo esperase fuera, que deseaba estar a solas. Ella no se opuso y así pudo, por fin, ayudado de un carbón de la chimenea, rayar varias telas con extraños símbolos.

El Sumo Sacerdote lo visitó al poco tiempo. Entró junto a Nila en sus aposentos.

—Deseo que sepas, Lorkun Detroy, que tienes un puesto aquí entre nosotros como sacerdote si decides quedarte en Azalea, pues tu hazaña ha calado hondo en nuestros corazones.

—Os aseguro que después de lo que he visto me complacería muchísimo compartir con vosotros muchas cosas, en especial con vos, con quien podría comentar asuntos que vi en la cámara...

—Lo que viste en la cámara allí debe quedar... Pero sería muy grato tener tu compañía, amado Lorkun.

Nila permanecía silenciosa y cabizbaja.

—Debo resolver asuntos que me tienen el corazón trinchado de incertidumbre, pero cuando los haya resuelto deseo regresar a vuestra isla y poder estudiar los conocimientos que he adquirido junto a vos...

—Que los dioses lo permitan —dijo el Sumo Sacerdote antes de dejarlo a solas con Nila.

La muchacha sonreía. Lorkun le igualaba en la aparente alegría, con la sensación de que la joven y él tenían cierta conexión que ahora se escindía con la despedida de forma dolorosa.

—¿No deseáis descansar más? Veo que hacéis vuestro equipaje. El transporte que os ha de devolver a Vestigia podría llevaros la semana que

viene.

—No me hables así, Nila... dirígete a mí con palabras más fraternales, pues me has sido de gran ayuda y siempre guardaré un bello recuerdo de nuestra colaboración.

—Era mi deber... y acaso creo que no lo cumplí como es debido.

—Lo hiciste de maravilla. Y mis heridas han sanado de forma prodigiosa gracias a tus cuidados. Pero debo partir cuanto antes. Hoy mejor que mañana. Hay amigos que necesitan de mi ayuda. Presiento que debo regresar.

Despedirse de Nila fue una prueba tan dura como las de Kermes, pues se asemejaba mucho esa muchacha al ideal de mujer que Lorkun había perseguido en sueños durante años, y la tenía allí, accesible, después del ofrecimiento del Sumo Sacerdote. Una vida dedicada al estudio con alguien tan sabio. ¿Acaso no debía ser el Sumo Sacerdote el hombre más erudito que jamás conociera siendo custodio de los conocimientos de aquella cámara?

—¿Volverás? —preguntó Nila en el embarcadero, mientras Trento silbaba una canción dejándoles a solas.

—Espero regresar algún día, sí.

El viento jugó con la melena de Nila, creando alrededor de su cabeza una bandera de oro, que ondeaba mientras ella desplazaba su brazo de marfil, despacio, haciendo los ademanes de la despedida, mientras Lorkun la copiaba desde la barca que lo llevaría al navío con el que por fin regresarían a Venteria.

—Algo de mí se queda en esta isla... —susurró Lorkun.

—Amigo, si después de dos meses sigues recordándola, yo mismo pagaré el transporte para que vengas a por ella.

—No es solo la bella Nila... No soy el mismo que era cuando entré en ese lugar...



CAPÍTULO

42

## Viaje al corazón del miedo

Sala y Lorkun penetraron en la oscuridad ominosa de Sumetra dubitativos. Ella recordaba la estatua del mugrón clavando la espada de mármol negro en el pedestal de piedra. Reconoció la entrada de la ciudad subterránea, como también se acordó del miedo y los padecimientos. La oscuridad en la que se sumergían le agitaba la respiración. Sin embargo, conforme se acercaban a la boca negra, un silencio resguardaba sus temores. No se apreciaba movimiento alguno. Sala tenía la espada de Remo a mano, con la luz de la joya lista para ser usada. Lorkun había vuelto a dibujarse aquellas marcas extrañas en los brazos y en las manos, que parecían conferirle extraños poderes invocatorios. Había

perfeccionado los dibujos y los había desarrollado más hasta llegar a pintarse a la altura de los hombros.

—Lástima que mi memoria no sea tan buena —había dicho mientras se pintaba con la plumilla y la tinta espesa.

Caminaron por el corredor amplio, hasta que la luz de fuera se fue apagando y las tinieblas comenzaban a ser demasiado opacas. Alcanzaron una antorcha de la pared rocosa, y con una de aquellas extrañas retahílas verbales y algún gesto de su mano Lorkun logró hacer que brotaran llamas del rescoldo negro que conformaba la cabeza de la antorcha. El fuego iluminó la gran sala donde recordaba la mujer que los habían dividido al llegar con la caravana.

—Tendremos que probar suerte con estos pasillos, porque aquí nos taparon la cabeza y no recuerdo qué dirección tomamos. Lorkun, no me gusta esto... No se ve actividad. ¿Dónde se ha metido todo el mundo?

Descendieron por un túnel de piedra, fagocitados por la oscuridad silenciosa. Escucharon un rumor muy lejano. Pisaban con cuidado y mantenían la antorcha delante de sus cabezas para que su luz pudiera avanzar más hondo en las profundidades y descifrar mejor lo que les aguardaba delante. Pero la oscuridad parecía consumir el fuego y se sentían caminando a ciegas. Siguió creciendo el rumor. Tan agobiados andaban que decidieron prender otra antorcha y Sala se puso en cabeza.

—Alto —dijo ella deteniéndose.

Delante había algo extraño, un bulto deforme que obstaculizaba el paso, como a unos diez metros de donde se encontraban. Se acercaron muy despacio. Sala tocó con la espada adrede un resalto de la roca para ver si «aquello» reaccionaba. Pero fuera lo que fuese seguía inmóvil.

—¿Qué es?

—No lo sé.

Eran muertos. Lo vieron claro al acortar distancias. Amontonados en mitad del corredor, tres o cuatro cadáveres, quizá más; no se podía distinguir orden en sus restos, pero contaron cuatro cabezas.

—¿Probamos con otro pasillo? —preguntó ella con un poco de ironía, fruto del nerviosismo que resultaba de observar aquel despilfarro de

crueldad.

Era solo el principio.

Más abajo, el túnel desembocaba en la gran caverna de Sumetra. Aparecieron arriba del todo, sobre una suerte de lianas y pasarelas que descendían hacia una de las riberas del río subterráneo. Vieron los puentes y la cascada. Sala escudriñó la pared en la que estaban asomados. Había decenas de agujeros. Sabía que allí solían dormir los habitantes de Sumetra y no apreciaba actividad. Como sucediera en las cavernas de la entrada, las antorchas allí también se habían extinguido y todo permanecía en una sospechosa quietud. En frente, no podía ver con claridad la otra gran pared de la estancia, pese a que un cañón de luz natural se colaba en las alturas por un recoveco en la enorme bóveda, iluminando parcialmente las aguas del río y uno de los puentes que lo atravesaba.

—Me despedí de Remo abajo, más allá... desde aquí no se ve bien. El río termina en cascada y allí, en una placeta amplia fue donde nos separamos. Él se quedó para llamar la atención de los guardias... decenas de hombres y bestias silachs acudían hacia Remo desde donde nosotros estamos. Sin embargo ahora no veo movimiento.

—Pues andando, vayamos donde lo viste por última vez.

Descendieron penosamente, pues las pasarelas de madera eran muy estrechas. Lanzaron las antorchas al piso para poder descolgarse por un par de cuerdas finalmente.

—Ellos solían lanzarse al río para ir más rápido al lago de abajo. No hay peligro.

Dicho esto Sala, asomada cerca del primer puente, inspeccionando los nidos del otro costado, guardó la espada en la funda que había procurado en Asmón y se lanzó al agua. Lorkun siguió a la joven.

La turbulencia fría los arrastró con violencia hacia un gran salto, donde sus estómagos cosquillearon por el vuelo y pudieron tomar aire hasta la caída en el lago. Sacaron la cabeza después del golpetazo con las aguas del lago.

—¿Estás bien? —se interesó Lorkun, pese a que las mayores dificultades las estaba teniendo él, por lo aparatoso de su túnica y su abrigo.

Se deshizo de las pieles nada más llegar a donde hacía pie. Pero antes, se quedó petrificado por lo que había flotando en el lago.

—Dioses... —dijo Sala.

Decenas de cadáveres flotaban en las aguas grisáceas y, más allá, en la explanada de piedra, antes de las puertas por donde se iba a la zona antigua de la ciudad de Sumetra, cientos de hombres muertos, velaban silenciosos la entrada. La oscuridad impedía ver claramente el desaguisado y solo eran bultos malformados que tapizaban por doquier la vista.

—Sala, ayúdame a secar mis brazos.

Ella lo hizo. Descolgó de uno de los cadáveres una capa y con ella secó los brazos de Lorkun.

—Espero que la tinta no se haya movido mucho.

Alcanzó una lanza, le enrolló la tela con la que se había secado y profirió las palabras misteriosas. Al principio no funcionó, pero al repetirlas nuevamente, llamas nacieron de la nada y sembraron de rojo sus miradas al prenderse en la improvisada antorcha. Sangre por todas partes, muertos retorcidos con muecas horrendas, apilados alrededor de las puertas. Los cuerpos rara vez aparecían compuestos al completo, y la sensación de despiece tribal reinaba por doquier.

—Espera —dijo Lorkun inspeccionando uno de los fiambres. Sala lo aguardó con la espada otra vez desenvainada.

—En algunos de estos cadáveres anida la maldición. Como las niñas de Jortés, se van transformando poco a poco, aunque ya están muertos.

—Eso quiere decir que fue un silach quien los mató.

—Es muy posible.

Surcaron Sumetra perdidos en el sortilegio de túneles, pasajes, callejones y cancelas. Gracias a Sala, lograron identificar algunas estancias, pero otras macabramente adornadas con cadáveres, ni le sonaban a la chica. Como el circo, donde encontraron más de cien muertos retorcidos, entre los asientos de las gradas y apilados abajo, en el foso que servía de escenario.

—Aquí era donde Blecsáder ofreció su último espectáculo. Remo consiguió liberarse, y creo que con la ayuda de la piedra comenzó su matanza —argumentó Sala.

Lo que no conseguía explicarse era cómo no quedaba nadie con vida. Sus mejores esperanzas antes de penetrar en Sumetra dibujaban a Remo encerrado en una jaula. Después, cuando vio los muertos junto al lago pensó que tal vez la batalla por Sumetra entre Blecsáder y Remo estaba todavía por decidirse, pero atravesando ahora las estancias silenciosas, asqueados ya por el olor nauseabundo de la muerte, se hizo una pregunta atroz. ¿Había podido Remo acabar con todo ser viviente en Sumetra? ¿Seguiría vivo, o tendrían que buscar su cadáver?

—Remo había usado la energía de la piedra cuando me salvó, pero debió de terminársele...

—La combinación de la maldición y la energía de la piedra... Creo que es imprevisible. No sabemos a lo que nos vamos a enfrentar, Sala. Pero confío en que siga vivo.

Llegaron al corazón del palacio, incluso las dependencias de Blecsáder presentaban alboroto. No había rastro del caudillo, pero allí lograron encontrar vida, terror y lamentos.

—Salid de ahí... —susurró Sala.

Junto a un montón de lujosos catres, sembrados de cojines, varias muchachas permanecían inmóviles como muebles tras cortinas sedosas. A juzgar por sus marcas y por delgadas argollas, no cabía duda de que eran esclavas...

—No tenéis nada que temer de nosotros. Vamos...

Las mujeres finalmente confiaron en Sala.

—¿Queréis salir de aquí? —preguntó Lorkun.

—Sí, señor.

—No os vamos a hacer daño. Os dejaremos marchar con una condición.

Las jóvenes, por lo general bastante hermosas, escucharon a Lorkun.

—Estamos buscando a un amigo... alguien que estaba preso aquí. ¿Qué sabéis de Blecsáder y sus hombres?

—Huyeron. Un demonio ronda Sumetra. Nosotras no nos hemos atrevido a salir. Nos busca, sabemos que nos está buscando porque ya no queda nadie con vida.

Sala pensó en el horror que esas muchachas habían padecido. Pero estaba tan contenta de saber que Remo estaba vivo...

—Tiene que ser él... ¡Remo está vivo! —exclamó Sala.

—Veamos. ¿Lo habéis visto? ¿Podéis describir a ese ser?

Las esclavas sufrían escalofríos mientras describían cómo la criatura despedazó a decenas de escoltas de Blecsáder. Por sus palabras intuyeron que era una cosa distinta a los silachs.

—A los silachs los mataba como si fueran ratas. Los soldados no hacían mella en su piel oscura con las lanzas y morían destrozados por sus zarpazos. Es un demonio. No es una criatura febril como las otras, nubladas de toda razón. No, ese diablo piensa. Traía locos a los guardias de Blecsáder, de todas partes llegaban gritos de los infelices que se adentraban hacia el templo de Senitra, los emboscaba como a conejos. Al principio nuestro señor pensó aguantar y cazarlo. Decía que era mortal, como los demás silachs, pero pronto se dio cuenta de que no podían con él. Blecsáder siempre fue un hombre listo. Se largó con sus hombres cuando comprendió que no podía vencerlo.

—A nosotras nos dejó aquí, con muchas más. Éramos una especie de cebo para garantizar su huida. Ahora lo sabemos —dijo otra de la jóvenes animándose a hablar. Parecía estar dolida por la actitud de Blecsáder, como si prefiriese que su amo la hubiese llevado con él, pese a tenerla en esclavitud—. La mayoría intentaron escapar y ese demonio... Se las llevó.

—¿Dónde?

—Seguro que las mató... —dijo otra de las esclavas. Al parecer no se ponían de acuerdo.

—A ratos se escuchan gritos, estoy segura de que no todas están muertas. Se las llevó pero no las mató.

Sala después de escuchar la historia sintió que su alegría se diezaba con rapidez. No era capaz de ver a Remo como un enemigo... Sin embargo, tendrían que enfrentarse a él, doblegarlo para intentar que Lorkun aplicase su remedio contra la maldición.

—¿Dónde se las llevó?



—A las profundidades... Sumetra es grande. Yo creo que ese demonio es obra de Senitra. La diosa oscura habrá querido castigar a Blecsáder por sus abusos. Apuesto que la criatura duerme a los pies de la estatua.

—¿Hay una estatua de Senitra aquí?

—Yo no la he visto, pero... he escuchado a mi señor hablar de esa estatua. Está en lo más profundo de Sumetra.

—Tienes que guiarnos hasta allí.

—Lo siento pero no creo que salga de esta habitación mientras dure la comida... No me la juego por nadie. Os diré cómo llegar allí, pero no voy a acompañaros. Aprovecharemos que deseáis la muerte, para salir de aquí mientras el demonio os devora. Eso es lo que haremos.

—Está bien... ¿Sabes dibujar? ¿Alguna podría dibujarnos un plano para ir al templo?

Se despidieron de las esclavas. Siguieron un pequeño dibujo rayado sobre una piedra, que los guiaba por varios pasadizos, desde la sala del trono de Blecsáder hacia las mazmorras más profundas, donde habían tenido encerrados a los silachs. Pasaron por debajo de lo que Lorkun llamaba el circo y se dirigieron hacia una tubería de piedra grande, después de varias galerías descendentes donde volvieron a toparse con el río subterráneo. Sumetra era mucho más grande de lo que imaginaban y por doquier encontraban rastros de la civilización primitiva que había construido las primeras minas. Las galerías más toscas y amplias seguramente pertenecieron al circuito donde vivieron los primeros moradores de la ciudad: los mugrones. En las paredes había, de cuando en cuando, dibujos rupestres que mostraban algunas escenas cotidianas de los mugrones en Sumetra. Cómo se bañaban en el río subterráneo, escenas de caza y rituales primitivos.

—¿Serían los mugrones los que hicieron el templo a la diosa Senitra en el corazón de Sumetra? —preguntó Sala, más que para matar su curiosidad, simplemente por llenar el silencio.

—No creo. No había oído hablar de ese templo. Creo que es uno de los templos primitivos, como el de Kermes, al que yo he viajado. Todo tiene sentido. Ahora sé cómo es posible que consiguieran tener a su servicio a los

silachs. Se supone que esos primeros templos fueron hechos por silachs, dirigidos por los mismos dioses. Dejaron a muchos custodiándolos. En realidad la maldición era una forma de control que usaban los dioses para hacer de los humanos siervos fuertes y sumisos.

—¿Cómo consiguió entonces ese malnacido conjurar la maldición?

—Blecsáder no ha conjurado nada... Encontró ese templo custodiado por silachs antiguos de la casta de los noctilos, precisamente la que usaba Senitra, la maldición es inmortal al tiempo, los silachs pueden vivir eternamente, por eso es posible contaminar a un cadáver, digamos que la maldición es algo que se eleva de lo meramente físico. Por eso después de muertos, los cadáveres de los contaminados se transforman. Si alguien es contaminado sólo puede morir de forma violenta. Blecsáder se topó en Sumetra con silachs que podrían tener cientos de años, miles tal vez, y seguramente aprendió a amaestrarlos, contagió a sus hombres; los esclavizó para sus fines.

—Vaya, veo que has aprendido mucho en ese viaje... Si Remo sigue con vida... ¿podrás devolverlo a su estado normal?

—Eso espero...

Descendían por un cortado, la pared de un precipicio. La sensación era horrible. Sus pies caminaban por una vereda estrecha, junto a una pared de roca. Más allá de la vereda daba vértigo un vacío oscuro. Por cómo se comportaba el sonido de sus pisadas y la propia voz, deducían que aquel abismo podía ser tan profundo como alta era una montaña. Todo tan negro parecía oprimirlos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la mujer que empuñaba una antorcha hacia la oscuridad—. Algo se mueve ahí abajo, Lork...

Agobiado Lorkun buscaba equilibrio apoyando su espalda en la pared, para mirar con su único ojo debajo de Sala. No apreció nada, pero creía en la percepción de la mujer.

La vereda finalizaba en una gruta maloliente. Goteaba agua del techo en numerosas estalactitas y caía sobre sus cabezas. Era una gruta de tamaño considerable y cada vez se hacía más amplia. Poco a poco la luz de la antorcha de Sala fue mostrando un techo de altura colosal y una estancia

plagada de riscos brillantes, cristales oscuros que, al recibir la luz del fuego, emitían un suave destello azulado. Al fondo se encontraba la entrada al templo de Senitra.

—Senitra, la dama de las tinieblas... —entonó Lorkun enviando plegarias a la diosa.

Se acercaron al portal de piedra, tallado con escrituras bastante similares a los símbolos que Lorkun poseía en los brazos.

—Diosa de lo oscuro y lo temible, del deseo inalcanzable... —leyó Lorkun, traduciendo las runas—. Sala, creo que este lugar es idóneo.

—¿Para qué?

—Para realizar el conjuro.

Lorkun sacó una tiza de su zurrón y comenzó a dibujar un círculo en la base de piedra en la explanada de los cristales, junto a la entrada del templo. Después se cortó un dedo y pasó su sangre por los confines de ese círculo de tiza.

—Tenemos que conseguir atraer a la criatura a este círculo.

Comenzó a decir extrañas palabras mientras dibujaba símbolos. Algunos dibujos brillaron con luz propia de cuando en cuando mientras Lorkun recitaba la invocación, y Sala volvió a maravillarse de los conocimientos adquiridos por su amigo. Bien, el reparto de tareas estaba claro. Ella debía entrar en el templo y sacar a Remo de allí. Por las buenas, o por las malas.

Cruzó el umbral con la espada desenvainada. Estaba cansada, le pesaban el arma y la antorcha. Tenía ganas de mirar la luz roja y sentir su poder reconfortarla de toda fatiga, pero prefirió aguardar a verse cara a cara con Remo, para no desperdiciar energías mientras lo buscaba.

Después de un corredor estrecho y bajo, un par de peldaños angostos la hicieron aparecer en una estancia sin iluminación, donde su antorcha apenas si podía adivinar toda su dimensión. Era enorme. Sostenida por grandes pilares, la bóveda del techo imitaba un cielo estrellado con infinidad de cristales incrustados en piedra oscura. Su altura impresionó a Sala. No esperaba encontrar en las profundidades de la ciudad un templo de semejantes proporciones. De hecho la entrada era ridícula, en comparación

con lo que allí se escondía. Sala avanzó hacia el centro con la antorcha revelando en su caminar más detalles de la cámara. Allí, una piedra grisácea por la penumbra le dio un susto de muerte, pensando que podía ser la criatura lista para saltar sobre ella, pero no, se trataba de un altar de mármol blanco. Frente al altar encontró a Senitra.

De al menos cinco metros de altura, una imagen de la diosa con los cabellos ondulantes y largas uñas, los ojos de serpiente y el cuerpo desnudo imponía revelada en las tinieblas. Daba miedo ver aquel rostro representado, con los colmillos y la ferocidad en la mirada viperina. Sala repasó la silueta y siguió buscando, pensaba que estaba sola en el templo hasta que escuchó un ruido a su espalda.

Un detalle la inquietó al darse la vuelta. Apartó la antorcha de delante y trató de ver la luz que debía verse en la entrada al templo, sabiendo que Lorkun poseía otra antorcha y que estaba cerca del pasillo estrecho. Pero el pequeño cuadrado que suponía el pasillo que daba acceso al templo había desaparecido. Dedujo, por tanto, que «algo» estaba tapando su visión de la entrada, a suficiente distancia como para que ella no fuese capaz de verlo. Sintió aversión a la idea de acercarse para que la luz de la antorcha le mostrase lo que ella había ido a buscar. Tal vez estaba mirando a un lugar equivocado... registró con la mirada sin hacer el más mínimo movimiento, pero no hizo falta. Dos puntos brillantes le dieron la posición exacta de lo que más temía y amaba en este mundo: Remo. Los ojos de la criatura parpadearon nuevamente y su brillo cada vez se hizo más intenso. Era enorme, teniendo en cuenta que estaba a bastante distancia de donde ella se encontraba...

La criatura estaba inmóvil taponando la salida. La miraba paciente y en silencio.

—Remo... soy Sala...

Seguía inmóvil.

—¿Puedes entenderme?

En ese momento Sala percibió que los ojos cambiaban de posición lentamente.

—Remo, soy yo... Sala...

Dejó de ver los ojos de golpe. Se escuchó un rasgado en el suelo, como si un rastrillo de esos que se usan para apilar el heno se frotase contra la piedra, después otro rasgado al que acompañaba un sonido grave. Ahora sí se veía la entrada al templo. Tuvo un acto reflejo de protegerse con la mano que tenía la antorcha y, rápida como las alas de un insecto, apareció fantasmagórica, desde la nada, una enorme criatura que venía de las alturas y que cayó encima de Sala. Perdió la espada de su mano y la antorcha salió literalmente volando. Había sido golpeada por algo muy contundente, que su imaginación dibujó como la rodilla del monstruo. Salió despedida chocando contra el suelo. Pudo ver a Remo, a la luz de la antorcha, apagándola de dos pisotones. Se hizo la más absoluta oscuridad.

El instinto de supervivencia ayudó a Sala a correr hacia donde recordaba que estaba el altar de piedra y se coló debajo, cuando logró tocarlo. La criatura emitió un rugido escalofriante. Sala percibió como rasgaban las uñas poderosas de las patas de la bestia el suelo buscándola. Rezó a los dioses para que aquella cosa no la encontrara. Entonces Sala percibió que, sobre la gran mesa de mármol, cayó un peso con profundidad sonora. La criatura había saltado encima de la mesa de mármol. Parecía escrutar con sus ojos brillantes la estancia. Sala apenas si respiraba. Le dolían las costillas y uno de sus senos parecía muy dañado por el golpe, pero si aguantaba la respiración no era por evitar simplemente el dolor, sino porque estaba totalmente aterrada ante la idea de que el monstruo pudiera advertir que ella estaba justo debajo. Quieta, luchaba por estar aún más quieta. El monstruo seguía escrutando la oscuridad. Se escucharon otros arañosos y la criatura descendió de la piedra y comenzó a inspeccionar el resto del recinto. Ella no veía absolutamente nada, pero se guiaba por los sonidos. Los rasgados y ecos profundos de los pasos se alejaron y treparon a lo lejos. Sala pensó que la bestia se había subido a una de las paredes.

Poco a poco, Sala fue acostumbrándose a la negrura y ya no era una opacidad total. Podía por ejemplo discernir cierto fantasma pálido en el tono blanquecino del mármol. Pero todo lo que la rodeaba era un enorme vacío negro. Pensó que Lorkun estaba esperándola fuera. No deseaba llamarlo, pues en el momento en que cruzase el umbral en su ayuda... la

bestia lo destrozaría. Trató de imaginarse en qué lugar había caído la espada, visualizando el encontronazo con el monstruo. Se palpó el pecho y sintió más dolor. Era muy probable que tuviese rota una costilla. Entonces la vio. Un puntito en la oscuridad.

Una diminuta luminiscencia roja.

Calculaba que la espada se encontraba en el piso, a unos veinte metros de donde ella se guarecía del monstruo. Si lo piensas más, no vas a salir, se dijo. Apretó las mandíbulas para soportar el dolor de su costado, y se lanzó en una carrera ruidosa y desesperada por alcanzar la espada.

El monstruo enseguida la vio. Se lanzó hacia ella en un salto tremendo, después otro y otro y, por fin, la alcanzó rugiendo en la oscuridad. Alargó uno de sus enormes brazos. Tenía las uñas preparadas para destrozarla. La golpeó a placer, rajando con sus uñas las piernas de la mujer.

Entonces Sala miró la luz, mientras sentía la mordida de las uñas de la criatura que, como cuchillas, rebanaron la carne tersa de sus piernas con facilidad. La energía de la piedra llenó sus pulmones de vida. Adiós al dolor, adiós al miedo. Se revolvió rápidamente escapando del abrazo de la bestia. Sus heridas se cerraron instantáneamente.

—Remo vas a tener que venir conmigo, te guste o no.

Sala saltó hundiendo un puntapié en el cuerpo nervudo y logró enviarlo al piso varios metros más allá. Sentía furia. Se lanzó a por él y lo golpeó varias veces. Tenía la convicción de que podría doblegarlo. La bestia trató de morderla pero ahora su piel era demasiado dura como para mellarse con los dientes de él. Lo golpeó de forma contundente en la cabeza. El monstruo se quejaba de sus golpes y Sala decidió entonces tratar de arrastrarlo fuera. Agarró una de aquellas patas enormes y tiró de él.

Lorkun escuchó gritos de Sala y el eco del combate que se estaba desarrollando dentro de templo. Se preparó para la llegada del monstruo. Por la puerta de piedra apareció la mujer que agarraba una especie de pata enorme seguida por un cuerpo peludo y negro, dos veces más alto que un hombre, de zarpas prodigiosas y un rostro tan abominable que prefirió no mirar.

—¡Llévalo al círculo! —gritó Lorkun. Pero entonces la criatura se espabiló y clavó una de sus garras en la espalda de la mujer. La violencia del monstruo había conseguido penetrar la carne de Sala. Las dimensiones de sus zarpas venían a ser como un antebrazo humano y la cintura esbelta de la chica fue atravesada de parte a parte.

Sala sintió dolor. Pero percibió también que su cuerpo seguía bajo el halo protector de la energía. Así que con garras clavadas y todo, arrastró a Remo al círculo. Una vez dentro desclavó la zarpa y saltó prodigiosamente junto a Lorkun. El silach gigantesco se incorporó dentro del círculo. Sucedió algo extraño. Trató de saltar hacia ellos, de avanzar para devorarlos, pero no podía salir de allí. Cada vez que cualquiera de sus miembros se acercaba a los bordes de la tiza, los extraños símbolos del suelo brillaban y parecían impedirle salir, como si la bestia estuviera presa en una jaula invisible.

—Después tendrás que usar tu magia conmigo... —dijo ella viendo cómo, pese a que las heridas pronto se habían cerrado, apartando sus ropas del abdomen, percibía marcas verdes allí donde antes estuviesen las señales de las uñas poderosas de la bestia. La piedra la curaba rápido de las heridas pero, tal y como le había advertido Remo, no la protegía de la ponzoña de la maldición.

—Horri cronemo trornker... —Lorkun leía con aquel tono de voz gutural mientras los símbolos que se había dibujado en el cuerpo comenzaron a despedir luminosidad. Parecían comunicarse con los dibujos del piso. Remo rugía y expelía salivas de sus fauces mientras luchaba por romper la inmovilidad del círculo. El cabello de Lorkun comenzó a ondearse por la creciente energía que desataba y el parche de su ojo se voló para caer varios metros atrás. La luz de las runas se volvía cegadora y Lorkun abrió los ojos que despedían la misma luz. Todo llegó a un culmen y después hubo un apagón.

—Sala, ven... —susurró Lorkun.

Ella se acercó. Su amigo le puso las manos en la cara y sus brazos volvieron a iluminarse por un instante. Realizó varios movimientos con los brazos. Ella percibió que se le removían las entrañas y después sintió que

no podía respirar. Poco a poco recuperó el aliento mientras Lorkun retiraba las manos de su cara.

—Contigo no hace falta círculo... estás libre de la maldición.

Sala miró su abdomen y con la luz pobre de la antorcha de Lorkun comprobó que ya no tenía las marcas verdosas. Después buscó a Remo con la mirada.

—¿Qué ha sucedido? ¿No ha funcionado con él?

El monstruo yacía en el círculo. Parecía que no respiraba y, además, seguía tan horrible como antes.

Sala se acercó y comenzó a preocuparse. La criatura no respiraba y no había perdido ni un ápice de su apariencia monstruosa.

—Parece muerto...

—Pero no lo está, confía en mí. Ahora tenemos que sacarlo de aquí. Remo tardó en transformarse en silach y creo que tardará también en volver a ser humano. No perdamos tiempo, ¿te quedan fuerzas? Esa piedra debe de tener un poder extraordinario, no te queda ni un rasguño.

Si no hubiera sido por la energía de la piedra, sacar a Remo de allí, dadas sus dimensiones, hubiera sido imposible. Pero Sala lo arrastró con facilidad. Subieron por la vereda estrecha, ascendieron por la cuerda y, gracias a la energía prestada por la joya, Sala consiguió salvar todos los obstáculos. Pero ella seguía preocupada por el aspecto de Remo. Parecía muerto y no dejaba de ser monstruoso. Construyeron una camilla improvisada cuando estuvieron en la parte alta de Sumetra, con unas telas y dos lanzas, y allí lo acostaron para poder arrastrarlo más cómodamente cuando estuvieran fuera de Sumetra.





CAPÍTULO

43

## Héroes

Remo despertó en un camastro tierno y perfumado. Cuando abrió los ojos sintió que nacía. Como si volviera, después de siglos de inexistencia, a poseer una oportunidad entre los vivos.

Evaluó su estado. Repasó mentalmente y sin moverse cómo se encontraba su cuerpo. Pudo mover los brazos, despacio, como si tuviera que recordar cómo hacerlo. Se sintió muy pesado cuando trató de menear las piernas.

—¡Ha despertado! —gritó Tena Múfler que, en ese momento, inundó el campo de visión de Remo. Reconoció los aposentos de Sala, en la pensión Múfler.

—Estoy en Venteria —se dijo hablando solo.

Se escuchó un tropel creciente y por la puerta apareció Sala, diminuta en comparación al volumen enorme de Múfler, en la visión opresiva de Remo. Cerró los ojos, pues la luz le hacía daño en las cuencas, como si los pulsara dolorosamente. Volvió a abrirlos y consiguió aclarar más su visión al mirar los ojos negros de Sala que, literalmente, se había lanzado encima de él. Reconoció las motas de caramelo en sus pupilas, que parecían brillar cuando estaba ilusionada con algo.

—Retírate un poco, me duelen los ojos.

Sala saltó fuera de la cama pero no se alejó ni un palmo más. Estaba emocionada. Saltaba a la vista.

—¿Cómo te encuentras? ¿Puedes moverte? ¿Recuerdas algo?

Remo no se veía capaz de responderlo todo.

—Estoy bien...

Sala empujó a Tena fuera del cuarto y se sentó en la cama, junto a los pies del hombre. Se apoyó sobre el brazo derecho y su melena negra se derramó por el hombro sobre el escote de la blusa. Sus ojos perseguían los de Remo. A la nariz del hombre llegó el perfume de la mujer, algo parecido al jazmín.

—Remo me has salvado la vida varias veces, así que, esta vez, te la he tenido que salvar yo a ti.

La mirada de Remo rebuscaba en la habitación.

—¿Buscas tu espada?

Sala se levantó. Vestía unos pantalones oscuros, de ante y cuero, ajustados, con graciosas tachuelas metálicas en los fondillos, con un cinto de cuero negro, abrochado con una fíbula, apresando la blusa blanca. Rebuscó entre unas cántaras de cobre atestadas de pieles, ropas y herramientas variopintas. De allí sacó la espada de Remo. La había limpiado, aunque necesitaba algunas reparaciones.

—Compartimos un gran secreto... —continuó ella visiblemente nerviosa.

Remo se apoyó en las manos para incorporarse un poco sobre la almohada y Sala acudió presta a colocarle otro almohadón para que

estuviese más cómodo.

—Cuéntame qué ha pasado.

—¿No recuerdas nada?

—Tú cuéntame y no me hagas muchas preguntas.

Sala habló atropelladamente sobre cómo Lorkun la acompañó de vuelta a Sumetra y cómo consiguieron encontrarlo en las profundidades de la ciudad, convertido en un monstruo. Le contó las maravillas que Lorkun había aprendido a hacer.

—Así que Lorkun tuvo éxito en su búsqueda...

Sala narró cómo tuvo que «obligarlo» a salir del templo para que Lorkun pudiera hechizarlo. Le describió los poderes de Lorkun y cómo ella miró la piedra para poder enfrentarse al monstruo enorme.

—Me pegaste duro... ¿eh? —sonrió el hombre.

Sala tenía ganas de abrazarlo. Verlo sano, sonriente, despertando su clásico humor ácido. Tenía el rostro algo pálido aún, pero sus ojos verdes ya adquirían la vitalidad de siempre y su estado de salida del letargo le concedía cierto aire despistado y tierno, apartaba su faz del habitual estado de concentración. Sala sentía que se aceleraba su pulso. Sentía que era feliz por el simple hecho de verlo despierto. Había vuelto de las sombras, de las tinieblas más oscuras...

—Tuve que hacerlo para que salieras de allí.

—Oye... ¿y Patrio?

Sala se sintió violenta. Sin saber por qué, hablarle de Patrio la azoraba.

—Patrio está en el castillo de su padre...

—¿Para cuándo es la boda?

—No habrá boda...

—¿Y eso?

Remo preguntaba como si pareciese decepcionado porque ella no se casara con Patrio, la confundía, pues fue él quien abiertamente había estado haciendo comentarios en contra de que ella se integrase en la nobleza... ¿a qué estaba jugando? Remo desconocía por completo el comportamiento final de Patrio.

—¿Qué ha pasado? —insistió Remo.

—Bueno, cada cual siguió su camino. Lorkun y yo hacia Sumetra, y Trento se encargó de llevarlo a casa. Cuando regresamos de Nuralia, en la frontera, vinieron a buscarnos soldados enviados por Lord Véleron. Estuvimos un tiempo en el castillo de Rolento, tú has estado mucho tiempo dormido.

Sala recordaba el recibimiento que se les dio en el castillo de Lord Véleron. Los emisarios habían insistido tanto en que acudieran a ver a Lord Véleron, que no pudieron negarse. Personalidades no solo de la región, también de Venteria, acudieron a festejar el regreso. Patrio, engalanado con su armadura más lujosa, comandó un desfile militar en su honor que fue a recibirlos a los pueblos circundantes al castillo. Ellos viajaban con un carruaje donde ocultaban a Remo que aún seguía sufriendo transformaciones físicas y no estaba en condiciones para ser visto. Pero estaba vivo y su mejoría avanzaba por días. Sala se había acostumbrado a darle de comer y beber gracias a la magia de Lorkun. Por entre los rasgos monstruosos ya comenzaba a redescubrir el cuerpo de Remo.

El viaje hasta el Paso de los Abismos había sido muy duro. Las gentes que descubrían que traían una carga misteriosa no los querían hospedar y tuvieron que mendigar mucho hasta conseguir llegar al paso. Allí Lorkun logró mostrar credenciales que los dejaron pasar a Vestigia.

Ya en el castillo de los Véleron llevaron a la criatura que era Remo en secreto a unos aposentos, y Sala no se separó de él más que para acudir a la gran cena que se organizó en su honor. Allí los nobles comentaban las noticias que conocían por boca de Patrio. Alabaron el valor de la mujer y de Lorkun. Se hicieron tantos brindis...

—Debo reconocer que no estaría vivo sin la ayuda de Sala y los demás. Para mí son héroes. Trento me condujo hasta los pasos fronterizos y también a él le debo mucho —dijo Patrio en su discurso ante los comensales exquisitos—. Por supuesto también a Remo que se recupera de sus heridas y al que espero pronto poder estrechar su mano.

—¿Está aquí, en el castillo? —preguntó el retirado general Rosellón que, en calidad de consejero real, había acudido a felicitar y proferir alabanzas a los héroes que habían salvado a Patrio. Tenía un séquito de

nobles y soldados que lo acompañaban. Trajeron consigo regalos y nuevas de palacio en forma de carta firmada por Tendón.

Esa fue la única mención que hicieron sobre Remo, antes de comenzar con alabanzas hacia los difuntos. Sala se acercó a la que le indicaron era la viuda de Jortés y le entregó el mensaje que Remo le había encomendado. La pobre mujer sonrió, pero no derramó ni una sola lágrima. Se la veía ausente, como muerta en vida. También cumplió con el padre de Mercal, e hizo lo mismo. El noble lloró de orgullo al escuchar las palabras de la mujer que ensalzaban el valor de su primogénito, y Sala siempre tuvo la duda de si lloraba por la pérdida de su hijo o por la emoción de haber confirmado que su sangre había cumplido las expectativas.

Más tarde recibió un gran papiro junto a Lorkun y Trento, que estaba la mar de orgulloso de aquella hazaña. En el papiro se les hacía garantes de la gran recompensa que el noble había prometido. Ella guardó el que le correspondía a Remo.

Sala se sintió extraña entre todo el lujo y las alabanzas. Le sorprendió muchísimo la actitud de la madre de Patrio, muy habladora con ella. Besó sus manos nada más entrar en palacio, y durante el banquete la presentaba como su futura nuera ante todos los comensales. Todo eran risas y alabanzas a su belleza. Sala no sabía qué decir y prefirió guardar silencio.

La reconfortó vestirse de limpio, lavarse y comer bien, pero ni un instante en aquella cena dejó de pensar en cómo estaría Remo en la habitación. Así que en cuanto pudo, fue a comprobarlo. Seguía dormido cuando entró en las estancias donde lo habían confinado. Llegaba el eco de risas y trasiego de pasillos de los esclavos encargados de atender el banquete que iban y venían de las cocinas. Al salir de la estancia se topó con Patrio Véleron que, al parecer, la había seguido.

—Por fin solos... —dijo el hombre peinándose sus cabellos castaños, lacios y bien cortados. La miró con sus ojos azules acercándose mucho a ella. La rodeó con sus brazos y se inclinó para besarla.

Sala apartó su cara.

—Sala, he estado esperando este momento mucho tiempo. Ni te imaginas cómo he sufrido estos días pensando en tu suerte y cuánto me he

arrepentido de no haberme quedado contigo allí. Fui estúpido al marcharme. Perdóname, creo que acumulé mucho cansancio en el tiempo que estuve preso...

Sala se soltó de sus brazos.

—Patrio, hay heridas que no se pueden cerrar con palabras.

—Dame la oportunidad de demostrarte mi amor con hechos. Te llenaré de tanta felicidad que olvidarás el día en que me arrancaron de tu lado. Olvidarás todo el dolor.

—No quiero olvidar, Patrio. No quiero estar contigo. Patrio, tú no comprendes...

Sala guardó silencio. Estaba a punto de decir algo que, curiosamente pensó que Remo habría dicho en ese preciso momento. Sintió pudor y no lo dijo.

—Vamos, Sala, insisto. Habla sin miedos.

Sala finalmente acabó su frase.

—Patrio, me das asco. Jamás en mi vida podría estar contigo y olvidar lo que hiciste. Nunca olvidaré cómo me traicionaste. Ese hombre que está en la habitación debatiéndose entre la vida y la muerte es quien te ha salvado la vida, no yo. Ese hombre también me la salvó a mí, cuando tu querido amigo Rílmor, al que hoy has rendido homenaje, trataba de violarme. Era un maldito traidor. A Rílmor no lo mató un nural... Remo lo destrozó después de apartarlo de mí. Rílmor Osíleon fue quien urdió la mayor parte de tu secuestro...

Patrio se quedó boquiabierto con la revelación sobre Rílmor y como una estatua viendo la mirada feroz de la mujer, que podía decirse que lo había petrificado.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Remo en el presente, sacándola de sus recuerdos.

El hombre la miró a los ojos y ella no pudo soportar su mirada, la torció hacia el ventanuco de la pared. Sala no le contó toda la historia, pero sí que le dejó bien clara una cosa.

—No amo a Patrio Véleron. Remo, tú, tenías razón. Vivimos en mundos distintos. Ese canalla ni siquiera tuvo valor para ayudarnos.

—Tenía miedo, en cierto modo, es comprensible.

—Hazme un favor —dijo ella muy seria—. No lo defiendas. ¿No eras tú el que decía que no debía casarme con él?

—Bueno nunca dije que no debieras hacerlo, dije que lo de la nobleza y sus parafernalias no iban contigo... Pero todo hombre sometido a presión puede sentir miedo y bloquearse...

—Pues yo estoy segura de que tú sí que habrías vuelto a por mí.

Remo sonrió y esta vez fue él quien desvió la mirada.

—Sala... —comenzó a decir con gravedad, como si fuese a decir algo importante.

—Dime.

Remo se aupó aún más en la cama y le hizo un gesto dando palmaditas en el mullido de pieles, junto a donde estaba.

—Ven aquí.

Sala tragó saliva y apretó los puños. Fue a sentarse junto a las almohadas. Su rostro quedó muy cerca del rostro del hombre.

—Sala... —comenzó a decir visiblemente afectado de una timidez extraña en él—. Quiero darte las gracias por lo que has hecho. No recuerdo a nadie que se preocupase por mí en años, muchos años.

Sala exploraba sensaciones nuevas con Remo. Lo sentía más cercano, como si sus palabras fueran icebergs que ocultasen un mensaje más profundo.

—Tú habrías hecho lo mismo...

Estaban tan cerca. Remo entonces la rodeó con los brazos de forma fraternal. Ella correspondió al abrazo sintiendo el calor de la espalda torneada del hombre. Estaba alterada porque deseaba... besarlo. Sí y no precisamente un beso de gratitud o consuelo, ni un beso en la frente. De todo lo que había acontecido extrajo una conclusión muy clara: estaba enamorada de Remo con total rendición. Lo abrazó y se sintió feliz. Un silencio musical los envolvía, un silencio cómodo. Se separó y con la mirada repasó los labios de él, deseando que la fuerza de su mente hiciese que Remo entendiera que deseaba besarlo, porque sino, lo intentaría ella. Él mantenía la mirada con sus ojos verdes, todavía débiles en su expresividad,

pero impasibles y sin que tuviera intención de desviarlos. Parecía querer decir que estaba accesible que, por primera vez, estaba desprovisto de toda esa coraza que siempre solía vestir sus modales abruptos.

En ese instante, alguien entró en la habitación.

—¿Se puede?

Remo, en lo que pareció un acto reflejo, la apartó para ver quién era. Sonrió a Lorkun.

—Pasa, amigo.

Sala sabía que Lorkun llevaba días preguntando por su amigo y que deseaba hablar con él.

—Em, tenéis mucho de qué hablar... —comenzó a tartamudear ella—, yo bajo a ayudar a Tena.

Sala descendió los escalones con el corazón inundado de alegría. Sí. Estaba contenta, muy contenta porque la sombra que había amenazado a Remo por fin lo había abandonado. Y tenerlo en su habitación, en Venteria, sentir aquel abrazo... Anhelaba pasar días enteros en su compañía y que el destino decidiese sobre ellos.

—Menuda mujer... —afirmó Lorkun.

Remo guardó silencio.

—Gracias, Lork. Esta vez te debo una.

Lorkun llevaba días con oscuros pensamientos. Esperaba la recuperación de su amigo para poder compartirlos con él.

—Remo, necesito hablarte de lo que ha sucedido. Hay muchas cuestiones que me preocupan.

—Habla pues.

No sabía por dónde empezar.

—Bueno, en mi viaje al templo de Kermes, he aprendido mucho sobre los dioses, los silachs, la historia misma de nuestros antepasados...

—¿Qué te preocupa, Lork?

—Todo y nada, Remo. Hay algo muy siniestro en lo que nos ha sucedido. ¿No te parece?

—Bueno, afortunadamente hemos sobrevivido, amigo. Gracias otra vez.



—Sí. Blecsáder poseía esbirros silach, noctilos, de la estirpe oscura de Senitra. Al parecer, al adentrarse en las profundidades de Sumetra se topó con silachs de esa casta que protegían el templo de la diosa oscura y aprendió cómo sacar provecho de la maldición... Entre los muertos de esa ciudad no vimos a Blecsáder.

Remo se puso en pie muy despacio. Caminó por la habitación hasta la ventana. Sentía un mareo extraño. La calle empedrada estaba desierta. El cielo enrojecido comenzaba a entrar en la calmosa oscuridad. La noche extendía sus sábanas con rapidez.

—No sé, Lorkun. Puede que haya escapado. Yo no era consciente cuando la maldición me nubló por completo.

—Remo, creo que hay algo muy sombrío en todo este asunto. ¿Recuerdas el sueño que tuviste? El sueño en el que Ziben, la guardiana celestial, te avisaba sobre la maldición...

—Sí, después de todo lo que ha sucedido no le di más importancia, pero lo recuerdo... tal vez fue casualidad.

—No creo en las casualidades.

—Yo no creo en las premoniciones.

—Pues en tu caso, el hecho de que hayas sido precisamente tú el que soñó con ella... me da más a mí la razón que a ti.

Hubo un silencio en el que cruzaron la mirada como tendiendo un puente sobre el abismo negro de los misterios que los rodeaban.

—También está la cuestión de las fronteras —comentaba Remo pensativo. Lo cierto es que en su cabeza, había un litigio de sensaciones y pensamientos—. Las tropas de Blecsáder debieron cruzar por el Paso de los Dragones, y allí los guardianes hicieron la vista gorda. No hay otra explicación. Rílmor era un traidor y debió de ayudar a Blecsáder a penetrar en el castillo. Con toda seguridad lo guió a él y sus hombres y a esas bestias hacia los aposentos de Patrio, pero no creo que Rílmor tuviera potestad o capacidad para influir en las aduanas. ¿Los sobornaron?

—¿Sugieres que alguien los ayudó desde dentro?

—No lo sé, Lorkun. Pero creo que sí. ¿Tenían un salvoconducto real? ¿Está el Rey de Nuralia metido en este asunto?... No existe salvoconducto

para tantos y tan bien armados. ¿Quién podría tener tanta influencia como para conseguir que los dejaran pasar?

—¿Insinúas que alguien de Vestigia...?

Remo no lo dijo. Pero lo pensaba.

—Podría ser. Rílmor era un traidor. Quizá había gente que trabajaba para él.

—Son demasiadas las preguntas y muy oscuros los misterios que nos quedan sin resolver de este asunto amigo. —Ahora Lorkun varió su tono sombrío hacia uno más amable para preguntar—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé... —Remo se rascó la cabeza soñoliento—. Creo que debo marcharme de Venteria...

—¿Por qué? Aquí estás bien...

—Tengo asuntos pendientes.

Lorkun no se atrevió a preguntar más.

—Cuando te sientas mejor baja al salón. Tena ha preparado un banquete en tu honor.

Lorkun bajó los peldaños reflexionando; fue a la cocina donde Tena y Sala discutían sobre una salsa.

—Lorkun... ¿qué tal está el hombre dormido? —preguntó Tena.

—Bien, ¿puedo hablar contigo Sala?

Salieron de la posada. En la calle una lluvia fina descendía de los cielos nubosos. No hacía frío y las nubes tenían una tonalidad clara parecida a las piedras de la ciudad de Venteria.

—¿Qué sucede? —preguntó Sala.

—Es Remo, está todavía recuperándose... —Lorkun miró hacia los lados de la calle como si temiera ser escuchado. Se decidió hablar directo al grano—. ¿Tú lo amas?

Sala se puso colorada. El único ojo de Lorkun la miraba absorbiendo cada movimiento, cada gesto. No podía mentirle. No a Lorkun.

—Sí.

Se quedó pensativo.

—¿Qué pasa? ¿Te ha dicho algo?

—Sala, no te hagas ilusiones, me ha dicho que se marcha. A veces me cuesta entender a Remo...

—Muy propio de él. Pero no te preocupes, yo sabía que cuando se recuperase se marcharía —comentó ella sin darle importancia, usando un tono de voz casi jovial. Después se quedó a solas con la excusa de ir a comprar botas de vino y pudo expresar un poco su rabia pateando un charco de agua en el empedrado de la calle.

Ella estaba feliz y la tristeza luchaba por atormentarla. Amaba tanto a Remo que no podía estar triste. Aunque Remo no la correspondiese, ahora eso carecía de importancia. ¡Por los dioses, estaba vivo! Había recuperado su aspecto normal que ella tanto deseaba. Después de haber temido por su vida, de haber visto cómo él había sido capaz de sacrificarse de aquella forma poniéndose en peligro para salvarla a ella y a los demás... Estaba más que segura de su amor por Remo. Y no por ese gesto, como bien decía él, eso era simplemente valor, pero para amar como ella deseaba amar se necesitaba valor. Estaba segura de que nadie le inspiraba tanto amor como ese hombre testarudo y malhumorado. Si no era correspondida en esos momentos tristes, después de haber tenido que anular la boda, después de aguar las intenciones de su prometido, para Sala lo más importante es que Remo se había recuperado de su gravísima infección silach. Estaba feliz y, aunque lloraba, sabía que lloraba por muchas razones, y una era la feliz recuperación de Remo...

—¿A quién quieres engañar? —se dijo en voz alta, mientras un dolor invisible pinchaba su corazón... No quieres que se vaya. No soportarías la idea de perderlo de vista. ¿Te quedarás esperando, cuánto? ¿Vas a esperarlo un maldito año como la última vez, tal vez dos? Remo se marcharía a buscar a Lania, como siempre. ¿Y si nunca regresa? Por una vez la odió. Sí. La odió porque sin estar siquiera allí podía robarle a Remo sin esfuerzo y ella no podía hacer nada por evitarlo, o tal vez sí...

Tena los agasajó con un banquete digno de nobles. Había invitados. Trento, Coster, incluso uno de los hermanos Glaner, Pese, que andaba de negocios en Venteria, se había acercado a visitar la pensión Múfler. Casi toda la cena discurrió con los chistes que hacía Trento a Pese mientras

narraba a duras penas lo acontecido en la loca aventura del rescate de Patrio y la visita al templo de Kermes.

—¿Y qué había en esa cámara secreta? —se interesó Pese.

Lorkun sonrió un poco incómodo.

—Mucho conocimiento...

—Vamos, ¿no había tesoros?, no te guardaste nada...

—No había más que escritura en paredes interminables.

Remo notó a Sala distante. No lo miraba a la cara. Aunque sí que estuvo tan parlanchina como de costumbre, con los demás, en especial con su amigo Cóster, que estaba sentado a su lado. Tena no dejaba de traer viandas y aquel banquete parecía no tener fin. Dejaron mucha comida en los platos pese a la insistencia de la anfitriona. Tomaron té con hierbas y se instalaron junto a la chimenea. Fuera, el viento repasaba las calles de Venteria y se dejaba oír silbando al rozarse con el barrio. Un silencio comfortable se instaló mientras fumaban en pipa mirando las llamas en el hogar.

—Lorkun, ¿qué vas a hacer ahora? —preguntó Sala.

—Bueno, supongo que haré una visita a las Montañas Cortadas. Tengo descuidado mi hogar allí. Se alegrarán de verme. Me gustaría aprender más sobre el templo de la gran montaña. Voy a donar parte de lo que he ganado a la restauración... el resto lo daré a las gentes necesitadas.

—¿Hablas en serio? Somos héroes, ahora deberíamos disfrutar —afirmó Trento.

—Sí. No hay mayor riqueza que la de poder prescindir de la riqueza.

—Bobadas, yo me voy a comprar un barco —dijo el cuchillero convencido—. Puede que presente mi renuncia al ejército. Me pasarán a la reserva y podré volver a Nurín a pescar. Recuerda que tenemos pendiente un día de pesca, Lorkun.

—Cuenta conmigo... Remo... ¿qué vas a hacer tú con el dinero?

Sala lo miró de reojo, sin posar la mirada en el rostro del hombre. Remo parecía no haberse enterado de la pregunta. Permanecía silencioso mirando el fuego.

—Bueno... tengo asuntos pendientes —dijo al fin—. Cuando me recupere del todo iré a resolverlos. ¿Nos han pagado ya? —dijo

quedamente, después de una mirada a los ojos de Sala.

—Claro, yo te guardé tu cobranza —afirmó la mujer.

Entre Tena, Sala y Lorkun convencieron a Remo de que debía irse a dormir, que tenía que recuperarse descansando. Él deseaba estar más tiempo allí, en su compañía, pues durante días había estado inconsciente y sentía que debía abandonar el letargo, la soledad del descanso, pero insistieron tanto que cedió.



CAPÍTULO

44

## Una luz en la niebla

Era ya noche cerrada y un silencio poderoso dominaba la pensión Múfler como para hacer estrepitoso el simple crujir de la madera. Las velitas que sobrevivían en la habitación donde estaba Remo andaban moribundas, macerando sombras y dorados, planos de luz melosa y tenue. Alguien abrió la puerta y, aunque puso mucho cuidado en hacerlo, las velas temblaron y se salpicó de sombra lo que antes estaba en luz, y de claridad las zonas oscuras...

—¿Hola, quién anda...?

No completó la pregunta, pues rápidamente Sala se deslizó en la habitación. Traía consigo también un candil. Lo dejó sobre un taburete y

cerró la puerta del dormitorio. Ya está, se dijo ella, ya estoy dentro, con él. Ahora sé valiente.

—Sala... —balbuceó Remo.

Ella lo apremió para que no levantase la voz. Tenía un pellizco incordiándola en el abdomen, una mano invisible agobiando su garganta y la sensación de no saber por dónde empezar. Pánico y a la vez la seguridad de que necesitaba hacer lo que iba a hacer...

Iba graciosamente vestida con un camisón de seda blanco. La melena la tenía húmeda y, por el aspecto de algunas zonas de su atuendo, se adivinaba que había tomado un baño no hacía mucho. A Remo le pareció excesivamente arreglada para dormir.

—¿Vas a alguna fiesta? —preguntó Remo divertido y aparentemente ajeno a los nervios de ella.

A poco que la mujer se acercó a la cama, Remo percibió su belleza cosquillearle en las entrañas. El contraste entre su piel morena, la melena de pelo negro y la blancura del camisón, la hacían aún más hermosa. Su rostro estirado por la luz dorada de las velas, su mirada intensa casi desafiante contrastando con sus labios que mostraban preocupación, ligeramente fruncidos.

—No podía dormir, Remo. ¿Puedo quedarme un rato contigo?

Remo se incorporó en la cama y quedó sentado con su espalda posada en la pared con el resguardo de las almohadas.

—Sí, no hay problema.

Sala dejó el candil en una de las mesitas y miró el cuerpo de Remo, asomado su torso emergido de las sábanas. Sintió una terrible sensación de azoramiento. Agradeció la poca luz que evitaba la evidencia de la rojez de su rostro arrullado. Sentía un temblorcillo desquiciante en una de sus sienes y no podía evitar abrir y cerrar una de sus manos para soportar los nervios.

—Remo, quería hablar contigo y, a la vez, temía hacerlo.

Remo pareció querer decir algo, pero después se quedó callado adoptando su seriedad habitual. Miró hacia la ventana y después volvió hacia Sala su rostro duro, con las cejas fruncidas. Esa mirada casi maligna, intensa y ahora despiadada. «Si me sigue mirando así, no soy capaz de

decirle nada», se dijo la mujer. Deseaba volver a encontrar aquellos ojos tiernos en él, los mismos que tenía en el momento en que le dio las gracias... Pero ahora sus ojos verdes, a la luz de las velas, parecían negros, feroces, iguales a los que mostraba frente a los desconocidos, iguales en sus respuestas crueles y sus modales toscos.

—Verás... —Sala se apartaba un mechón de pelo de la cara, miraba donde se guardaban las piernas de Remo bajo las sábanas y después volvía a encontrar la mirada directa de él... Por fin dijo—: en la cena comentaste que...

—Espera... —susurró él interrumpiéndola, pero después guardó silencio.

Ella esperó a que él hablara, pero Remo seguía sin decir nada.

Sala no podría soportar otra ausencia. Temía la soledad y la desazón de no saber cuándo volvería. Sentía que lo perdería para siempre si lo dejaba marchar esta vez. Desde que Lorkun le comunicase la decisión de Remo de marcharse Sala había visto acrecentarse en su interior una insatisfacción insalvable, una oquedad parecida al desamparo, como si permitir que eso sucediera la dejase vacía. Estaba allí para luchar...

—No te vayas, Remo, otra vez no.

Ya estaba dicho. Sala se sorprendió de haber podido pronunciar aquellas palabras. Cerró los ojos sintiendo la inseguridad asfixiarla.

Silencio. Remo ni siquiera parecía dispuesto a hablar, o negarse, siquiera aludir razones. Simplemente estaba callado y Sala no podía soportarlo.

—Remo he aprendido mucho con todo lo que ha pasado. No voy a poder soportar que te marches otra vez...

El hombre pareció disgustado, a punto de decir algo, pero Sala alzó la voz y continuó mirándolo a la cara. Deseaba poder torcer la voluntad del hombre con sus palabras. Hacerlo cambiar de opinión.

—Puede que para ti yo, yo no sea nada. Siempre eres tan hermético, tan condenadamente difícil, pero Remo, no puedo estar días enteros otra vez preguntando a Tena si alguien preguntó por mí. Cuando te marchaste, visité miles de veces las casas de avisos, los postes notariales, preguntaba si había



noticias de la suerte que había corrido un viajero llamado Remo. Te eché de menos, esa es la verdad. Yo sé que tú y yo nunca tuvimos nada, pero es que te fuiste en el momento justo de haberlo tenido. Te fuiste cuando yo más, cuando yo... Es complicado explicarlo Remo, son sentimientos. Ahora todo es peor, mucho peor que entonces, porque ahora sí que estoy convencida, segura de que yo... Remo no puedo luchar más contra esto, porque te amo.

Sala lo dijo bien alto y, como necesitando ocupar el silencio cruel con que temía que Remo ocupase el tiempo, continuó hablando apresuradamente, sin mirarlo a la cara. No deseaba afrontar el desastre de ver en el rostro de Remo desprecio o rechazo.

—Antes de que digas algo, quiero decirte que yo no pretendo sustituir nada en tu vida. Yo no pretendo que... yo sé lo que has sufrido... —Sala miraba las sábanas y percibió movimiento del hombre acercándose, pero no esperaba encontrarse el rostro de Remo tan cerca del suyo—. Remo, yo sé que tú...

—Cállate.

En los ojos de Remo había sufrimiento. Parecía dolido en sus entrañas. Y de repente Remo se acercó a su cara y oprimió sus labios contra los suyos. Con fuerza. No sólo hizo eso ante la estupefacción de ella, que estaba paralizada recibiendo corrientes, relámpagos de tormenta nacerle del estómago hasta clavársele en el corazón. Sin dejar de besarla, Remo la abrazó, la tomó en volandas hacia sí, desde la espalda y las piernas; hizo que ella perdiese contacto con la cama y se viera suspendida en el aire entre los brazos del hombre, como si fuese una niña pequeña. Remo la besaba de pie, en mitad de la habitación, sosteniendo todo su peso con sus brazos fuertes, con hambre, quizás desesperación, y desesperación era lo que ella respondió en el beso, la desesperación que la consumía y la había impulsado a confesar sus sentimientos. Sintió cómo él la abrazaba como si fuese una agonía, como si fuese una causa imposible. Sala pensó que podía morir de felicidad en aquel beso pero, todavía, tenía pánico al futuro.

Remo la estuvo besando largamente, y por los dioses que ella no iba a dejar de besarlo... Al cabo de un rato, él separó su cara un poco y le habló, dejándola previamente acostada en las mantas del camastro, y se tendió de

lado junto a ella. Extrajo las palabras de su garganta como si fueran espinas dolorosas.

—Creía... que te casarías con Patrio. De hecho es lo mejor que podrías hacer. Pensaba que estando a buen recaudo, pasadas las calamidades del secuestro, las cosas volverían a su cauce. He despertado cuando pensé que jamás despertaría. Me he tenido que hacer a la idea de seguir vivo. Despierto y me encuentro con que tú estás aquí, que me has salvado la vida...

En el rostro de ella parecía posible que viniese una mala noticia a golpearla, como que estuviese a punto de recibir el secreto de la eterna juventud. Era toda expectación.

Remo antes de decir nada volvió a besarla. Esta vez suavemente, tanto que a ella la emocionó al borde de las lágrimas.

—Sala, tendrás que ayudarme...

¿Qué significaba eso? Pero Remo esperó hasta que ella le hizo la pregunta.

—Remo, explícame eso —suplicó ella que veía que al hombre le costaba continuar.

—Verás la recompensa de Véleron es tan cuantiosa que creo que me llegará para poder recomprar mi antigua finca... Necesito que alguien me ayude a repararla y volver a ponerla en pie. Esos son mis asuntos pendientes de los que hablé en la cena... Pensaba avisar a Trento, para que cuando tenga menos obligaciones me echase una mano... pero, en realidad, lo que de verdad me gustaría y los dioses saben que no miento, es que tú te vinieras conmigo... ¿Te gustaría venir conmigo? Te advierto que será un trabajo duro.

Sala fue para Remo otra vez y lo abrazó.

—Sala... tú me has salvado la vida. Volviste a por mí...

—Remo, volví porque te amo... ahora lo sé —dijo ella.

—Calla, ahora tengo que hablar yo.

Ella asintió velozmente como asegurando que no volvería a interrumpirlo.

—Sala me has hecho pensar todo este tiempo. No ahora, no, desde que conocí la noticia de que te casarías con Patrio. Siempre he concentrado mi vida en el recuerdo de Lania y jamás he deseado a otra mujer que no sea ella... Todos estos años las mujeres para mí han sido espectros, ejemplos lejanos al fulgor con que ella me inspiraba... grises finalmente. Pero tú...

—Sí...

—Mi vida, mi vida ha estado perdida en la niebla... he vagado por el mundo enganchado a un recuerdo. He sufrido, todo este tiempo escapando de la muerte de parte a parte de este mundo. Ya no tenía sentido, todo gris, con el vacío... tú eres una luz, una luz en la niebla.

Remo cerró los ojos. Realmente parecía estar haciendo un esfuerzo sobrehumano al decir aquellas palabras. Una luz en la niebla. Sala no podía pedir más. «Seré la luz que necesites», pensó decírselo, pero se acordó de que le había pedido silencio para hablar. Él contenía el dolor arrugando sus ojos, pero no dejaba que de sus ojos descendieran lágrimas. No lo permitía. El guerrero, el hombre, el sufrimiento era y había sido estos años su única compañía... Continuó hablando.

—No me digas que me amas. Ni hables conmigo de amor, Sala. Yo no recuerdo cómo se ama. Lo he olvidado adrede y no creo que pueda recomponer algo que merezca esas palabras tan hermosas. No puedo amar después de tantos años. No quiero que tengas expectativas que después no pueda cumplir. Solo sé que necesito cambiar de vida y que me apetece estar contigo.

—Soy tu luz en la niebla.

—Sí...

Ahora fue ella quien lo besó a él. Y en el beso, sin pronunciar una sola palabra, le dijo que confiara en ella, que lo iba a cuidar, que apostase por todo lo bueno que podían construir juntos, que la vida no era un lago donde terminar ahogándose. Remo, como torciendo todas las reservas que lo anclaban, le devolvió el beso hasta donde pudo, sí, porque en los límites de los labios de ella se le prometía un camino feliz y él no estaba seguro de merecerlo, de poder caminar sin mirar atrás. Cuando llegó a ese límite detuvo el beso.

—Iremos despacio... —dijo ella con un tono de voz diferente, con la clarividencia de haber leído sus miedos en el beso—. Confía en mí —susurró.

Fue un susurro meloso de congoja y reconocimiento, adoración y oquedad, otorgándole un espacio que le ofrecía comprensión sobre lo que el hombre necesitaba.

Volvió a sus labios.

Los labios de Sala. Amplios y esponjosos, comprensivos y pacientes. Los labios tiernos de una mujer, en los suyos... después de tanto, tanto tiempo... Otra vez.

Otra vez coronar las montañas. Otra vez poder mirar el atardecer, poder caminar en la parte soleada del campo, con las flores meciéndose en el viento, desgranando su polen. Alejarse por fin de la sombra, de los charcos de la soledad.



CAPÍTULO

45

## Susurros

Un caballo negro, de cascos bien cuidados, melena reluciente, de profundos resoplos, nervioso y de porte amenazador meneaba la cabeza mientras su jinete lo obligaba a detenerse junto a una arboleda, en plena noche. El vaho que expulsaba el caballo se alimentaba de la luz de la luna y perseguía las esquivas luminosas de los remaches metálicos del atuendo lujoso del jinete.

—Mi general, se acerca un carruaje —dijo un soldado, a una distancia prudente del corcel negro, escrutando el camino.

En efecto, lento y estridente, se acercaba una gran caja destartalada tirada por dos mulas. Dos caballos rodearon el carro hacia el general. Sus

jinetes concedieron un saludo parco con la mano. En la sombra, quien fuera general de los ejércitos de Vestigia, Rosellón, habló para los recién llegados.

—Esta noche es fría, atendamos el asunto y que cada cual se oculte en su madriguera. ¿De cuantos hombres dispones, Blecsáder?

—Después de lo ocurrido, creo que doscientos, no muchos más.

La cabeza del caballo negro se meneaba como si deseara morder a los otros corceles.

—¿Y las criaturas?

Blecsáder hizo un gesto con la mano y del carro bajaron dos hombres que apartaron una lona que cubría un enjambre de jaulas. Se escuchaban siseos, y en la oscuridad se veían varios ojos brillantes por entre los barrotes de las jaulas.

—Ese Remo casi acaba con todos, tuvimos que huir, posee dones sobrenaturales. Se convirtió en una abominación... nos diezmaba como a lagartijas...

Rosellón condecoró aquellas revelaciones con un silencio tenebroso, roto tan solo por los resoplos de su corcel. Finalmente dijo...

—Tengo noticias de que ha vuelto a Vestigia. Está en Venteria.

—Guarda algún secreto que desconocemos. Si lo hubieras visto luchar... parecía un dios.

—Lo supongo... —decía Rosellón, que ordenó vagamente a su caballo y avanzó unos metros hacia las jaulas. Entonces las fieras allí encerradas se lanzaron rugiendo hacia los aceros, sacando las zarpas envenenadas a la luz de la luna. Las garras temibles de los silachs provocaron espavientos en el caballo que retrocedió.

—Diez criaturas silachs...

—Excelente —comentó el General.



PRELUDIO

Las llamas del pasado

El funeral de los padres de Remo fue muy austero. El muchacho lloraba y los que procedían a enterrar los sacos de seda lo miraban con ojos compasivos. Remo tenía ocho años y la certeza de que a partir de ese momento su vida consistiría en una sarta de complicaciones. Para empezar, no tenía claro cómo sobrevivir sin ellos. Reco y Velina, sus padres, habían vivido siempre en una pequeña hacienda alquilada a un tipo enorme llamado Rufles, comerciante de patatas. Ellos trabajaban para él. Su labor consistía en la cosecha y recolección de las patatas, para lo que organizaban las peonadas de decenas de hombres en el pueblo y una veintena de esclavos, prestados por Lord Coverplan, dueño de la mayoría de las tierras que explotaban.

Remo encontró a sus padres degollados. En sus ojos la sangre roja en las ropas de su madre lo perseguiría en sueños durante años. Entró en la cocina como tantas otras mañanas y descubrió un enorme charco viscoso que rodeaba a su madre, tirada en el suelo con terror paralizando su mirada. Remo chilló y fue en busca de su padre. Lo encontró en el abrevadero de los bueyes de arar, echado sobre él, con la cabeza flotando y la cara sumergida en el agua grumosa. Varios animales lo rodeaban, sin atreverse a beber.

—¿Tienes familia, hijo? —preguntó Labionda, la oronda mujer de Rufles.

—No lo sé, creo que no.

—¿No lo sabes? —tronó Rufles mientras le revolvía el pelo a Remo. Él odiaba que hiciera eso.

—Tíos, tías, abuelos, ¿no te suena nada de eso?

—No.

—Pues en la casa no te puedes quedar —dijo Rufles molesto, como si Remo hubiese exigido seguir viviendo allí.

El muchacho agachó la cabeza. Sentía una soledad árida roerle las entrañas y odiaba conversar acerca de dónde podía quedarse. Sentía tanta pena que pensaba que los asesinos habían dejado el trabajo incompleto con él. Lo mejor habría sido morir allí, con su familia.



—Si quieres ganar algo de dinero, puedes quedarte por aquí, te haré un sitio en el corral, pero tendrás que arrancar papas como los demás. No podrás retrasarte, ni tener las estupideces de un crío...

—¿Vas a pagarle al niño de Reco? —El tono de Labionda era parecido a cuando la madre de Remo lo regañaba por hacer trastadas—. De eso nada, a este con un plato en la mesa es suficiente, ahora tendremos que buscar alguien que nos organice el trabajo en las huertas, no estamos para más gastos.

—Chico, el trabajo te irá muy bien para no darle vueltas a la cabeza. Lo de tus padres ha sido una desgracia. Los ladrones y asesinos están a la orden del día. Tú al menos vas a tener suerte, naciste libre y nosotros te daremos cobijo. Otro en tu lugar acabaría marcado y esclavo para siempre.

Así fue que los caseros de Reco y Velina tomaron a Remo bajo su protección, abusando de su condición de huérfano, sin tener la capacidad que pocas personas poseen cuando miran a un niño, la capacidad de ver más allá, de beber del agua que anida dentro de sus ojos cristalinos y vislumbrar su destino. Remo parecía una molestia, una obligación y jamás sintió el niño que Rufles o Labionda se esforzaban lo más mínimo por sustituir a los fallecidos como padres. Nunca los quiso, porque los problemas comenzaron al poco tiempo de la desgraciada muerte.

Tres días después del entierro de Reco y Velina, apareció por allí el alguacil, acompañado de cuatro de sus hombres y un notario. A Remo siempre le había impresionado cualquier hombre armado, con los sonidos metálicos de los broches y el tintineo de la cota de malla cuando tocaba cualquier cosa.

—Chico, ¿viste a alguien esa mañana...? Piensa. Quizá, ruido de caballos...

—No.

—¿Escuchaste gritos de alguno de tus padres?

—No.

La verdad es que para Remo era desagradable hablar de eso. Además, el señor Rufles le había ordenado llevar veinte sacos de patatas al carromato del despensero de Lord Coverplan, y aún le faltaban doce.

—Nosotros cuidamos del chico. Somos lo mejor que puede encontrar. No tiene familia...

La mujer de Rufles entonó esas palabras con un matiz aterciopelado difícilmente creíble. Remo se asombró y llegó a pensar que realmente lo apreciaba, eso fue hasta que por la noche le cruzó la cara con tres bofetones por no haber colocado bien unos maderos para la leña de la cocina. Se quedó sin cenar como castigo y, con el estómago ardiendo, se tumbó en el corral pensando en aquellos malditos maderos que se habían desmoronado de la pila que él había hecho. Él sospechaba que no había sido accidental.

—Es aquí...

Remo abrió los ojos. Había escuchado perfectamente la frase. Era la voz de Rulenio, el hijo de Rufles, un diablo. Llevaba todo el día insultándolo y era el principal sospechoso de haber fastidiado la pirámide de madera que había confeccionado Remo con tanto esfuerzo. En el corral donde Remo dormía entraron tres muchachos.

—Despierta, perro —espetó Rulenio.

Remo se incorporó. Trató de defenderse, pero Rulenio y sus amigos tenían doce años y él no era rival para ellos. Le pegaron una paliza y después lo desnudaron. Entre los tres lo subieron a una carreta y le prometieron que si levantaba la cabeza le pegarían con un palo. Hasta tres veces comprobó Remo que no mentían. Con la cabeza muy dolorida, se quedó tumbado en la pequeña carreta mientras escuchaba el crujir de las ruedas y los esfuerzos que hacían sus captores por arrastrarlo hacia el pueblo. Como no tenía nada que hacer miró las estrellas. Allá a lo lejos le otorgaban cierta paz.

Tenía frío y más que nada sentía vergüenza por estar desnudo. Escuchaba las risas de los tres malditos cuando, empujando el carro, consiguieron alcanzar la plaza del pueblo. Era noche cerrada y no se escuchaba más que lejanos ecos de una cantina. El plan de Rulenio era abandonar a Remo desnudo en la plaza del pueblo.

—Baja del carro...

Volvieron a pegarle algún que otro pescozón. Remo agradeció que no hubiese nadie en las inmediaciones. Apenas se fuesen los gamberros podría

largarse de allí corriendo hasta el campo. Después volver rodeando los caminos sería pan comido.

—Trae la cuerda.

Remo tardó poco en comprender que no podría irse de la plaza.

—No, por favor...

Lo maniataron con fuerza a una fijación de hierro que había para amarrar las bestias junto al pozo del centro de la plaza y se marcharon riendo como posesos. Remo se acurrucó en cuclillas y comenzó a llorar.

—No me hagáis esto por favor...

En el rostro de Rulenio descubrió por primera vez en su vida la frialdad. La enorme frialdad de quien es capaz de llevar a cabo un acto horrible sin tener el más mínimo remordimiento. Cuando se fueron dejó de llorar. Pasó horas hecho un ovillo, especulando quién sería la primera persona que lo encontraría. Tenía miedo de que algún perro salvaje visitara la plaza. Se le ocurrían multitud de desgracias que podían acontecerle, pero no pasó nada de eso. Lo encontró una panadera.

—¿Qué demonios? ¿Quién te ha hecho eso, hijo?

La mujer lo cubrió y le curó las heridas que ya estaban cicatrizadas. Después lo llevó a su casa. Rulenio se llevó una buena tunda por parte de sus padres cuando la panadera contó la gamberrada de la que había sido objeto el muchacho.

—Bueno, algo malo les haría primero este pillín —especuló Labionda en defensa de su hijo y tratando de quitar hierro al asunto, como si fuese cosa de críos. Los moratones que tenía Remo no le evitarían ponerse inmediatamente a trabajar cuando la panadera abandonó la granja.

Así pasaron días y días de vejaciones y torturas, bien cometidas por el muchacho o por sus padres. Remo planeaba escaparse. Sabía que no podría seguir así más tiempo, pero no veía de qué modo podría sobrevivir sin adultos que lo ayudasen. Pensó en la panadera como posible destino. Pero temía que la buena mujer, al conocer su casa, lo trajese de vuelta a sus padres adoptivos.

Una tarde Rulenio y sus amigos lo tenían acorralado contra un árbol cerca del río. Le pegaron duro, como siempre, y lo amenazaban con

lanzarlo al río con una piedra colgada del cuello por una soga. Era sabido que muchos desgraciados usaban ese método para suicidarse ahogados.

Le colgaron la pesada piedra al cuello con una cordada basta que le hería la piel. Lo subieron al puente de maderos que atravesaba el río cerca de las pozas más profundas.

—¡Dejadme en paz! ¡Por favor!

Hicieron además de arrojarlo. Remo tuvo tanto miedo que creyó ver el día de su muerte, pero no lo tiraron. Se reían una y otra vez asustándolo, mirando cómo sus ojos se abrían de par en par cuando lo acercaban demasiado al borde del puente.

—¡Qué demonios hacéis!

La voz poderosa venía del otro lado del puente. Como en una ensoñación, el brillo de una armadura ligera se paseó por los ojos de Remo deslumbrándolo. Con paso lento, distinguido, sonoro en aquel piso noble, el soldado se acercó con un caminar centelleante por la luz y el sonido espléndido de los metales de su armadura engrasada. No tenía yelmo, y podía verse una cara adulta y curtida, de una belleza noble.

—Señor, era solo una broma.

El soldado desenvainó su espada y el acero envaró los cuerpos de los amigos de Rulenio, que habían perdido las ganas de reír y aquella faz malévolamente con la que abusaban de Remo.

—Soltad al muchacho, ahora.

El propio Rulenio deshizo la cordada y la piedra acabó cayendo después de un estruendo al agua del río. El militar se acercó despacio con el arma en alto. De pronto se escuchó un trueno. Sí, un trueno lejano en un día de sol. Detrás del soldado se acercaron varios caballos que venían galopando y ahora cambiaron al trote manso disponiéndose a cruzar el puente de madera.

—¿Qué sucede? —preguntó el primero de los jinetes al ver la estampa de su hombre con la espada avanzada hacia los chavales.

—Estos salvajes pretendían lanzar al muchacho al río con una piedra atada al cuello.

Nadie osó contradecirlo. El que iba a caballo puso mal gesto.

—Chico...

Remo no se dio por aludido al principio.

—Chico, ven.

Se acercó tímidamente.

—Soy el maestre de segundo grado Berel, esta es una guarnición de los Caballeros Rojos, espaderos al servicio de la ciudad de Gosield... sube conmigo al caballo.

Remo agarró el guante cromado que le tendía el maestre y se subió al caballo, después de que el jinete le hiciese sitio en la silla echándose hacia atrás. Desde allí contempló la cara de asombro de sus torturadores. El caballo entre sus piernas parecía una montaña en movimiento. Había subido a algún asno, un par de mulas y a los bueyes que tiraban el arado, pero aquello era distinto; como es distinto subir al tejado de una choza y contemplar el horizonte, que hacerlo desde la torre insignia de un castillo. Trotando con Berel, Remo llegó hasta el pueblo con todo el destacamento de hombres a pie y a caballo siguiéndoles. Tomaron cerveza en una cantina y a él le dieron algunas monedas. La gente que los rodeaba, sometían sus cabezas reverencialmente en señal de respeto a los hombres del ejército.

—Ve con tus padres, hijo.

—No tengo padres.

—Entonces tienes que ser más fuerte que esos del puente. No les tengas miedo, porque un día de estos tú serás el tipo al que ellos deban temer. Tienes espíritu en la mirada. ¿Cómo te llamas y quién fue tu padre?

—Remo, hijo de Reco...

Remo volaba de regreso a casa. Volaba como lo hacía su imaginación. Sí, la vida de Remo cambió ese día. La patrulla de militares lo había salvado de una de aquellas bromas macabras, mostrándole por una vez en la vida cómo se sentía un hombre al ser respetado por sus semejantes. Un hombre de honor, al que se le tenía admiración y respeto que, además, otorgaba a los demás condescendencia y misericordia protegiendo al débil del fuerte.

Escondió las monedas y salió corriendo del corral. Había corrido la voz y los jornaleros cuchicheaban sobre por qué una guarnición del ejército se

paseaba por esas tierras. No eran hombres de Lord Coverplan, pertenecían a una división de espaderos de las tropas regulares. Cuando se retiraron del pueblo la gente los despedía saludando en las tierras de labranza.

Había oído hablar del ejército y jugaba a las guerras solo, en el corral, muchas noches, imaginándose cómo serían las batallas, pero eso era muy distinto a ir en formación con ellos, con un destacamento entero, desfilando junto a las tierras donde estaba la granja de Rufles. Tampoco olvidaría la fila de a dos que formaron cuando los vio partir. Las armaduras refulgían al sol, y los hombres bien aseados y fuertes caminaban al mismo ritmo, en formación, provocando un estruendo ordenado como el oleaje del mar, que inspiró en Remo el deseo irrevocable de pertenecer al ejército algún día. Los vio pasar desde una distancia prudencial. No se acercó donde estaban Rufles y Labionda, cuchicheando con sus vecinos. Deseaba disfrutar de ese momento solo, sin interrupciones.

¿Por qué cambió su vida? Porque desde ese instante para Remo todas las dificultades, las vicisitudes a las que lo sometiesen serían una inmensa prueba de admisión para algún día ser merecedor de llevar una armadura que brillase al sol, que infundiera respeto en las villas y poblados. Visitar ciudades amuralladas, montar a caballo y correr aventuras. Rezó a los dioses para que ese destino se cumpliera, rezó apretando tan fuerte los párpados que se mareó.

Fabricó una espada de fresno. Noches enteras pasaba en el corral perfeccionándola e inventándose cómo usarla. Sí, entrenaba durante horas, a escondidas, sin tener idea de si los movimientos que hacía eran o no correctos, pero usando toda la destreza de la que un niño de ocho años podía disponer.

Pasaron los inviernos crudos, las primaveras, los veranos. La obsesión por complicar la vida a Remo se disipó un poco en el hijo de Rufles, y él, como cada vez era más fuerte, trabajaba como el que más y lograba mantener contentos a sus caseros. Jamás le dedicaron palabras de afecto, pero al menos habían dejado de golpearlo.

Una noche en la que Remo entrenaba duro, a la edad de doce años, sintió curiosidad y decidió volver a la casita donde había vivido con sus

padres. Sentía melancolía y pensaba con horror, que ya casi no recordaba el rostro de su madre. Necesitaba recordarlos. La casita ahora estaba habitada por una pareja de humildes labriegos a los que Rufles dispensaba un trato parecido al que había ofrecido a sus padres.

Remo se acercó a la ventana y para su sorpresa encontró que estaban reunidos con Rufles a la luz de un candelabro. Recordó ese candelabro en manos de mamá, cuando vigilaba que él se hubiese dormido. Sintió ganas de llorar pero se contuvo para escuchar lo que allí se decía. La conversación era banal y Remo estuvo a punto de marcharse cuando escuchó una pregunta...

—¿Qué le pasó a Reco, el antiguo capataz?

—Murió, fue asesinado por dinero. Ese estúpido estuvo ahorrando durante años para ofrecer a su zagal, cómo decía, sí, un «futuro distinto». ¿Podéis creerlo? No gastaba nada de lo que le pagaba. Comía y bebía y su mujer le fabricaba la ropa remendando la usada, era lo más ahorrador que jamás he visto. Reco era tan terco como una mula y tenía en la cabeza una idea estúpida sobre enviar a Remo a Gosield y pagar su aprendizaje en algún oficio, estupideces, pensábamos. Pero acumuló tanto dinero que llegué a dudar si lo que pretendía era comprarme el negocio a la larga. En sus ratos libres fabricaba cuencos de madera y los vendía entre los jornaleros y en el pueblo. Su mujer hacía unos pañuelos bordados que ya habían adquirido cierta fama. Ese hombre gastaba dinero para proveerse y multiplicarlo, ja, ja, ja... Era un buen hombre.

—Que desastroso destino.

—Sí, imagínate, cuando uno guarda tanto dinero se expone a que los proscritos y maleantes lo visiten.

—¿Cómo sabían que lo guardaba? ¿Es que alardeaba de ello?

—Por lo visto sí...

Remo no escuchó mucho más. Salió corriendo temeroso de ser pillado escuchando a hurtadillas. Las palabras despectivas de Rufles hacia su padre lo enfurecían... «era un buen hombre». Lo había dicho con ese tono que usaba para hablar de animales enfermos o de esos esclavos que perdían la razón. Trató, se esforzó en recordar si su padre alguna vez mencionase que

guardaba dinero en casa. No recordaba ni una sola referencia a ese «futuro», ni tampoco lo había visto nunca alardear de nada delante de los amigos que invitaba a su famoso puré de patatas con mantequilla. Remo llegó a una conclusión atroz esa noche. Una conclusión que trató de evitar, intentó que no anidase en su cerebro, pero ahí estaba como una astilla: el que asesinó a sus padres sabía que guardaban dinero... y ese perro mal nacido no era otro que Rufles.

Lo supo pero luchó por no dar crédito esas suposiciones, pensó que estaría equivocado. ¿Por qué entonces lo había acogido el campesino? Una voz interna le decía que hasta los más retorcidos pueden tener visos de ser compasivos, tal vez intentando en vano compensar una obra con otra, pero finalmente esa voz le gritaba algo menos poético. «Trabajas gratis, estúpido». ¿En qué se diferenciaba él de un esclavo?

No estaba convencido, no estaba seguro, necesitaba alguna prueba más, y la tuvo. Una tarde, también a hurtadillas escuchó una trifulca entre Ruleno y su padre. Discutían a propósito de algo intrascendente pero Rufles dijo algo que enfureció a Ruleno hasta hacerlo enloquecer.

—Remo no es mi hijo y trabaja más que tú para sacar adelante estas huertas.

Ruleno preso de una locura asesina intentó pegar a su padre, pero el enorme granjero lo tumbó de un solo puñetazo. Sangrando por la nariz Ruleno espetó...

—Sí, mátame a mí también, acaba conmigo como lo hiciste con los padres de ese desgraciado...

Contempló la paliza, la vio sin inmutarse, con el corazón galopando y el nombre de sus padres en la punta de los labios. Reco y Velina.

Temblaba. No podía sujetar con fuerza el madero. Su cerebro lo agujoneaba con cientos de razones por las que no debía hacerlo, cosas parecidas a estas: ahora te tratan mejor, tienes casa y pan asegurados, aun eres demasiado joven para que te admitan en el ejército, espera y llegará tu hora...

Temblaba.



Sí, temblaba cuando prendió fuego a la casa de Rufles. Con las rodillas fallándole había apilado leña seca alrededor de la casa. Comenzó con parsimonia a rellenar ciertos huecos estratégicos con broza y palitos pequeños para hacer varios encendidos. Finalmente usando las ascuas dormidas en la chimenea del salón de la casa... alumbró todo el valle con su formidable incendio.

Corrió con todas sus fuerzas hasta quedarse sin aliento. La noche se precipitaba detrás de él como si el mundo estuviese hundiéndose tras sus talones y no pudiera detenerse. Exhausto se apoyó en los árboles de un bosque, vomitó, lloró... apretó los dientes y siguió huyendo hacia el sur. Los días se llenaron de vacío. Las únicas pertenencias que Remo poseían eran su espada de fresno, sus ropajes de labriego humilde, una hoz y las monedas que le habían regalado los militares y que no había gastado en todo ese tiempo.

Muchas peripecias le acaecieron en aquellos tiempos nómadas al joven Remo, pero ninguna de las noches que durmió al raso, al calor de maderos prendidos, bajo los puentes cerca de alguna ciudad o furtivamente instalado en corralas ajenas, ninguna noche dejó de perseguirlo el fantasma de no saber con certeza si Rufles y su esposa habían muerto en el incendio. Pegó el oído cerca de postes notariales, donde se solían comentar las nuevas, las noticias que sucedían por todo el reino de Vestigia. Su pequeño mundo se había ampliado y ahora, visitando otros lugares, se sentía menos culpable y más en sintonía con los aventureros y viajeros que observaba parados en posadas y albergues.

Pasaron años, colmados de aventuras y Remo necesitaba cerrar un círculo, necesitaba volver y mirar la tumba de Labionda y Rufles.

No fue hasta la época en la que Remo formaba parte de la prestigiosa Horda del Diablo, siendo ya caballero, que en un permiso concedido por su capitán, Arkane el felino, decidió viajar a las tierras de Lord Coverplan, al este de Gosield.

A caballo desfiló por un camino más angosto de lo que recordaba y cruzó el puentecito de madera donde avistara por primera vez el miedo a la muerte. Remo era otro. Hermoso, fuerte, hábil, respetado por todo el que lo

hubiese visto empuñar su espada al servicio del rey y de la Horda, pero cuando cabalgaba por las tierras cercanas a la explotación de patatas sintió un picor interno, como un gusano que se le retorciese en las entrañas que lo molestaba. Le hacía parecer inseguro y débil, como antaño, rescatando el niño que había sido. Se dirigió al pueblo antes que a la granja, por hacer las cosas tal y como las había ordenado en su cabeza durante años en los que había imaginado ese regreso.

Encontró a Truchian y a Roberón, los amigachos de Ruleno, como empleados de la herrería en el pueblo, aprendices del gordinflón al que todo el mundo conocía como Tenazas. Detuvo su caballo junto al taller y prestos y sin reconocerlo se acercaron a ofrecer los servicios del metal.

—Señor, ¿quiere que repasemos el filo de su espada?

Remo descendió del caballo, dejó el escudo colgado en la silla y se quitó el yelmo. Ni por esas lo reconocían. Lo cierto es que era mucho más alto que entonces y con aquella armadura reluciente no había forma de asociarlo al pequeño ennegrecido siempre entre zanjas del campo arrancando patatas...

—El filo de mi espada no necesita repaso.

Remo desenvainó y acercó la punta de su espada a la cara de Truchian, lo hizo con cara de pocos amigos, desafiante.

—Mi señor, no sé qué delito piensa que he cometido pero le aseguro que soy inocente.

Se armó revuelo y bastantes curiosos comenzaron a rodearlos. Un guardia del alguacil de la zona estaba en la taberna y se acercó.

—Compañero, ¿qué mal ha hecho Truchian? Es un buen muchacho.

—Te aconsejo que no metas las narices en esto —espetó Remo. El hombre no volvió a abrir la boca. Por todos era fácilmente reconocible el grado de caballero y la armadura de la Horda. Si no venía el alguacil en persona, nadie podía evitar que ese hombre hiciese prácticamente lo que le viniese en gana en el pueblo—. Ahora quiero que te quites la ropa.

—No he robado nada.

Remo se acercó más envainando la espada. De repente sorprendió a todos golpeándolo en el estómago.

—¡Desnúdate! Y tú, Roberón, sigue su ejemplo si no quieres que te golpee a ti también.

Truchian se retorció de dolor, pero comenzó a quitarse la ropa. En ese instante, el desdichado levantó la cabeza como si el suelo abrasase su vista y la clavó en el rostro de Remo.

—¿Eres Remo? ¿Eres Remo el hijo de Reco?

—Hace años vosotros dos me humillasteis y hoy pagaréis lo que hicisteis con sangre.

Remo no los mató, ni les hizo un rasguño más allá del golpe que recibiera Truchian, pero los dejó desnudos atados al pozo donde lo habían abandonado a él. Amenazó a la gente con apresar a quien osara liberarlos. Estarían así todo un día con su noche.

Después de su visita al pueblo, Remo cabalgó hacia la granja. Despacio, con aplomo, deleitándose en el camino y en sus recuerdos, se acercó pisando caminos que ahora le parecían más cortos. La casa seguía en pie, aunque no era la misma, la habían remendado y aún podía verse algún rastro del incendio. De pronto había encogido, parecía mucho más grande en sus recuerdos y sin embargo ahora la veía muy pequeña y humilde.

Rufles lo vio venir desde lejos y, en cierto modo, Remo pensó que aunque muchas noches había temido haberlos asesinado con el incendio, ahora necesitaría mucha fuerza para no acabar lo que allí empezó.

—Hola, Rufles...

El granjero tardó bien poco en reconocer a Remo.

—Por todos los dioses, eres...

Rufles hincó sus rodillas en el terreno y sostuvo su cabeza con ambas manos. Después de tanto tiempo, supo al instante que tenía motivos para temer al muchacho.

—Remo, apiádate de mí.

Bajó del caballo y paso a paso se acercó al campesino como si estuviese de pronto regresando a su infancia. No lograba distinguir en su memoria ahora todos esos castigos inmerecidos, los bofetones y palizas, las veces que lo dejaron hambriento y sucio en el corral, como si fuese un animal

salvaje, teniendo allí delante al asesino de sus padres, no lograba sentir odio.

—Supongo que lo sabes pero te lo contaré —comenzó a decir Remo. Eran unas palabras que llevaba ensayando años, por si se daba el caso en que tuviera lugar esa conversación—. Yo quemé tu casa...

Rufles comenzó a llorar.

—Lo hice para vengarme de una infancia atroz que me disteis, pero sobre todo... lo hice para vengar a mis padres. Sé que vosotros los matasteis para quedaron con su dinero...

Remo desenvainó su espada, si lo iba a hacer deseaba acabar ya, pero algo llamó su atención en la entrada del hogar de Rufles.

—Hemos pagado nuestros pecados Remo... —susurró una anciana desde la puerta.

Se movía con dificultad, agarrada a la baranda de madera intentaba descender las escaleras. Era Labionda. De pronto observó que no era tan vieja, pero que su cuerpo estaba sembrado de una pasta muy arrugada... el rastro de quemaduras horribles. Remo miró los cielos como buscando a los dioses.

—Mírame, muchacho —exigió Labionda que se acercaba renqueante, con una cojera tal vez provocada por los intensos quemados que tendría bajo la ropa. Su voz estaba partida como la comisura derecha de sus labios, difuminada en esa pastosa cicatriz que le había carcomido una oreja hasta resumirla a un gajo de cartílago con un pequeño orificio. Una cortina de pelo blanco ceniciento caía desde la mitad de la cabeza como una cortina intentando ocultar cómo la terrible cicatriz envolvía gran parte del cráneo, hasta descender por el cuello y llegar a la camisola que la cubría. Después aparecía en un brazo burbujeante hasta llegar a los dedos de la mano que a buen seguro no podía separar...

—¡Ruleno, sal! —chilló la mujer como chillaría la bruja más horrenda que un niño pueda imaginarse.

El muchacho franqueó la puerta abierta. Era un monstruo, deforme, con fiereza en sus rasgos pero enclenque y de pasos vacilantes. Remo no lo reconocía.

—Emo... emo... —susurraba una voz que emergía de la máscara inmóvil en el rostro de Rulenio.

Si no fuese porque Remo había estado ya en batallas y había visto horrores, jamás podría haberlo mirado a la cara impasible como logró hacerlo.

—Emo, a mí, mátame... síiiii síiiii.

La entonación de sus palabras era defectuosa pero gesticulaba con un bracito y asentía.

—Mátame a mí —pedía el desgraciado—. Yo no tengo fuerza para hacerlo, pero necesito morir...

Remo pasó por el lado de Labionda y fue hacia Rulenio. Tendió sus brazos hacia él.

—Nada tengo contra ti, Rulenio, más que pena por ver que mi incendio se cebó más contigo que con tus padres. Tú, que aunque fuiste un demonio para mí, jamás me provocaste el daño que veo que yo te hice...

No supo con certeza si Rulenio reía o lloraba. Lo abrazó. Volvió sobre sus pasos hasta quedar junto al granjero. De pronto Remo golpeó a Rufles. Le pegó muy fuerte en la cara agachándose. El hombre derrotado sobre los terrones de la huerta pensó que Remo lo iba a rematar y se cubrió la cara con las manos esperando en algún punto del cuerpo la afilada hoja de la espada de Remo buscando justicia por sus padres...

Remo los dejó atrás. No mató a quien seguro estaba de desear la muerte. Cabalgó sin rumbo alejándose de ese lugar, de los recuerdos. Por un momento pensó en lo que Arkane, su capitán, le había dicho cuando él le confesó el verdadero motivo de su viaje.

—Volver al pasado siempre es un viaje doloroso, sobre todo cuando el pasado destrozaba tu futuro, un hombre puede volverse loco si no sigue adelante y deja atrás su vida.

A veces el capitán era enigmático en sus afirmaciones. Remo creía comprender la potencia de la frase en su momento, pero cuando de veras contempló el peso de las palabras de Arkane fue después de hacer algo imprevisto. Después de perdonarle la vida a los asesinos de sus padres.



## Agradecimientos

*Es preciso dar gracias a ciertas personas que están involucradas en este proyecto. Es pertinente además, hacerlo aquí, en plena obra; pequeño e insignificante homenaje que espero al menos despierte alguna sonrisa. Si publicar un libro pudiera ser comparado con subir una montaña, he de decir que para mí la montaña de Everest me ha llevado a lo más alto permitiéndome refugio para las ventiscas, alimento en la fauna de sus praderas y agua fresca en sus arroyos.*

*En este libro, el segundo de la colección, he aprendido un poco más, y he disfrutado mucho, tanto en su escritura como en el proceso de su publicación. Teniendo en cuenta el trabajo realizado para La caza del Nigromante, ahora teníamos muchas cosas claras y sabíamos una dirección exacta, una ruta, siguiendo con la metáfora de la escalada..., hacia la cima. Hemos hecho cumbre, bien.*

*Toca rendir homenaje a los montañistas. A Raquel, Ana María, a los Fernandos, a Alicia y Vicky, a Nuria y Armando, a todo un equipo comercial, desde los delegados hasta los comerciales, que en muchas ocasiones me acompañaron para la promoción del primero en las ferias del libro y demás. En definitiva, a todo un equipo estupendo que emprendió este viaje conmigo y que me ha permitido llegar a los lectores. No me quiero olvidar de hacer una mención especial a los librereros, mecenas de mi obra y de otras muchas, propulsores de lo poco que resta de esperanza en nuestra civilización.*

*Mis padres y hermanos, mi familia en general, que se ha entusiasmado con las novedades que han ido surgiendo, que no se enfadan cuando estoy «liado» y no acudo a algunas reuniones o la frecuencia de mis visitas no es la que debiera. Un abrazo para todos ellos. A ti, Zineb, que me soportas y lees mis textos con paciencia y ojo crítico.*

*Nos vemos en el tercero. Si es que salgo vivo de Vestigia...*

*ANTONIO MARTÍN MORALES*